

LA GRAN SOCIEDAD



LA GRAN SOCIEDAD

Jesse Norman

Presentación, Traducción y notas: Pablo Ortúzar Madrid

- © Instituto de Estudios de la Sociedad, 2014
- © Fundación Cientochoenta
- © Jesse Norman

ISBN Tapa rústica: 978-956-8639-22-8

Primera edición: Mayo 2014

Instituto de Estudios de la Sociedad

Dirección de Publicaciones

Teléfonos (56-2) 2321 7792 / 99

Nuestra Señora de los Angeles 175

Las Condes, Santiago

Chile

www.ieschile.cl

Diseño y diagramación: Isidora Castillo U.

Impresión: Andros Impresores

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o transmitida, mediante cualquier sistema –electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o de recuperación o de almacenamiento de información– sin la expresa autorización del Instituto de Estudios de la Sociedad.

LA GRAN SOCIEDAD

ANATOMÍA DE LA NUEVA POLÍTICA

JESSE NORMAN

Presentación, traducción y notas: Pablo Ortúzar Madrid

EN MEMORIA DE TOM BINGHAM.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	(Pablo Ortúzar M.)	11
INTRODUCCIÓN		19
1.	La economía británica: ¿Espejismo o milagro?	31
2.	Nuestro estado real	47
3.	Una fractura en la sociedad	63
4.	Economía del <i>rigor mortis</i>	85
5.	Izquierda y Derecha	107
6.	Los pilares de la sociedad	125
7.	El peligro de la felicidad	151
8.	Ley, libertad y libertades individuales	177
9.	Instituciones, competencia y emprendimiento	197
10.	El nuevo conservadurismo	219
11.	La Gran Sociedad	237
12.	¿Y ahora qué?	253
EPÍLOGO:	Unas cuantas ideas radicales	273
AGRADECIMIENTOS		283
BIBLIOGRAFÍA Y NOTAS		285

PRESENTACIÓN

Por Pablo Ortúzar Madrid
Director de Investigación IES

La publicación de *La gran sociedad* busca ser un desafío intelectual a nuestro medio político. Para ello, el libro tendrá que pasar tres pruebas: primero, ser leído en un país donde, en palabras de Andrés Bello, “nadie lee”. Segundo, ser aceptado como un texto cuyas ideas no se restringen al medio británico, a pesar de haber sido escrito por un inglés para interpelar a sus compatriotas. Y, tercero, ser comprendido como un libro escrito por un político serio para hacer política en serio y no, para bien o para mal, como una especulación académica sobre la política.

Esta breve presentación busca entregar una clave de lectura que facilite el éxito del libro en las últimas dos pruebas mencionadas, ya que superar la primera depende sólo de quien ahora recorre estas líneas.

UNAS IDEAS PARA LA PRÁCTICA

¿Sirve para pensar sobre Chile un libro escrito por un político inglés para los ingleses? Hay dos respuestas equivocadas a esta pregunta. Una es “sí, porque que somos los ingleses de América Latina”. La otra es “no, un inglés no tiene idea de los problemas, la cultura y los desafíos de Chile”. Ambas respuestas están equivocadas, pues suponen que la utilidad del libro para pensar Chile depende de que sus propuestas sean directamente aplicables a nuestro país. Quienes piensan lo primero exageran las posibles similitudes que hay entre ambas sociedades y quienes piensan lo segundo exageran las posibles diferencias.

Lo cierto es que Chile e Inglaterra, aparte de cierto carácter insular, no comparten mucho ni cultural ni institucionalmente. Al menos no más que con la mayoría de las naciones occidentales modernas. Pero también es cierto

que los problemas que los países enfrentan se parecen muchas veces entre sí y, por tanto, las alternativas para solucionarlos y los razonamientos técnicos, políticos y de justicia para decidir entre esas alternativas también tienden a ser semejantes. Así, el ejercicio que hace provechosa la lectura de *La gran sociedad* es el de reflexionar respecto a cómo ciertas perspectivas defendidas en este texto cambiarían nuestra visión política si miramos Chile a través de ellas. Y una visión fresca y estimulante siempre es agradecida cuando el debate público parece estancado y falto de ideas.

¿Qué tiene de novedosa la perspectiva de Norman? Primero, que frente al cómodo y monótono debate entre “más estado” y “más mercado” que, como resabio patético de la Guerra Fría, monopoliza muchas veces las discusiones públicas, *La gran sociedad* levanta la olvidada bandera de la Sociedad Civil. Y no sólo reivindica la libre asociación de las personas en pos de objetivos comunes, sino que nos muestra que hay ciertos bienes públicos que sólo emergen o pueden ser provistos adecuadamente de esta forma. Pensemos, por ejemplo, en Bomberos de Chile o en la Teletón.

Norman es especialmente persuasivo a la hora de mostrar cómo el intento de reducir la sociedad al estado o al mercado conduce a la destrucción de los fundamentos principales de la motivación y la buena convivencia entre las personas. Y hace visible, en cada paso, el rol ineludible que juega la confianza en el progreso humano y lo amenazada que está por perspectivas equivocadas de lo que es la vida en común.

Junto a lo anterior, Norman reivindica la política como el arte de gobernar, y por ello separa aguas con perspectivas tecnocráticas que pretenden suprimirla o comprenderla como una simple ocupación de charlatanes que disfrazan intereses particulares como intereses colectivos. La promesa del espacio político como terreno horizontal de reconocimiento y diálogo reflexivo encuentra en estas páginas un terreno fértil.

Lo que hace posible este giro intelectual es una antropología distinta: Norman se niega a entender al humano como un ser marcado por una naturaleza corrupta que lo condena al egoísmo y a una mirada estrecha de corto plazo. Nuestro autor choca de frente con quienes proclaman que los bienes

públicos emergen exclusivamente gracias a que el mercado o el estado convierten vicios privados en ventajas para todos. En vez de ello, defiende una visión rica del ser humano y de su capacidad de empatizar con otros, actuar por motivación intrínseca y construir relaciones en el plano de la gratuidad. No dice que seamos ángeles, pero niega, con buenas razones, el pesimismo antropológico que justifica muchas veces los abusos, la falta de compromiso y la mediocridad en nuestras instituciones y relaciones sociales.

Otro rasgo importante del libro es su ausencia de dogmatismo ideológico, derivado de su antropología más comprensiva. En él se encuentran tradiciones de pensamiento muy variadas y se conjugan distintas perspectivas en un rango que cubre desde las tradiciones libertarias cooperativistas hasta el pensamiento conservador inglés, pasando por el liberalismo hayekiano y el comunitarismo. Así, la idea de *La gran sociedad* emerge como una invitación a conversar entre comensales muy distintos, pero unidos por la convicción de que el ser humano es capaz de grandes cosas y de que nuestra experiencia social no se agota en el estado o el mercado.

En Chile, esta invitación pondría en la misma mesa a socialcristianos, libertarios, anarquistas, cooperativistas, conservadores, gremialistas y “nacionales”. Esto significa que muchas de las tradiciones desplazadas por el estatismo y el economicismo en la izquierda y en la derecha del espectro político encontrarán en estas páginas una propuesta de lenguaje común para pensar el país, lo cual es especialmente valioso en momentos en que la gramática política que facilitó nuestra convivencia pacífica durante los últimos 20 años pareciera comenzar a desmoronarse.

Finalmente, *La gran sociedad* introduce, con toda la importancia que merecen, nociones básicas de los actuales desarrollos en el ámbito de la teoría de las capacidades y de la justicia intergeneracional. Ellos nos obligan a mirar de frente realidades que todos los políticos prefieren evitar o simplemente procesar en discursos demagógicos que no resuelven los problemas: entre otros, la mala educación de nuestros hijos, el déficit generalizado de habilitación cognitiva, la decadencia de la institución familiar y los valores asociados a ella, el abandono de los adultos mayores, la quiebra y el abuso de los siste-

mas previsionales de reparto, la existencia de desigualdades injustas, la falta de oportunidades, los horrores de la contaminación ambiental, los abusos del anonimato en las grandes empresas y el agotamiento del estado como solucionador de problemas. Todo esto es discutido sin anestesia ni eufemismos.

De esta manera, lo que Norman termina haciendo es redibujar de manera inteligente la noción misma de lo que significa ser “conservador”, entendiéndolo como un espíritu de apertura al reconocimiento del otro y al diálogo reflexivo, de consideración realista de la complejidad humana y de apoyo a los cambios sociales medidos a partir de la experiencia acumulada.

Tal perspectiva no tiene nacionalidad. Es una forma de mirar, un espíritu. Y, por lo mismo, el ideal de *La gran sociedad* tampoco se restringe a las lejanas islas de la Gran Bretaña: en él podemos encontrar, haciendo el esfuerzo de traducción adecuado, un punto de vista que nos permite mirar Chile desde afuera de nuestras rutinas políticas e intelectuales cotidianas, rescatando preguntas olvidadas y reanimando una democracia que parece aburrida de sí misma y cada vez más carente de principios e ideas.

UNA PRÁCTICA PARA LAS IDEAS

El desprecio por las ideas en el mundo moderno es algo bastante extendido, especialmente entre políticos y empresarios. Muchos consideran que quienes dedican su vida a pensar en realidad son holgazanes improductivos o timoratos incapaces de asumir verdaderos compromisos. Nuestra época está marcada por una compulsión a la acción en desmedro de la contemplación. Sin embargo, son las ideas las que dan forma y sentido a nuestra experiencia del mundo y, por esa vía, conducen la praxis humana, a veces hacia la prosperidad y a veces hacia el precipicio.

Que las ideas no sean destructivas normalmente está relacionado con que establezcan un diálogo fructífero con la realidad, generando prácticas que se adecúen y tengan sentido en ella en lugar de ideologías que exijan al hombre y al mundo ser lo que no son ni pueden ser. Esto, obviamente, es muy fácil de decir, pero difícil de concretar. Hacerlo depende de la virtud política por ex-

celencia: la prudencia, que no significa timidez o cobardía, sino la capacidad de obrar discerniendo con justicia lo que es lo correcto en cada situación y los medios que le son adecuados.

La propuesta de *La gran sociedad* está construida en un constante ir y venir desde los hechos a la teoría y desde la teoría a los hechos. Como todo buen político, Norman piensa articulando el plano de las ideas con políticas públicas concretas y con problemas reales. El resultado de ello es la mejor versión de lo que podríamos llamar una reflexión política: un conjunto de ideas empapadas de realidad, pero encausadas por valores, que sirven para hacer cosas en el mundo.

Los costos de la reflexión política son perder en sistematicidad y profundidad lo que se gana en realismo, claridad y capacidad de ejecución. Por eso libros como este no son libros de filosofía ni deben tratar de ser leídos como si lo fueran. Pero tampoco son panfletos: lo que se presenta no es un conjunto de consignas, sino una invitación a pensar ciertos problemas políticos desde una óptica particular que permite proponer soluciones distintas a las que hasta ahora han estado disponibles.

Por todo lo dicho, este libro debería ser de gran utilidad para renovar nuestro debate público: aquí hay una fuente de ideas para políticos, periodistas, líderes sociales, empresarios, estudiantes y ciudadanos interesados en utilizar la gran energía social acumulada estos últimos años, con vistas a darle a Chile un nuevo impulso hacia el desarrollo de formas de vida más plenas, dignas y prósperas. Y es con esa esperanza que hemos hecho el esfuerzo necesario para ponerlo en las librerías y bibliotecas del país. El resto, como dijimos al inicio, depende exclusivamente de quien, desafiando el pesimismo de Andrés Bello, lo lea.

Para facilitar la lectura del libro se introdujeron notas al pie que permitieran entender algunos conceptos complejos o aquellas referencias a personas o asuntos particularmente ingleses. Además, la palabra “estado”, referida al aparato burocrático-coercitivo, está escrita con minúscula a lo largo de todo el libro. La razón de esto es que se consideró que el contexto bastaba para distinguir si se estaba hablando de tal aparato o de la “situación” de algo, y que

escribirla (y quizás leerla) con minúscula genera una sensación placentera para quienes creen que una realidad tan humana -que debe estar al servicio del hombre- no merece el aura de sacralidad que entregan las mayúsculas.

Finalmente, es necesario agradecer a Jesse Norman, quien cedió amablemente los derechos para esta edición, y a los equipos de las dos instituciones que hicieron posible este libro: el Instituto de Estudios de la Sociedad y la Fundación 180, además de a Felipe Kast, quien nos puso en contacto con el autor.

INTRODUCCIÓN

Puede que los intelectuales no comanden muchos regimientos, pero ellos trazan los mapas a partir de los cuales los regimientos marchan.

David Marquand

El líder conservador David Cameron¹ llamó por primera vez a construir una “gran sociedad” en la cátedra Hugo Young de Noviembre del 2009:

El tamaño, foco y rol del gobierno en Gran Bretaña ha llegado al punto de entorpecer, en vez de hacer avanzar, los propósitos de reducir la pobreza, combatir la desigualdad e incrementar el bienestar general. Constituye una paradoja preocupante el hecho de que, por sus efectos en la responsabilidad personal y social, el crecimiento reciente del estado haya promovido, en vez de la solidaridad, el egoísmo.

Pero un gobierno más pequeño no era una cura inmediata a la atomización social:

En cambio, necesitamos una razonada re-imaginación del rol, así como del tamaño, del estado... ayudando activamente a crear la Gran Sociedad, agitando, catalizando y concretando la renovación social.

Nuestra alternativa al gran gobierno no es la ausencia de gobierno, una especie de refrito sobreideologizado del laissez faire. Tampoco es simple-

¹ David Cameron (1966). Miembro del Parlamento Británico desde 2001, Líder del Partido Conservador desde el 2005 y Primer Ministro del Reino Unido desde 2010 [Todas las notas son del traductor].

mente un gobierno más inteligente. Nuestra alternativa al gran gobierno es la Gran Sociedad.

Los emprendedores sociales y los líderes comunitarios ya existen. Pero la Gran Sociedad también necesita el compromiso de aquel significativo porcentaje de la población que no tiene ni el recuerdo ni el deseo de involucrarse.

Si mantenemos nuestro camino y cambiamos este país, tendremos entonces una vida nacional engrandecida con sentido y responsabilidad mutua. La sentiremos en la fortaleza de nuestras relaciones y en la civilidad y cortesía con que nos trataremos mutuamente.

La mayoría de los eslóganes políticos tienen un ciclo de vida de días o, incluso, de horas. Sin embargo, ya comienza a ser claro que la idea de la Gran Sociedad está echando raíces en el debate público.

Pero, ¿qué es exactamente la Gran Sociedad? ¿Qué significa? ¿Es un “retorno a una idea decimonónica o norteamericana del estado de bienestar” (Miliband), un “condescendiente sinsentido” (Julia Goldsworthy) y “una gran mentira” o es algo que deberíamos estar celebrando? ¿Es un eslogan diseñado para recortar el gasto fiscal o es algo más profundo que eso? ¿Es desesperadamente ingenuo en sus expectativas sociales o es una respuesta realista a los actuales problemas políticos y económicos?

Estas preguntas vienen dando vueltas desde que el concepto de Gran Sociedad logró notoriedad durante las elecciones generales conservadoras del 2010. Ellas han persistido al tiempo que el nuevo gobierno ponía a la Gran Sociedad en el corazón de su programa. Muchos han exigido mayor detalle y definiciones más claras. Los más satíricos han dicho que la Gran Sociedad es un sueño, caricaturizando a los conservadores como unos *boy scouts* bienintencionados decididos a rescatar a la sociedad de sus supuestas fallas morales mientras ocultan las propias. Los laboristas no se han demorado en rechazar la idea acusándola de ser una táctica para reducir el estado al máximo y destruir la estructura social.

Mientras tanto, distintos comentaristas han estado ocupados dando la bienvenida o desechando a la Gran Sociedad —o a veces ambas cosas— de acuerdo a sus respectivas etiquetas o prejuicios. Un caso notable es el del respetado columnista de *The Guardian*, Jonathan Freedland, quien usó su columna de julio de 2010 para denunciar —sin una narrativa clara— a la coalición gobernante² como un dios Jano de dos caras, en vez de considerar siquiera la posibilidad de que se estuviera actuando de buena fe desde un punto de vista políticamente humano, pero que él no podía entender.

Una semana después, el autor volvía a aparecer escribiendo sobre el mismo tema. Esta vez concedía que “hay una buena idea a punto de surgir en la “gran sociedad” de Cameron”, a la cual el Partido Laborista no podría oponerse fácilmente. En vez de eso —sugería— los laboristas deberían desestimar su propia tradición política y apropiarse de esa idea. Esa fue una trayectoria de siete días, desde la denuncia hasta la alabanza, cuyo único contenido intelectual fue que la idea de “Gran Sociedad” era mala y, si no lo era, entonces tenía que ser laborista. Si ese es el efecto que tuvo sobre alguien tan capaz como Jonathan Freedland, se tendería a pensar que la idea de la Gran Sociedad merece una clarificación urgente.

Parte del problema es que hemos vivido por mucho tiempo alimentándonos de prescripciones dictadas desde arriba hacia abajo y de las lógicas de un gobierno centralizado, lo que ha terminado por hacer creer equivocadamente que si no hay una agenda clara, centralmente definida, ejecutada y promovida con un eslogan vendedor, entonces no hay política pública alguna. Como resultado, los políticos y comentaristas que se han sentido amenazados al escuchar la idea de la Gran Sociedad, han apuntado a sus adversarios rutinarios.

Sin embargo, al hacer esto, ellos se han equivocado con respecto a lo que realmente está ocurriendo. La coalición gobernante no ha movido a los tories³ hacia la izquierda ni a los Liberales Demócratas⁴ hacia la derecha, sino que ha

2 El gobierno de Cameron, una alianza entre liberales demócratas y conservadores, es el primer gobierno de coalición en Inglaterra desde finales de la Segunda Guerra.

3 “Tory” es la palabra con la cual se denomina a los miembros del Partido Conservador y Unionista británico, fundado en 1834 y heredero de los “tories” originales, que se remontan a siglos atrás.

4 Tercera fuerza política en Gran Bretaña. Surge en 1988 de la fusión del antiguo Partido Liberal

sido creada por los votantes y sellada con un referéndum sobre el voto alternativo. Pero será sostenida por la Gran Sociedad: por una visión renovada de la sociedad y de la economía. Ambos partidos han explorado una idea que no puede ser entendida usando las etiquetas convencionales de izquierda y derecha. Una idea que se abre hacia áreas nunca antes imaginadas de la política y del debate y que apunta, quizás, a la mayor redefinición de la relación entre individuo y estado de los tiempos modernos.

Es esta idea compartida la que, además, mantendrá unido al actual gobierno. Es el nuevo campo de juego de la política británica.

LA GRAN SOCIEDAD

Muy pocas –si acaso alguna– de las críticas recibidas son justas. Como este libro mostrará, la Gran Sociedad no es vaga o vacía, ni como idea ni como programa político. No busca destruir nuestros servicios públicos, sino que mejorarlos. Ideológicamente, no es contraria al estado, pero sí muy cautelosa –sobre la base de una enorme evidencia– con respecto a la real capacidad del estado de cumplir fines sociales y apoyar a la sociedad.

La Gran Sociedad no es, entonces, una idea de izquierda o de derecha propiamente tal, pero sí va contra el estatismo fabiano⁵ del moderno Partido Laborista⁶. A comienzos del siglo XX, la izquierda británica era una mezcla de diferentes tradiciones intelectuales y sociales. No tenía por qué surgir de esta pluralidad de tradiciones un partido político que por cincuenta años ha promovido la provisión centralizada de servicios públicos antes que cualquier

con el Partido Social Demócrata. Conocidos popularmente como “Libdems”.

- 5 La “sociedad fabiana” era una organización socialista inglesa que promovía las transformaciones graduales hacia el socialismo en vez de la revolución. Toma el nombre del general romano Quinto Fabio Máximo, quien retrasó el enfrentamiento directo con Aníbal, optando por debilitarlo de a poco. Sus fundadores, en 1884, fueron Sidney Webb y su señora, Beatrice Webb.
- 6 El Partido Laborista británico es un partido de centroizquierda fundado en 1900. Segunda fuerza política en Gran Bretaña. Deriva del Comité de Representación de los Trabajadores, una organización sindical.

otra cosa. Esto que pasó es exclusivamente el efecto del control fabiano del Partido Laborista, como se verá más adelante.

Así, la razón por la cual la Gran Sociedad es rechazada visceralmente por los políticos laboristas y sus apologistas es clara. Primero, porque responde directamente a la enorme preocupación pública por la situación de la sociedad y economía británicas. Segundo, porque el mismo Partido Laborista está imposibilitado debido a su fabianismo de abastecerse de las fuentes intelectuales y tradiciones que le permitirían formular su propia respuesta. En las palabras de Simon Jenkins, los laboristas están atrapados en el “Planeta 1945”. Así, la apropiación de esta idea por ellos no es una opción. O al menos eso es lo que parece.

Este libro une en una sola narrativa el trabajo hecho por el autor durante los últimos cinco años, especialmente en “Conservadurismo empático” (2006 con Janan Ganesh), “Economía empática” (2008) y “El legado de Churchill” (2009 con Peter Osborne). Deriva de una reflexión de casi tres décadas sobre estos asuntos. El argumento central ha sido puesto al día, profundizado y desarrollado en nuevas áreas, pero no ha sido modificado. De hecho, buena parte de los datos recabados durante los últimos años confirman el análisis general. Muchos de los libros que han hecho eco de este argumento se encuentran en las notas finales.

Inevitablemente, este libro analiza el estado presente de la política británica y ofrece críticas ácidas respecto a algunos aspectos de ella. Sin embargo, es un libro desarrollado sobre ideas evidencias y, solo secundariamente, sobre política, políticos o ideología. Está dirigido a aquellos que se interesan por las ideas políticas más que por las etiquetas políticas –sean de izquierda o derecha– y cuya sensación es que hay algo mal en nuestras vidas actuales, por lo que hay que hacer algo al respecto. Lo único que el libro pide al lector es algo de tiempo y de buena fe en su lectura. Lo que ofrece a cambio es una nueva manera de pensar acerca de viejos problemas políticos.

¿Cuál es esta perspectiva? Principalmente, tiene dos puntos de partida interconectados, que se centran en el estado y en el individuo. Comenzaremos por el estado. ¿Está funcionando? ¿Se encuentra correctamente adaptado a los problemas sociales y económicos del siglo XXI? ¿Puede ayudarnos como

nación cuando nos enfermamos, cuando no tenemos empleo o cuando nos retiramos? ¿Puede educarnos y proteger nuestra propiedad? Y si pudiera hacer eso hoy, ¿podrá seguir haciéndolo en el futuro?

La evidencia creciente nos muestra que el estado, en su condición actual, es manifiestamente incompetente en áreas que van desde las pensiones hasta la educación y desde la vivienda hasta el desempleo. Hemos tocado fondo con la idea del estado como el remedio a todos los problemas sociales y económicos. Lo que es increíble es lo pobre que se ha vuelto el debate político sobre estos asuntos y lo dependientes que somos respecto a un único e inflexible modelo de provisión pública de servicios para solucionar nuestros problemas sociales. Pero si esto es así, entonces la necesidad de pensar un enfoque alternativo no es una opción para nosotros: es una necesidad y una urgencia. Es una necesidad justamente por lo importantes que son nuestros servicios públicos y por lo imperioso que es mejorarlos y desarrollarlos.

Lo que necesitamos, entonces, es una nueva visión de la sociedad: una base intelectual humana y fundada en principios para nuestra renovación social. Esto no es simplemente asunto de nuevas políticas públicas o de nuevas personas. Muy por el contrario, requiere de la creación de un nuevo punto de vista político en el que haya un espacio para repensar tanto las categorías básicas del debate político y la naturaleza de la sociedad desde sus principios, como la capacidad de abordar todo el espectro de problemas y asuntos públicos nuevamente, de una forma fresca e intelectualmente poderosa. Este libro, principalmente, propone lo que en 2006 llamé una “sociedad conectada”. Enfatiza no la oposición de estado e individuo, sino la tríada virtuosa de estado habilitador, individuo activo e instituciones coordinadoras.

Un resultado de este cambio de perspectiva será generar una imagen crítica de nuestras actuales ideas políticas, al tiempo que recordará a la derecha política que debe evitar las metáforas geográficas, porque lo que está en juego no es algo estático y cuantitativo en el territorio supuestamente ganado o perdido que hace retroceder al estado, sino que es algo dinámico y cualitativo, en la mejoría de nuestro bienestar económico y social. Sin embargo, su mayor golpe cae sobre la izquierda política, cuya identificación de los intereses del

estado con los de la sociedad ha probado ser un error intelectual catastrófico. De hecho, no es difícil afirmar que mientras el laborismo persista en este error fabiano, su actual carencia de ideas y de dirección no será un simple accidente, sino que será la inescapable consecuencia de sus prejuicios. El gran error que Ed Miliband⁷ podría cometer sería pasar por alto este desafío intelectual y asumir que la política actual es más de lo mismo de siempre.

Los políticos generalmente se ponen muy nerviosos al hablar de ideas. En las palabras del gran Ernie Bevin, ellos temen “abrir esa caja de Pandora y que salten de ahí quién sabe qué caballos de Troya”. Pero despreciar las ideas es estar gobernado al mismo tiempo por una idea. Las ideas siempre están al mando. En particular, tenemos teorías bien desarrolladas sobre la acción política, la diplomacia, la teoría de juegos y la economía; tenemos teorías bien desarrolladas sobre la acción individual en ética y en psicología. Pero no tenemos teorías bien desarrolladas con las cuales se pueda entender y explicar el comportamiento de las instituciones.

Sabemos lo suficiente, sin embargo, como para hacer la siguiente conjetura con cierta confianza: incluso una lenta evolución de este país hacia una sociedad más conectada requerirá liberar grandes cantidades de capital y de energía social. Esta energía yace atrapada bajo la superficie de la actual sociedad británica, retenida por la indiferencia, la división de clases, la regulación, la pobreza, la mala teoría y la ausencia de imaginación política. Es tiempo de empoderarla y de liberarla.

LA ECONOMÍA DEL RIGOR MORTIS

Vista así, la Gran Sociedad aquí expuesta no es un mero eslogan político. Es, hasta ahora, un intento muy instintivo por liberar la energía social que está latente. Su correlato intelectual debe ser un gran esfuerzo por pensar acerca de las ideas de una sociedad libre y de unas instituciones libres; un intento por proveer de anatomía a la nueva política.

7 Ed Miliband (1969). Líder del Partido Laborista, ex ministro de estado inglés y miembro del parlamento.

Para hacer eso, no solo se necesita una mejor perspectiva de la sociedad, sino también de una mejor comprensión del individuo y de lo que es el ser humano, ya que nuestra visión se ha distorsionado debido a una idea impuesta por los manuales de economía que ha pervertido las políticas públicas y ha despreciado nuestra identidad cultural.

En particular, es necesario decir bastante más acerca de nuestros supuestos básicos y de la economía misma. El gobierno británico y el público general se han vuelto bastante más expertos en materia económica desde los años setenta. Pero, a la vez, han crecido con una caricatura setentera de lo que es la economía, que considera al hombre económico como un ser perfectamente racional y auto-interesado. El famoso dictamen de Keynes acerca de que “el hombre práctico es usualmente el esclavo de algún economista difunto” se aplica perfectamente en este caso, solo que más que un economista, es toda una interpretación de la economía la que nos ha esclavizado.

Esta economía del *rigor mortis* ha tenido dos efectos desastrosos. El primero, es político: ha reforzado durante treinta años la idea de una mayor centralización y micro-management dentro del gobierno. Bajo el laborismo, buena parte de la administración —especialmente su tesorería— han caído en una estrecha y tecnocrática visión de la sociedad. El resultado ha sido una extensión de los impuestos y de los beneficios que incluyen a un 70% de la población adulta del país, una obsesión por instaurar y monitorear objetivos de desempeño y una infinita cantidad de programas en respuesta a nuevas iniciativas o demandas. En el sector público entero esto ha ayudado a crear una cultura de poca innovación y productividad.

Típicamente, un grupo será señalado como “necesitado de intervención estatal”. Ese grupo será especificado matemáticamente y modelado financieramente en términos de sus ingresos o reservas. Finalmente, los incentivos económicos que se requieran serán conseguidos por la tesorería a través del sistema de impuestos y/o beneficios o a través de las decisiones de gasto público.

Este deprimente evangelio económico piensa en el mundo como algo estático y susceptible de ingeniería social y no como un espacio de creación, descubrimiento y competencia, lo está haciendo un enorme daño a nuestra

sociedad y a nuestra economía. Intellectualmente –como podemos imaginar– esto no puede estar bien, pero aun así tiene sus defensores. Estos se justifican a sí mismos apuntando a sus modelos matemáticos y preguntando, lógicamente, por errores en el razonamiento. Hasta que los críticos puedan explicar qué ha salido mal y logren enunciar las razones y la forma en que la economía debe reinsertarse en un debate social y cultural más amplio, carecerán de los recursos teóricos para implementar una visión política alternativa.

Pero la pregunta es también por nosotros. Acerca de nuestra cultura e identidad, el otro lado de la Gran Sociedad. Si la comprensión económica es radicalmente incompleta aplicada al gobierno, con mayor razón lo será en relación a la sociedad como un todo. Hemos crecido escuchando a diario –y siendo condicionados para pensar así– que los seres humanos son similares a los “agentes” de un manual de economía: totalmente egoístas, eternos calculadores de costos y beneficios e hipersensibles a ganancias y costos marginales. Gran parte de los logros de los economistas desde Adam Smith tienen que ver con explicarnos por qué eso está bien y cómo el interés propio puede convertirse en bienestar social.

No obstante, surge un problema cuando esta imagen económica se convierte en nuestra imagen estándar de la motivación humana, pues secretamente sabemos que esta imagen está equivocada. Sabemos que afecta nuestra vida pública, que destruye la confianza y que degrada nuestras expectativas cívicas. Sabemos que hay aspectos rutinarios de nuestra vida –como el voluntariado o la filantropía– que no pueden ser propiamente explicados desde ahí. Sabemos que hay virtudes como la lealtad y el pensamiento de largo plazo que parecen ir en contra de ella.

El resultado es que sufrimos la atomización de la sociedad, la comercialización de la cultura y la destrucción de nuestras expectativas respecto a los demás. Derrochamos recetas para la felicidad. Buscamos infinitamente esas cosas que el dinero no puede comprar, como el amor, la amistad y la alegría. Sin embargo, sin una perspectiva alternativa de lo que es el ser humano, no podemos liberarnos a nosotros mismos de nuestros supuestos. Esa es la contraparte intelectual de la reflexión acerca de una sociedad libre y de instituciones libres.

Necesitamos, por consiguiente, tomarnos en serio la idea de la capacidad humana. Las instituciones independientes y los seres humanos tenemos capacidades como las de gobernar, reunir a las personas, jugar, aprender, actuar y pensar. Estas requieren libertad y algo de riesgo para poder desarrollarse. Se pueden ejercer bien o mal, de manera sabia o estúpidamente, y de manera virtuosa o corrupta. Estas capacidades necesitan –y al mismo tiempo potencian– una cultura de apertura, emprendimiento y diversidad. De hecho, cierta noción de capacidad es necesaria para entender la idea de responsabilidad en la que David Cameron ha puesto tanto énfasis público.

Básicamente, los libros sobre asuntos políticos se dividen en dos grupos. El primer grupo registra el ir y venir de la vida política, las olas superficiales acerca de quién dijo qué a quién, quién sube o baja y si está de moda o cae en desgracia. Son novelescos, personales y centrados en el presente. Su interés –si lo tiene– está en la revelación y en el drama. El segundo grupo registra las corrientes más profundas. Miran menos a los personajes y más a las ideas que gobiernan los supuestos. Toman una perspectiva de largo plazo. Su interés –si es que lo tiene– está en la calidad de sus análisis, predicciones y explicaciones.

Este libro es parte del segundo grupo. En él se explica cómo una antigua teoría acerca del desarrollo de lo humano puede ser usada para alcanzar una concepción enriquecedora acerca del carácter del hombre y su bienestar. Además, muestra cómo ese concepto puede ser usado para guiar las políticas públicas hoy, en pleno siglo XXI. Su mensaje, en pocas palabras, es que las cosas no tienen por qué ser como son. Podríamos hacerlo mucho mejor.

Los capítulos del 1 al 3 examinan la situación inglesa actual a partir de las fuentes de nuestra debilidad política, económica y social.

En los capítulos del 4 al 7, se escarba en la base de los supuestos económicos y políticos que condicionan nuestra reflexión actual, mostrando sus errores y explicando cómo su corrección despeja el camino hacia un entendimiento más profundo de la Gran Sociedad y su radicalmente distinta perspectiva de la naturaleza humana.

Los capítulos 8 y 9 exploran las dos áreas claves en que la Gran Sociedad tiene grandes repercusiones: el estado de derecho y la renovación económica. El capítulo 10 explica cómo esta idea se vincula con el nuevo conservadurismo

empático de David Cameron y, finalmente, el capítulo 11 desarrolla la Gran Sociedad como un programa político y responde a sus críticos.

El libro termina con algunas ideas probablemente sorprendidas acerca de lo que hay que hacer.

Capítulo 1

LA ECONOMÍA BRITÁNICA: ¿ESPEJISMO O MILAGRO?

*No podemos resolver problemas con el mismo modo de pensar
que usamos para crearlos.*

Albert Einstein

Cuando le preguntaron en 1997 a Peter Mandelson⁸ cómo debía ser juzgado el nuevo gobierno laborista en materia de igualdad, él dijo en su característico tono grandilocuente y confiado: “Júzguennos luego de diez años de éxito en el gobierno, porque uno de los frutos de ese éxito será que la sociedad británica se volverá más igualitaria”.

Ese momento llegó algo más tarde, en junio de 2009, con la publicación de *¿Hacia una sociedad más igualitaria?*, un extenso análisis de la primera década laborista editado por la más bien izquierdista London School of Economics y la Fundación Joseph Rowntree. Los técnicos de LSE fueron meticulosos y exhaustivos: su índice es una obra maestra de imparcialidad. Podría decirse que es un panorama mixto; todo depende de lo que se busque y cuándo se busque. Es indudablemente necesario, entonces, que exista más trabajo interpretativo.

Así, queda en nosotros la necesidad de decodificar. Más allá de su mesurada apariencia exterior, el libro es un gemido lloroso de dolor por la forma en que el gobierno del partido laborista –¡Laborista!– arruinó su gran oportunidad de hacer verdaderos avances hacia la igualdad.

Había triunfos, claro. La pobreza de niños y pensionados había disminuido, los niños más pobres tenían mejores resultados en la escuela y había avan-

8 Peter Mandelson (1953). Político y parlamentario del Partido Laborista. Ministro de estado del Primer Ministro Tony Blair entre 1997 y 1998.

ces en la eliminación de la pobreza. Sin embargo, las desigualdades en salud se habían acentuado, el Reino Unido seguía al fondo de la lista de países de la Unión Europea en materia de pobreza infantil, muchas reformas tributarias laboristas habían sido regresivas –afectando a los más pobres–, había 900.000 personas más en la extrema pobreza que en 1997 y la diferencia en la esperanza de vida entre ricos y pobres había vuelto a niveles que no se veían desde la época victoriana. Todos estos datos, además, eran previos a la actual crisis económica y sus destructivos efectos.

Lo que es trágico es que luego de 1997 las condiciones eran perfectas para un ataque coordinado contra la desigualdad. El gobierno de Blair tenía espacio político, había una creencia generalizada a lo largo de Gran Bretaña de que debía gastarse dinero en servicios públicos y las arcas fiscales se llenaban rápidamente. De hecho, podemos decir más: la economía inglesa luego de 1997, estando lejos de la perfección, estuvo probablemente en su mejor condición desde la Segunda Guerra Mundial. Atrás había quedado la crisis de la balanza comercial que duró desde los años cuarenta a los setenta. Atrás había quedado la lucha por el control de la política monetaria de los años ochenta y comienzos de los noventa. Todo eso ya era historia, tal como el análisis de la LSE mostraba.

Durante los últimos trece años más de un millón de millones de libras⁹ extra fueron gastadas sobre los niveles heredados en 1997. Pero aun así la economía avanza con dificultad, la opinión pública respecto a la redistribución se endurece y nuestra población envejecida le cerrará la puerta al gasto público de manera más radical que durante Blair y Brown. La oportunidad no volverá en una generación, al menos. Así, es inmensamente necesario un nuevo modo de pensar.

Ese modo de pensar es lo que inspira a la Gran Sociedad, pero primero debemos observar un asunto básico con mayor profundidad: más allá de lo que algunos comentaristas hayan dicho, nuestro problema principal no está en el colapso financiero y sus consecuencias, sino que yace en el fundamento

9 Una libra, en el año 2010, equivalía a alrededor de 1,55 dólares y a 844 pesos chilenos de ese entonces. La cifra expresada, entonces, sería de más de 844 billones de pesos de la época o un millón quinientos cincuenta mil millones de dólares.

mismo de la dirección de la economía y la política social británicas. Es decir, en su paradigma, el cual debe cambiar.

LA SABIDURÍA CONVENCIONAL

Empecemos con la economía. Hasta el 2008, la sabiduría convencional acerca de Gran Bretaña era esta: la economía inglesa de las dos décadas pasadas había sido tremendamente exitosa. Lejos estaban los días de burbujas y explosiones económicas. El país gozaba de un crecimiento económico sostenido desde su salida del mecanismo europeo de fijación del tipo de cambio en 1992. Hubo crisis ocasionales, es cierto, como la explosión de las burbujas punto com¹⁰, los ataques terroristas del 9-11 y la guerra en Iraq; todos eventos serios con graves consecuencias para la economía mundial. Sin embargo, a pesar de que Inglaterra se vio afectada por estos sucesos, no detuvieron ni hicieron retroceder su crecimiento económico.

La historia sigue. No era solo el crecimiento económico de Inglaterra el destacado, pues las tasas de interés que estaban en dos dígitos solo quince años antes, cayeron a mediados de la década de los noventa y se mantuvieron desde entonces en tasas históricamente bajas por más de diez años. Además, la inflación, que había sido difícil de controlar durante los años setenta y ochenta, se había vuelto estable. Incluso el desempleo, la gran herida de la Inglaterra de posguerra, se había convertido, prácticamente, en pleno empleo.

Finalmente —la sabiduría convencional continuaba—, hubo también cambios internos. La estructura de la economía inglesa había girado radicalmente desde la industria hacia los servicios. Las industrias improductivas y poco lucrativas declinaban mientras que otras nuevas, limpias, creativas e internacionales se levantaban. Los servicios financieros en particular crecieron hasta convertirse en la historia de éxito más grande de Inglaterra, con la ciudad de Londres como uno de los centros financieros más importantes del mundo.

10 Nombre que recibe la ola de especulación bursátil respecto a compañías de internet ocurrida entre 1997 y el 2000, la cual colapsa entre 1999 y el 2001, haciendo quebrar una serie de compañías.

Esta imagen tenía una asimetría interesante. Mientras la economía andaba bien, se decía que la razón era la administración económica con visión de largo plazo del señor Brown. Cuando había dificultades, se decía que provenían desde fuera del país y que estaban más allá del control del gobierno de la época: por ejemplo, la crisis sub-prime en Estados Unidos, el alza de los precios del petróleo y la comida y la crisis en las instituciones financieras nacionales e internacionales. Si la economía británica finalmente sucumbía a la recesión, era porque era lo esperable en esas condiciones.

Hasta aquí con la sabiduría convencional. Algo de lo recién planteado era cierto, pero la perspectiva general era bastante más interesante y problemática. La economía británica, durante los últimos años, ha estado peor de lo que se piensa. La razón específica por la cual este país ha caído en la más larga y profunda recesión que haya conocido es porque estaba groseramente mal preparado cuando la crisis llegó y esa falta de preparación no tenía nada que ver con la crisis sub-prime de Estados Unidos. Al contrario, ella derivaba de una sucesión de burbujas en diferentes mercados ingleses que el gobierno fue incapaz de identificar o que se negó a desinflar. En otras palabras, una de las consecuencias negativas de la crisis fue obstaculizar una comprensión detallada del estado real de la economía inglesa y de cómo se había llegado a él.

Para lograr entender lo que ocurrió, podemos mirar el estado de la economía inglesa del año 2008, cuando la crisis llegó. Como veremos, los factores centrales de nuestra prosperidad a largo plazo se habían vuelto más débiles –y no más fuertes, como se podría creer– durante la década pasada. Y una razón clave para que ello ocurriera es que el gobierno británico había puesto mucha fe en un estado ineficiente y sofocante.

MANTENIÉNDOSE A FLOTE

Al contrario de lo que la sabiduría convencional sostenía, el desempeño de la economía británica luego de 1993 ha sido decepcionante de dos maneras. La primera tiene que ver con el contraste con el declive económico británico de la posguerra. En los años setenta, luego de tres décadas de un declive

económico, el país había caído hasta quedar muy por debajo de sus mayores competidores. Visto así, el cambio de una economía llena de problemas al liderazgo económico de los noventa se ve espectacular. Pero debemos contrastarlo con los competidores internacionales de Inglaterra de hoy en día.

Está claro que Inglaterra es actualmente un país más próspero que hace veinte, treinta o cuarenta años. Así ha ocurrido con todas las grandes economías industriales. La verdadera pregunta es cómo lo ha hecho Inglaterra en términos relativos. Cuando los políticos británicos celebran el récord de crecimiento, ellos normalmente lo comparan con el de las grandes economías de la Eurozona: Alemania, Francia e Italia. Ciertamente, Inglaterra ha superado a esos países en el crecimiento del producto interno bruto luego de 1992 –el último año de la última recesión inglesa–. Desde entonces, hasta la crisis del año 2008, Inglaterra había crecido casi un 50% en términos reales, mientras que el crecimiento de la Eurozona había sido de un 40%.

Se podría decir que no está mal, pero hay que mirar con atención. Especialmente por una razón: el crecimiento de la Eurozona fue retrasado por Alemania –su motor industrial– que pasó por un largo y caro proceso de reunificación. El punto central es que la mayoría de las euroeconomías no son como la inglesa –es decir, con mercados laborales altamente regulados y con mucho más énfasis en la manufactura que en los servicios–. Por razones similares, aunque existan buenas razones para que los creadores ingleses de políticas públicas estén preocupados del gran crecimiento y ambición económica de China, India o Brasil, no tiene mayor sentido comparar directamente la economía inglesa con la de esos países.

De este modo, el real parámetro de comparación de Inglaterra deberían ser países con bases culturales, políticas y económicas similares, especialmente las economías libres más importantes de la OCDE cuyo lenguaje es el inglés: Australia, Canadá, Estados Unidos, Nueva Zelanda e Irlanda. Al comparar estos países, es posible darse cuenta de que cada una de estas economías creció más rápido que Inglaterra durante el período 1998-2008: Canadá creció un 59% en términos económicos, Estados Unidos un 60%, Nueva Zelanda un 62% y Australia un 73%. La posición de Irlanda es engañosa, pero su récord de crecimiento del 167% entre 1992 y 2006 triplicó al de Inglaterra.

Así, la verdadera situación es la siguiente: la economía inglesa creció desde 1992 más rápido que las lentas economías de Europa, pero por detrás de las naciones industriales más genuinamente comparables. Nuestro crecimiento era notable solo por su mediocridad. Más que viviendo un milagro económico estábamos, a lo más, manteniéndonos a flote.

Desafortunadamente incluso esta imagen es demasiado rosa. Puede existir un crecimiento económico nacional sin mejoras genuinas si es simplemente el resultado de más personas trabajando. Imaginen una economía que duplica su PIB empleando al doble de personas: su PIB per cápita permanecerá igual. La riqueza de cada persona permanecerá exactamente igual y cualquier discurso sobre crecimiento económico no tendrá sentido.

Algo similar ocurrió en Inglaterra durante el período examinado: a pesar de que la economía creció cerca de un 50%, la mayor parte de este porcentaje correspondió simplemente al aumento de personas que engrosaron la fuerza laboral y que además se convirtieron en consumidores. Un extra de tres millones de personas encontró empleo en Inglaterra –lo que corresponde a cerca de un 10% de la fuerza laboral total–. Si contabilizamos este factor, resulta que el PIB inglés creció solo un 42% entre 1992 y 2008. En otras palabras, el crecimiento inglés fue incluso más débil de lo que parecía a primera vista y apenas sobresalía en relación a la “esclerótica” Eurozona. Nuestro mencionado “milagro económico” no era más que un espejismo.

CUATRO EXPLOSIONES

Incluso para los economistas, el crecimiento económico no lo es todo. También importa, por ejemplo, cómo se logra este. ¿Cómo se ha alcanzado el crecimiento económico del Reino Unido durante los últimos diez a quince años?

Nuevamente, la respuesta no es alentadora desde una perspectiva económica de largo plazo. Tal como muchas personas están comprendiendo ahora, la economía inglesa se sostuvo en cuatro explosiones durante la década posterior a 1997: la del gasto fiscal, de la inmigración, de la inflación de valores inmobiliarios y de la deuda personal.

Como trasfondo, debemos recordar que el período entre 1997 y 2007 fue aquel al que Mervyn King, gobernador del Banco de Inglaterra, llamó la “década bonita”¹¹, de consistente expansión no inflacionaria. Durante esa década, las condiciones monetarias mundiales fueron extremadamente favorables, con las tasas de interés y la inflación en las mayores economías industriales especialmente bajas. El bajo costo de pedir prestado dinero fue el telón de fondo de las cuatro explosiones anteriormente mencionadas, pues cuando el dinero es barato es fácil para las personas y para los gobiernos pedirlo prestado.

Así, la primera explosión, el enorme aumento en el gasto público luego de 2001, fue financiado no solo con los impuestos sino también con un gran y contracíclico aumento de la deuda pública. Bajo condiciones normales, el sentido común indica que las finanzas públicas deberían ahorrar un excedente para balancear los inevitables déficits anuales en períodos de enfriamiento económico. Hubo un excedente entre 1999 y 2002, pero luego de eso el gobierno administró un déficit, incluso sin tomar en cuenta el efecto de las crecientes obligaciones fuera de la contabilidad, como por ejemplo las pensiones del sector público y la deuda de la Iniciativa Financiera Privada (IFP)¹². De acuerdo a la OCDE, para el 2007 el Reino Unido tenía la deuda estructural más grande del G7. De hecho, el Reino Unido tenía un déficit del 3% del PIB en un momento en que la economía todavía estaba creciendo casi un 3% anual: un signo claro de que las finanzas del país no estaban balanceadas. Con la crisis financiera y el rescate gubernamental a los bancos, por supuesto, el déficit presupuestario creció más todavía hasta los 159 mil millones de libras —el 11% del PIB en 2010— siendo el más grande del G20.

El aumento en el gasto del gobierno permitió impulsar la demanda doméstica y la actividad económica. Luego, la economía fue sostenida por una segunda explosión: la de la inmigración. Esta aumentó rápidamente luego de 1997. Pero cuando Inglaterra abrió su mercado laboral a trabajadores de

11 Juego de palabras: NICE significa “bonita” y son las siglas de: “Non-Inflationary Consistent Expansion”.

12 Asociaciones público-privadas donde proyectos de infraestructura pública son financiados con capitales privados mediante contratos de concesión.

Polonia y otros países de Europa del Este el año 2004, ofreció una oportunidad imperdible. El zloty polaco era débil frente a la libra, mientras que los sueldos eran en promedio siete veces mayores en Inglaterra que en Polonia. Los polacos tenían buena educación: la mayoría hablaba inglés y había una gran población de trabajadores jóvenes y hábiles que querían migrar. Alrededor de 500.000 vinieron al Reino Unido. Y así como empujaron el PIB hacia arriba, aumentaron la demanda interna mientras sus salarios relativamente bajos ayudaban a mantener baja la inflación reportada.

Sin embargo, la explosión de la inmigración fue minimizada por una tercera explosión: la inmobiliaria. El área inmobiliaria es la única de la economía inglesa donde la inflación es ampliamente bienvenida, pero solo por aquellos que ya tienen vivienda. Las condiciones del mercado inmobiliario británico alimentan esta tendencia inflacionaria —en particular la escasez de tierras— debida en parte a un estricto plan de control y a un sistema de financiamiento de los gobiernos locales que desincentiva el desarrollo local. Esto, sumado a un gran aumento de la población, bajas tasas de interés y una enorme expansión del crédito, hizo que el precio de las viviendas entre 1992 y 2007 se disparara a niveles astronómicos. Los precios en este sector subieron más del doble durante este período. Hipotecas excesivas de entre 100% y 125% del valor se volvieron comunes. Los bancos estaban más que dispuestos a prestar a las personas 5 o 6 veces el monto de sus salarios, o incluso más, si tan solo ellas estaban preparadas para “autocertificar” su propia situación financiera.

La inflación en los precios de la vivienda se convirtió pronto en una profecía autocumplida y por un buen tiempo la economía inglesa se edificó en torno a ella. Un efecto de esto fue erosionar más el ya debilitado deseo de ahorro de la nación. A comienzos de los noventa, los hogares ingleses ahorraban cerca del 8% de su ingreso disponible neto. Se ahorraba por todas las razones por las cuales normalmente las personas guardan dinero: para comprar un auto nuevo, para pagar futuras vacaciones, para tener una mejor vida de retirado o, simplemente, para tener reservas en caso de necesitarlas. Esta positiva costumbre cambió el año 2004, en el que los hogares comenzaron a registrar índices negativos de ahorro neto, hasta que llegó la recesión.

Muchas cosas debilitaron el deseo de los ingleses de ahorrar, incluyendo la crisis de la burbuja de las *punto-com* y una serie de escándalos en el mercado financiero y de seguros. El factor más influyente, por lejos, fue el impacto del aparentemente infinito aumento de los precios de las viviendas. Poner el dinero en el banco se veía como algo cada vez menos atractivo en la medida en que los precios inmobiliarios subían y subían ¿Por qué obtener un 2% o 3% de interés anual poniendo ahorros en el banco si se podía tener un 7% u 8% en el mercado inmobiliario, e incluso más hipotecando y tomando un crédito extra? Así fue cómo se infló la burbuja inmobiliaria. Muchos posibles compradores también sintieron que tenían pocas opciones y, a medida que las viviendas se volvían más caras, ellos debían apretarse el cinturón para ser capaces de pagar un lugar decente donde vivir. Esto disminuyó aún más la posibilidad de ahorro.

El alza en el valor de los bienes raíces, a su vez, generó una cuarta explosión: la de la deuda privada. Históricamente, el consumo dependía de la frugalidad: había que ahorrar para poder pagar un auto, una cocina o vacaciones en el extranjero. Sin embargo, para mucha gente en los años 2000, el alza en los precios de la propiedad hizo parecer este tipo de ahorros como cosa del pasado ¿No era mucho mejor pedir dinero garantizándolo con el valor de tu casa, con la esperanza de que siguiera subiendo en el futuro?

De este modo, unos 250 mil millones de libras fueron retirados desde el mercado inmobiliario. La mayoría de ese dinero, junto a una gran cantidad de préstamos sin garantía, se destinó directamente al consumo. Inglaterra se convirtió en una nación de consumidores que estaban más que felices de apostar en el mercado inmobiliario y comprar televisores de plasma. La deuda privada creció hasta los 1.5 millones de millones de libras. La deuda promedio de los hogares aumentó a más del doble entre 1997 y 2007, pasando de las 24.650 hasta las 56.501 libras. Donde solo hace veinte años la deuda privada se mantenía por debajo del 60% del PIB, el 2007 alcanzó, por primera vez en la historia, un número mayor a todo el PIB anual. Así, cuando llegó la crisis del crédito, esta cayó sobre una economía que ya estaba enormemente sobreendeudada y estirada al límite.

IGNORANDO LOS PILARES FUNDAMENTALES

Inglaterra no ha vivido, entonces, ningún “milagro económico” desde 1997, ni siquiera desde 1992. La economía se ha sostenido gracias a una situación monetaria global favorable, crédito barato y cuatro enormes estímulos económicos. Lejos de esquivar el ciclo normal de expansión y crisis, el último gobierno laborista presidió una enorme expansión de la demanda que sirvió solo para diferir nuestra realidad económica, para posponer la necesidad de ajustes y para empeorar el eventual aterrizaje en la realidad. Cuando llegó el momento de este aterrizaje, la realidad irrumpió y la crisis financiera golpeó; los efectos fueron mucho peores debido a que la economía inglesa estaba sobrecalentada y sus finanzas públicas eran muy vulnerables. El efecto fue convertir la recesión resultante en la más larga y profunda que haya vivido un país industrializado. Este es el legado del señor Brown como canciller y primer ministro y su gobierno no puede ser defendido diciendo que la crisis financiera comenzó en Estados Unidos, ya que el reproche no tiene que ver con dónde comenzó la crisis sino con la profundidad excepcional del daño que esta causó en Inglaterra.

Aun así, podríamos sentir consuelo si hubiera razones para pensar que los fundamentos de nuestra prosperidad económica –nuestra productividad nacional, nuestro marco legal e institucional y, sobre todo, nuestro sistema educacional– se han fortalecido. Pero aquí, nuevamente, hay razones para preocuparse. La verdad es que ninguna de las cuatro explosiones hizo mayores diferencias respecto a los fundamentos básicos de la creación de riqueza en el país. De hecho, su efecto global más bien parece haberlos debilitado.

No hubo, por ejemplo, ningún recorte del gasto público en este período. El incremento total del gasto fiscal sobre los niveles de 1997 durante el período 1997-2008 fue del orden de los 1.2 millones de millones de libras. Si esta suma colosal hubiera sido usada en parte para proveer a Inglaterra de un sistema educacional de clase mundial o de una infraestructura de transporte de clase mundial, eso habría significado un avance. Si nuestras tasas de innovación y productividad hubieran aumentado significativamente durante este período, también habría sido un avance. Si hubiera habido un giro hacia una economía

más balanceada y con visión de largo plazo, ese podría haber sido un tercer gran avance posible, pero no fue así. Estamos hoy discutiendo los mismos problemas que hace veinte años. La debilidad estructural de la economía inglesa se mantuvo y está recién comenzando a notarse que los problemas más fundamentales de nuestra economía y de nuestra sociedad no pueden resolverse solo con más dinero.

Una historia similar se puede contar acerca del sector público. Pensemos por ejemplo en la educación, que desde cualquier punto de vista es vital para nuestro desarrollo económico en el largo plazo y para nuestro bienestar social. Lo único que se ha visto en este ámbito es un creciente aumento del control central sobre el currículo, un incremento enorme de las evaluaciones y controles y una proliferación de nuevas agencias e instituciones cuasi-autónomas estatales. Cada una de estas tiene su propio presupuesto, equipo, directorio y gerente y cada una trata de justificarse con innumerables actividades de dudosa utilidad, normalmente entorpeciendo y contradiciéndose entre ellas mismas. Así, mientras en el mercado una proliferación de compañías privadas tiende a generar competencia, la tendencia en el sector público es a crear nuevas organizaciones que se remiten y duplican unas a otras, generando únicamente papeleo y pérdida de productividad.

El gasto público en educación alcanzó los 38 mil millones de libras al año en la década posterior a 1997. ¿Y con qué resultados? La calidad de la educación en Inglaterra ha empeorado en relación a otros países. Solamente se ha descendido en las mediciones internacionales. Por ejemplo, en la medición de la OCDE del Programa de Logros Académicos Internacionales del año 2006, el Reino Unido ocupó, entre cincuenta y siete países, el lugar número veinticuatro en Matemáticas y el puesto diecisiete en Lenguaje. El año 2000, estuvo en octavo lugar en Matemáticas y séptimo en Lenguaje. Otro de los pilares de nuestro desarrollo se ha dañado seriamente.

Las cuatro explosiones han tenido el carácter de episodios aislados. Atravesaron la economía británica sin dejar mayor legado positivo. Ya hemos visto su efecto desastroso en la deuda privada y en nuestros hábitos de ahorro. Pero pensemos en la inmigración, que ha sido relatada hasta ahora como un gran logro económico. Muchas personas tienen ahora nuevas cocinas y ex-

tensiones en sus casas gracias al trabajo importado. No obstante, también hay buenas razones para creer que esto generará, a largo plazo, una pérdida de habilidades manuales en los trabajadores ingleses que han sido desplazados por la competencia extranjera temporal. Es muy decididor que un reporte bipartidario de la cámara alta no encontrara “beneficios económicos significativos” de la inmigración reciente. Mientras tanto, el tibio fulgor del aparente éxito económico sirve para esconder el hecho de que Inglaterra se ha vuelto menos competitiva económicamente durante la última década. Un reciente estudio del Banco Mundial sobre los mejores lugares del mundo para hacer negocios ha puesto a Inglaterra como la mejor solo en una categoría: facilidad para obtener crédito.

Uno podría preguntarse cómo pudo pasar esto. ¿Cómo pueden 15 años de prosperidad haber fallado en hacernos más competitivos o resilientes? ¿Cómo pudo el gobierno gastar tanto y ahorrar tan poco? ¿Por qué el gobierno falló en aprovechar la extraordinaria oportunidad de 1997 para combatir nuestros profundos problemas económicos y sociales?

Hay muchas razones, aunque la principal es el tremendo crecimiento del estado y de la ideología centralista, dirigista e intervencionista que lo acompaña. Como veremos luego, la Gran Sociedad se levanta como una muestra de repudio y como corrección a esa ideología. Antes de esto, veremos algo de la historia y de la operación del estado mismo. A esto se dedicará nuestro próximo capítulo.

Capítulo 2

NUESTRO ESTADO REAL

La crisis económica debió haber sido (y todavía puede ser, de hecho) el momento en el cual, en vez de sucumbir perezosamente a la idea de que más gasto público disfrazado como estímulo fiscal es la única respuesta, usáramos la oportunidad para acelerar y profundizar las reformas

Tony Blair, “Un viaje”

Las tradiciones políticas tienen altos y bajos, pero una continuidad crucial ha sido el constante crecimiento, con distintas fórmulas, del “estado” en este país durante los últimos novecientos años. Sin embargo, es solo luego de 1945 que el estado asume su característica forma moderna. Desde entonces, podemos identificar cuatro grandes fases en su desarrollo: crecimiento a fines de los años cuarenta y en los cincuenta, estancamiento en los sesenta y setenta, recortes selectivos en los ochenta y una nueva extensión luego de 1997.

Durante todo este período, los partidos políticos importantes, con una excepción parcial, aceptaron este continuo patrón de crecimiento estatal, desde la creencia de que un estado grande era la garantía de buenos servicios públicos y bienestar social. Este argumento se ha vuelto progresivamente insostenible, como veremos más adelante. Al mismo tiempo, ha llevado a muchos políticos y ciudadanos a identificar el estado y la sociedad como si fueran una y la misma cosa. Las instituciones independientes, que son el corazón de la Gran Sociedad, han sido, mientras tanto, ignoradas y marginadas.

La excepción a esto ha sido, por supuesto, Margaret Thatcher. Es difícil dimensionar hoy en día la ausencia de libertades económicas –que hoy tomamos como obvias– que sufrían los ciudadanos ingleses en los años setenta. La mayor parte de la economía inglesa en esos años era estatal, incluyendo

parte de los canales de televisión, el agua, la electricidad, el carbón, el acero, los astilleros navales, el transporte carretero y aéreo y la industria automotriz. Los precios de muchos bienes eran fijados por el estado y no por mecanismos de mercado. El control de la divisa extranjera delimitaba estrictamente la cantidad de dinero que podía introducirse o sacarse del país y asimismo estaba limitada la inversión extranjera. La tasa máxima impositiva era de 83%.

Este relativo declive económico no podía continuar y, efectivamente, no lo hizo. Como respuesta, Thatcher hizo retroceder las fronteras del estado, abolió los controles de divisa, recortó la imposición directa, desreguló la ciudad de Londres en el “big bang”, rompió el poder de los sindicatos y liberó los mercados laborales. Su gobierno privatizó la mitad de lo que era conocido como “el sector comercial del estado” y vendió un cuarto de las viviendas públicas.

Es menos conocido, sin embargo, el hecho de que el gobierno de Thatcher centralizó fuertemente todo lo que quedó. El gran problema detrás del declive económico de los setenta era la creciente ingobernabilidad de Inglaterra. Esto se veía, entre otras cosas, en la ausencia total de control sobre el gasto público. En particular, el aumento del gasto hasta un 50% del PIB que en los años 1975 y 1976 precipitó una crisis fiscal y obligó al gobierno de Callaghan a llamar al Fondo Monetario Internacional (FMI). Durante la década de los ochenta, el gobierno buscaba desesperadamente reducir el gasto público y la inflación y esto, en conjunto con la exigencia de justificación central del gasto, terminó por aumentar el control central en educación, salud y policía. El efecto se hizo más evidente en los gobiernos locales, donde muchos de sus consejos locales gastaban enormes cantidades de dinero y aumentaban sus propias tasas —y, de ese modo, aumentaban también la inflación, ya que las tasas eran incluidas en su cálculo—. Todo esto, en parte, por hostiles razones políticas. Como reacción, el gobierno de Thatcher impuso la regulación central del gasto local, concentró más poderes tributarios en el gobierno central y limitó las tasas locales.

Como esta pequeña historia nos muestra, hay dos formas en que el estado puede crecer: puede crecer económicamente, cuantitativamente, en libras, chelines y peniques tomando a través de impuestos más de aquello que pro-

ducimos cada año; o puede crecer socialmente, cualitativamente, en las diferentes formas en que afecta nuestras vidas, objetivos y proyectos. Una nueva regulación puede no afectar el PIB pero, al mismo tiempo, tener un enorme efecto en nuestras vidas. El estado puede ser extensivo, invasivo, o ambos.

El gobierno de Thatcher redujo la capacidad invasiva del estado, pero económicamente su extensión apenas cambió entre 1979 y 1997, con cerca de un 36% o 37% del PIB consumido por los impuestos. Desde 1997, sin embargo, el estado ha crecido rápido en ambas direcciones. Antes de la crisis del 2010, estaba proyectado que el 43% del PIB se fuera en impuestos. Es decir, un aumento de cerca de un quinto en trece años. Esto es suficientemente malo, pero el resultado final es que hoy el estado consume un impresionante 48% del PIB, más de diez puntos porcentuales completos adicionales con respecto a 1997. Mientras tanto, el número de aquellos que están directa o indirectamente empleados por el estado alcanzó durante la primera década laborista los 6.8 millones de personas, 784.000 más que en 1997.

Es en el sentido social, cualitativo y, por lo tanto, más difícil de medir, que la diferencia se ha marcado especialmente. Durante el segundo y el tercer período de Tony Blair se tomaron algunas medidas para descentralizar el poder. Se habló inagotablemente acerca del empoderamiento de la comunidad y la ciudadanía y se lanzó una serie de comisiones y planes de acción. Pero la realidad fue que esos planes enfatizaron la participación más que el contenido, reflejando un punto de vista oficial y mecanizado de la interacción social, más que uno sustantivo. En muchos casos las “colectas comunitarias” significaron simplemente recolectar recursos desde distintos cuerpos estatales más que poner a prueba una idea filantrópica con la gente local. El resultado ha sido elocuentemente descrito como “simulación de la sociedad civil” y ha creado más dependencia que antes en el estado.

La verdadera tendencia bajo el laborismo fue hacia la centralización, pero con el estado volviéndose mucho más invasivo luego de 1997. Por ejemplo, sus créditos impositivos exigían no solo una prueba de los ingresos del hogar, sino que demandaba detalles acerca de la manutención del hogar para pagar por el cuidado de los niños. Sus créditos de pensión se in-

rodujeron para ayudar a los pensionistas pobres, pero estaba proyectado que proveyere apoyo financiero del estado a un 75% como resultado del rápido crecimiento de las demostraciones de ingresos. Sus fondos para niños o “bonos bebé” introdujeron al estado en la vida de las personas desde el nacimiento, mientras que el programa Estrella Segura extendió la influencia de aquel durante los primeros años.

Más allá de los propios ministerios, surgió una enorme burocracia de organismos no sometidos a elección popular para ejercer el poder público bajo la orden de los ministros, pero con una mínima rendición de cuentas al Parlamento. En agosto de 2007 se reveló que el gasto estatal en agencias estatales había aumentado en un 700% desde 1998. Como un ejemplo notable, antes de la abolición del Consejo de Aprendizaje y Habilidades –una organización cuyo propósito era asignar los fondos para instituciones educacionales vocacionales– este tenía 148 personas contratadas solo en su departamento de recursos humanos. Luego de su abolición, cinco nuevas agencias estatales tomaron su lugar.

Mientras tanto, regulaciones tontas o innecesarias proliferaron bajo los laboristas. Las investigaciones internacionales muestran que las barreras de entrada para hacer negocios en Inglaterra aumentaron significativamente. Así, los manuales de impuestos Tolley –libros de referencia estándar en la industria– aumentaron su tamaño desde 2529 páginas en 1997 a 7838 páginas en el año 2008. Mucho de esta nueva legislación, gran parte derivada de las directivas de la Unión Europea, se introdujo en las áreas de salud y seguridad, leyes laborales y planificación y también en industrias específicas. Enormes y costosas industrias de fiscalización y auditoría emergieron para monitorear y aplicar esa legislación.

¿Por qué ocurrió esto? Hay que decir que este nuevo estatismo no fue un accidente. Al contrario, sus causas fueron profundamente ideológicas. En las palabras del profesor Anthony Giddens, el supuesto gurú de la Tercera Vía, “solo un sistema de bienestar que beneficie a la mayoría de la población generará una moralidad ciudadana común”. Esta extraordinaria afirmación se sostiene sobre tantos supuestos socialmente dañinos y falsos que dificulta

un análisis breve. Implica un intento deliberado para diseñar y construir la mayor dependencia posible de los ciudadanos respecto al estado. Formalmente, el concepto “socialismo de estado” ha sido abandonado, pero en los hechos, un nuevo nivel de intervención ha sido agregado.

Así, bajo el gobierno de Gordon Brown el estado no solo cumplió sus tradicionales funciones impositivas, policiales y defensivas, ni se limitó a las funciones post 1945 del estado de bienestar o a las políticas para impulsar el empleo y la política industrial de los primeros gobiernos laboristas. Muy por el contrario, se desarrolló bajo este gobierno, una relación directa con todos los ciudadanos británicos y residentes. Casi todos contribuyeron impositivamente y la mayoría recibió algún tipo de apoyo financiero de acuerdo a su necesidad, ya sea a través de demostraciones de ingresos o a través de transferencias ad hoc (bonos). En nombre de la eficiencia había un mínimo de independencia jerárquica u otras instituciones intervinientes entre el fisco y cada hogar. El *ethos* del gobierno se convirtió en una continua intervención y micro-administración en la cual ciertos grupos específicos eran puestos en la mira, al tiempo que los incentivos económicos eran usados para redistribuir recursos o modificar comportamientos, con una enorme complejidad y con fraudes en el sistema de impuestos y beneficios como resultado. El gobierno central estuvo toda la década pasada, ya sea canalizando estas transferencias o clasificando a las personas.

Esta perspectiva le debe mucho a la Iglesia Escocesa, un culto en el que se encuentran posturas similares como por ejemplo la ausencia de jerarquía, el valor y la salvación individual, una comunidad inclusiva y una relación directa con Dios. Además, hay un compromiso compartido de moralizar. El foco central del servicio religioso del culto escocés es la prédica, por la cual se transmiten los principios presbiterianos basados, a fin de cuentas, en la Declaración de Fe de Westminster de 1647. De igual manera, el estado browniano no es solo un instrumento con el poder de hacer el bien, motivado por el deseo político de hacerlo, sino que es un diseño cuyo objetivo es transmitir ciertos valores a la sociedad, como si el sentido de comunidad solo pudiera lograrse compartiendo la dependencia del estado. Esta es la materialización principal de las palabras del profesor Giddens.

No podemos, sin embargo, pensar que el estado bajo Blair y Brown se modeló a partir de una sola visión. De hecho, bajo el laborismo hubo otros dos temas, ambos introducidos por Tony Blair. Uno fue el del dirigismo o dirección central al estilo francés: Tony Blair llegó al poder prometiendo liderar un gobierno “napoleónico” y cumplió. Se redujeron bastante los roles y responsabilidades del gabinete, fue contratada una nueva casta de consejeros especiales –además de los servidores públicos de carrera– y el poder central ejerció un control mucho más extremo sobre el gasto de los departamentos, la relación con la prensa y el “manejo de noticias” y la agenda de reuniones. El Parlamento fue tratado con desdén por los ministros y por el Primer Ministro.

El otro tema fue empresarial. Los laboristas veían el estado como una especie de empresa, con el Primer Ministro como director ejecutivo y el Canciller como el director económico. Históricamente, el rol del primer ministro ha sido el de primero entre los iguales en el gabinete, pero a lo largo de una generación esto ha cambiado al rol de un CEO: ha llegado a ser tanto el encargado principal de los cambios de políticas públicas como también el administrador político de esos cambios. La nueva legislación, no importa qué tan enferma o tonta, estaba equiparada a una oferta comercial. Como resultado, el número de leyes nuevas –que era de 1724 en promedio anual durante los años ochenta– pasó a ser de 3071 en promedio bajo Blair y Brown.

La influencia del modelo empresarial en el laborismo se manifestó tanto en el lenguaje como en la acción, en cosas como “UK PLC”, la “unidad de despacho” del Primer Ministro o la oficina central dedicada a asegurarse de que las metas fueran logradas. También se reflejó en la proliferación de objetivos de servicio público justificados con un lenguaje opaco de administración de empresas, en la tremenda dependencia de financiamiento por fuera del presupuesto cuyo costo nunca fue claro, en la creciente idea entre los políticos de que los servidores públicos eran agentes económicos o empleados del gobierno más que sirvientes de la corona, en la gran extensión del patronazgo del primer ministro, en la relegación de los departamentos de gobierno desde su semi-autonomía a una nueva condición de fragmentos de un todo, en la visión de los ciudadanos como clientes, en la visión de las motivaciones per-

sonales como asunto meramente de palo o zanahoria y en la creciente informalidad y ausencia de procedimientos en la parte alta del gobierno. Algunas de estas tendencias existían antes de 1997 y otras existían antes de 1979, pero todas ellas fueron ampliamente impulsadas bajo el laborismo.

EL PROBLEMA DE LA PRODUCTIVIDAD

Varios de estos desarrollos merecen ser bienvenidos. Pero muchos los recibirán con molestia, sea cual sea su afiliación política. Los de derecha sentirán una inclinación natural a rechazar y hacer retroceder lo que ven como el amenazante brazo del gobierno. Los de izquierda –incluso si ven el estado como generalmente beneficioso– sentirán preocupación con respecto al impacto de ellos en las libertades individuales.

Los asuntos primordiales en este caso no son, sin embargo, ideológicos, sino prácticos. Estos, más que cuestionar, suponen la vital importancia de tener buenos servicios públicos en el país, de alta calidad y abiertos a todos. El tema son los medios, no los fines. ¿Funciona este nuevo estatismo? ¿Está respondiendo a los problemas sociales y económicos del siglo XXI?

La evidencia muestra que la respuesta a estas preguntas es negativa. De hecho, la ineficiencia del estado está minando nuestro crecimiento y productividad a largo plazo. Los gastos financiados con impuestos tienen un impacto negativo en el crecimiento del PIB de entre un 0.14% y un 0.25% anual por cada punto porcentual de aumento. Incluso la estimación más conservadora implicaría que se ha hecho un daño al crecimiento del país de más de un 1% al año con el aumento del gasto público promedio entre 1997 y 2010.

Pero un problema incluso más profundo tiene que ver con la productividad. La productividad es un concepto abstracto, muy sujeto al cambio y difícil de medir. Se refiere, más o menos, a nuestra habilidad para generar bienes y servicios más eficientes a medida que pasa el tiempo: a obtener más excedentes a partir de un mismo estímulo. Así, es un pilar básico de la prosperidad a largo plazo de un país.

Usualmente se piensa que Inglaterra es culturalmente similar a Estados Unidos. Pero en lo que respecta a la productividad, la diferencia es evidente. Estados Unidos ha vivido una revolución de la productividad durante los últimos años, un cambio de nivel en su habilidad para producir bienes y servicios. Y la tendencia en el crecimiento de la productividad norteamericana sigue acelerándose. Los expertos no saben qué pasó ni por qué. Pero la razón principal parece situarse en el cruce de dos factores: primero, las ventajas tradicionales que Estados Unidos ofrece a los negocios, tales como mercados laborales flexibles, impuestos relativamente bajos y poca regulación. Segundo, el grado en que sus empresas han integrado los nuevos medios de comunicación y tecnologías de la información a sus negocios, especialmente en la manufactura y el retail.

El Reino Unido ha tenido a su disposición las mismas tecnologías durante este período, estando incluso por delante de Estados Unidos en áreas como la de las telecomunicaciones. Sin embargo, no ha vivido un cambio de nivel en su productividad. Al contrario, su desempeño se ha ido debilitando durante los últimos 10 años. Tampoco se ha ido acelerando el crecimiento de su productividad. A la inversa, se está creciendo más lentamente que en el pasado y más lentamente que en nuestros países industrializados competidores como Estados Unidos, Japón y algunos de la Unión Europea, por no comparar con China y la India.

Para decir más, la productividad de Inglaterra está siendo arrastrada hacia abajo específicamente por el rendimiento deficiente del sector estatal. Notablemente, un informe conjunto del Tesoro y la Unidad Estratégica de la Calle Downing dio a conocer que la productividad del sector público cayó un 10% entre 1997 y 2003. El primer año de gobierno de Gordon Brown incluyó un aumento del gasto público para incrementar la productividad, pero lo que muestran los informes del año 2010 es que el resultado de ello no fue una mejora, sino una caída en la productividad, con puntos críticos en ayuda social para adultos y niños, educación, salud, orden público y seguridad.

¿Qué hay entonces con los servicios públicos existentes? ¿Cuál es el impacto de la disminución de productividad en ellos? Pongamos como ejemplo

el Sistema Nacional de Salud (SNS). Sus recursos monetarios se han más que duplicado desde 1997. Por supuesto, algo de ese dinero ha mejorado servicios y productos en salud. Pero también significa que los costos del SNS han aumentado rápidamente, mucho más que al doble de la tasa nacional de inflación durante los 2000. Pero su productividad también ha aumentado, en la estimación más favorable, en un 1% anual desde 1999.

El SNS está en una posición extremadamente compleja. Es un proveedor cuasi-monopólico operando en un mercado con expectativas de servicio cada vez más altas, al cual los sucesivos gobiernos han intervenido constantemente y con el cual los ingleses se identifican profundamente ¿Pero cuáles son las alternativas de largo plazo para el SNS a partir de su situación actual? Tiene dos: o absorbe más y más presupuesto fiscal, desplazando otras importantes prioridades públicas, o aumenta su presupuesto según la tasa de crecimiento de largo plazo de la economía y hace cada vez menos con el presupuesto que tenga.

La paradoja es que el ajuste de financiamiento propiciado por la actual crisis financiera ha ayudado a frenar la inflación de costos que ha asediado a la SNS durante los años recientes. Pero los efectos de esta inflación han sido evidentes desde hace mucho tiempo. Fueron racionadas y retenidas drogas costosas con efectos terapéuticos comprobados. Muchas preferencias de los pacientes, como por ejemplo las de muchos diabéticos por inhalar la insulina en vez de inyectársela, fueron suprimidas. Los bebés prematuros, que podrían seguir adelante y vivir vidas felices y valiosas, fueron descritos por uno de los Colegios Reales de Medicina como “bloqueadores de camas” al impedir el tratamiento de otros bebés. A ese nivel llegaba la presión de los recursos. La SNS observa cada vez más los “estilos de vida”, como la obesidad y el uso de tabaco, para decidir si un determinado tratamiento estará disponible o no. Esta tendencia solo puede continuar.

Los mismos patrones pueden verse en otras áreas de los servicios públicos y de bienestar, tales como vivienda y educación. La conclusión obvia es que resulta cada vez menos creíble que el estado pueda encargarse por sí solo del financiamiento y la planificación, no solamente de los nuevos servicios públicos del futuro, sino que incluso de los actuales en las condiciones en

que están hoy. Nuevos diseños, nuevos recursos sociales y nueva energía –en realidad, una nueva concepción de la relación entre la sociedad y el estado– es lo que se necesita.

LA ENFERMEDAD DE LOS COSTOS DE BAUMOL

Podría argumentarse que estos problemas son de corto plazo, que están estabilizados y que son meramente circunstanciales; problemas transicionales luego de los cuales todo se ordenará y la eficiencia y la productividad retornarán. Pero en realidad, estos problemas son de largo plazo y, ciertamente, crecientes e intrínsecos a la naturaleza de los servicios públicos. Para explicar el porqué, tendremos que hacer una pequeña desviación temática hacia las artes interpretativas.

En 1966 los economistas William Baumol y William Bowen publicaron un artículo pionero sobre la productividad de las artes interpretativas. El problema es el siguiente: imagine que usted es miembro de un cuarteto de cuerdas. Todos los años usted y sus colegas requieren un ajuste de sueldo de acuerdo a la inflación, pero su productividad no aumenta. No pueden despedir a un miembro y tocar todavía el cuarteto de Hoffmeister con tres personas y si deciden finalmente tocarlo, todavía durará tanto como cuando Mozart lo escribió en 1786. En cambio, si usted trabajara en una fábrica de autos, no habría problema: la productividad ha crecido enormemente en la industria automotriz como resultado de la tecnología, la automatización y la administración de las cadenas de aprovisionamiento. Esto genera ganancias, parte de las cuales pasan a los empleados. Los costos suben, pero el beneficio, normalmente, sube más rápidamente.

El fenómeno que afecta al cuarteto de cuerdas es conocido por los economistas como la “enfermedad de los costos de Baumol”. Este generalmente surge en las industrias de servicios, las cuales tienden a ser difíciles de automatizar, difíciles de estandarizar y dependientes de personas en particular. Si usted se ha preguntado por qué los autos nuevos son cada vez más baratos y los arreglos de autos más caros que nunca, aquí encontrará la respuesta.

Ahora bien, nuestros servicios públicos son justamente eso: servicios. Hospitales, escuelas y casas de retiro son justamente el tipo de instituciones cuya productividad es difícil de aumentar. La tecnología puede hacer algunas diferencias, es cierto: las clases pueden ser puestas online, los resultados de los rayos X pueden ser enviados por correo electrónico y la cirugía puede reemplazar largos períodos en el hospital. Sin embargo, la escala de incremento de la productividad en los servicios es mucho menor que en las manufacturas. De hecho, ni siquiera es claro que siempre valga la pena automatizar servicios –como cualquiera que haya llamado a un servicio telefónico automatizado podrá atestiguar–. Muchos de estos servicios se dedican a entregar atención y cuidados apropiados. Ni los enfermeros ni los profesores pueden atender a sus pacientes o estudiantes mucho más rápido que hace veinte años y, si pudieran, quizás ni siquiera sería correcto que lo hicieran.

La enfermedad de los costos de Baumol no es culpa de nadie, es solo un hecho económico de la vida. Sin embargo, aclara la discusión sobre este asunto en tres sentidos: primero, hace evidente que los problemas aquí planteados deben ser un punto inexcusable y de largo plazo en el amplio debate político. Segundo, resalta los costos de las actuales políticas públicas: el costo de la incapacidad del estado de mantener la productividad del sector público cerca de la tendencia de crecimiento de largo plazo de Inglaterra y la forma en que las políticas recientes orientadas a hacer crecer el estado sin una reforma perdieron la oportunidad para hacer cambios estructurales cuando todavía había tiempo y dinero para hacerlos. Finalmente, la enfermedad de costos de Baumol pondrá una enorme presión alcista de largo plazo sobre el porcentaje impositivo respecto al PIB. Esto hace imposible esquivar la pregunta sobre si el estado podrá seguir proveyendo, a largo plazo, los servicios que hoy provee.

MÁS ALLÁ DEL ESTADO

Por tres razones, entonces, nuestra actual dependencia del estado se hará imposible en el tiempo. En palabras de W. B. Yeats, el punto es insostenible. Como nación, estamos demasiado comprometidos con el estado y con un

modelo único y centralizado de provisión de servicios públicos cuyo efecto es poner un enorme y creciente riesgo sobre todos nosotros.

Necesitamos pensar más allá del estado. Este alegato alguna vez podría haber sonado anticuado, irrelevante o alarmista, pero ante la actual crisis fiscal, es cada vez más compartido. La pregunta es si hemos aprendido las lecciones de nuestra sobre-dependencia del estado y si el nuevo orden emergente tendrá la energía, la creatividad y las ideas necesarias para hacer sustentable a este país durante las siguientes décadas.

Este es el contexto económico para la Gran Sociedad. En el siguiente capítulo, veremos su contexto social. Ahí también la economía –especialmente la convencional y de los viejos manuales– extiende una larga sombra. Sin embargo, el foco no estará en las limitaciones del estado como tal, sino en cómo nosotros y nuestro gobierno hemos malentendido la propia naturaleza humana.

Capítulo 3

UNA FRACTURA EN LA SOCIEDAD

*Ella miró sobre su hombro
buscando viñedos y olivos,
ciudades de mármol bien gobernadas
y naves en mares indómitos,
pero allí en el metal brillante
sus manos solo habían puesto
una naturaleza artificial
y un cielo semejante a plomo.*

*Un llano sin facciones, despojado y parduco:
ni una brizna de hierba, ningún signo de vida,
nada que comer ni sitio alguno en el cual sentarse;
aun así, congregada en su lienzo vacío,
se alzaba una multitud incomprensible,
un millón de miradas y de botas en fila,
carentes de expresión, aguardando algún signo.*

W.H. Auden, "El Escudo de Aquiles"

Auden comienza su poema en el momento de *La Iliada* en el que Homero describe el escudo que Efestos ha fabricado para Aquiles, antes de la batalla definitiva de este con el príncipe troyano, Héctor. En el escudo están representados los cielos, el océano, escenas de granjeo y danza y dos grandes ciudades. Una ciudad está en paz, con un matrimonio y una disputa legal ocurriendo. La otra está en guerra, bajo sitio y con una batalla desarrollándose. Esta es una gran metáfora de la sociedad como un todo: de la humanidad y la naturaleza, del orden y el desorden, de la razón y de la emoción, de la ley y del caos del combate.

Sin embargo, al menos en un sentido Auden mejora esta metáfora, porque en su poema el opuesto al orden no es el desorden, sino el vacío: los campos sin plantaciones, la ausencia de vida, amor o propósito humano, los individuos sumergidos en una multitud sin espíritu. La sociedad ha perdido su sentido. Homero expone la vida y la muerte, pero la imagen de Auden del vacío y la vulnerabilidad absoluta es aún más aterradora.

Las actuales preocupaciones acerca de la sociedad inglesa están bastante lejos de Auden. Sin embargo, a pesar de que la idea de Gran Sociedad ha comenzado a ganar terreno, una profunda preocupación se ha hecho evidente: una especie de pánico moral acerca de hacia dónde va nuestra sociedad y en qué se está convirtiendo. Esto puede ser visto, en relación a los indicadores sociales, como abuso de drogas y embarazo adolescente. Puede ser visto como un miedo bastante difundido a que los pueblos y las ciudades pierdan su carácter local y el país completo su identidad nacional. Puede ser visto en la falta de confianza, en la sensación de distancia respecto de aquellos que están en el poder, nunca responsables de sus acciones e incapaces de cambiar lo que debe ser cambiado. Puede ser visto en la difundida creencia de que los valores básicos se han perdido en el consumismo y en la cultura del dinero.

Estas preocupaciones sobre el futuro de la sociedad inglesa no son infundadas. Por ejemplo, Inglaterra está por debajo de varios países de la Unión Europea en una amplia gama de indicadores sociales: tenemos el mayor uso de drogas de Europa a lo largo de una década, incluyendo cocaína, anfetaminas, éxtasis y marihuana. Tenemos los mayores niveles de consumo excesivo de alcohol entre los países europeos más grandes. Tenemos, finalmente, el peor resultado en términos de embarazo adolescente y la mayor proporción de niños con padres desempleados.

La situación de los jóvenes es un indicador particularmente decidor respecto a lo que el futuro nos tiene guardado. Un reporte de la UNICEF del 2007 muestra a Inglaterra en el lugar más bajo entre 21 países en cuanto al bienestar material y educacional de los niños, con serios problemas de baja autoestima, comportamientos riesgosos, mala calidad de las familias y de la relación con los pares. Un estudio posterior muestra que más de 1.2 millones de jóvenes entre 16 y 24 años en Inglaterra, Escocia y Gales, es decir, uno de

cada cinco, están desempleados y sin estudiar ni calificarse. En el grupo de aquellos entre 16 y 19 años, el número llega al 11%, el doble que en Alemania o Francia. Recientemente, además, se ha informado que uno de cada diez niños bajo los cinco años es obeso.

Para peor, estos problemas no se distribuyen en forma pareja en la población. En general, los pobres están mucho peor que los ricos, los enfermos peor que los sanos, los viejos (y los niños) peor que los jóvenes y las minorías étnicas peor que los blancos. La decadencia social se muestra entonces como altamente regresiva, aumentando el efecto de la desigualdad de la riqueza y el ingreso existentes. De cualquier manera, todos han sido afectados en alguna medida: una encuesta de *The Observer* de mayo del 2007 mostró que, en promedio, los encuestados pensaban que Inglaterra era menos exitosa, menos acogedora, más peligrosa, menos liberal y mucho menos feliz que en 1997.

El diferente impacto de los factores sociales es especialmente marcado entre los viejos y los jóvenes. Aquellos nacidos en los años cincuenta —la generación de Tony Blair y Gordon Brown—, conocieron una Inglaterra con una relativa cohesión y seguridad. Crecieron cuando el SNS todavía se mantenía en su gloria de posguerra, ofreciendo el mejor servicio de salud del mundo, gratis y a todos por igual. Relativamente pocos fueron a la universidad, pero aquellos que no pagaban fueron subsidiados para poder estudiar. Los trabajos eran seguros y las pensiones de retiro estaban basadas en los últimos sueldos. Una pareja promedio podía pensar en tener su primera casa a sus veintitantos. Los conflictos extranjeros permanecían en el extranjero. Hasta que apareció el IRA, la amenaza de bombas en las calles inglesas era muy baja. El crimen era muy poco.

Estas ventajas no duraron ni podrían haber durado. Aunque sería absurdo dedicarse a echar de menos los años cincuenta, quienes crecen hoy no tienen muchas de las ventajas de aquella época. Pagarán —y mucho— por su propia educación superior y saldrán con una deuda importante de ella. Asistirán a un servicio de salud que se ha visto superado en calidad y resultados por sus pares internacionales. Trabajarán en un mercado que es cada vez más competitivo. Se cambiarán de trabajo y deberán volver a capacitarse muchas veces a lo largo de su vida. Podrán comprar un departamento —y no una casa— pro-

blemente no antes de los treinta y tantos. Crecerán en un país en el que el abuso de drogas es común y donde hay un extendido miedo a la violencia y el terrorismo. De esta manera, no sorprende que un excelente análisis de la juventud actual se titulara *La generación abandonada*.

En respuesta a estos problemas, el gobierno británico no se ha distinguido ni en sus políticas ni en sus acciones. Al contrario, tanto en su política económica como social, los efectos negativos del reciente crecimiento del estado son evidentes. Muchas veces obstruyen la posibilidad de mejores servicios públicos y generalmente implican una actitud profundamente insultante para el ciudadano común.

La verdadera situación ha sido muy oscurecida por la retórica política. En particular, bajo el gobierno de Tony Blair los laboristas acumularon un tremendo capital político definiéndose a ellos mismos como el partido de la compasión y la “justicia social” contra los supuestamente indolentes conservadores. Si bien hicieron un innegable aporte en el trato a las minorías y la discriminación, sus logros en justicia social —o como queramos llamarla— fueron bastante pobres.

Tomemos la desigualdad como ejemplo. En la medición económica estándar, la fuerte redistribución de los ingresos entre 1997 y 2008 casi no hizo mejoras respecto a la igualdad económica. De hecho, hasta empeoró un poco durante el período. Esto es en sí mismo una razón para preocuparse. Si un intento serio y sostenido de redistribución del ingreso no logra efectos reales durante el mayor período británico de prosperidad y paz registrado en la historia, lo que queda resaltado es la dimensión del desafío a largo plazo y la necesidad de un nuevo modo de pensar.

Mientras tanto, más allá de algunos aciertos, también debemos decir que la expansión del estado bajo el gobierno laborista dañó activamente la justicia social de varias maneras: terminó siendo un sistema increíblemente complejo de privilegios y beneficios que el pobre luchaba por entender; un sistema de ahorro que desincentivaba el ahorro; un sistema con fuerzas policiales más preocupadas de sí mismas que de los demás; un sistema de “bonos bebé” que entregaba la misma asignación a niños ricos que a niños pobres; un sistema de vivienda concentrado en generar pequeños departamentos y

menos áreas verdes; escuelas con más edificios nuevos pero menos libertad educacional; un sistema de justicia penal muy poco accesible a las víctimas y un Sistema Nacional de Salud que trataba de mejorar su desempeño, sabiendo en realidad que su productividad decreciente significaba menos operaciones, menos tratamientos, más enfermedades y muertes más tempranas.

Se estima que Inglaterra tiene alrededor de 4.2 millones de cámaras de seguridad, más que cualquier otro país del mundo con excepción de la China comunista. Muchos de los derechos ciudadanos básicos de los ingleses han sido deliberadamente erosionados, mientras que una gran cantidad de nuevas regulaciones incentivan la deshonestidad y el fraude. La movilidad social ha declinado. Mientras tanto, 3.8 millones de personas en Inglaterra han sido arrastradas al sistema impositivo, 2.7 millones de ellas corresponden a los menos privilegiados y el quintil más pobre de la población paga en impuestos, un porcentaje más alto de sus ingresos que los más ricos. ¿Dónde está la justicia social en todo esto?

De esta manera, no sorprende mucho que la confianza popular en el gobierno haya sido especialmente baja incluso antes de los actuales escándalos por gastos parlamentarios. Esto no es un simple asunto de baja asistencia al votar en las elecciones. Lo que es especialmente preocupante es cómo este desinterés se reparte entre las variables de edad, etnicidad e ingreso. En las elecciones generales de 2005 solo un 37% de los jóvenes entre 18 y 24 años votaron, a diferencia de un 75% de aquellos sobre 65. Entre aquellos pertenecientes a alguna minoría étnica, un 47% votó, mientras que un 62% de los blancos lo hizo. Entre aquellos pertenecientes a los segmentos socioeconómicos D y E, un 54% votó, mientras que un 70% de aquellos pertenecientes a los segmentos A y B lo hicieron.

Al revés de la teoría convencional, para estos grupos el problema no es la supuesta dificultad para ir a votar. Tampoco es que esos votantes no se preocupen de los asuntos diarios: de hecho lo hacen, como demuestra el florecimiento de las “causas ciudadanas”. En realidad, el problema está relacionado con la pregunta que se hacen muchos ciudadanos: ¿Vale la pena votar? Parecería que el contrato social básico —el trato implícito a partir del cual las personas intercambian compromiso social por seguridad— comienza a de-

rrumbarse. En vez de representantes electos, ellos ven una clase política y mediática homogénea que ha perdido toda conexión democrática con el votante ordinario; de allí, entonces, la pérdida de la legitimidad y de la autenticidad política que la democracia genera.

LA ALIANZA NO SAGRADA

¿Por qué pasó todo esto? Aquellos que se encuentran en la izquierda del espectro político, atribuyen la descomposición social a lo que ellos ven como individualismo egoísta y desigualdad creada por el thatcherismo. Aquellos ubicados en la derecha, lo atribuyen a un manejo pobre de la economía de largo plazo, el crecimiento de la regulación permisiva y el declive de la Iglesia.

Sin embargo, en un nivel más profundo hay otro fenómeno bastante más sutil operando. Este consiste en las creencias arraigadas acerca de la naturaleza humana y de la economía que pueden encontrarse en la administración pública británica. Estas creencias se revelan en las políticas públicas, en el comportamiento del gobierno y en una serie de explícitos documentos básicos de análisis económico, tales como *El libro verde de la Tesorería: apreciación y evaluación en el gobierno central*. Lo que ellos reflejan, en general, es que el gobierno británico está secuestrado por una concepción de la economía muy dañina y obsoleta, sacada de manuales de los años setenta.

Es esta aproximación de manual la que ha fundamentado y legitimado muchas de las políticas públicas y gran parte de la centralización y crecimiento del estado. Ha hecho parecer necesaria, e incluso apropiada, la reciente obsesión con las soluciones impuestas desde arriba y la micro-administración. Al mismo tiempo, como veremos, ha impulsado una políticamente útil creencia en la desregulación de los mercados financieros, de modo que la sabia, activa y vigilante regulación bancaria por profesionales ha sido reemplazada por una cultura de chequeo burocrático.

Esta economía estándar trata a los seres humanos como si fueran puramente egoístas, eternos calculadores de costos y beneficios y muy sensibles a costos y ganancias marginales. Es extremadamente matemática y se expresa

canónicamente no en palabras, sino en ecuaciones de cálculo y estadísticas. Exploraremos esta forma de pensar y analizaremos sus fortalezas y debilidades en detalle. Pero el punto central que quiero dejar claro es que ella ha ejercido un monopolio invisible de ideas y de instrumentos de política pública en la cabeza de nuestros más importantes servidores públicos y políticos. Y, como todos los monopolios, este ha tenido malignas consecuencias.

CRÉDITOS IMPOSITIVOS

El actual sistema de créditos impositivos es un excelente ejemplo de esta mala forma de pensar en acción. La idea de un impuesto a la renta negativo fue introducido por Geoffrey Howe en los años 60, basado en una sugerencia original de Milton Friedman. Fue desde entonces considerado y descartado –principalmente por su complejidad– por varios cancilleres, hasta que fue lanzado en la forma de créditos impositivos en 2003 por el en ese entonces canciller Gordon Brown.

Los créditos impositivos son relativos a los medios, por lo que dependen de los ingresos del beneficiario. Cuando ese ingreso cambia, es imposible que ocurran sobre pagos o sub pagos. Pero hace una gran diferencia si el sistema elegido complementa los ingresos antes o después de que ellos sean realmente recibidos. Si el sistema complementa los ingresos después de que ocurran, la familia podría verse en aprietos económicos en el período antes del complemento. En cambio, si el crédito impositivo se paga antes de recibir el ingreso, el sistema se vuelve mucho más complejo y los sobrepagos –y la consecuente obligación del gobierno de exigir devolver el dinero recibido en exceso, ya que se trata de fondos públicos– se vuelven mucho más frecuentes. Cómo diseñar un sistema como este es, entonces, un llamado al juicio político y administrativo.

Varios diseños diferentes se han aplicado en Estados Unidos, Canadá y Australia. Así, existía una gran cantidad de experiencias previas y antecedentes acerca de sistemas de crédito impositivo. Pero como canciller, Brown no adoptó ninguno de esos diseños y, en cambio, decidió innovar y crear por sí solo un nuevo, predecible y en extremo complejo sistema de pago de créditos imposi-

tivos. Este sistema no fue administrado por el departamento de Trabajo y Pensiones, sino por la pequeña y administrativamente inexperta Tesorería misma.

Los resultados son desastrosos. El comité de cuentas públicas de la Casa de los Comunes descubrió el 2008 que el gobierno había sobrepagado 6000 millones de libras durante los primeros tres años de funcionamiento del sistema. Un total de 2300 millones de libras habían sido desperdiciadas. Lo suficiente, por ejemplo, como para mantener el actual sistema de subsidios públicos al sistema de correos por quince años.

Durante este período, los sobrepagos afectaron a 1.9 millones de familias— casi un tercio de los beneficiarios— en vez de a las 750.000 originalmente proyectadas. Algunas de estas familias cayeron en deuda cuando el estado trató de recuperar el dinero público que ya había entregado. Y lo que es casi peor: el sistema era vulnerable al fraude y al abuso al grado de promoverlos. Se descubrió que 200.000 “padres solteros” más de los que en realidad existían de acuerdo a la Oficina Nacional de Estadísticas pidieron créditos impositivos.

Parecería absurdo decir que parte del problema con los créditos impositivos era que sus creadores tenían una pobre comprensión de la economía. Sin embargo es cierto, y esa realidad generó tres desastrosos efectos. El primero es que ellos asumieron equivocadamente que la gente entendería y sería capaz de actuar racionalmente en medio de la enorme complejidad del nuevo sistema. Es decir, asumieron que las personas eran mucho más racionales económicamente de lo que realmente son. De hecho, el sistema es tan complejo que hasta los expertos tienen serios problemas para entenderlo.

El segundo efecto fue fijar la atención en el margen, es decir, no en la enorme cantidad de personas que serían ayudadas en sus vidas por una política simple, sino que en el pequeño número de personas extra que podrían ser ayudadas, o ayudadas en mayor medida, por un sistema más complejo. El argumento estaba listo desde antes: ¿por qué no preocuparnos también de este grupo de personas? Después de todo, tienen necesidades a veces muy serias y la complejidad adicional requerida no está registrada por el modelo, por lo que, así, no tiene un costo cuantificable. Además—por supuesto— esta gente extra también era votante. Pero si ellos eran ayudados, ¿por qué no seguir con el grupo siguiente, y el siguiente...?

Así es como un foco de políticas públicas puesto en casos marginales tiende naturalmente a incrementar la complejidad y arrastra a los diseñadores de políticas al error. Por supuesto que es necesario un balance, pero la complejidad lleva automáticamente al despilfarro y crea nuevas oportunidades y tentaciones para defraudar al sistema. Así, una decisión económica puede tener efectos sociales y morales inesperados.

El efecto final de la perspectiva estándar fue crear más problemas cuando, como muchos predijeron, el sistema fracasó. En la teoría económica ortodoxa se asume que las personas tienen reacciones iguales y excluyentes respecto a la ganancia o a la pérdida. Pero las investigaciones sobre comportamiento económico llevadas adelante desde los años noventa han demostrado que esto no es cierto. De hecho, la mayoría de las personas son adversas a la pérdida, lo que significa que tienen mayores deseos (más o menos el doble) de evitar perder antes que de ganar más. El sistema de créditos impositivos no reconocía esto y por eso no tenía problema en crear pérdidas inesperadas a una enorme cantidad de personas cuando el gobierno pedía de vuelta los sobrepagos asignados a ellas. Por esa vía hizo una significativa, continua y evitable contribución al sufrimiento humano.

LOS DESCONTENTOS DEL CAPITALISMO

Lo dicho no es más que la mitad del cuadro completo. Las políticas fallidas y el temor al declive social no son la única razón de la pérdida de confianza. Las preocupaciones públicas van bastante más allá de esto, incluyendo temas como la pérdida de pertenencia, de valor, de expectativas confiables y de control. Camine hoy por casi cualquier ciudad o pueblo y verá el efecto de la “Inglaterra de pueblos clonados”, donde las calles comerciales han sido reemplazadas por malls o supertiendas y los negocios locales por espacios monocromos de cadenas nacionales y globales: cualquiera de estos lugares podría ser cualquier otro. Los valores locales, costumbres y tradiciones han sido superados por programas nacionales de

venta y existe muy poco poder local como para cuestionar o influir en estos cambios, especialmente una vez que ya han ocurrido.

Muchos de estos miedos son reflejados en y a través del movimiento verde y se enfocan en los efectos de una sociedad marcada por ir más rápido y tenerlo todo: estrés, mala salud, ruido, congestiones de tránsito, extensión inorgánica de las ciudades y contaminación. Esta nueva conciencia ha llamado la atención a muchas personas acerca del costo de su modo de vida, tanto para otros como para el planeta.

Incluso entre aquellos a los que no les preocupa el medio ambiente existe la sensación de que algo está mal y de que, de alguna manera, la identidad y el carácter humano se ha ido perdiendo gracias a una especie de ley de Gresham¹³ a partir de la cual la cultura monetarizada desplaza otras prioridades y valores tradicionales. Muchas personas han concluido que el problema profundo no es individual ni nacional, sino que es el capitalismo corporativo internacional mismo. Es supuestamente este sistema el que exalta la ambición y el materialismo en las personas. Es este el sistema que ha liberado las fuerzas económicas que azotan el mundo y es ante este que hasta las naciones son, se cree, impotentes.

Esta línea de pensamiento asume equivocadamente que solo existe un tipo de capitalismo –como veremos más adelante–, pero esté usted o no de acuerdo con ella, la preocupación respecto a que el carácter humano sea cada vez más conducido por el miedo y la ambición es importante. Ya hemos mostrado que el gobierno británico ha sufrido de una deficiente comprensión de la economía. Pero esto también se aplica a nuestra incomprensión fundamental respecto al comportamiento humano. Como sociedad, nos hemos ido acostumbrando cada vez más a creer que los seres humanos son básicamente animales económicos antes que sociales, que su comportamiento siempre está motivado y explicado por el auto-interés y el deseo de ganancia. Que siempre queremos más riqueza, poder y estatus y que, por

13 Ley económica que establece que cuando se percibe una moneda circulante como mala y otra como buena, las personas preferirán ahorrar la buena y hacer circular la mala, imponiéndose la segunda en el mercado.

eso, fijamos nuestra atención en el margen de ganancia, donde los costos netos se encuentran con el beneficio.

Esta visión del ser humano es muy seductora y en las décadas recientes ha tenido un enorme apoyo cultural desde una amplia gama de fuentes. Los medios de comunicación la han promovido infinitamente, como si las transferencias de jugadores de fútbol y los *reality shows* fueran las únicas formas de interacción humana. Más que nada, el fenómeno se ha alimentado a sí mismo, porque una vez que las personas comienzan a verse entre sí como agentes movidos exclusivamente por la ambición económica o financiera, comienzan a tratarse así. Luego, una vez que se tratan así, comienzan todos a comportarse de esa manera. Y así esto se sigue extendiendo.

Existen otros dos factores que han jugado un rol importante. El primero es que cualquier acción, en principio, puede ser explicada como si fuera egoísta. ¿Por qué la gente actúa de modo altruista? No porque quieran ayudar a otros, sino porque quieren sentirse bien con ellos mismos. ¿Por qué están dispuestos los soldados a morir en batalla? No porque amen a sus compañeros o porque crean en una causa, sino por un prestigio personal o por la gloria familiar. ¿Por qué un político se dedica a eso? No por su carácter, ideas o sentido vocacional, sino por pura ambición. Todo suena muy convincente, pero, como siempre, una teoría que quiere explicarlo todo termina explicando nada.

Sin embargo, el punto de vista egoísta puede también, sorpresivamente, ofrecer explicaciones genuinas y útiles. Todos nos portamos de manera egoísta a veces, y algunas personas lo hacen muy seguido. De hecho, más sorpresivamente aun, la perspectiva egoísta puede explicar e incluso predecir el comportamiento de los agregados humanos. Y de eso se trata buena parte de la economía moderna.

No obstante, como punto de vista normal respecto a las motivaciones humanas, la perspectiva egoísta es muy peligrosa e inadecuada, como veremos. Pero antes, necesitamos explicar cómo es que aparece originalmente. ¿Cómo llegamos a ella? ¿Cómo logra su actual preeminencia cultural y estatus en la reflexión pública?

ENTRA *HOMO ECONOMICUS*

La idea de que las personas son económicamente auto-interesadas de una manera pura tiene una de sus raíces más tempranas en el pensamiento del filósofo griego Epicuro. Pero su estado actual es creación de las últimas tres centurias. Esta idea emergió junto a la profesionalización de la economía como una disciplina académica.

Es un poco injusto decir que la economía es una disciplina que comenzó con Adam Smith y *La Riqueza de las Naciones* en 1776, ya que no fue así. Más bien, él creó un repaso sistemático de muchos argumentos e ideas económicas que ya estaban dando vueltas en su época. Por ejemplo, mucha gente probablemente asociará las palabras *laissez faire* con la economía smithiana, pero en realidad fueron acuñadas por Mirabeau y fueron los fisiócratas franceses –primero y principalmente Francois Quesnay– quienes desarrollaron la mayoría de las ideas económicas claves del momento. La genialidad de Smith consiste en poner juntas estas ideas y unificarlas en un nuevo cuerpo de pensamiento.

Smith puede haber sido el primer economista moderno, pero él no se entendía a sí mismo como eso; más bien se veía como un filósofo moral, un profesor de derecho y –de hecho– un científico social. Así, él trabajaba con problemas e ideas económicas, pero solo en su amplio contexto social, histórico y político. Él, sin duda, no creía que los seres humanos fueran puramente egoístas. De hecho, escribió la *Teoría de los sentimientos morales* en 1759 para defender un punto de vista bastante distinto, que consistía en que la simpatía o la compasión estaban en la base psicológica de la personalidad moral.

La teoría de los sentimientos morales se inicia con las siguientes líneas:

“Con todo lo egoísta que pueda suponerse que es un ser humano, hay evidentemente algunos principios en su naturaleza que lo hacen interesarse por el destino de otros y que hacen necesaria su felicidad para él, aunque no reciba nada de ello más allá de la felicidad de contemplarla. De esta naturaleza es la compasión o lástima, la emoción que sentimos por la miseria de otros cuando la vemos o la consideramos de una manera vívida”.

Desde el punto de vista de Smith, la moral personal y las normas sociales emergen de un proceso de imaginación y reconstrucción de la experiencia de otros. Lo que importa no es tanto la compasión como lástima, sino la compasión como empatía. De esta perspectiva este libro, *La Gran Sociedad*, es un modesto y distante, pero directo, descendiente.

Volvamos. Por más de cien años después de Smith, los grandes pensadores económicos vinieron de las más variadas disciplinas: David Ricardo era un especulador de la bolsa, Leon Walras un matemático, William Stanley Jevons un científico natural y Carl Menger un abogado. El último economista que tuvo una formación universal comparable fue Friederich Hayek, quien se formó en las áreas del derecho y la economía, pero también publicó en áreas como psicología y filosofía política. Fue Hayek quien destacó que nadie puede ser un gran economista si es solo economista.

Tanto teórica como prácticamente, el pensamiento económico temprano estaba incrustado en lo social y en ninguna parte es más claro que en el propio Adam Smith. Sin embargo, si uno mira cualquier manual actual estándar de economía, se da cuenta de que algo ha cambiado drásticamente desde entonces. De hecho, muchos de los actuales manuales de economía parecen libros introductorios de física o matemática. Están llenos de fórmulas y gráficos y usan palabras como “equilibrio” y “elasticidad”, pero normalmente no hacen referencia histórica, social o política alguna. ¿Qué cambió entonces? ¿Y por qué?

En *La riqueza de las naciones*, Smith presentó una descripción verbal del funcionamiento de la economía de mercado. Fue publicado en un punto crucial de la historia británica, en el cual los avances científicos de la Ilustración estaban siendo usados para conducir la revolución industrial. Los economistas miraban maravillados los nuevos motores a vapor, los ferrocarriles y la electricidad y notaban que ellos no habían fabricado ningún motor a vapor o ferrocarril. De hecho, no habían hecho nada muy importante hasta el momento.

Por eso los primeros economistas miraron naturalmente a las ciencias exactas. En particular a la obra maestra de Newton, *Principia Mathematica*, que era vista como el libro definitivo de las leyes de la física y que expresaba esas leyes en la forma matemática de la geometría euclidiana. ¿Qué podía ser

entonces más natural que el deseo de mimetizarse con las ciencias naturales, con sus elegantes métodos matemáticos, sus rigurosas medidas y su increíble capacidad predictiva? Esto significaba una cosa sobre todo: el uso a toda escala de las últimas técnicas matemáticas.

Tomemos los mercados como ejemplo. En el trabajo de Adam Smith hay muchos análisis de mercados y de las diferentes formas en que trabajan. Sin embargo, a lo largo del siglo XIX esas descripciones verbales comenzaron, cada vez más, a ser consideradas como imprecisas. De allí que el resultado de generaciones de economistas haya sido introducir varias características matemáticas específicas que deben darse para que exista, en teoría, un mercado, como por ejemplo llevar la oferta y la demanda a un equilibrio eficiente.

Esta tendencia matematizante emerge y se refuerza desde un deseo de alejar a la economía de los desordenados detalles de la sociedad comercial —que era cualquier cosa menos modelable en ecuaciones— y acercarla a la más amigable atmósfera de las abstracciones teóricas. Esto fue bendecido por John Stuart Mill, que es el modelo del intelectual público decimonónico. La economía política —decía Mill— “no se trata de toda la naturaleza humana modificada por la vida social ni de toda la conducta del hombre en sociedad, sino que se trata del ser humano, como individuo, que desea poseer riqueza y que es capaz de hacer juicios respecto a la eficacia comparativa de los medios para obtenerla. Predice solo aquellos fenómenos sociales que se producen como consecuencia de la búsqueda de riqueza y hace abstracción de toda otra pasión o motivo humano”. Así es como la sociedad fue abolida públicamente por el pensamiento económico y por el intelectual estrella del liberalismo de la época, nada menos.

El proceso de hacer la economía más matemática dio un enorme paso adelante con la publicación de la gran síntesis de Alfred Marshall, *Principios de economía*, en 1890. Sin embargo, a pesar de que Marshall creía fuertemente en la importancia del rigor matemático, también sabía que los gráficos y ecuaciones perderían al lector lego. Para él, las matemáticas eran un atajo, una heurística usada para llegar a resultados cuya expresión final debía estar en inglés común y utilizar ejemplos reales.

En parte, como consecuencia de esto, el libro de Marshall fue un gran éxito y su influencia se extendió hasta la Segunda Guerra Mundial. Ese éxito fue repetido luego de la guerra por Paul Samuelson con su famoso texto *Economía*, de 1948, que era una presentación comprensiva de la economía neoclásica desde sus fundamentos. En buena medida, él puso al día, refinó y extendió el trabajo de Marshall. Sin embargo, también innovó en dos sentidos. El primero fue en el contenido. El período entre-guerras vio el triunfo de John Maynard Keynes y sus ideas sobre un gobierno activo. En su *Teoría General* y en su propio rol como consejero de gobierno, Keynes dio clases magistrales en demostrar cómo una teoría económica, vigorosamente defendida, podía tener profundos efectos en las políticas públicas. De acuerdo al no muy modesto Keynes y sus acólitos, su teoría había por fin logrado lo que los economistas habían soñado por largo tiempo: explicaba las causas de los males económicos de la Inglaterra de entre-guerras como un déficit de demanda sumado a un enorme desempleo, que había tenido como resultado el estancamiento. Pero, en segundo lugar, también daba una receta al gobierno para curar el mal a partir de un gasto estatal de gran escala apuntando directamente al pleno empleo. Esto ha dado a Keynes el estatus de héroe para la izquierda política, a pesar de que en muchos sentidos –especialmente en su énfasis en la inevitable falta de certeza de la vida humana, su pragmatismo y su atención a cómo las personas realmente se comportan– él mostraba un espíritu más bien conservador.

El libro de Samuelson parecía también un golpe de timón, ya que mostraba cómo las ideas de Keynes podían ser incorporadas en una matriz neoclásica. Así fue que nació un consenso en políticas públicas que duró hasta los años setenta y un cuadro teórico de la economía que permanece todavía dominando la opinión pública.

Otro evento merece ser mencionado en esta breve historia: la publicación de *El cálculo del consentimiento* de James Buchanan y Gordon Tullock en 1962. Este libro dio inicio a lo que sería conocido después como la teoría de la elección pública, que consiste en la aplicación de principios económicos a asuntos políticos, tales como las votaciones, el trabajo de los grupos de presión y el

comportamiento de los políticos, entre otros. Este libro es especialmente importante para nuestra discusión en dos sentidos: en primer lugar, por el hecho de que mostró que muchos juicios políticos estaban basados en la economía y, en segundo lugar, porque propuso que los políticos y los burócratas, lejos de estar siguiendo una vocación de entrega al servicio público –como muchas veces decían–, actuaban en realidad por motivaciones puramente económicas. El efecto de esto fue repudiar el énfasis en la virtud cívica y en la vida política como una vocación que había estado presente en la teoría política desde Aristóteles. En cambio, la política era postulada como subordinada a la economía y parecía por fin quedar expuesta la explicación teórica para cientos de años de votantes enojados con los políticos y los servidores públicos.

Por su parte, Paul Samuelson compartía la pasión de Marshall por el rigor. Pero, a diferencia de Marshall, él se veía a sí mismo escribiendo para una audiencia semi-profesional de estudiantes y académicos más que para el hombre común. Así, estaba más deseoso de usar ideas, metáforas y técnicas de matemática y física, que contribuían a la sensación de que se era parte de algo privilegiado, experto e importante. El resultado final, reforzado por el Premio Nobel de economía ganado por Samuelson en 1970, fue un gran salto en el prestigio intelectual y la fama de la economía como objeto de estudio. Las universidades adoptaron ampliamente el libro de Samuelson, tanto en Inglaterra como en Estados Unidos; los universitarios se rascaban la cabeza y a veces lo entendían, y muchos de ellos son hoy políticos, servidores públicos o tecnócratas.

Finalmente, hay otro punto de continuidad más melancólico. En su deseo de presentar una síntesis comprensiva y unificada de su objeto de estudio, tanto Marshall como Samuelson descartaron y pasaron por alto la existencia de voces disidentes y puntos de vista en competencia. El efecto fue reforzar la idea de una ortodoxia dentro de la economía, lo que a su vez influyó fuertemente sobre la agenda de investigación y guio las decisiones en las universidades al momento de organizar las cátedras.

EL REGRESO A LA REALIDAD

Sin embargo, el año 1970 también puede ser visto como el punto en el que la ortodoxia de la academia económica comienza a cambiar, fragmentarse y rearticularse. Fue casi exactamente en ese momento en el que la profesión económica comenzó a volver a la realidad. Es cierto que el método se volvió cada vez más matemático, pero el objeto cambió, porque usar la teoría económica para explicar y predecir el mejor comportamiento humano se volvió una preocupación central para la disciplina. Buenos ejemplos de esto son, entre otros, el uso de la psicología cognitiva por Daniel Kahneman y Amos Tversky para explicar los errores comunes en el razonamiento humano, la extensión de Gary Becker de la economía hacia la sociología, el crimen y las dinámicas familiares, e incluso el análisis de George Akerlof de la asimetría de información en los mercados.

La actual comprensión de la economía, sin embargo, refleja pocos de estos cambios de la disciplina. Al contrario, permanece sumergida en los manuales de los años setenta. De esta manera, la situación presente acumula ironía sobre ironía: mientras más matemática se volvía la economía, menos comprensible se volvía para la persona promedio cuyo comportamiento se buscaba explicar; mientras menos comprensible se hacía, más aumentaba su prestigio; y mientras más prestigio acumulaba, más gente la estudiaba. Así, una teoría dedicada a explicar los mercados y la competencia lograba prácticamente un monopolio en su propio espacio de mercado. Con cada avance dentro de esta ruta, la teoría económica se volvía más lejana al mundo real. Y justo en su apogeo, en su punto de mayor distancia respecto a la vida humana y su infinita variedad, fue que la economía estándar entró al gobierno británico y a la opinión pública británica. Y ahí se ha mantenido y crecido.

Como Mill habría querido, en esta visión general todo elemento contextual ha sido purgado desde el pensamiento original de Adam Smith: tiempo, espacio y personas ya no existen. La razón se reduce al mero cálculo. Lo que queda es un mundo perfecto, con mercados perfectos modelados por la com-

petencia perfecta: una versión económica del Nirvana que tiene poco, si es que algo, que ver con el mundo que vemos a nuestro alrededor todos los días.

En las palabras de Auden, en vez de olivos, viñas y ciudades bien gobernadas, hay “Una naturaleza artificial/ y un cielo semejante a plomo. / Un llano sin facciones, despojado y parduzco:/ ni una brizna de hierba, ningún signo de vida,/ nada que comer ni sitio alguno en el cual sentarse”. Es un logro técnico imponente. Pero si nuestra comprensión de la economía descansa puramente en él, entonces esa comprensión será grosera y peligrosamente deficiente.

La Gran Sociedad contiene una visión alternativa mucho más positiva y persuasiva, tanto de la naturaleza humana como de las fuentes de la riqueza y el bienestar humanos. Pero primero debemos mirar los presupuestos básicos de esta visión económica de la humanidad más de cerca.

Capítulo 4

ECONOMÍA DEL *RIGOR MORTIS*

*Las matemáticas trajeron rigor a la economía.
Desafortunadamente, también trajeron mortis.*

Kenneth E. Boulding

Es media tarde. Usted está en la oficina y debe trabajar. Pero el sol brilla y los amigos lo invitan a un picnic. La cerveza se entibia más y más a cada minuto que pasa. ¿Qué hacer?

Por suerte, usted tiene en la cabeza un doctorado algo oxidado en economía neoclásica. Esa teoría le dice que usted trabajará hasta que los beneficios de trabajar más estén perfectamente balanceados con los costos de no salir con los amigos. Luego de dibujar algunos gráficos, abrir una hoja de cálculo y ejercer las habilidades correspondientes, usted determina que el punto exacto es a las 5.47 pm. A esa hora se irá de picnic.

Sí, esto es una caricatura, pero nos recuerda que este tipo de pensamiento general, el de balancear costos y beneficios hasta un punto marginal en que estos sean equivalentes, es algo absolutamente común. Lo hacemos todos los días, de miles de maneras distintas y normalmente no pensamos que se trata de un pensamiento económico, sino que simplemente de planificar y administrar nuestras vidas.

La economía convencional es en parte una teoría muy técnica acerca de cómo la gente toma decisiones. Tiene muchos méritos, pero uno de sus efectos no deseados ha sido el de sofocar nuestra sociedad al distorsionar nuestras políticas públicas y motivar que nos veamos unos a otros como autómatas económicos. Esto ha ocurrido debido a sus tres presupuestos clave. El primero, es que las personas tienen preferencias perfectamente racionales

entre diferentes opciones. Esto significa, por ejemplo, que si alguien prefiere A a B y B a C, entonces prefiere A a C. El segundo, es que los individuos maximizan sus utilidades, ganancias o beneficios y que las empresas maximizan su rentabilidad. El tercero, es que todos actúan con independencia de los demás sobre la base de información perfecta. Si nos fijamos, todos estos elementos hacen eco en el ejemplo de más arriba.

Estos presupuestos básicos, como los de las ciencias naturales, son generalizaciones idealizadas. No buscan describir cómo las personas son en realidad, sino que solo pretenden ser simplificaciones útiles. La idea es que las diferencias de las personas reales se compensen dentro del agregado, de modo que la teoría logre generar buenas explicaciones y tener capacidad predictiva al tratar a las personas como si fueran maximizadores de utilidad perfectamente racionales que operan con información perfecta.

Ahora bien, todos hemos escuchado a alguien decir respecto a esto “Sí, claro, pero esto está completamente equivocado, porque nadie es realmente así”. Sin embargo, esta crítica no da en el blanco. Nuestra economía estándar no es una teoría acerca de cómo las personas son realmente, sino de cómo se comporta el agregado de ellas. Como analogía, tenemos que por cientos de años antes de Newton, los físicos asumieron que la fuerza gravitacional era ejercida desde un punto en el centro de un cuerpo dado. Esto no era cierto, pero permitió hacer una serie de admirables predicciones. La crítica realmente certera no es decir “nadie es realmente así”, sino que ni siquiera el agregado de las personas se comporta sistemáticamente como predice el modelo estándar.

Por supuesto, la gente no vive en un vacío. Ellos, constantemente, transan e intercambian entre sí a través de mercados. Y estos mercados usan precios para mostrar la escasez relativa de los bienes y servicios transados. Los precios son señales enviadas desde las personas y hogares hacia las empresas para mostrar qué es lo que quieren y desde las empresas hacia las personas y hogares para mostrar cuánto cuestan esas cosas. Normalmente se dice que un mercado está en equilibrio cuando la oferta y la demanda logran un balance.

Pero el mayor supuesto de la teoría se ubica no al nivel del individuo o del mercado, sino de la economía como un todo, ya que los economistas han logrado mostrar de manera formal y matemática, bajo ciertas condiciones muy específicas, que un mercado que está en equilibrio competitivo está en su máximo de eficiencia. Más aún, han mostrado que una economía como esa maximiza la utilidad o beneficio de todas las personas en ella, ya que, entonces, nadie podría estar mejor sin que alguien más estuviera peor. La mano invisible de Smith crearía, por lo tanto, no solo la mayor eficiencia agregada, sino que la mayor utilidad general. Un resultado nada despreciable.

Esta perspectiva ha sido complementada a lo largo del tiempo con ciertos detalles y con herramientas específicas. Dos de ellas merecen mención: el análisis de flujo de fondos descontados y el análisis de costo-beneficio. El análisis de flujo de fondos descontados es una herramienta matemática que estima en el presente el valor de pagos al contado en el futuro, o viceversa. Refleja el supuesto estándar de que las sumas de capital y los flujos de ingreso pueden ser tratados en forma equivalente¹⁴. El análisis de costo-beneficio es una técnica formal de evaluación de proyectos que valoriza, en términos monetarios, los gastos y retornos esperados de un proyecto para establecer un resultado neto positivo o negativo. Ambas aproximaciones son muy usadas por el gobierno y el sector privado. En el ámbito del gobierno inglés su uso ha sido promovido con fuerza y exhaustivamente analizado, especialmente dentro de la Tesorería y dentro de los exitosos departamentos de medio ambiente y salud.

Este es, entonces, el panorama. Se ha convertido en nuestra perspectiva económica global convencional. En la profesión económica es usualmente llamado el Modelo Económico Estándar (ME). Si necesitáramos ponerle un “ismo”, lo podríamos llamar “economicismo”, pero “economía del *rigor mortis*” es quizás mejor. Como teoría formal, es un trabajo de gran belleza y genio, pero tiene muchas debilidades. Mucho de su valor en el mundo real es ilusorio, algunas de sus consecuencias son directamente peligrosas y su preeminencia en la opinión pública no tiene fundamento. Las teorías económicas

14 Esta técnica, en otras palabras, determina el valor actual de los flujos de fondos futuros descontándolos a una tasa que refleja el coste de capital aportado.

no son monolitos religiosos, sino herramientas descriptivas, explicativas o predictivas. Esta economía de manual no es la única disponible. Hay otras teorías y otros modos de pensar sobre las personas y su comportamiento que deben ser consideradas.

Pensemos por ejemplo en la actual crisis financiera. En su nivel más profundo, la crisis se produjo porque las personas y los mercados no se comportaron de la manera estándar descrita en los manuales de economía. Primero, las personas no actúan siempre de forma económicamente racional: en este caso, se sobre-endeudaron en masa para comprar casas y luego re-hipotecaron esas casas para comprar otras cosas. Segundo, los mercados libres no son siempre eficientes: en este caso asignaron mal el precio de los créditos mientras los bancos ofrecían hipotecas de hasta un 125% y otros productos de deuda a un público crédulo, luego asignaron mal de nuevo los precios cuando los mercados de gran escala no fueron capaces de descubrir el valor real de los diferentes títulos de hipoteca, llevando al equivalente gigante de una corrida bancaria. Finalmente, políticas públicas e instituciones pobremente concebidas y organizadas pueden fallar: en este caso, hubo una falla institucional enorme dentro del sistema regulatorio y en la visión general de la economía del gobierno. Así, a cada nivel, la crisis se produjo porque la gente, el mercado y las instituciones no se comportaron como los manuales nos dijeron que lo harían.

Hay un punto en particular que vale la pena destacar. La idea general actual es que cualquier alejamiento de la competencia perfecta en una economía de mercado crea ineficiencia y hace que las personas estén peor. Por ello el socialismo falla. Pero, en base al mismo razonamiento, se asume que debería fallar el debate racional entre las distintas variedades de capitalismo, ya que para esta visión no debería haber más que una sola variedad superlibertaria de capitalismo. En otras palabras, justo en el momento en que necesitamos un debate inteligente acerca de cómo Inglaterra y otras economías de mercado modernas deberían desarrollarse, nuestra teoría económica más básica nos dice que ese debate es imposible.

DESCOSIENDO LOS SUPUESTOS

El modelo estándar es mucho menos robusto de lo que parece. Su núcleo es un conjunto de ideas que han sido severamente cuestionadas por los economistas profesionales durante los últimos treinta años. Sin embargo, lo que es impresionante es la fuerza intelectual que el modelo estándar sigue ejerciendo en las políticas públicas y en la sociedad británica como un todo. En este capítulo, miraremos más de cerca la debilidad del modelo estándar y sus dañinos efectos, incluyendo su rol en la crisis económica reciente.

¿COMPETENCIA PERFECTA?

Empecemos con el análisis de los mercados. De acuerdo al manual de teoría económica, los mercados producen resultados eficientes solo si se cumplen ciertos supuestos. Tiene que haber una gran cantidad de compradores y vendedores –cuyas identidades sean desconocidas–, cada uno de los cuales debe ser omnisciente con respecto a la información de mercado y también lo suficientemente pequeño como para tener una influencia poderosa sobre los precios. Lo que se negocia en los mercados es homogéneo, es decir, idéntico: no debería haber ni marcas ni denominación de origen del tipo “jugo de naranja de Jaffa”. Estos mercados teóricos supuestamente reaccionan de manera instantánea a cualquier cambio en la provisión o en la demanda, así que no hay procesos que tomen tiempo en desarrollarse. En una economía se presupone que hay un gran abanico de mercados perfectamente competitivos para todos los bienes, en todas partes y siempre. En otras palabras, estos mercados están fuera del espacio y del tiempo. Más todavía, por la misma razón, no existen grupos humanos desde esta perspectiva. No hay instituciones, prácticas, reglas ni tradiciones; tampoco estándares morales o éticos, emociones, relaciones humanas, altruismo, camaradería, filantropía, estado de derecho, historia ni cultura.

Sin embargo, la mayoría de los manuales usan el modelo de competencia perfecta como una prescripción de lo que los mercados deberían ser. Tomen

por ejemplo la última edición de *Economía* de Samuelson, uno de los mayores superventas de economía jamás escrito. Luego de hacer una lista de los requisitos de un mercado de competencia perfecta y asegurar que solo esos mercados pueden llevar a resultados eficientes, nos dice “Lamentablemente, hay muchas maneras de que los mercados se queden cortos respecto a la competencia perfecta (...) las fallas de mercado llevan a una producción o un consumo ineficientes y el gobierno puede jugar un rol en curar la enfermedad”. En otras palabras, la realidad es vista a través del espectáculo de los modelos formales. Las discrepancias entre la realidad y los modelos idealizados son entonces vistas como una imperfección, pero de la realidad, no del modelo.

En el mundo real, en efecto, los supuestos claves de los manuales de economía rara vez se aproximan a lo que sucede. Pero el efecto de esta formalización es excluir de la teoría casi todas las cosas que dan sentido y significado a la vida humana. Un mundo sin estándares morales es un mundo sin obligaciones personales, honor o deberes. Un mundo sin instituciones es un mundo sin familias, clubes ni reuniones. Un mundo sin emociones es un mundo sin amor, amistad ni confianza.

Esto está a un millón de kilómetros de Adam Smith. Para Smith el capitalismo no es una forma de atomismo económico disecado, sino que, si bien reconoce los trabajos de la mano invisible, también reconoce la capacidad humana para la simpatía o la compasión. Así, Smith ve los mercados no como descuajados, sino operando en un rico contexto cultural que reafirma las creencias morales individuales, la energía de cada persona, su talento e imaginación; estos son los supuestos no establecidos como la honestidad, la buena fe y una comprensión compartida de las convenciones de mercado, las instituciones y las tradiciones. En pocas palabras, el Edimburgo de 1770.

¿INFORMACIÓN PERFECTA?

Podemos ir más lejos. Parte de la belleza de las economías de mercado de hoy es precisamente que ellas no obedecen los supuestos del modelo estándar y, aun así, en muchos sentidos funcionan muy bien. Así, los consumidores no necesitan información perfecta acerca de los bienes transados en el mer-

cado. Al contrario, ellos pueden no saber prácticamente nada acerca de estos, pero igual pueden confiar normalmente en los mercados y en la división del trabajo para satisfacer su demanda a un determinado precio. La señora Bloggs podrá no saber acerca de las plantas de té o del tranquilo atardecer en Darjeeling; ella podría pensar que el té es un subproducto del petróleo hecho por esclavos en el planeta Venus, pero si tiene el dinero necesario, puede comprar una caja de té donde quiera.

No solo eso. Hay una razón para pensar que los mercados en realidad requieren de información imperfecta para funcionar bien, ya que si estos siempre contaran con información perfecta nadie tendría ni podría tener un incentivo para buscar más. Del mismo modo, si todos los conocimientos tecnológicos estuvieran inmediatamente al alcance de todos, ningún inventor tendría un incentivo económico para innovar, y la innovación se detendría. El efecto de asumir información perfecta y equilibrio de mercado es, en realidad, el de evitar que ocurra cualquier competencia.

Esta es una de las mayores debilidades de la teoría convencional, ya que apunta al corazón de un supuesto básico acerca de la información. Empero, su efecto no se detiene ahí, ya que también pone en guardia respecto a la naturaleza estática e inmóvil, de la teoría completa. Esto sugiere que, tal como en la naturaleza, no existe algo así como “equilibrio” en la economía, sino que todo está cambiando y fluyendo y que, en particular los mercados, son movimientos dinámicos y líquidos que no pueden ser entendidos completamente en términos estadísticos. En el mundo real, por supuesto, esto no es ninguna novedad.

RACIONALIDAD, ECONOMÍA CONDUCTUAL Y LA CRISIS FINANCIERA

Los supuestos acerca de los mercados y la información son fundamentales para el modelo económico estándar. Sería tonto pensar que ellos podrían o deberían permanecer inalterables. Al contrario, ha ido emergiendo desde hace bastante tiempo un amplio intercambio académico en el mundo de la economía que examina los resultados de cambiar estos supuestos deliberadamente por suposiciones imperfectas.

Lo mismo es cierto para el supuesto estándar de que los individuos son económicamente racionales puros, y la mayor línea de trabajo crítico actual apunta justamente a esta idea. Esta crítica está basada principalmente en la economía conductual, que toma elementos de la psicología humana. Vimos antes cómo la economía estándar asume equivocadamente que las personas tienen una actitud simétrica con respecto a ganar o a perder, cuando en realidad tienen una aversión desproporcionada a perder. Estudios recientes han mostrado muchos otros errores en el supuesto de racionalidad perfecta. Las personas se comportan sistemáticamente de otras formas –y de modos mucho más interesantes– que lo que la expectativa estándar sugiere.

No necesitamos entrar a un laboratorio para ver evidencia de que los seres humanos no son económicamente racionales por completo. Consideremos los mercados financieros, que normalmente son tomados como el paradigma de la actividad mercantil. Incluso los inversionistas bien informados se comportan a menudo de manera irracional. Son atrapados por la masa, siguen a vendedores de humo financieros, siguen obsesivamente los movimientos de los precios, fallan al diversificar sus portafolios y hacen mal uso de sus participaciones, entre otras cosas. Los mercados pueden ser ineficientes, pueden subestimar los riesgos y las recompensas y pueden dispararse al alza o a la baja por razones de moda o sentimientos.

Pero esto es meramente anecdótico. Lo que es más interesante son las investigaciones que muestran que las personas no son económicamente irracionales en forma aleatoria, sino que siguen patrones bastante consistentes. Así, hay evidencia fuerte de que las personas tienen tendencia a aferrarse al presente y al *statu quo*, incluso frente a buenas razones para cambiar su perspectiva; que ellas cambian sus reacciones de acuerdo a puntos de referencia, más que a través de una evaluación sistemática de las alternativas; que le dan más valor a las cosas en su propiedad que a las nuevas y que en vez de ver el dinero como si fuera siempre y en todas partes el mismo –o el capital como un simple equivalente a un ingreso diferido– llevan sus finanzas pensando en términos de diferentes “fondos” o “cuentas mentales”.

No solo eso: la forma en que las personas toman decisiones está fuertemente influenciada por la forma en que esas decisiones están encuadradas,

de modo que eligen una opción cuando una decisión está encuadrada positivamente y otra cuando lo está negativamente. También piensan en riesgos y recompensas en términos de ejemplos sobresalientes a mano, por lo que la probabilidad de morir en un tornado es considerada como mayor que la de morir de asma (aunque la última, al menos en Estados Unidos, sea de hecho 20 veces mayor). Todo este tipo de comportamientos violan las reglas de racionalidad asumidas por los manuales de economía. Pero pocos se sorprenderán de ellas si examinan su propio comportamiento o si han estudiado algo respecto a técnicas de marketing, ya que la mayoría de esas técnicas están diseñadas precisamente para explotar estos aspectos de la psicología humana.

Hay hoy una enorme literatura respecto a economía del comportamiento, la mayoría de ella relevante para las políticas públicas. Por ejemplo, el hecho de que las personas tiendan a pensar en el dinero en diferentes “cuentas mentales”, es de gran importancia para las futuras reformas del sistema de beneficios. Pero el punto central es simple: en ausencia de información segura los seres humanos suelen hacer juicios muy pobres acerca de qué hacer.

La crisis financiera reciente es un excelente caso de prueba. Parece razonable pensar que la explosión inmobiliaria fue motivada por una serie de rasgos de psicología humana que impulsaron a los compradores a tomar malas decisiones. Desde esta perspectiva, la preferencia natural hacia el presente inclinó a los compradores a aceptar ofertas hipotecarias de bancos que ofrecían muy bajas tasas de interés por un período inicial, pero a un costo final mucho mayor. En la medida en que los valores comenzaron a subir, otros compradores que no habían participado originalmente se vieron incentivados para entrar al mercado, a pesar de los mayores precios. Ellos fueron estimulados por la conocida tendencia humana a sobrestimar su capacidad de ahorro para el futuro y su rechazo a aceptar las pérdidas. Una vez que la explosión se hubo instalado, el apetito de riesgo de los dueños de viviendas puede haber crecido debido a que ellos ya se habían instalado sobre enormes e inesperadas ganancias de capital, empujando los precios posteriores.

Más aún, puede muy bien ser que la continuidad de las bajas tasas de interés creara una percepción de que el mundo realmente se había vuelto menos riesgoso de lo que es. Y sobre todo, había un competitivo instinto de

“yo también” que impulsaba a no perderse en la explosión, pero seguir el paso a los demás. A medida que la demanda aumentaba y se extendía, cualquier ancla que hubieran tenido los precios en valores fundamentales fue arrojada lejos y no se convirtió en interés de nadie cuestionar o tratar de corregir los sucesivos aumentos. El resultado fue una galopante e insostenible inflación en los precios de vivienda y una enorme crisis final.

MALA INFLUENCIA, MALAS POLÍTICAS

Recapitulemos la discusión dada hasta ahora. Tanto los argumentos de principios como la reciente investigación empírica sugieren que el modelo estándar es intelectualmente insostenible. Hay buenas razones para verlo como uno de los causantes de la reciente burbuja inmobiliaria. Sin embargo, sigue ejerciendo su influencia sobre la administración y la opinión pública.

¿Pero cuáles son los efectos de esta visión económica equivocada en las políticas públicas? Primero, una aclaración. De muchas maneras, la incrustación de la economía convencional en las políticas públicas ha tenido un impacto enormemente positivo. De hecho, sería imposible imaginar hoy cualquier debate genuino sobre políticas sin ella. Comparado con treinta años atrás, ha habido una transformación de la comprensión de la economía dentro del gobierno. Ya no es el campo exclusivo de la Tesorería, sino que también está compartido con los departamentos de gasto, las agencias autónomas y los gobiernos locales. Las estadísticas de la economía pública son hoy mucho más exhaustivas y transparentes que antes y las disciplinas que el buen manejo económico conlleva —las del valor del dinero, balance de costos y beneficios y la del valor relativo del dinero entre hoy y el futuro— son de gran importancia.

Más bien, el centro de nuestra crítica no es solo la teoría en general, sino la panoplia de convenciones económicas y de instrumentos y el exceso de confianza en el gobierno que trae consigo. No es fácil separar las ideas económicas de la ideología o práctica política, pero parte de nuestro argumento es preci-

samente que ha habido una alianza *non sacra* entre la economía convencional y la reciente (principal pero no exclusivamente laborista) ideología política y trataremos de explicar por qué ocurrió ello. Así que esta mezcla es esperable.

CENTRALIZACIÓN Y CONTROL

Más allá de esto, hay razones para preocuparse. Lo primero es que esta economía estándar no es políticamente neutral. A los economistas les gusta pensar que su disciplina es solo una herramienta que puede ser usada para diseñar todas y cualquier política pública sin importar el color político. No obstante, eso no es cierto. Como hemos visto, esta visión no considera personas, espacio ni tiempo. Asume que las instituciones no existen. Excluye específicamente todo el desorden y la parafernalia de las relaciones humanas que componen la sociedad civil. Cuando la economía convencional es aplicada para las políticas públicas, quedan solo dos cosas en sus modelos: agentes económicos individuales y el estado. Entre los agentes económicos, los que están en los márgenes importan más a los creadores de políticas que los que están en el foco central de la política a desarrollar, como el caso de los créditos impositivos mostró.

El efecto de todo esto es construir un prejuicio favorable no reconocido respecto de la centralización, una mentalidad de dirigir-desde-arriba-y-controlar y una obsesión con políticas dirigidas hacia grupos de interés en desmedro de un verdadero liderazgo. Es decir, exactamente la aproximación hacia las políticas públicas adoptada por el gobierno inglés de forma cada vez más clara durante las dos últimas décadas. Como vimos, es cierto que el gobierno de Thatcher tenía cierta tendencia a la centralización e impaciencia con las instituciones públicas existentes, pero operaba en forma bastante correcta dentro de los márgenes existentes de un gobierno de gabinete. Lo que es impactante es el empeoramiento de la situación bajo el Nuevo Laborismo desde 1997. En contraste, la Gran Sociedad implica una voluntad del gobierno central de desvincularse de poder y aceptar que no puede ni debe intervenir en cada situación que toque la puerta.

En su famoso libro *La anatomía de Gran Bretaña*, Anthony Sampson¹⁵ destacó que no había solo un centro de poder en Gran Bretaña. En vez de eso, el poder era ejercido por una red de instituciones que incluía el Parlamento, el poder judicial, la Corona, las Fuerzas Armadas, la Iglesia, los medios y las profesiones. Sin embargo, de acuerdo a la economía convencional, tal como la hemos expuesto, no hay instituciones en absoluto, sino simplemente agentes económicos y el estado. Después de 1997 los laboristas hicieron un intento sistemático a partir de esta idea y desarticularon las fuentes alternativas de poder, tal como Peter Osborne¹⁶ y otros lo han descrito. El resultado es que el estado –especialmente el gobierno y la Tesorería– ha sido más dominante, en términos relativos, durante la pasada década que nunca antes en la memoria moderna. Pero ha sido ayudado tácitamente en este esfuerzo por algunas de nuestras más profundas y compartidas preconcepciones intelectuales acerca de las bases de las políticas públicas mismas.

MODELO OPERATIVO EQUIVOCADO

Este punto de vista económico convencional no solo impulsa una tendencia política a la centralización y el control, sino que también refuerza un mal modelo operacional de gobierno.

Para entender el modelo, uno debe entender el problema que trata de resolver. Como hemos visto, los servicios se han vuelto progresivamente más y más caros en relación a la manufactura. El sector de manufacturas ha sistematizado y organizado procedimentalmente sus operaciones. El sector de servicios no lo ha hecho porque los servicios ofrecen poco margen para ganancias en productividad. Es la enfermedad de los costos de Baumol. El estado británico es un gigante proveedor de servicios, incluyendo los sistemas de salud y los programas de bienestar. Así, el efecto de aumento en los costos de

15 Anthony Sampson (1926-2004). Periodista, biógrafo y escritor inglés. Fue uno de los fundadores del Partido Social Demócrata (1981-1988), fundido luego con el partido Liberal para crear el partido Liberal-Demócrata.

16 Peter Osborne (1958). Profesor de Filosofía Europea Moderna y director del Centro de investigación en Filosofía Europea Moderna de la Universidad de Kingston, Londres. Editor de la revista "Radical Philosophy".

los servicios, incluso antes del impacto del despilfarro y la ineficiencia, presiona sin descanso sobre los presupuestos y, por lo tanto, sobre el gasto público. Más y más dinero es requerido para lograr los mismos resultados.

Bajo Blair y Brown, la respuesta del gobierno a esta situación fue posponer el problema gastando más. Pero también reclutaron un gigante equipo clientelar de consultores. Ellos trataron de aplicar las supuestas lecciones del mundo de la manufactura al gobierno de un modo coercitivo y estandarizado, creando las así llamadas “factorías de servicios públicos”. Bajo esta visión, los servicios son especificados desde el centro y los departamentos son divididos entre funciones externas e internas, se les asignan objetivos y se les sujeta a regímenes de inspección y cumplimiento. El foco en las personas es remplazado por el foco en los procedimientos. Una mentalidad de centro de bodegaje reemplaza la visión integral de un servicio público en cuanto tal. La confianza es reemplazada por desconfianza; la manía por la cuantificación; el control de costos empapa todo. Y, especialmente, la demanda real de los servicios públicos es opacada por lo que los teóricos de sistemas llaman “falla de la demanda”, es decir, la demanda puesta sobre una organización por las personas que ha fallado en satisfacer.

Esta aproximación al asunto está fundada no solo en ideología política, sino también en economía del *rigor mortis*. En particular, ésta se encuentra en dos ideas específicas que son especialmente cuestionables en el contexto de los servicios públicos: que las economías de escala son rápidamente alcanzables y que los incentivos económicos del sector privado —especialmente los de pago por resultados— pueden funcionar igual de bien en las organizaciones de servicios públicos. Ninguno de estos supuestos es cierto. Muchos estudios han demostrado que el pago por resultados disminuye la productividad en ciertos contextos, especialmente en los servicios públicos. De hecho, la eficiencia económica de esas organizaciones no descansa exclusivamente en tener bajos costos por unidad, sino que, en realidad, las “factorías de servicios públicos” compran bajos costos por unidad creando enormes costos adicionales, no satisfaciendo la demanda y generando frustración social. Pregunte a cualquiera que haya tratado de llamar a una central de ayuda telefónica.

Durante los años recientes, hemos escuchado la misma historia una y otra vez sobre el sector público, con una perspectiva de “una talla sirve para todos” que ignora la naturaleza de las instituciones involucradas y trata a los empleados públicos como ganado. El resultado que trae esto, son mayores costos, baja moral y malos servicios.

RETÓRICA ENGAÑOSA

La economía convencional, entonces, nos predispone en un mal camino tanto en la formulación como en la implementación de políticas. Su naturaleza altamente técnica requiere ser manejada con cuidado. Si no, ofrece un amplio espacio para la manipulación. Es frecuentemente usada no para entregar elementos de decisión a otros, sino como instrumento retórico para persuadirlos de una decisión que ya ha sido tomada por razones distintas. El resultado es disminuir los procesos políticos normales de deliberación y transparencia y, muchas veces, dañar a aquellos que no pueden financiarse asesorías externas.

Tomemos, por ejemplo, el análisis costo-beneficio. En los años ochenta, generalmente este análisis era usado como una herramienta especial para evaluar proyectos relativamente pequeños que tenían efectos locales previsibles. Sin embargo, este uso limitado se ha extendido enormemente desde entonces para terminar incluyendo enormes asuntos y proyectos en los que resulta imposible el calcular los costos y beneficios relevantes adecuadamente. Incluso si esto pudiera ser logrado de alguna manera, sería prácticamente imposible evaluarlos monetariamente, como la teoría exige. Incluso si los involucrados concordaran en que los costos y beneficios relevantes pudieran ser evaluados monetariamente, ese valor podría ser infinito. La persona que ha vivido toda su vida en la misma casa o rezado siempre en la misma iglesia, por ejemplo, quizás no querría cambiar por ninguna circunstancia. Y un cálculo de análisis de costo-beneficio con costos infinitos ni siquiera podría realizarse.

Por otro lado, hay un problema más sutil. Los análisis de costo-beneficio normalmente asignan las ganancias de acuerdo a lo que pagarían por obtenerlas aquellos que se verán afectados y analizan los costos en términos de aquel pago que los afectados están dispuestos a obtener por sufrirlas. Esto se hace, en parte, por razones de justicia: la idea es que las personas que gozarán los beneficios y sufrirán los costos son los mejores jueces del valor que tienen esos beneficios y costos. Pero rara vez los montos que los beneficiados están dispuestos a pagar y los dañados a aceptar se equilibran. Casi invariablemente esto no ocurre. ¿Qué hacer entonces?

Finalmente, un lado debe ser elegido para que el análisis tenga siquiera lugar. Y qué lado será escogido no es un asunto neutral. Imaginen que un gobierno está entrampado con ecologistas locales respecto a un nuevo proyecto de construcción. Si la pregunta es cuánto están dispuestos a pagar los movilizados para evitar el daño al medio ambiente local, esta asume implícitamente un sesgo a favor del desarrollo. Transforma los derechos que las personas tenían en privilegios por los que deben pagar. Por otro lado, si la pregunta es qué aceptarían los movilizados a cambio de permitir el desarrollo, conociéndose la tendencia general a preferir el *statu quo*, se creará un sesgo contrario al desarrollo. En otras palabras, al fondo de estos complejos y técnicos asuntos hay supuestos que muchas veces pueden transformar fundamentalmente los términos básicos del debate de manera inconsciente influir en su resultado.

Hasta hace relativamente poco, el *Libro Verde*¹⁷ de la Tesorería usaba solo la perspectiva de la voluntad-de-pagar. Tenía entonces un sesgo implícito a favor del desarrollo. Pero esto, aunque importante, es más bien incidental. El punto general es que el análisis costo-beneficio y otras herramientas matemáticas formales son de mucho menor valor del que normalmente se cree y se prestan bastante para el abuso. Su valor es muchas veces más retórico que real.

17 Libro con las orientaciones de la Tesorería inglesa para evaluar los proyectos del gobierno central.

SESGO CONTRA EL RIESGO

El cuarto y último efecto concierne al riesgo. El riesgo está siempre presente en las sociedades humanas. Hemos visto que suele ser mal procesado por los individuos, pero es también muy pobremente comprendido por el gobierno. El resultado es que tenemos un peor gobierno y vidas menos felices ¿Por qué debería ser esto así?

Gran Bretaña tiene un solo modelo de estado, hablando en general, y un proceso de diseño de políticas públicas uniforme y vertical que suprime la variedad, la experimentación y la innovación local. El resultado es que este país tiene una enorme exposición de largo plazo a riesgos innecesarios o no deseados. Aparte de un par de casos, hay poca evidencia que sugiera que el gobierno británico ha hecho algún intento sistemático por medir o manejar el riesgo. De hecho, sus recientes corporatismo y autoritarismo solo han aumentado el problema.

En efecto, el gobierno mismo tiene una marcada aversión al riesgo. Nada es tan exitoso como el éxito, excepto en el servicio público, donde el éxito tiene un pobre segundo lugar después de no ser visto fallando. Hay buenas razones para esto, incluidas el apego al procedimiento, el deseo de cuidar el dinero público y la conciencia del escrutinio constante de los políticos. Sin embargo, la intolerancia a fallar hace que el gobierno sobre-invierta en el error, en vez de admitirlo, lo que impide el abierto reconocimiento de las fallas cuando ocurren, las que quedan ahí hasta que el responsable individual de ellas se retira y se convierten en el problema de otro.

En el caso de los individuos, podemos pensar el riesgo como la posibilidad de ganar o perder. La gente asume riesgos en parte porque desean las ganancias que el riesgo puede traer: manejan rápido para llegar antes, toman drogas para evadirse, escalan rocas por la emoción de hacerlo. Ocasionalmente, por supuesto, se quedan con las pérdidas del riesgo en vez de con las ganancias. Pero tomar riesgos no es irracional. Al contrario, parece ser algo más bien racional y parte inevitable de la naturaleza humana.

De hecho, la evidencia sugiere que cada uno de nosotros tiene un “termos-tato de riesgo”, es decir, un programa que opera por defecto frente a cierto

nivel de riesgo. El programa difiere entre las personas y cambia durante la vida, ajustándose a las circunstancias. Si estamos tomando muy poco riesgo, tendemos naturalmente a aumentar nuestra exposición a él. Si tomamos mucho, tendemos a reducirla. Así, uno de los efectos de la ley que obliga a usar el cinturón de seguridad ha sido el aumento de velocidad a la que se conducen los automóviles. ¿Por qué? Porque los cinturones reducen los riesgos de un accidente serio. Así, los conductores pueden ir más rápido sin un aumento neto del riesgo.

Ahora, veamos este asunto desde una perspectiva pública. Los accidentes aparecen en los modelos económicos como pérdidas. Pero generalmente no hay una cuantificación en términos de costo-beneficio de las recompensas obtenidas debido a los riesgos tomados. Más todavía, mientras el estado se extiende hacia la vida privada, la posibilidad de que alguna autoridad pública sea acusada como responsable de un accidente y sea criticada o incluso demandada, aumenta. El efecto de esto es que el estado siempre busca no administrar el riesgo en la sociedad, sino reducirlo.

Pero el riesgo tiene recompensas y daños. Así, el resultado inevitable de lo dicho antes es un engranaje que nos empuja hacia un gobierno más autoritario, mayores costos, más papeleos y menor felicidad. Estos efectos se ven en todos lados: en los colegios con espacios de juego sobre-diseñados pero sin libros nuevos; en una intrusiva cultura oficial de sanos-y-seguros tinterillos o, muy gráficamente, en el memorable episodio de la Universidad Anglia Ruskin cuando prohibieron en 1998 a sus graduados lanzar sus sombreros de graduación al aire por miedo a que ocurriera algún accidente.

Hay también una enorme frustración social. El deseo de evitar todo riesgo hace que disminuya enormemente la posibilidad de obtener logros. Ningún montón de palabras diseñado para mejorar la autoestima de un joven podrá sustituir lo que significa conquistar un miedo, tomar un riesgo y salir adelante. Y una persona que es incapaz de tomar su nivel de defecto de riesgo en un sentido encontrará otras formas de hacerlo y una sociedad que constantemente fracasa en su voluntad de tomar su nivel deseado de riesgos se volverá triste y frustrada. Es esto lo que parece venir pasando los últimos años en Gran Bretaña.

Puede parecer poco razonable pretender vincular cosas como el aumento de abuso de drogas y de crímenes de arma blanca con la aceptación del modo de ver el mundo del modelo económico estándar, pero la presente línea de reflexión sugiere que, efectivamente, existe un vínculo claro. Increíblemente, también sugiere que las políticas que aumenten el espacio para la expresividad humana y la posibilidad de tomar riesgos reducirán la frustración y aumentarán el bienestar.

MIRANDO HACIA ADELANTE

El mundo de los manuales de economía es perfecto en sí mismo, pero muy errado como una herramienta para las políticas públicas. Como hemos visto, es estático, ya que precisamente excluye las cosas que hacen moverse a la sociedad: personas, instituciones, cultura. Su prestigio y su dificultad técnica lo hacen difícil de cuestionar. Sin embargo, la aproximación convencional está lejos de ser una herramienta neutral para hacer políticas. Al contrario, silenciosamente carga con una serie de tendencias dañinas: hacia la centralización gubernamental, hacia un modelo fracasado de provisión de servicios públicos y en contra del instinto humano natural de tomar riesgos. Finalmente, entonces, ahoga la posibilidad misma de debatir respecto al tipo de futuro económico que pretendemos tener exactamente en el momento en que más lo necesitamos.

Pero no todo está perdido: hay otras herramientas en la caja, otras ideas que podemos considerar. En particular, el hecho de que la información imperfecta abre puertas a nuevas ideas. Si los mercados no solo pueden, sino que deben operar con información imperfecta, entonces no tenemos razones para pensar que el modelo de los manuales es perfectamente eficiente. Y si eso es cierto, entonces no tenemos razones para preferir solamente una economía hiper-libertaria. El camino está abierto para un debate más reflexivo respecto a qué variedades de capitalismo existen y cuál de ellas querríamos llevar adelante.

Desafortunadamente, nuestro sistema político no ha estado al nivel de ese debate. Ha sido capturado por una competencia en torno al posicionamiento en las encuestas y por la ideología de partido. Además, le ha faltado el marco conceptual en el cual discutir los asuntos sociales, culturales y económicos que hay en el corazón de la Gran Sociedad, los cuales analizaremos a continuación.

Capítulo 5

IZQUIERDA Y DERECHA

¿Por qué no pueden aceptar los líderes del partido laborista el hecho de que no son una secta basada en un credo gastado balbuceando un mohoso marxismo fabiano, sino los herederos del eterno liberalismo?

John Maynard Keynes, Artículo de 1939 en el *New Statesman*

Keynes solía ver más lejos que sus contemporáneos. Deberíamos hacernos dos preguntas: si más estado no es la solución y la teoría económica convencional está muerta, ¿de qué puede aferrarse la política? Y ¿qué principios deberían inspirar y dirigir la reflexión política y de políticas públicas?

Hasta ahora nuestra atención ha estado en la economía y la sociedad. Hemos observado con profundidad la condición de la economía británica y de la sociedad británica y seguido varios de nuestros problemas actuales hasta su fuente en la excesiva centralización del estado y en los desafíos del crecimiento a largo plazo. Además, hemos sugerido una serie de causas subyacentes: una incomprensión de la economía desde el gobierno y una visión economicista de la naturaleza humana cada vez más difundida en la sociedad. El objetivo de esto no es ser excesivamente pesimistas o partisanos, sino aclarar la vista acerca de lo que será necesario para mejorar nuestros servicios públicos y la sociedad a la que ellos sirven.

La idea de la Gran Sociedad es, en su raíz, una respuesta a las dos preguntas anteriores, y los nuevos capítulos mostrarán de qué se trata, las diferentes tradiciones de las que nace y su justificación filosófica fundamental. Sin embargo, antes necesitamos mirar un poco más hondamente en la anatomía misma de la política británica.

POLÍTICA POSDEMOCRÁTICA

A lo largo de los últimos veinte años, la naturaleza de nuestra política ha cambiado profundamente. Vivimos en una época no de una política de “presionar” sino de “tirar”; una política no de convicciones e ideologías, sino que de segmentación de votantes y control; está orientada no a la producción, sino al consumo; basada más en la personalidad que en las políticas; más en la “narrativa” que en los hechos. Con algunas honrosas excepciones, no selecciona políticos con ideas claras que puedan convencer a otros de seguirlas y que se tengan la suficiente confianza como para aceptar ser culpados por sus errores. Más bien, elige políticos que puedan diferenciarse en los medios, que “cultiven” electores más que liderarlos y que están convencidos –con algo de razón– de que todo reconocimiento de un error, falta de certeza o fragilidad es un daño terminal.

En estas circunstancias, la tendencia hacia las políticas públicas tipo “carrito de helados” se refuerza. Cada partido trata de acaparar todo lo que pueda del mercado electoral moviéndose hacia el centro. Bajo Tony Blair, el Nuevo Laborismo logró ocupar este espacio del centro. Lo hizo tirando por la borda algunos compromisos ideológicos previos, homogeneizando y centralizando la organización del partido y suprimiendo el disenso interno. También se ayudó de un sistemático, sin precedentes y constitucionalmente sospechoso intento de dirigir y controlar los medios de comunicación. Así, el arte de la política finalmente logró suplantar al arte de gobernar.

Todo esto está bien documentado. Esta perspectiva cínica y estrecha incluso tiene un nombre: política posdemocrática. Pero algunas de sus consecuencias no han sido completamente comprendidas. La primera es conferir más poder interventor al gobierno de turno y alargar, por lo tanto, su tiempo de vida normal. El poder de intervención siempre confiere cierta ventaja política, lo que se ve magnificado cuando la cobertura mediática constante ha disminuido notablemente la memoria individual e institucional y cuando el gobierno controla un enorme flujo de noticias acerca de sí mismo.

La política posdemocrática, sin embargo, no solo reduce la tendencia al cambio de gobierno sino que, al mismo tiempo, amenaza con minar su base

de legitimidad popular. Si un gobierno con amplio poder de intervención siempre sabe lo que usted, el votante, dice que quiere; si sus políticas están constantemente cambiando para calzar con la opinión pública mayoritaria sin importar los compromisos ideológicos previos; si sus personalidades son regularmente reemplazadas para complacer el recurrente deseo de cambio; y si la memoria política popular es selectiva y cada vez más corta, entonces –al menos en teoría–, ¿para qué votar por alguien más? El efecto es dar al gobierno británico un *ethos* maoísta de “revolución permanente” y consagrar el dominio de la apariencia por sobre el de las ideas.

Este tipo de política es fácil de criticar pero difícil de remediar. Después de todo, en otras áreas de la vida, aquellos que satisfacen nuestras necesidades declaradas tienden a ser recompensados. Sin embargo, en el largo plazo, los resultados que esto genera son el aumento de la volatilidad política, la desviación de la atención pública hacia partidos extremos que pueden hacer grandes y alocadas promesas sabiendo que no serán tomados por responsables de ellas y el aumento de la desconfianza popular en los políticos.

Incluso hoy, nuestra política no es lo que era en 1997. Ha cambiado. Hoy estamos más atentos a los medios de comunicación y más atentos a los giros acomodaticios. Lo que importa ahora es la autenticidad y la legitimidad. Autenticidad: ¿Es la persona que dice ser? ¿Es la persona real o finge? Y legitimidad: ¿Tienen el derecho a decir lo que dicen? ¿Saben de verdad ellos –por su historia, experiencia o compromiso– de lo que están hablando? Muy pocos de nosotros podrían cumplir completamente esos estándares. Y también muy pocos políticos pueden, más aún cuando se les exige todo el tiempo dar respuestas rápidas más que reflexivas. Más allá de eso, nuestro deseo se dirige directamente hacia la confianza y la confianza se mantiene como el grial de la política posdemocrática.

EL GOLPE FABIANO

La confianza es la premisa, en parte, porque la valoración popular de nuestro sistema político y de nuestros líderes rara vez había sido tan baja. A esto

se suma la creciente conciencia popular de las limitaciones tanto del estado como de la economía convencional. ¿Dónde podemos encontrar entonces un piso firme sobre el cual pararnos? ¿Dónde podemos encontrar una visión de largo plazo y con principios para la renovación social? Una cosa es clara: no en la izquierda, tal como está hoy constituida. Ha sido muy tentador para los periodistas y los políticos mostrar los resultados de la elección de 2010¹⁸ como una desafortunada aberración antes que como un signo de algo más fundamentalmente equivocado. Después de todo, el primer ministro tenía poca popularidad personal, muchos votantes estaban enojados por la guerra en Iraq, el país estaba en una profunda recesión y el resultado electoral no fue tan malo para el laborismo como muchos en la izquierda habían temido.

La creación del primer gobierno de coalición en Inglaterra luego de sesenta y cinco años ha potenciado estas visiones: ¿Qué tan estable puede ser un gobierno de coalición, especialmente frente a una crisis económica? Con un nuevo líder posicionado, una enorme consolidación fiscal en camino y los resultados en las encuestas mejorando, el péndulo electoral debería moverse de vuelta bastante pronto. Todo lo necesario, se decía, es algo de tiempo y sentido de unidad de partido.

Por supuesto, nada es predecible en política. El movimiento del péndulo puede ocurrir, y rápido. No obstante, esta visión complaciente es una enorme trampa para la izquierda, ya que la verdad es que el Partido Laborista está en una profunda crisis. Esto no es solo porque el Partido Laborista sea una secta que ha perdido, como dijo el ministro del gabinete James Purnell¹⁹, su capacidad de comunicarse con los electores. Es porque no tiene actualmente nada auténtico que proponer. Caudales de comunicados de prensa altisonantes no sustituyen una visión genuina. La complacencia, con respecto a un rápido regreso al gobierno, no es sustituta a un auto-examen.

18 En el año 2010 los conservadores vuelven al poder de la mano de David Cameron en coalición con los Liberales Demócratas .

19 James Purnell (1970). Miembro del Parlamento por el Partido Laborista entre 2001 y 2010 y ministro en diversas carteras. Renuncia en el año 2009 al cargo criticando al Primer Ministro, Gordon Brown.

Para entender la verdadera naturaleza de esta crisis es necesario mirar un poco hacia atrás. Históricamente, la izquierda siempre ha mezclado una serie de tendencias distintas y sobrepuestas: tradiciones inconformistas, disidentes religiosos, culturales y políticos; tradiciones obreristas —más bien conservadoras— de apoyo mutuo; movimientos sindicales; muchas variedades de marxismo y comunismo; y fabianismo.

El fabianismo es el producto de la Sociedad Fabiana, que fue fundada en 1884 con el objetivo de buscar reformas socialistas en la vida y en la política inglesa. Esta Sociedad se caracterizó por rechazar la política revolucionaria de la extrema izquierda. En vez de ello, adoptó un enfoque gradualista, tomando su nombre de Fabio Cunctator, el “retrasador” que venció a Aníbal en las guerras púnicas con constantes escaramuzas y evitando la confrontación abierta. Desde muy temprano la Sociedad fue liderada por el formidable equipo de Sidney y Beatrice Webb²⁰, quienes juntaron en torno suyo a un grupo de bien conocidos intelectuales, incluyendo a G.B. Shaw, H.G. Wells, los Woolf, el economista Graham Wallas y, por un tiempo, a Bertrand Russell²¹. Ellos fueron seguidos entre guerras por intelectuales laboristas de la talla de G.D.H. Cole, Harold Laski y R.H. Tawney²².

20 Sidney Webb (1859-1947) y Beatrice Potter de Webb (1858-1943). Él fue parlamentario desde 1922 y ministro en varias ocasiones. Ella trabajó junto a su marido en todos sus proyectos políticos. Ambos escribieron muchos libros y panfletos juntos y dieron vida a la Sociedad Fabiana, a la universidad London School of Economics and Political Science y al periódico *New Statesman*. Durante sus últimos años fueron defensores de la Unión Soviética y de Stalin.

21 George Bernard Shaw (1856-1950) fue novelista, crítico y dramaturgo irlandés. Ganador del Premio Nobel de literatura en 1925 y de un Oscar en 1938 por su trabajo en la película *Pygmalion*. Fundador de la LSE. Herbert George Wells (1866-1946) fue novelista, historiador y periodista. Famoso por sus libros *La guerra de los mundos* y *El hombre invisible*. Leonard Woolf (1880-1969) y Virginia Stephen de Woolf (1882-1941): él fue administrador colonial, editor y teórico político, ella es una famosa escritora británica. Ambos fundaron la editorial Hogarth Press. Graham Wallas (1858-1932). Psicólogo social y economista. Miembro de la sociedad fabiana entre 1886 y 1904. Fundador y profesor de la LSE. Bertrand Russell (1872-1970). Filósofo, matemático y crítico social. Es uno de los padres de la filosofía analítica. Fue profesor en la LSE y luego en Cambridge. Premio Nobel de Literatura en 1950.

22 George Cole (1889-1959). Historiador, economista, escritor y teórico político del cooperativismo. Primer profesor de la Cátedra Chichele de teoría social y política en Oxford. Harold Laski (1893-1950). Economista y teórico político. Profesor de la LSE. Richard Tawney (1880-1962). Historiador económico y crítico social desde el punto de vista del socialismo cristiano. Profesor de la LSE.

El fabianismo mantuvo un fuerte contraste con otras tradiciones de la izquierda. Era mucho más de clase media, principalmente del sur de Inglaterra y dominado no por oradores, revolucionarios, tenderos o sindicalistas, sino que por intelectuales. Tenía un fuerte interés en hacer nuevas políticas. Específicamente les interesaba aplicar ideas ilustradas y los nuevos avances científicos a la sociedad inglesa. Rápidamente descubrieron que el vehículo perfecto para aplicar estas ideas y asegurar su propia indispensabilidad y prestigio, era expandir el aparato del estado. De hecho, ellos vieron al estado como una fuerza beneficiosa a partir de la cual muchas imperfecciones de la naturaleza humana y de la sociedad humana podrían ser eliminadas a través de la ciencia. A esta visión siguió una enorme cantidad de propuestas de políticas públicas que iban desde un sueldo mínimo nacional y un servicio de salud universal hasta la nacionalización de la tierra y la demolición de los barrios pobres, sin excluir un persistente interés por la eugenesia y el nacimiento selectivo.

Durante el siglo XX, el fabianismo derrotó a sus adversarios y tomó control de la izquierda: intelectualmente, durante las primeras décadas, y luego políticamente, ayudados por la experiencia colectiva de la Segunda Guerra Mundial. Todos los primeros ministros del Partido Laborista han sido fabianos. Otras tradiciones de izquierda, como los inconformistas disidentes, el socialismo gremial y el apoyo mutuo obrerista han sido dejadas de lado o fagocitadas. Cuando la tradición liberal se partió bajo Asquith²³ y Lloyd George²⁴, el laborismo fue capaz de tomar el poder. Cuando el gobierno de Attlee²⁵ ganó

23 Herbert Asquith (1852-1928). Primer Ministro británico (1908-1916) del Partido Liberal. A lo largo de su vida tuvo numerosos cargos políticos (Ministro, canceller) además de ser Miembro del Parlamento (1886-1924). Fue un gran primer ministro en tiempos de paz, pero torpe en la conducción del país durante la Primera Guerra Mundial, lo que llevó a su reemplazo por su partido en 1916 por David Lloyd George, lo que fue antecedente de un quiebre en la colectividad entre el Partido Liberal Nacional (de Lloyd George) y el Partido Liberal, división que perduró entre 1922 y 1923, cuando se reunificaron.

24 David Lloyd George (1863-1945). Primer Ministro británico (1916-1922) del Partido Liberal.

25 Clement Attlee (1883-1967). Primer Ministro británico (1945-1951) del Partido Laborista. Primer Ministro interino (1943-1945) bajo Winston Churchill del gobierno de coalición durante la Segunda Guerra Mundial.

con una mayoría impresionante en 1945, a muchos les pareció una señal de la validación final del socialismo de estado fabiano en Inglaterra.

Es a veces olvidado que el resultado fue un desastre para la izquierda política. Como David Marquand ha resaltado, en los 50 años posteriores a 1868 el antiguo sistema bipartidario de conservadores contra liberales produjo 27 años de gobiernos conservadores o dominados por los conservadores y 23 años de gobiernos liberales. Es decir, un reparto de 54%-46%. Desde que el Laborista se convirtió en el partido oficial de la oposición en 1922, los 88 años siguientes se dividieron en 55 años de gobiernos conservadores o dominados por los conservadores y 33 años de gobiernos laboristas. Es decir, un reparto de 62.5%-37.5%. En otras palabras, el ascenso del laborismo le ha costado a la izquierda política británica más de 7 años de gobierno desde 1922. Esos siete años faltantes son más largos que cada uno de los gobiernos liberales, con una excepción.

El control fabiano creó el compromiso profundo del laborismo con la expansión del estado y la centralización de los servicios públicos. Pero ese control también tuvo consecuencias para el partido mismo. Ha tendido a reforzar la auto-identificación del partido en términos tribales como los promotores de un interés de clase más que de una visión más amplia de los valores humanos que pudiera apelar a todos los sectores de la población. Así, ha inhibido la formación de una coalición más amplia en la izquierda, como la que vemos en el Partido Demócrata norteamericano y en muchos países europeos.

Las ironías son evidentes. De hecho, uno de los análisis más tempranos y decisivos fue hecho nada menos que por León Trotsky. El libro de Trotsky de 1925 llamado *¿A dónde va Inglaterra?* fue uno de los primeros en señalar que el fabianismo no era un intento de empoderar a la gente común y trabajadora del país, sino que un intento de suprimirlos. En sus palabras, “a lo largo de toda la historia del movimiento laborista inglés ha habido una fuerte presión de la burguesía sobre el proletariado a través de la acción de líderes radicales, intelectuales, socialistas de escritorio e iglesia y owenistas que rechazan la lucha de clases y promueven el principio de solidaridad social y la colaboración con la burguesía, conduciendo, debilitando y destruyendo políticamente al proletariado”.

Y es así que, en muchos sentidos, ha ocurrido. El siglo XX está lleno de efectivas instituciones de trabajadores que desaparecieron cuando el estado les arrebató sus funciones. ¿Y dónde están los grandes disidentes dentro del partido ahora? El asunto de fondo va más allá de la constatación de que el Nuevo Laborismo es bastante parecido a una secta. Va más allá de las malas decisiones, la inexperiencia y las evidentes limitaciones de los candidatos en sus recientes elecciones de líderes. Es sobre la razón y el propósito mismo de la izquierda en cuanto tal: de dónde viene, qué defiende y por qué.

EL PRAGMATISMO TORY

Algo parecido a lo anterior podría haberse dicho de los conservadores en 1997, pero ha habido aquí una enorme diferencia entre la izquierda y la derecha: la derecha ha tenido un abanico mucho más amplio de tradiciones a partir de las cuales puede renovarse. Nunca se ha convertido en una secta.

De hecho, incluso puede haber sido demasiado inclusivo, ya que como cuerpo de pensamiento político, el conservadurismo es prácticamente imposible de definir. La carrera de Benjamin Disraeli²⁶ ilustra perfectamente el punto. El joven Disraeli se opuso a la reforma social por las razones conservadoras de que erosionaba los derechos de propiedad y la independencia local, aumentando los impuestos y la regulación. Así, votó en contra del pan barato en 1846, contra el Acta de Salud Pública de 1848, contra el Acta Minera de 1850 y contra el Acta del Consejo General de Salud en 1854. Se opuso en 1839 a la idea de dar al Comité en Consejo de Educación 30.000 libras para gastar en educar a los ingleses más pobres. Así de exageradamente temía la intromisión de la inspección estatal en las escuelas.

El Disraeli viejo, por otro lado, lideró la reforma social como Primer Ministro por las razones conservadoras de que aliviaba la pobreza, la miseria y el dolor y promovía la cohesión social o “una nación”, como lo llamamos hoy. Ganó las elecciones generales de 1874, perfilando a los tories como el partido

²⁶ Benjamin Disraeli (1804-1881). Primer ministro británico en 1868 y entre 1874 y 1880 del Partido Conservador (“Tory”). Canciller (1858-1859 y 1866-1868) y líder de la oposición (1868-1874).

de la reforma real contra un gabinete liberal que no era más que “una serie de volcanes exhaustos”. Pasó los dos siguientes años aprobando once grandes actas de reforma social en una serie de áreas, incluyendo derechos sindicales, condiciones laborales, salud pública, educación y vivienda. Durante ese período legislativo fue la condición del pueblo y no los intereses de los terratenientes la mayor preocupación del partido Tory.

“Justo el tipo de giro inescrupuloso que se podría esperar de un conservador” —se podría decir— y de Disraeli en particular. ¿No han sido acaso siempre los conservadores unos acomodaticios, tomando y eligiendo ideas para calzar con el momento, apropiándose sin rumbo de los temas más populares de sus oponentes y descartando creencias otrora valoradas cuando dejan de ser populares?

Es fácil señalar el arte del gobierno Tory como el sometimiento del principio abstracto al objetivo práctico de mantener el poder. Puede ser alabado como flexibilidad o condenado como cinismo, pero debe ser reconocido como indispensable para la popularidad del conservadurismo como credo político. No fue por accidente que el Partido Conservador estuviera dos tercios del siglo XX en el gobierno. Disraeli mismo citó la adquisición de derechos de la clase trabajadora industrial como un imperativo estratégico para apoyar la reforma. Si no hubiera sido escuchado, los tories se habrían ido por el camino de los liberales.

Sin embargo, esta es solo la mitad de la historia. Una mirada más profunda nos mostrará que esta tensión entre principios es intrínseca al conservadurismo mismo. No solo eso, sino que es una de las razones cruciales por las cuales el conservadurismo ha sido tan exitoso como movimiento político a lo largo de los años. El habitual cambio entre líneas de pensamiento de los tories no es el mero producto del cálculo electoral. Más bien, refleja la genuina tensión filosófica del conservadurismo como cuerpo de pensamiento. Los conservadores han sido una “iglesia amplia” en su arrastre electoral justamente porque lo han sido también en cuanto a sus ideas. En este sentido, por tomar solo algunos ejemplos, los conservadores han impulsado siempre la cohesión

social, pero también la libertad individual. Han estado a favor del libre mercado, pero también del proteccionismo; a favor del imperialismo, pero también del aislacionismo; por estándares centrales y eficiencia gubernamental, pero también por la independencia local respecto al gobierno. Por terminar con la pobreza, pero también contra las alzas de impuestos. Por lazos fuertes con Europa, pero también por lazos débiles.

DOS TRADICIONES

Históricamente, en Gran Bretaña estos principios se han estructurado en torno a dos tradiciones rivales: un conservadurismo liberal o libertario preocupado de los mercados libres, el localismo y la propiedad privada y un conservadurismo paternalista que prioriza la comunidad y la estabilidad social.

De estas dos tradiciones rivales, la última ha sido la más prominente durante las dos últimas centurias. De hecho, el Partido Conservador ya había legislado a favor de los sindicatos desde mucho antes que el Partido Laborista existiera e impulsara proyectos de salud pública. Incluso antes de que Aneurin Bevan²⁷ naciera. El último gobierno de Disraeli representa el punto alto del paternalismo Tory durante el siglo XIX, mientras que el gobierno de Macmillan²⁸, cuyo “camino intermedio” reforzó y expandió el estado de bienestar cuarenta años antes de la “tercera vía” de Blair, representa ese punto en el XX. En contraste, el thatcherismo fue algo así como un renacer del liberalismo gladstoniano²⁹, con su retroceso del estado, su fervor moral y su énfasis en la libertad

27 Aneurin Bevan (1897-1960). Miembro del Parlamento (1929-1960) del Partido Laborista. Ministro de Salud (1945-1951) y de Trabajo (1951-1956). Impulsó la instalación del Servicio Nacional de Salud.

28 Harold Macmillan (1894-1986). Primer Ministro británico (1957-1963) del Partido Conservador. Secretario de Estado del Aire (1945), Ministro de Vivienda y Gobierno Local (1951-1954), Ministro de Defensa (1954-1955), Secretario de Estado de asuntos extranjeros (1955) y Canciller (1955-1957).

29 William Gladstone (1809-1898). Militó en el Partido Conservador hasta el quiebre producido entre los liberal-conservadores (liderados por Robert Peel, a los que él apoyaba) y los liberal-proteccionistas (liderados por Disraeli) en 1846. Luego se sumó al Partido Liberal (1859), desde donde fue en repetidas ocasiones Primer Ministro británico. Fue también Presidente del Comité de Comercio, Canciller y Líder de la oposición.

individual.

Muchas veces, sin embargo, se ha llegado a puntos muertos entre estas dos tradiciones. Desde las discusiones sobre las reformas sociales a mediados del siglo XIX, hasta la desafección con el libre comercio a comienzos del siglo XX –la resistencia “mojada” a la Nueva Derecha en los setenta o los debates actuales acerca de los recortes de impuestos y la selección académica– el conservadurismo británico ha tenido instintos contradictorios sobre las políticas públicas y el rol del estado: unos piden mayor espacio para la iniciativa individual, otros consideran necesario un gobierno grande y activo. Que ambos de estos principios en contradicción se reclamen legítimamente como parte de la tradición intelectual conservadora es precisamente lo que hace que esos puntos muertos sean tan conflictivos.

Es también un problema particularmente británico, ya que la mayoría de los partidos de centro-derecha de las democracias occidentales han elegido un camino u otro entre las dos tradiciones. Los partidos conservadores más importantes de Europa, como la Unión Demócrata Cristiana alemana y el Partido Gaullista francés, están esencialmente conformes con una visión paternalista del estado como un agente de cambio social y la encarnación de la nación. La aflicción europea de más de una década con bajo crecimiento y alto desempleo ha empujado a estos partidos en una dirección reformista. Pero las propuestas más ambiciosas de liberalización económica todavía vienen de pequeños partidos liberales tratando de encontrar su camino hacia una coalición de gobierno.

En contraste, para simplificar más todavía, los partidos de centro derecha del mundo anglosajón, como los republicanos de Estados Unidos o los liberales australianos, han expuesto tradicionalmente el lado más liberal del conservadurismo. Ellos han enfatizado en el esfuerzo personal y el voluntarismo por sobre el gran gobierno y, sumando a esto, un fuerte trasfondo cristiano –en el caso americano–. Con la importante excepción del gobierno de Ronald Reagan, el coqueteo del Partido Republicano con el derroche fiscal bajo George W. Bush representa una aberración respecto a la corriente central del

pensamiento conservador norteamericano. No fue hasta el republicanismo de Eisenhower³⁰ de los años cincuenta que la derecha americana se reconcilió con las reformas del “Nuevo Trato” de Franklin Roosevelt³¹, y le ha llevado cuarenta años aceptar la permanencia de programas como el Medicare. Los triunfos neoliberales de los años de Clinton³², tales como la reforma previsional, la búsqueda del equilibrio fiscal y los recortes en los gastos federales, fueron ideas conservadoras forzadas por un congreso controlado por los republicanos sobre un presidente demócrata no muy convencido. Solo en asuntos de defensa nacional y en temas candentes como el aborto los conservadores americanos han defendido constantemente un rol activo y amplio del estado.

Otra curiosidad es que las dos tradiciones del pensamiento conservador británico suelen cambiar de lado cuando el debate pasa de lo económico y lo relativo a los servicios públicos a los asuntos morales, de nacionalidad, de justicia criminal y de política exterior. Ahí, los liberales y libertarios aprecian la utilidad del estado como un podio privilegiado para promover el patriotismo contra lo que se ve como un peligroso y disolvente posmodernismo y defienden una postura más agresiva en asuntos de ley y orden y están más dispuestos a usar a las fuerzas armadas para defender los intereses británicos en el exterior.

De igual modo, ha habido algunos del lado paternalista que han sido escépticos tanto del principio como de la posibilidad de un nacionalismo cívico liderado por el estado, y por lo tanto desconfían de su expansión y de la centralización de la justicia criminal, al tiempo que prefieren un cauto y estabilizante realismo en política exterior. Esto, de nuevo, sirve para iluminar la complejidad y heterogeneidad del pensamiento conservador.

30 Dwight D. Eisenhower (1890-1969). Presidente N°34 de Estados Unidos (1953-1961). Miembro del Partido Republicano, al igual que Ronald Reagan y George W. Bush

31 Franklin D. Roosevelt (1882-1945). Presidente N°32 de Estados Unidos (1933-1945) del Partido Demócrata.

32 Bill Clinton (1946). Presidente N°42 de Estados Unidos (1993-2001) del Partido Demócrata.

INSTINTO Y CONTEXTO

Lo que ocurre en el plano político, ocurre también en el intelectual. Los conservadores no piensan menos que los liberales o los socialistas. La diferencia es que nunca llegan a una conclusión. El conservadurismo, de hecho, es una matriz de ideas que compiten entre sí. Que una prime sobre otra en una determinada situación depende nada más que de las circunstancias del momento. El contexto es crucial. Las condiciones prácticas del aquí y ahora guían a los conservadores con la misma seguridad con la cual las doctrinas pre-escritas guían a los socialistas y a los utilitaristas liberales. Quien es políticamente conservador debe determinar los requerimientos de una determinada situación y reflexionar respecto a cuáles de sus principios son los que se deben aplicar y cómo.

Esto puede requerir un movimiento desde un principio a otro a lo largo del tiempo o la aplicación simultánea de varios principios diferentes a diferentes situaciones. Cualquiera de estos movimientos podría ser calificado como hipócrita y, por supuesto, a veces puede haber efectivamente hipocresía. Sin embargo, la política no funciona como la lógica. La absoluta consistencia en la aplicación de principios abstractos a la política práctica es rara vez posible y nunca es sabia. El electorado británico, con su preferencia por el sentido común antes que por la gran teoría, usualmente premia esta forma de ver en las elecciones, a pesar de que la rechaza entre ellas.

Lo que actualmente distingue al conservadurismo de sus credos rivales, entonces, no son tanto las visiones que defiende –aunque algunas de ellas son exclusivas del conservadurismo– sino la forma en que las defiende. El socialismo y el liberalismo son, en su raíz, teorías e ideologías: interpretaciones fundamentales acerca de la naturaleza de la historia y del “bien”, a partir de las cuales los programas de políticas de gobierno supuestamente pueden inferirse. El conservadurismo no es algo así. Es instintivo, no teórico. Es una disposición, no una doctrina. Realista y escéptico, no grandioso ni utópico. Acepta las imperfecciones humanas, sin tratar constantemente de superarlas a la fuerza. Y está ansioso por mejorar la situación de la mayoría no a través de algún plan, sino trabajando con lo que Kant llamó “el tronco torcido de la humanidad”. Es

justamente su negativa a darle un estatus sagrado a cualquier idea abstracta lo que permite al conservadurismo incorporar tantas de ellas. Es justamente su negativa a defender el cambio como algo bueno en sí mismo lo que lo hace estar tan bien capacitado para administrar el cambio con prudencia.

Todo bien entonces, uno podría pensar, pero ¿dónde cabe entonces la Gran Sociedad? No parece calzar en ninguna de estas tradiciones. David Cameron ha resaltado muchas veces que “la sociedad existe”. Pero eso pareciera implicar que la sociedad es algo que está sobre y más allá de los individuos, lo que difícilmente la ubicaría dentro de la tradición conservadora libertaria. Por otro lado, la continuación de la frase, que dice “...pero sencillamente no es lo mismo que el estado”, no parece sugerir un nuevo paternalismo tory. ¿Qué es entonces la Gran Sociedad y de dónde salió? Tratemos de responder esta pregunta.

Capítulo 6

LOS PILARES DE LA SOCIEDAD

La muerte de cualquier persona me disminuye, porque soy parte de la humanidad. Por eso, cuando suenen las campanas no mandes a preguntar por quién suenan. Suenan por ti.

John Donne

Mientras más usurpe (el estado) el espacio de las asociaciones, más requerirán los individuos, al perder la noción de acción colectiva, de él. Estas son una causa y un efecto que constantemente se crean mutuamente.

Alexis de Tocqueville

Parfraseando una famosa frase dicha en la Cámara de los Comunes en 1780 respecto a la monarquía, hay que decir que el poder del estado ha crecido, está creciendo y debe ser disminuido. Pero, ¿dónde podemos encontrar una perspectiva coherente, positiva, humana y de largo plazo de cómo nuestra sociedad puede ser mejorada, con independencia del estado? Para adquirir dicha visión necesitamos cavar un poco más profundo, hacia la roca de los fundamentos filosóficos: hasta Thomas Hobbes y Michael Oakeshott. En este punto, nuestro argumento se vuelve un poco más teórico.

Nuestra teoría básica acerca del estado se deriva principalmente de Hobbes. Hobbes nació en 1588. Su nacimiento fue apresurado por el susto de su madre ante las noticias respecto a la armada española. Murió en 1679 a la edad de noventaún años. Su juventud transcurrió, entonces, en la era de Shakesperare, Jonson y Donne. Su medianía de edad estuvo marcada por las crisis constitucionales de la tercera década del siglo XVII, de las cuales huyó a París en 1640, justo a tiempo para esquivar la Guerra Civil Inglesa. Su edad

madura estuvo marcada por los inicios de una revolución científica que, inspirada en las ideas de Galileo, Descartes y Newton, sigue hasta el día de hoy.

Hobbes trabajó empleado como tutor la mayor parte de su vida adulta en la casa de los Cavendish, condes (y luego duques) de Devonshire, y mientras estuvo en París trabajó también como tutor de Carlos, príncipe de Gales. A pesar de esto, o quizás a consecuencia de ello, no dudó en hacerse la pregunta filosófica básica: ¿Cuál es la fuente legítima del ejercicio del poder por parte del gobierno? O, por decirlo de otra manera, ¿qué derecho tiene el estado para existir?

En su libro *Leviatán*, publicado en 1651, Hobbes argumenta que el gobierno humano debe su existencia a un contrato entre todos los miembros de la sociedad, en el cual todos trizan voluntariamente algo de autonomía por seguridad. En ausencia de un gobierno, la gente lleva vidas en el estado de naturaleza, una “guerra de todos contra todos”, en la cual todos están en constante riesgo y temor de una muerte violenta; un estado en el cual la vida de las personas es, como dice su famosa frase, “solitaria, pobre, sucia, brutal y corta”. El contrato social es simplemente una respuesta racional a este temor. Los individuos ceden algo de libertad de una vez y para siempre a una única y soberana autoridad que, al garantizar el orden civil y la seguridad en las fronteras, les da el espacio y la protección legal y física para asociarse libremente entre ellos.

Es un acto de empoderamiento el que hace posible la sociedad. La autoridad soberana puede, en principio, ser simplemente una persona, un grupo de personas o incluso el mismo pueblo. Puede ser una monarquía, una oligarquía o una democracia. Pero ella y solo ella tiene el poder legítimo, y esa legitimidad deriva de haber sido libremente cedida por todos. El soberano puede dictar legítimamente normas ya que nosotros, el pueblo, lo hemos autorizado para ello, por lo que, de acuerdo con Hobbes, estamos sujetos a la obligación moral de obedecer, por esa misma razón, dichas normas.

La genialidad de Hobbes reside en entregar una explicación de la soberanía que localiza su autoridad en la decisión individual y voluntaria de los individuos en vez de en un acto de Dios o en alguna dudosa e indefinida “voluntad general”. Su explicación es suficientemente familiar como para ser la

moneda de cambio corriente aun en la práctica política actual. Por supuesto, son pocos los que seguirían a Hobbes en sus visiones más extremas: en ver al soberano como un poder absoluto o a las personas renunciando a toda su libertad a través del contrato social. Sin embargo, parece ser que la mayoría de las personas—incluyendo a las que jamás han leído a Hobbes ni escuchado su nombre—tienen una concepción hobbesiana de la autoridad política, fundándola en la auto-protección racional, antes que en el mandato divino.

Ahora bien, la familiaridad de esta idea nos ha cegado respecto a sus consecuencias, ya que ¿qué es este contrato? No es una descripción de un evento histórico, sino una idealización de la relación entre el individuo y el estado. La belleza formal de esta idealización es que no hace suposiciones acerca de las motivaciones o los intereses humanos, más allá de considerar que todos actúan motivados por el miedo a una muerte violenta. De esta manera, fue la precursora de los actuales modelos económicos que tratan a las personas como si fueran maximizadores puramente egoístas de la ganancia o la “utilidad”, como átomos individuales separados completamente unos de otros que reaccionan positivamente a la posibilidad de ganancia y negativamente a la de pérdida.

Hobbes, de hecho, hace algo similar. Para él, la humanidad no es esencialmente mala, pero las personas naturalmente desean libertad para ellas mismas y control sobre las demás. Ellas están, en sus palabras, constantemente compitiendo por honor y dignidad. Es este deseo el que, si se desata, vuelve tan horrendo el estado de naturaleza. Y es específicamente el temor a una muerte violenta el que motiva el contrato social, siendo este la base mínima para la existencia del estado.

Al definir el estado, entonces, y para poder hacerlo, Hobbes ha definido al ser humano de la misma manera: los dos son parte y contraparte entre sí, son los dos elementos básicos de los cuales se deriva su visión de la política. Pero si revertimos esa imagen, por decirlo de alguna forma, y nos preguntamos no por lo que queda incluido, sino por lo que queda excluido de esta definición ¿Qué encontramos?

Lo que encontramos es que Hobbes hace tres omisiones cruciales, las cuales incluso hoy en día fijan los términos a los actuales argumentos acerca del

estado y la sociedad. Como veremos, primero, él ignora deliberadamente la sorprendente riqueza y diversidad de las emociones, aspiraciones intereses y objetivos de los seres humanos.

Segundo, en su extremo individualismo, al buscar disolver cualquier cosa designable como “el pueblo” o la “voluntad general” que estuviera más allá y por encima de los individuos, Hobbes ignora deliberadamente todas las instituciones intermedias entre el estado y el individuo. La familia, la iglesia, el club o el gremio –y hoy, el sindicato, la empresa o el equipo– son para él entidades secundarias, creadas por los individuos una vez que logran la protección del contrato social. Las leyes civiles son, en sus palabras, cadenas que atan los labios del soberano a los oídos de los hombres. Y nada más hay entre ellos.

Finalmente, Hobbes construye una presunción moral en favor del estado y en contra del individuo. Después de todo, el contrato social es suscrito voluntariamente por nosotros, al punto que el estado soberano no somos sino nosotros; la representación de nuestra autoridad entregada y delegada. De acuerdo a él, no podemos reclamar o protestar cuando nuestra autoridad soberana actúa de formas que no aprobamos, excepto cuando amenaza nuestra supervivencia. Lo hemos empoderado libremente, y si actúa en contra de nuestros intereses, mala suerte. No puede, en general, haber ninguna objeción de conciencia ni desobediencia civil en el estado hobbesiano.

Como el contrato social mismo, estas omisiones proyectan una muy larga sombra intelectual. De hecho, ellas todavía estructuran el debate actual respecto a la naturaleza del estado y las alternativas políticas disponibles para nosotros. Tendremos que volver pronto a ellas. Por ahora, el punto central es que el contrato social a la Hobbes está diseñado para explicar la justificada existencia, autoridad y legitimidad del estado, pero en el fondo no dice nada acerca de la sociedad o de la relación entre el estado y la sociedad. Podemos saber que la autoridad soberana está autorizada a promulgar leyes y que los individuos están obligados –y pueden ser compelidos– a obedecerlas. Podemos saber que el contrato social es lo que permite que la sociedad como tal llegue siquiera a existir. Pero no sabemos nada más. Tenemos un bosquejo, pero ningún detalle o color.

A menos que entendamos mejor las nociones de estado y sociedad, no podremos ver lo que está en juego aquí: qué es, si es que es algo, aquello a lo que estamos renunciando al dejar crecer constantemente al estado y qué visiones alternativas de nuestra sociedad podrían existir.

LA TENSIÓN ESENCIAL

Por esto, necesitamos a Michael Oakeshott, quien es un ejemplo perfecto de una vida académica sin sobresaltos aparentes. Nació en 1901 y murió en 1990. Estudió en Cambridge e hizo clases ahí, en Oxford y en la London School of Economics. Durante su larga vida, publicó dos libros de ensayos y dos monografías, cada una de las cuales es –en su propio modo– una obra maestra lo suficientemente rigurosa y políticamente incorrecta como para nacer muerta, como el “Tratado” de Hume, desde la prensa. Oakeshott es poco conocido y menos aún leído hoy en día. Además, carecía de toda calificación académica formal en filosofía. A pesar de esto, ha sido correctamente catalogado como el mayor filósofo político británico desde Edmund Burke.

El pensamiento de Oakeshott se extiende bastante más allá de la política. Pero lo que necesitamos aquí es su distinción entre dos tipos de sociedad: entre la sociedad civil y la empresa social³³. Una sociedad civil es una asociación de ciudadanos; individuos que son formalmente iguales en derechos frente a la ley. Como ciudadanos, ellos tienen algo en común entre sí, pero esto no es una meta común, un propósito o un plan, sino solo el hecho de reconocerse igualmente unidos entre sí por un sistema legal derivado de una misma autoridad civil³⁴.

33 En el libro de Oakeshott *El Estado europeo moderno* (Barcelona: Paidós, 2001), Víctor Pérez-Díaz traduce “civil society” por “asociación civil” y “enterprise society” por “asociación que empresa”. Aquí usaremos la fórmula “empresa social”, que remite a la idea de una sociedad organizada instrumentalmente en función de un objetivo.

34 “(Oakeshott) la identifica como una asociación en términos de reglas no instrumentales de conducta (...) el carácter de estas reglas consiste en que no prescriben acciones que deban ser llevadas a cabo, sino condiciones que deben ser suscritas por todos los agentes a la hora de sus decisiones y de sus acciones (...) esta asociación debe ser entendida en términos del reconocimiento de la autoridad que tienen tales reglas” (Víctor Pérez-Díaz en Oakeshott, Michael. *El Estado europeo moderno*, Barcelona: Paidós, 2001, p.17).

Una empresa social es bastante distinta, ya que en esta la sociedad completa está organizada como una empresa común o asumida como una unidad en sí misma. En este caso, los individuos no son vistos como ciudadanos titulares de ciertos derechos básicos y protecciones, sino como contribuyentes de un proyecto común y reunidos para llevar a cabo ciertos fines reconocidos. Estos objetivos pueden ser económicos –como una mayor prosperidad nacional o productividad industrial–, pero no tienen por qué serlo. Pueden ser culturales, étnicos o religiosos, tales como la unidad cultural, la pureza étnica o la ortodoxia religiosa. Como tal, una empresa social no tiene nada que ver con una empresa o un negocio en sentido lucrativo. Su objetivo, muy por el contrario, puede ser de una naturaleza totalmente distinta al económico.

Como uno podría esperar, estos diferentes tipos de sociedad operan de manera muy distinta. En una sociedad civil, las leyes serán generalmente procedimentales en vez de sustantivas. Fijarán marcos en los cuales las personas podrán vivir, no objetivos a cumplir. No serán específicas, sino universales y aplicables a todos, sin distinciones para bien o para mal. Y dirán lo que los ciudadanos deben hacer por un asunto de obediencia a la ley, no para cumplir con un modelo social prediseñado. En una sociedad civil, entonces, la función del gobierno no es hacer algo distinto a simplemente gobernar. El estado no tiene proyectos y objetivos en sí mismo y va más allá de los del individuo o de los grupos gobernados. En cambio, su rol es proponer, promulgar y resguardar leyes que permitan que las personas desplieguen sus asuntos privados de una forma ordenada y segura.

Por el contrario, en una empresa social la función del gobierno es justamente lograr ciertos objetivos sociales. No se puede contentar simplemente con gobernar, sino que es más ambicioso. Las leyes que crea tienden a buscar objetivos específicos y asumen el derecho del estado a administrar a las personas y a tratarlas como un medio para perseguir las prioridades del estado. El gobierno en una empresa social nunca puede estar tranquilo, ya que nada es tan bueno como podría serlo y, por lo tanto, siempre habrá espacio para la intervención estatal orientada a mejorarlo. Si existe pobreza, poco rendimiento económico o crimen, no pasará mucho tiempo sin que el estado niñera se haga cargo de asumir el desafío de mejorar la situación.

Podemos ver ambas concepciones de la sociedad operando en la historia de Inglaterra: la noción de sociedad civil en cosas como la Magna Carta, el proceso legal y las reglas electorales; y la noción de empresa social en Gran Bretaña Compañía Pública Limitada, la “unidad de despacho” de Downing Street N°10, los planes quinquenales, los objetivos de servicios públicos y la apuesta nacional para organizar los juegos olímpicos en Londres.

Los dos conceptos de sociedad de Oakeshott son idealizaciones, por supuesto. Ninguna de ellas puede ni podrá ser ejemplificada como una forma pura, ya que cada sociedad tiene elementos y aspectos de la otra. Las dos son, sin embargo, distintas y hasta excluyentes entre sí: filosóficamente, una está organizada bajo la categoría de procedimientos y otra bajo la categoría de ciertos propósitos. En breve, son antagónicas, disputan el alma de cualquier sociedad, empujándola sin tregua hacia la auto-limitación o la ambición en la medida en que ganan o pierden terreno, generando finalmente una tensión esencial.

Hasta aquí con la teoría. ¿Por qué importa esta distinción? Lo primero es decir que el siglo XX fue el siglo de la empresa social. La provisión estatal de bienes y servicios en el nombre de metas sociales comunes creció rápidamente en todos los grandes países industrializados alrededor del mundo. Ciertamente, las autoridades nunca han sido indiferentes al bienestar económico y social del pueblo, por temor al descontento, a la pérdida del gobierno o a la revolución. Pero imaginar al estado mismo como un motor económico, una red de seguridad o un proveedor de servicios es una innovación moderna, específica del siglo XX.

Ya vimos cómo ocurrió esto en Inglaterra. Pero es importante resaltar que las formas más extremas de tiranía durante la última centuria emergieron desde lo que, intelectualmente, es la misma fuente. Tanto el comunismo como el fascismo tienen como raíz común el deseo de organizar todos los recursos de la sociedad para conseguir una serie de “metas” sociales determinadas por el estado. Al menos oficialmente, en la Rusia comunista estas metas incluían la conquista de una “sociedad sin clases” y la “dictadura del proletariado”. Los medios elegidos incluyeron la expropiación de propiedad

privada, la nacionalización de la producción industrial y agrícola, enormes programas de industrialización y colectivización forzada, la administración central de las exportaciones, importaciones, precios e ingresos y el control estatal sobre los bancos y otras instituciones financieras.

En contraste, la Alemania nazi preservó mucho de la forma y algo de la substancia de la propiedad privada, los mercados libres y las instituciones democráticas. Sin embargo, ella también fue una ramificada empresa social. Sus objetivos fueron la recuperación económica, la conquista de la pureza nacional, racial y cultural y, finalmente, la ocupación militar y el control de Europa. La nacionalización fue usada muy selectivamente. En vez, las compañías fueron organizadas en carteles bajo un directorio administrativo aliado a los bancos; los sindicatos fueron disueltos y fue impuesto el control de precios; hubo un enorme programa de obras públicas y una tremenda movilización y expansión de las fuerzas armadas. La historia de cómo la Alemania nazi trató de conquistar sus otras metas es demasiado conocida y demasiado terrible como para ser repetida aquí.

Para muchas personas, cada uno de estos ejemplos extremos de tiranía es un fenómeno social particular y distinto a cualquier otro. Encontrar un patrón entre ellos o vincularlos a procesos y eventos actuales de las modernas democracias occidentales les puede parecer, con mucho, un razonamiento pobre o, en el peor de los casos, simplemente ofensivo.

Sin embargo, ellos sí sirven para extraer un principio más general: el crecimiento de la empresa social invariablemente tiende a restringir nuestra libertad frente a la ley. Recordemos que la visión de empresa es aquella que juzga a las personas no como ciudadanos, sino de acuerdo a su contribución a alguna meta corporativa. En una sociedad como esa los intereses de los ciudadanos están siempre subordinados al proyecto general, que está invariablemente determinado por el poder soberano, es decir, por el estado mismo. El mejor ciudadano, entonces, no es un solo eso, sino además un trabajador –como Stajánov³⁵, el famoso minero ruso–, un emprendedor estrella, un pariente, un

35 Alekséi Stajánov (1906-1977). Minero nombrado “Héroe del trabajo socialista” en 1977 por ser ejemplo de sacrificio personal en función del progreso soviético. En 1935 extrae catorce veces la cantidad normal de carbón por hora por minero y luego rompe su propio récord, siendo

ahorrador o un contribuyente. La igualdad formal es entonces reemplazada por una métrica social que ordena a las personas de acuerdo a su contribución al todo corporativo y, usualmente, por una cadena de moralina pública que busca justificar estas asignaciones.

El fascismo es, entre todos, el peor caso de empresa social en acción. Es el caso en el cual todos los intereses privados son subordinados a las metas designadas por la sociedad misma. Lo podemos ver en el infame eslogan de Mussolini: “Tutto nello Stato, niente al di fuori dello Stato, nulla contra lo stato” (“todo en el Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado”). Pongamos un ejemplo más notorio aún: el “ein Volk, ein Reich, ein Führer” (“un pueblo, un régimen, un líder”) de Hitler. Esto no era un simple llamado a los alemanes a asociarse a un proyecto nacional encarnado en la persona del líder. Era además una invitación tácita a ignorar las instituciones intermedias y la protección de las leyes al hacerlo.

Sin embargo, los defectos de la empresa social no son meramente accidentales, pues estos reflejan una incoherencia aún más profunda. Es esto lo que Oakeshott llama racionalismo: la creencia de que actividades que requieren de habilidades especiales –como la de gobernar–, pueden ser reducidas a un conjunto de reglas explícitas o instrucciones o bien la de que diferentes lenguajes y modelos de comprensión pueden ser aplicados de cualquier forma en distintos asuntos.

En su extremo más político, este racionalismo puede ser visto en las economías y sociedades planificadas, que tratan de capturar y organizar el ampliamente diverso potencial de los seres humanos y encuadrarlo en algún lecho de Procusto³⁶. Pero este no es un asunto que ofrezca alternativas. Al contrario, opera casi en todas partes en mayor o menor grado. Así, puede ser observado no solo en las demoledoras objeciones de Von Mises y Hayek a la idea misma de economía planificada³⁷, sino también en el tan familiar pensamiento de

escogido por ese logro como rostro de la propaganda estatal dirigida a los obreros.

36 Mito griego en el cual Procusto, hijo de Poseidón, administraba una posada en Ática en la cual amarraba a sus huéspedes a una cama de metal, a la cual los “ajustaba”, cortando sus extremidades si sobresalían o bien martillando el cuerpo hasta hacerlo calzar con la superficie del lecho. Es finalmente asesinado por Teseo.

37 Para conocer en profundidad estas críticas, ver: Ludwig Von Mises, *El Socialismo*. Unión Editó-

que la política consiste simplemente en una serie de problemas económicos, sociales o culturales que se deben resolver y también en la angustia que surge cuando se ve que esos problemas resultan estar profundamente relacionados entre sí y que sus soluciones tienen consecuencias no anticipadas.

El racionalismo también moldea el pensamiento de quienes creen en él. Sustituye la compleja realidad por una idea. Desestima los juicios sobrios y los reemplaza por pura certeza. En resumen, promueve el fundamentalismo: una política de la fe por sobre una política de la duda.

Lo que promovemos aquí, en cambio, es una línea de pensamiento profundamente conservadora, que nos aleja de la ideología y nos acerca al escepticismo y al principio pragmático. Pero que corta políticamente en ambos sentidos: es una devastadora crítica intelectual del fabianismo, su creencia estatista y su confluencia (confusión) de estado y sociedad. También afecta el fundamentalismo de los hiper-libertarios del libre mercado, que no ven que el estado tenga rol alguno. Además, como veremos, les corta las alas a los tecnócratas e ideólogos que pretendan reducir toda pregunta social o política a un asunto económico o bien sustituir la economía por la política en cuanto tal.

LA IDEA DE UNA SOCIEDAD CONECTADA

Oakeshott ilumina brillantemente la relación entre estado y sociedad: la tensión esencial entre las demandas de una sociedad civil y las de una empresa social, los peligros del racionalismo y, por tanto, los costos y beneficios de la lenta transformación de Inglaterra en una empresa social más pura.

Sin embargo, hay una categoría ausente en Oakeshott que nos recuerda aquello que faltaba en Hobbes. Como su predecesor, y por similares razones, Oakeshott simplemente nos ha dado una mínima especificación. Una sociedad civil está basada en procedimientos, un marco de leyes entre el soberano y el ciudadano, pero no es nada más. Una empresa social, en cambio, está basada en un proyecto y concibe a la sociedad como un todo organizado con

rial: Madrid, 2009 (1922, 1932, 1951) y Friederich Von Hayek, *La Fatal Arrogancia: los errores del socialismo*. Unión Editorial: Madrid, 1990 (1988).

un propósito, pero no es nada más. Todo lo demás debe ser ordenado bajo estas categorías. Cada cual debe ser llenada con seres humanos vivientes, amantes y mortales que se reúnen entre sí o en instituciones del más variado tipo imaginable.

La omisión se vuelve más decidora si notamos que las categorías fundamentales de Oakeshott de procedimiento y propósito son insuficientes para describir algunas de estas instituciones. ¿Qué tipo de asociación es una familia? ¿Un grupo de hinchas de fútbol? ¿Una compañía? Es cierto que cada una obedece a ciertos procedimientos y que cada cual puede tener un propósito: recibir y educar niños, apoyar al equipo, generar ganancias. Pero cualquiera que piense en estas instituciones solamente en esos términos estaría comprendiendo solo una parte de ellas. Perdería de vista un asunto crucial que permite explicar la centralidad de estas instituciones en nuestra cultura: el hecho de que, en diferentes formas, ellas están basadas y constituidas por afectos humanos.

Los lectores del libro de Nick Hornby, *Fever Pitch*, no necesitarán que se los recordemos. Él describe vivamente las emociones del fanático del fútbol: el culto al héroe, la dedicación requerida para ir a cada partido y el odio a los equipos adversarios. Pero, ¿qué sostiene al fanático a lo largo de las temporadas, año a año? No un plan de incentivos diseñado desde arriba; no las reglas del club de hinchas; ni siquiera el éxito del equipo, como pueden atestiguar los seguidores del Newcastle United. De seguro es el sentimiento tribal de pertenencia, de estar dentro de un círculo y ser parte de un grupo.

Si esto es cierto, entonces tenemos que reconocer una nueva categoría para un nuevo tipo de asociación: una basada en los afectos más que en los procedimientos o los propósitos. En el espíritu de Oakeshott, podemos nombrar esta categoría ausente como aquella de la asociación “conectada” o filial, siguiendo la palabra griega *philia*, cuyos varios significados incluyen “amistad”, “lazo”, “afecto” o “aprecio”. Con eso en mente, podemos recuperar aquello que Hobbes dejó de lado: el foco en las vidas humanas y en lo que les permite florecer; un espacio entre el individuo y el estado para todas esas instituciones “laterales” que nos vinculan a todos entre nosotros y dan sentido a nuestras vidas; una contrapesante presunción moral en favor del individuo y

el reconocimiento de que aquello que motiva a los seres humanos no es —ni tiene por qué ser— meramente un asunto de palo y zanahoria, de completar algunas metas o de alcanzar algunos fines colectivos, sino que es un asunto de la cultura, la identidad y la pertenencia. Es esta nueva categoría de la asociación filial la que constituye la base filosófica para las ideas modernas de capital social, *networking* y conectividad y para la Gran Sociedad.

Vamos bien hasta ahora. Pero no es suficiente simplemente con reconocer la posibilidad de una sociedad conectada o incluso con describir algunas instituciones a partir de sus vínculos, de las conexiones humanas que las inspiran o de su lugar en la red social. Necesitamos especificar cómo sería una sociedad organizada horizontalmente, en lugar de verticalmente y cuyo eje fueran estas instituciones intermedias.

SOCIEDAD Y ESTADO

El lector podría razonablemente sentir cierto escepticismo a estas alturas. ¿Para dónde va todo esto? ¿No es la “sociedad conectada” un ejemplo del tipo de verborrea a la que apelan los políticos desesperados cuando se les han acabado las ideas?

No. Sería un error pensar en la “sociedad conectada” como un típico término del lenguaje político utilizado por razones tácticas en contra del lenguaje de la “Tercera vía”, el “universalismo progresista” y otras retóricas vacías como esas. Más bien, para hacer avanzar la presente discusión, necesitamos llevar la “sociedad conectada” hacia su significado original: una sociedad entendida en términos de afecto o lazos personales.

Como tal, la idea involucra tres principios de fondo. El primero es que el hombre es un animal social. Las personas no son meros agentes económicos estériles, sino que son seres vivos que respiran y que encuentran un espacio de expresión y de identidad relacionándose entre sí. El segundo es que, al hacer eso, la gente crea instituciones de una extraordinaria variedad y diversidad y que esas instituciones influyen tanto en los individuos que pertenecen a ellas como en la sociedad en la que se alojan. El tercero es que algunas de

estas instituciones se instalan entre el individuo y el estado, actuando, entre otras cosas, como memorias, conductos, escapes y garantes de la estabilidad.

Esto puede ser visto como algo bastante obvio, pero el desafío de una explicación es muchas veces redescubrir o recuperar en otros términos aquello que ya sabemos. Más allá de eso, esta línea de pensamiento tiene consecuencias bastante radicales a nivel de políticas, como veremos. Pero estas políticas estarían construidas sobre arena si no podemos explicar de manera razonablemente precisa qué supone una “sociedad conectada” y por qué es valiosa.

Empecemos entonces, con la idea básica de “sociedad”. En su raíz, nos encontraremos con el derecho romano. En una sociedad, los individuos son socios, *socii* en latín, que pertenecen y se reconocen entre sí como pertenecientes, reconocimiento que crea un grado de mutuo respeto y de obligación entre ellos. Estos socios son iguales y libres y el lazo que los une recibe su valor del hecho de haber sido consentido libremente.

De esta manera, una sociedad es básicamente una asociación libre de clases, jerarquías o de cualquier otra estructura heredada que pueda constreñir la libertad de los individuos. Por esta razón, una sociedad es y debe ser libre de enormes concentraciones de poder; el poder debe ser difuso, compartido y contra-balanceado para que una sociedad siquiera pueda existir. El estado de derecho es tanto el requisito como el resultado de la distribución del poder: las instituciones tales como la propiedad privada, el *habeas corpus* o la independencia judicial surgen naturalmente para proteger libertades e intereses existentes y para permitir que otros se desarrollen. Estas instituciones operan entonces como protectoras de la libertad.

Una “sociedad conectada”, sin embargo, va un paso más allá de esto. No solo reconoce la importancia de las instituciones en el sentido legal, tales como las mencionadas arriba (instituciones constitucionales cuyo rol es promover un buen orden, restringir el poder excesivo y proteger las libertades del ciudadano) sino que también reconoce cómo las instituciones, concebidas en un sentido mucho más extenso, dan forma y sentido a las vidas humanas. Toma la idea de reconocimiento mutuo que está implícito en la idea de sociedad y ve en él el aspecto de respeto personal, vínculo personal y afecto personal que falta o que, quizás, es asumido en Hobbes y Oakeshott.

Edmund Burke es muchas veces considerado el padre de esta idea, por haber dicho que “estar apegado a la subdivisión, amar la pequeña sección a la que pertenecemos en la sociedad, es (...) el primer nexo en la serie a partir de la cual llegamos a amar la sociedad y a la humanidad”. Esta es una idea profundamente conservadora que no es patrimonio de ningún grupo político o partido. En Inglaterra, tiene fuertes resonancias en la izquierda no fabiana, como veremos más adelante. En Estados Unidos hay cierta relación entre ella y las tradiciones de organización comunitaria y empoderamiento asociadas con el activista de Chicago Saul Alinsky³⁸, quien construyó una política radical de poder popular y protesta.

Burke, en contraste, está pensando en nexos en una red de instituciones. Sin embargo, no hay que restringirse a pensar en la sección ni debemos excluir a las instituciones que no tienen presencia física. Así, no estamos hablando solamente acerca de una iglesia local en particular, un club de rugby o una sucursal del instituto de la Mujer, sino que también del mercado, el estado-nación y la ciudad y, en forma más abstracta todavía, de la familia, el matrimonio y el estado de derecho.

Estas instituciones no se crean ni se sostienen simplemente en el afecto físico o emocional, por supuesto. Cada una tiene un propósito particular, pero incluso en su forma más distante y discreta, ellas mantienen un vínculo con nosotros y una exigencia de lealtad personal. Ese vínculo puede ser profundo o superficial, duradero o breve, cercano o lejano; puede ser el tipo de patriotismo que surge hasta en el más tranquilo de nosotros cuando alguien insulta nuestro país; puede ser nuestro respeto automático por un médico o cura local al que nunca hemos conocido; o puede ser la felicidad de descubrir en una remota villa de la India que hay alguien que sintoniza con una radio nuestros programas.

De igual manera, la idea de una “sociedad conectada” sostiene que nuestros sentimientos y afectos están siempre presentes de alguna manera. Son ellos los que impulsan nuestra lealtad y compromiso con estas instituciones y, tal como identificó Aristóteles y como los romanos convirtieron en un

38 Saul Alinsky (1909-1972). Líder comunitario y activista. Es considerado el padre de los movimientos sociales modernos.

principio de estado, la amistad es el más natural, particular y universal de estos sentimientos.

Estamos lejos de la política ahora, pero podemos ver un bosquejo de una nueva crítica al crecimiento del estado. El fabianismo, como filosofía del crecimiento del estado, nos empuja con fuerza hacia la empresa social. Ya hemos mostrado los efectos económicos y sociales normalmente perniciosos de aquello. Oakeshott nos ayuda ahora a ver cómo este impulso engendra autoritarismo y daña el estado de derecho.

La sola posibilidad de la existencia de la sociedad descansa no en la concentración, sino en la difusión del poder. En una “sociedad conectada”, el estado soberano es solo una institución, aunque una privilegiada entre muchas otras. Como defendía Hobbes, siendo ciudadanos, le podemos deber nuestra lealtad moral, pero como asociados, nos debemos lealtad entre nosotros y a las muchas instituciones diferentes que nos definen. El estado es el único investido del poder de coacción contra los individuos en el marco de la ley, pero, precisamente por esa razón, está sometido a obligaciones continuas. Por ejemplo, debe restringirse en sus propias acciones, reconociendo sus limitaciones intrínsecas y equilibrando sus propias soluciones con el respeto a los acuerdos e instituciones existentes; por otro lado, también está obligado a financiar y a sostener aquellas instituciones existentes en nuestra constitución que limitan su propio poder y lo obligan al diálogo. Una de las primeras obligaciones de nuestros líderes políticos es hacer y obedecer estas ordenanzas auto-limitativas. Ellas son parte de lo que significa gobernar.

LA IMPORTANCIA CENTRAL DE LAS INSTITUCIONES

Hasta ahora, podemos ver en nuestra historia a las instituciones como la importante tercera parte ausente. En vez de la oposición entre individuo y estado que encontramos en la teoría política tradicional, tenemos una relación de tres entradas entre individuos, instituciones y estado. Es este aspecto olvidado de la conexión social el que transforma la sociedad desde una eco-

nomía centralizada del nosotros-ellos, te empujo-me empujas, en un organismo vivo y floreciente.

No obstante, las instituciones no son solo el objeto de nuestra lealtad y afecto y las relaciones que nos definen, sino que también son, en el pensamiento maduro de Burke, el depósito de mucha sabiduría y conocimiento humano. A menos que hayan sido creadas recientemente, ellas han triunfado entre sus competidores para poder existir, han aprendido de los errores y se han enriquecido por sus ventajas. En resumen, ellas han sido formadas por la experiencia. Estas instituciones, por lo tanto, guardan la experiencia colectiva de las generaciones anteriores, y esta experiencia muchas veces sobrepasa la sabiduría de aquellos que pretenden reformarlas. Un conservador –se ha dicho– es la persona que reconoce que las instituciones son más sabias que los individuos. Sin embargo, desde el punto de vista del presente no es claro que esta sea una distinción política en absoluto. Al contrario, es simplemente irracional ignorar la sabiduría de las instituciones. La pregunta política es qué peso debe tener este hecho, bajo ciertas circunstancias, en la creación de una política.

Lo dicho es cierto incluso para instituciones que no tienen una dimensión física. Un mercado financiero, por ejemplo, puede parecer simplemente como una colección de nombres y números en una pantalla de computador. Sin embargo, como reconoció Adam Smith, un mercado no es un espacio sin memoria donde agentes económicos puros van a hacer transacciones. Es, en cambio, una entidad cultural situada dentro de un rico contexto de prácticas humanas, tradiciones y expectativas respecto a cosas como la formación de precios, los pesos y las medidas, la calidad de los bienes y servicios, el despacho, los retornos y el comportamiento futuro. Además, está gobernado por convenciones y reglas que no son menos poderosas por el hecho de no ser explícitas. De esta manera, los mercados también guardan, diseminada a lo largo de ellos, su propia sabiduría.

Por supuesto, no estoy diciendo que toda tradición sea buena, que lo que existe debe existir o que nuestras instituciones nunca requieran de mayor justificación. Simplemente estoy recordando que cambiar no es reformar y

que las reformas deben ir con el espíritu de las instituciones si quieren tener un efecto positivo.

La historia del gobierno británico está llena de intentos por hacer reformas que ignoraron las instituciones existentes y, por eso, las menoscabaron. También está atestada de casos de redescubrimiento de la sabiduría de tradiciones olvidadas. Tomemos como ejemplo el caso de las sociedades fraternas de apoyo mutuo. Entre 1800 y el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, hubo un avance enorme en la previsión voluntaria para la enfermedad y la vejez a través de estas sociedades obreras de apoyo mutuo. Para 1938, más de 20 millones de trabajadores eran miembros registrados de ellas. Incluso una sociedad fraterna de comienzos del siglo XIX podía proveer asistencia para la enfermedad, el desempleo y la discapacidad, así como pensiones para las viudas. Más servicios, incluyendo las pensiones, se agregaron a lo largo del tiempo y eran administradas por sus miembros sobre el principio de “una persona, un voto”, por lo que los costos eran bajos y el aprovechamiento deshonesto, mínimo. Promovían y estaban sostenidas sobre un espíritu de auto-gestión y apoyo mutuo que desincentivaba la dependencia de la caridad o del estado.

El estado reguló las sociedades fraternas por primera vez en un acta de 1793. Durante la centuria siguiente, la legislación definió los derechos y las responsabilidades de los involucrados. No fue, sin embargo, hasta el Acta de Seguros Nacionales de 1911 que el estado se entrometió directamente en la recaudación de las contribuciones. Esto obligó a todos los asalariados entre dieciséis y setenta años a sujetarse a un esquema de beneficios de salud al cual el estado y los empleadores también contribuían. El esquema era, sin embargo, todavía administrado por las sociedades fraternas “aprobadas” y sus miembros eran incentivados a aumentar de manera voluntaria sus contribuciones más allá del límite exigido. Cuando se requirieron recortes en el gasto público, el gobierno no dudó en reducir el subsidio estatal a las sociedades fraternas, muchas de las cuales sufrieron por esto grandes dificultades en la recesión de los años treinta. Ellas fueron relegadas finalmente a la marginalidad cuando la administración de estos beneficios fue nacionalizada en una serie de actas posteriores a 1945. No había mayores razones para que

fueran eliminadas a través de la superposición estatal, y muchas instituciones voluntarias similares sobrevivieron en el resto de Europa.

Avancemos hasta el día de hoy y, ¿qué es lo que vemos? Los esquemas de pensiones británicos, que alguna vez fueron la envidia de Europa, ahora tienen un déficit total estimado en 200 billones de libras. Ellos fueron socavados por el inesperado retiro de las exenciones fiscales en 1997 por Gordon Brown y también por la anterior decisión del gobierno de Thatcher de fijar impuestos sobre las “sobrecontribuciones” a los esquemas por parte de las compañías matrices, lo que podría haber entregado un alivio con respecto a los actuales problemas. Así, la rueda gira.

CONEXIÓN E IDENTIDAD

Hasta ahora, hemos sostenido mediante argumentos que los seres humanos viven en instituciones y a través de ellas. Estas pueden ser el objeto de nuestra lealtad y afecto, pueden mediar nuestras interacciones y pueden ser el depósito de nuestra experiencia heredada. Ahora, debemos mirar cómo se relacionan entre sí, cómo pueden articularse y qué efectos puede tener esto en nuestra identidad colectiva.

Cuando examinamos una sociedad particular en términos de su civilidad o empresarialidad, podemos ver al estado como una autoridad soberana al estilo tradicional, ya sea como un componedor pasivo o bien como un agente activo y ambicioso. En una sociedad conectada, sin embargo, el énfasis no está para nada en el estado, sino en la cultura y en la identidad, en cómo las personas piensan acerca de sí mismas y por qué. Este razonamiento se aplica, en principio, a todas las sociedades humanas: todas pueden ser vistas tanto en términos de sus conexiones como en términos de su civilidad o empresarialidad. Sin embargo, para ver su actual relevancia política, debemos enfocarnos en la sociedad británica y en las fuentes de nuestra propia identidad: por ejemplo, en aquellas cosas como nuestra lengua y literatura, nuestra historia escolar, nuestra contribución al estado de derecho, nuestra

experiencia como imperio y nuestras tradiciones de trabajo en equipo, de cencia, ironía, disentimiento y agudeza.

Al hacer esto, podemos pensar acerca del intercambio cultural en el espíritu de Oakeshott como si se tratara de una conversación o diálogo. Hay instituciones diferentes, herederas de tradiciones distintas, cada cual con su “voz” distintiva: la de la ciencia, la de los negocios, la de la religión, la de la ley, la de la educación o la de las artes, por ejemplo. En una conversación, cada voz tiene su propio carácter, pero cada una debe hablar en términos comunes para las demás si quiere ser comprendida, remecer, persuadir o mandar. Cómo se desarrollen, cómo interaccionen entre sí y cómo sean escuchadas por personas distintas, determinará el carácter general de la conversación. Del mismo modo, el carácter de una sociedad se derivará de la forma en la cual su propia conversación cultural se desarrolle y del modo en que sea estimulada a desarrollarse.

La metáfora de la conversación es muy ilustrativa. En primer lugar, cualquier conversación demanda un contexto de mutuo respeto y orden, es decir, de civilidad. Esta es una regla básica de conducta entre ciudadanos relacionándose al amparo del estado de derecho. En cualquier conversación, todas las voces tienen su espacio y, aunque pueden ser ignoradas cuando están hablando, ninguna tiene prohibido hablar. Todas son, en efecto, tratadas como autónomas e individuales. Más aún, una conversación vibrante es una en la cual las voces son diversas, maduras, confiadas de sí e independientes: es decir, es una conversación en la cual las voces de los ciudadanos son capaces de examinar a la autoridad, cuestionarla y someterla a rendición de cuentas. Finalmente, la idea de conversación nos recuerda los diferentes roles posibles que pueden tener los medios: como proveedores de ideas que en principio aspiran a la neutralidad, como críticos o defensores del poder establecido y como voces defensoras de sus propias ideas o intereses, tratando de ejercer el poder ellos mismos. En la medida en que internet y nuevas tecnologías de la comunicación siguen extendiendo el rango de la conversación, nuestra sensibilidad respecto a estos roles solo podrá seguir aumentando.

Es una conquista distintiva de Europa el haber desarrollado primero y haber integrado las instituciones fundamentales —el estado-nación, la libertad

de expresión y de asociación, el mercado y el foro político— a partir de las cuales nuestra conversación cultural tiene lugar, y a partir de las cuales continúa extendiéndose a través del mundo. Es esta insistencia en la conquista de una autoridad civil expresada a través del imperio de la ley lo que diferencia específicamente a la tradición europea de, por ejemplo, las tradiciones islámicas clásicas, en las cuales la ley y la religión no solo corren en paralelo y se refuerzan mutuamente, sino que son consideradas lo mismo.

La idea de conversación también trae a colación aquello que es más distintivo de la institución constitucional de Estados Unidos. La genialidad de los fundadores de Estados Unidos, especialmente de James Madison³⁹, consistió en generar una constitución que deliberadamente constriñera y fragmentara el poder del gobierno entre los niveles estatal y federal; entre el ejecutivo, el legislativo y el judicial y entre la casa de los representantes y el senado. Cada uno fue dispuesto como un control y equilibrio para el otro y así fueron todos forzados a continuar conversando entre sí, tanto sobre los asuntos diarios como sobre el enfoque adecuado y los límites de las varias partes del gobierno mismo.

Finalmente, la metáfora de la conversación remarca la crítica principal planteada aquí. El último gobierno se caracterizó por extender, instintivamente y por defecto, los poderes del estado por sobre la vida de los ciudadanos. En términos conversacionales, uno podría pensar en el estado como el aburridor dominante de la mesa cuyo fuerte sonido atropella la charla de los demás. Sin embargo, quizás un mejor paralelo sea el del patriarca cuyos favoritos prosperan, pero en cuya presencia silenciosa otros se sienten ahogados y guardan silencio. De igual forma, la extensión del estado—cualesquiera sean sus aparentes atractivos de corto plazo— tiende a acallar las voces, la creatividad y la energía de los ciudadanos. Si hoy es difícil darse cuenta de esto es, en parte, porque hemos perdido la noción de cuán potencialmente rica y plena puede ser una vida humana.

39 James Madison (1751-1836). Presidente N° 4 de Estados Unidos (1809-1817) del Partido Demócrata-Republicano. Secretario de Estado (1801-1809) y Representante de Virginia en el Congreso (1781-1797). Es llamado “el padre de la constitución” por su rol en la redacción de la misma y en su posterior defensa junto a Alexander Hamilton y John Jay, que quedó inmortalizada en *El Federalista* (México DF: FCE, 1998).

LA FUERZA DE LA DIVERSIDAD

El énfasis mostrado por la diversidad y la conversación no emerge meramente de la convicción de que estas cosas sean valiosas por sí mismas o como medio de mejoramiento social. Podemos pensar en ellas como fuentes esenciales de la inteligencia social.

Hay hoy una inmensa literatura respecto a la teoría de los “grupos sabios”: el fenómeno en el cual diversos grupos hacen mejores juicios o resuelven problemas mejor que los expertos. Para ser “sabio”, un grupo tiene que satisfacer cuatro condiciones: sus miembros deben ser diversos, independientes (cada uno hablando por sí mismo, no subordinado a otro) y descentralizados (de modo de abarcar el conocimiento local). Finalmente, debe haber alguna forma de reunir o compilar sus juicios privados y conducirlos a una decisión colectiva.

Cuando esas condiciones se cumplen, los resultados pueden ser sorprendentes. Comparados con los expertos, los grupos son generalmente mejores para estimar cosas (como el peso de un buey, en un experimento de 1906 de Francis Galton), más rápidos para explicar resultados (como la razón por la cual el Challenger explotó), mejor en predecir los resultados de eventos deportivos y mejores para tomar decisiones bursátiles. Inclusive, e increíblemente, se ha visto, en condiciones de laboratorio comprobables, que los grupos de expertos son con regularidad no tan buenos como los grupos que también incluyen no-expertos.

Así, no es accidente, probablemente, que la idea de una “sociedad conectada” que hemos identificado ponga énfasis justamente en las cosas que hacen “sabios” a los grupos. Su gran foco está en promover la diversidad, la independencia de juicio y la descentralización, y buena parte de las razones por las cuales insiste en los mercados y en la conversación es para habilitar estos importantes catalizadores de opiniones humanas para que funcionen efectivamente. Asimismo, hay otros puntos de vista que parecen destruir la sabiduría social. El paternalismo de cualquier cuño incentiva la preferencia por los oficiales y los expertos, y también el pensamiento y el instinto de rebaño. El estatismo actual es todavía peor. Desprecia la diversidad, reduce la indepen-

dencia e incrementa la centralización. Un mejor recetario para la estupidez en lo social sería difícil de imaginar.

En términos generales, la teoría de los grupos sabios refuerza nuestra crítica a las empresas sociales o a cualquier sociedad organizada desde arriba como una entidad con un solo propósito. Ella sugiere que esas sociedades tendrán una tendencia inherente a la falta de sabiduría y, por tanto, a la falta de éxito social y económico, comparadas con otras sociedades más diversas y plurales. La paradoja aquí es que el intento de organizar la sociedad como una empresa, de hecho, mata el emprendimiento. Al contrario, solo pueden tener éxito cuando las sociedades están genuinamente impulsadas por las energías y la creatividad individual.

Sin embargo, hay una objeción obvia a esta línea de razonamiento. “Este cuento de la conversación está muy bien”, se dirá. “Pero es solo un blablá insustancial ¿Cierto? Solo auto-indulgencia profesoral de sobremesa. Es justamente el tipo de teorización respetable pero irrelevante que uno espera de personas que no tienen el poder para tomar decisiones en el mundo real, donde no todos son civilizados y donde no se logra mucho combatiendo las bombas, el crimen y el odio con palabras sutiles”.

Este argumento, a pesar de todo, es muy débil. Hay pocas razones por las cuales una nación comprometida con los valores de una sociedad conectada podría estar menos que absolutamente dispuesta a defenderlos. Al revés: la historia de la guerra sugiere que son normalmente justo esos valores los que han inspirado las mayores victorias en el campo de batalla. Pericles, el hombre de estado ateniense, desarrolla este punto en su discurso funerario del año 431 a. de C, al contrastar la apertura y los valores democráticos de Atenas con el estrecho autoritarismo militar de su rival más amargo, Esparta:

Nuestro sistema de gobierno no replica las instituciones de nuestros vecinos. Más bien, somos nosotros un modelo para los demás... Nuestra constitución es llamada democrática porque el poder no está en manos de una minoría sino de todo el pueblo... Hay una gran diferencia entre nosotros y nuestros oponentes en nuestra actitud hacia la seguridad militar... y ciertas ventajas, creo, en nuestra forma de enfrentar el peligro

voluntariamente, con una mente resuelta, en vez de con un laborioso entrenamiento, con coraje natural en vez de inducido por el estado.

LA EXPERIENCIA BRITÁNICA

Hemos descrito con más detalle la idea de una “sociedad conectada”. Nuestro postulado es que esta concepción de sociedad es la que subyace a la idea política de Gran Sociedad y que debería ser, además, el foco central del diseño de políticas públicas en Inglaterra. De hecho, hay aquí un desafío para todos nosotros: reconocer, proteger y reforzar nuestra sociedad conectada y buscar el enriquecimiento de la conversación cultural en su interior.

La idea de “sociedad conectada” implica ciertas limitaciones. Desincentiva la concentración del poder en cualquier organización o persona, pública o privada. Es auto-consciente y modesta en sus expectativas respecto al gobierno. Entiende la necesidad del crecimiento económico, pero no lo postula como la única fuente de bienestar. No favorece a ningún grupo o sector social en particular, excepto por el apoyo a aquellos que están en la pobreza, que podrían carecer de la habilitación para desempeñar un papel apropiado en la sociedad, sea esa carencia de carácter económico, de experiencia o de oportunidades.

Sin embargo, la idea de una “sociedad conectada” está lejos de la modestia en su optimismo y ambiciones respecto a los individuos mismos y a la multiplicidad de formas en las cuales ellos crecen y de desarrollan. Reconoce el vínculo social recíproco y el rol de las instituciones en crear y estrechar ese vínculo. Aquí, nuevamente, la idea de conversación puede guiarnos en el camino correcto: confiar en las personas, invertir en sus virtudes y no en sus defectos, recibir bien la inspiración, los sueños, la energía y la pluralidad y apoyar y extender las instituciones que cargan con nuestras tradiciones nacionales particulares.

La contrapartida que exige una Gran Sociedad o que una sociedad conectada es una diferente concepción de la individualidad necesaria para lograrla. En resumen, necesitamos preguntarnos qué es lo que nos hace verdaderamente humanos.

Capítulo 7

EL PELIGRO DE LA FELICIDAD

*Si eres pobre, espero que consigas riqueza.
Si eres rico, espero que consigas felicidad.*

Bob Dylan

Demos la bienvenida a la teoría X y a la teoría Y.

La teoría X sostiene que las personas son naturalmente flojas y evadirán el trabajo tanto como sea posible. Que son simplonas y sin ambición. Que les molesta el cambio y las responsabilidades y que solo trabajarán por los objetivos de una organización bajo coerción o soborno. La teoría Y, en contraste, sostiene que las personas son naturalmente laboriosas, ya sea en sus trabajos o en el juego. Que son naturalmente emprendedoras y deseosas de usar su ingenio para resolver problemas, pero que el ingenio rara vez es puesto a prueba en las grandes organizaciones.

Aquí está el problema: pase lo que pase, la creencia en la teoría X es auto-cumplida. Si las personas son tratadas a partir de esta teoría, se desmoralizan y se vuelven improductivas. Aquellos a cargo asumen entonces que así es realmente la gente –fortaleciendo en sus mentes la teoría X– y se vuelven más controladores todavía, lo que lleva, a su vez, a más desmoralización. De esta manera, controlar a las personas empeora el rendimiento y el servicio, generando más fallas y más control.

Mientras las personas ascienden dentro de una organización X, se comprometen cada vez más con una visión X del mundo. Viendo a los demás como motivados solo por el dinero, terminan viéndose a ellos mismos y a sus organizaciones de la misma manera. El altruismo termina siendo visto como

algo costoso e irrelevante para el mundo real y la filantropía como un asunto de publicidad. Entienden el énfasis moderno en la maximización de la ganancia como una licencia, casi como un mandato, para lucrar en cualquier área que genere ingresos. El desafío de crear y perfeccionar algún producto o servicio se vuelve secundario. De hecho, la idea misma de perfeccionar un producto, por implicar una inversión riesgosa, se vuelve sospechosa.

Algo similar ha pasado en Inglaterra durante los últimos años. Impulsados por un gobierno que estaba preocupado por su propio enriquecimiento y éxito financiero, nuestras instituciones estatales se movieron hacia una teoría X de las personas, fueran sus empleados o sus clientes. El resultado ha sido la desmoralización e ineficiencia. Y parte del proyecto de la Gran Sociedad es hacernos volver a la teoría Y.

Particularmente, durante los últimos cuarenta años, la comprensión pública del comportamiento humano ha reflejado cada vez más una visión estándar del hombre como perfectamente racional, codicioso, temeroso e hipersensible a los costos y ganancias marginales. Esta visión económica estándar se ha convertido en la comprensión por defecto del ser humano, como veremos más adelante. Sin embargo, tal como la teoría X nos recuerda, esta visión ha sido también propagada por las grandes organizaciones, incluidas las empresas y el gobierno mismo.

Sin embargo, esta visión económica no se ha salido por completo con la suya. Al contrario, ha habido una enorme y creciente reacción escrita contra ella. Las visiones contra-culturales de los años sesenta –que hay más en la vida que el dinero, que la economía no logra reflejar la complejidad y la riqueza de la vida y la experiencia humana y que deberíamos vivir al día– se van volviendo cada vez más populares. Estas alimentan reclamos, plasmados en libros tales como *Affluenza* o *The Spirit Level*, de que el materialismo está creando una depresión pandémica y un quiebre social en la medida en que las personas aspiran a aquello que no podrán lograr y se encuentran incapaces de competir con sus colegas. Estos reclamos han sido acrecentados por los cada vez mayores temores acerca del impacto de la globalización y las turbulencias en el mercado financiero. El resultado es conflictivo: rechazamos

el pensamiento económico convencional, pero no sabemos bien por qué. Clamamos por una alternativa, pero no tenemos nada coherente que ofrecer.

Un resultado de este conflicto ha sido la popularidad de la “teoría de la felicidad”, promovida en varios *best sellers* recientes, tales como *Happiness: lessons from a new science* de Richard Layard, un connotado economista y profesor en London School of Economics. La teoría de la felicidad no es simplemente la antigua idea de que la felicidad es más importante que la riqueza. Más bien, esta teoría propone que la felicidad de las personas se puede medir, administrar e intercambiar entre distintos grupos de personas; que las políticas públicas deberían ser evaluadas en base a su contribución a la felicidad e, incluso, que el objetivo final de toda política pública debería ser maximizar la felicidad.

A primera vista, podría parecer que este énfasis en la felicidad es una respuesta a la economía neoclásica. Después de todo, el crecimiento económico no es el alfa y el omega de la existencia humana. Pero, ¿no es acaso todo el punto de la teoría de la felicidad refutar la idea del hombre como *homo economicus*?

Sin embargo, la teoría de la felicidad solo refuerza la imagen convencional: simplemente sustituye un conjunto de motivaciones humanas por otro, dejando intacto el marco general de información perfecta, racionalidad perfecta y preferencias marginales, que es tan problemático. De hecho, legitima ese marco general. Con sus problemas obvios respecto a la psicología humana implicada, se hace más difícil todavía para aquellos que no están de acuerdo el articular sus preocupaciones más profundas.

Muchas personas han argumentado en contra de la teoría de la felicidad de Layard por varias razones. El punto es que en un aspecto esencial está fundamental y peligrosamente mal concebida. En su corazón es exactamente el tipo de concepción pasiva del ser humano que encontramos en la economía neoclásica.

Pero el asunto no está del todo perdido, ya que en contraste con esta idea pasiva, podemos desarrollar una concepción del yo positiva, activa y dinámica, con raíces en la antigua pero ignorada tradición filosófica que se remonta hasta Platón y la antigua Grecia. Este yo activo nos da una ruta para ir de la

teoría X a la teoría Y. Una vez que la hayamos expuesto, podremos volver de manera mucho más fructífera a nuestra pregunta temprana respecto al estatus y la naturaleza de la economía y su rol en las políticas públicas.

LAYARD Y LA FELICIDAD

Para acercarnos apropiadamente a los temas que debemos tratar, necesitamos un referente claro y el mejor punto para comenzar es con el profesor Layard y su libro *Happiness*. Layard merece un gran reconocimiento por haber hecho visible para la opinión pública este tema y algunas de las causas de la infelicidad. Su libro ha sido tan influyente como controvertido y no podemos esperar hacerle justicia aquí. Sin embargo, una parte central de su argumento puede ser sintetizada y expuesta.

Layard es seguidor del filósofo inglés Jeremy Bentham, fundador del utilitarismo. Ambos creen que la felicidad es hedonística o basada en el placer: es un estado de la mente y el rol de las políticas públicas debe ser maximizar el placer de este estado mental para la mayor cantidad posible de personas.

Han llamado la atención especialmente dos de sus postulados. El primero, que refleja una visión económica estándar del consumo, dice que, luego de cierto punto, una mayor riqueza contribuye disminuyendo cantidades marginales de felicidad. Mil libras extras no hacen a un billonario para nada más feliz, pero seguramente serían una gran fuente de felicidad para alguien que gana el mínimo. El segundo postulado es que la felicidad de una persona es un asunto relativo, dependiendo principalmente de cambios en su estatus o posición relativa respecto a sus pares. Bajo este punto de vista, no es relevante para la felicidad de Mr. Smith cómo le vaya comparado con el duque de Westminster, sino que en relación con su vecino. Y no solo eso: la búsqueda de estatus lleva a las personas a una “carrera de ratas”⁴⁰: cada cual trabaja más

40 “Rat race” es una expresión coloquial usada para referirse a un esfuerzo infinito, auto-destructivo y sin sentido, como el de las ratas de laboratorio tratando de escapar por un laberinto o corriendo en una rueda. Es usada regularmente para referirse a las formas destructivas de enfrentar el mundo laboral.

duro, pero la ganancia relativa de uno es la pérdida relativa del otro, por lo que no hay beneficio social neto alguno.

Para Layard, lo dicho tiene dos consecuencias específicas: una para el sistema impositivo y otra para el gasto público. La primera es crear una defensa moral para altos impuestos. En su visión, la mayor igualdad de ingresos genera una mayor felicidad neta, puesto que la redistribución de la riqueza entrega felicidad al que recibe a un bajo costo para la persona de buena situación que paga más. Más aún, Layard piensa que un mayor impuesto disminuye la “carrera de ratas”, desincentivando a las personas a trabajar más duro. Así, contribuye a un mejor balance entre trabajo y vida.

La segunda consecuencia es permitirle al autor argumentar a favor de un enorme gasto público en enfrentar las enfermedades mentales a través de psicoterapia cognitiva y provisión de drogas psicoterapéuticas a gran escala. Estos tratamientos pueden ser caros, pero estima que el costo que conlleva deshacerse de la depresión es bastante menor a la ganancia en felicidad.

La perspectiva de Layard ha sido muy debatida. Algunos cuestionan sus fundamentos empíricos, señalando que ella depende de datos que han sido mal interpretados y que, además, resultan insuficientes. Otros han dicho que el trabajo no tiene consistencia interna y que es metodológicamente un fraude. Otros incluso han planteado que las propuestas de Layard son paternalistas, anti-democráticas e inhumanas. Sin embargo, el mayor problema no es ninguno de estos, sino que todo su argumento es un camino sin salida. Ha sido cierto desde la época de Aristóteles que el concepto de “felicidad” puede cubrir muchas cosas. No es un concepto único ni estable en su uso. Más bien, el término ha sido usado a lo largo de los años en conexión a un gran rango de ideas distintas, incluyendo bienestar, auto-realización, bendición, virtud, excelencia, habilidad, salud física o moral, uso pleno de las facultades, riqueza o propiedad, honor y gustos cultivados, por nombrar solo algunas.

¿Pero qué pasa con el placer? Siguiendo a Bentham, Layard identifica la felicidad con el placer, lo que le permite usar los testimonios de las personas acerca de aquello que les produce placer como evidencia para su teoría. Sin embargo, al hacer eso asume que la felicidad es solo un estado mental. Pero si

eso es cierto y la felicidad es un asunto solo de cómo nos sentimos, entonces es fácil mejorar nuestra felicidad nacional rápidamente. Todo lo que se necesita es poner Prozac o alguna otra droga placentera en nuestro suministro de agua. Hacer eso, por supuesto, sería absurdo: entre otras cosas, sería una violación brutal de la libertad personal. Sin embargo, en su defensa de la provisión gubernamental de drogas psicoterapéuticas a gran escala, Layard se acerca bastante a esta idea.

¿Qué ha ocurrido aquí? Lo central es que nada en el trasfondo teórico ha cambiado. Layard se propone transformar las políticas a partir de una nueva categoría que estaba ausente y, por esa vía, hacerlas más reflexivas y relevantes para las actuales necesidades humanas. Sin embargo, en la realidad, lo que ha hecho es tomar un valor poco claro e indefinible como “utilidad” y reemplazarlo por el de “felicidad”, para luego obtener dudosas conclusiones a partir de ello. Los elementos de la visión estándar permanecen con todos sus problemas ocultos y suposiciones falsas intactas. De hecho, como se puede ver, esta visión es tácitamente reforzada por la apariencia de cambio y por la nueva retórica de la felicidad.

Después de todo, no es que la felicidad haya estado ausente del pensamiento económico de los dos últimos siglos. Al contrario, alguna noción de felicidad siempre ha sido asumida en el debate económico desde el principio. Un punto clave de la teoría del PIB a lo largo de los años, por ejemplo, ha sido desarrollar una amplia, comprensiva y cuantificable aproximación a la felicidad nacional, bienestar o beneficio. Puede o no haber tenido éxito – hay muchas opiniones al respecto– pero los macroeconomistas del mundo difícilmente se están golpeando la cabeza de sorpresa por haber descubierto súbitamente, gracias a Layard, que el objeto de su trabajo era realmente la felicidad. Para la mayor parte de ellos, de hecho, siempre lo ha sido.

EL YO PASIVO

Así, la verdadera importancia de la teoría de la felicidad radica en lo que deja intacto: una concepción tremendamente pasiva acerca de lo que es el

ser humano. Vimos antes que para la economía estándar las personas no son seres de carne y hueso sino “agentes” cuyo comportamiento puede ser matemáticamente analizado y modelado. De hecho, hasta este lenguaje excede la realidad: dentro de la teoría ellos no son siquiera agentes en un sentido relevante. Más bien aparecen como maximizadores de utilidad o portadores de preferencias. La visión de la teoría de Layard perpetúa esta visión. En ella, la felicidad es simplemente un estado mental y las personas son recipientes pasivos de felicidad; son seres vacíos que solo se activan vitalmente cuando algún placer temporal pasa a través de ellos.

Esta visión del yo como algo pasivo no se encuentra solo en nuestra economía estándar. Al contrario, ella permea nuestra historia intelectual, especialmente algunas tradiciones empiristas que ven a los seres humanos como meros recipientes de inputs sensoriales o de presiones externas (sin embargo, es interesante resaltar que la visión del hombre como puramente auto-interesado recibió una temprana y sólida refutación por David Hume, amigo cercano de Adam Smith y probablemente el mayor de los filósofos empiristas, en su “Investigación sobre los principios de la moral”).

Además, la idea de que las personas somos seres pasivos también está profundamente enraizada en la vida británica contemporánea. Se esconde detrás de lo que muchos ven como una cultura administrativa que es cada vez más tonta y adversa al riesgo, que entrega a nuestros hijos un bajo estándar moral y educacional, que no valora los logros y que muy rápidamente acepta soluciones mediocres; una cultura que deriva en el marketing de ideas complacientes mientras alimenta las más bajas necesidades del mayor segmento posible de la población; una cultura que está neuróticamente asustada de las ideas abstractas y de la diversidad de capacidades; una cultura que atiende a las personas en vez de desafiarlas a buscar algo mejor.

De esta forma, la idea de que las personas son fundamentalmente pasivas tiene efectos desastrosos. Pero, ¿cuál es la alternativa? ¿Existe –para preguntarlo en abstracto– una concepción alternativa del yo y de lo que es ser humano, que pueda usarse para guiar nuestras políticas públicas? Y si es así, ¿qué diferencia haría con respecto a nuestras políticas, a nuestra cultura pública o a nuestra identidad nacional?

Para responder esta pregunta necesitamos unir varias ideas que a primera vista podrían verse como distantes entre sí. Empecemos cuatro siglos antes de Cristo, con el diálogo platónico de la *República*. Este texto es visto muchas veces, no sin razón, como una obra más bien autoritaria⁴¹. Pero en él, Platón usa una conversación imaginaria acerca de la naturaleza de la justicia entre Sócrates y sus seguidores para desarrollar una idea profundamente valiosa. Sócrates piensa que la persona justa es más feliz que la injusta y al defender esta idea habla acerca de la felicidad como un tipo de auto-realización y, en particular, como un asunto relativo a lo que él llama “hacer lo que te es propio”. Su pensamiento parece ser que cada uno tiene una capacidad o función distintiva y que la felicidad es un asunto de desarrollar al máximo esa capacidad.

Encontramos algo parecido en Aristóteles. En la *Ética Nicomaquea*, Aristóteles se centra en el rol de la acción y de los hábitos en engendrar la felicidad. El hombre es un animal social –nos dice–, los seres humanos son seres gregarios por naturaleza, por lo que están siempre imbricados en relaciones sociales. Sugiere que la felicidad es siempre el fin y resultado de la acción. Y, de hecho, es en sí misma un tipo de actividad; la de vivir bien. De nuevo, aquí hay una conexión con las virtudes: la persona que repetidamente actúa bien se vuelve virtuosa, ya que, en la visión de Aristóteles, las buenas acciones generan buenos hábitos con el tiempo.

Podemos identificar un atisbo de la misma línea de pensamiento incluso en Locke, que escribe dos milenios después su “Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil” y que, como filósofo cristiano, observa desde una perspectiva radicalmente distinta en muchos sentidos.

Para Locke, los seres humanos son seres naturalmente libres y autónomos que han heredado la tierra en común. Sin embargo, si esto es así ¿cómo ha surgido la propiedad privada? La respuesta de Locke es que cada uno es dueño de su trabajo y es la “mezcla” de ese trabajo con otros objetos lo que confiere un derecho de propiedad sobre ellos y da origen, así, a la institución de la propiedad privada. Así, el granjero que cultiva en terreno abierto establece un derecho de propiedad sobre la tierra que ha podido cultivar directamente. De

41 Una refutación de la visión del texto de Platón como “autoritario” se encuentra en *La ciudad y el hombre* de Leo Strauss (Buenos Aires: Katz, 2006).

esta forma, este proceso de mezclar trabajo tiene un fin natural y los derechos de propiedad tienen una escala intrínsecamente humana.

Los académicos han trabajado duro para mostrar la idea de Locke de “mezclar el propio trabajo” como poco clara y obviamente equivocada. ¿Qué significa? ¿Es el trabajo algo que pueda ser mezclado con un objeto? ¿Qué pasa cuando toda la tierra abierta esté ocupada? ¿No es la idea de Locke simplemente dar una justificación del enriquecimiento de los que tienen sobre los que no tienen?

Sin embargo, si leemos la idea de mezclar el propio trabajo menos literalmente y lo tomamos como una metáfora, comienza a verse no solo como no equivocado, sino que como relevantemente correcto. En efecto, Locke está sugiriendo que los humanos tienen una tendencia natural a configurar, y así personalizar, sus ambientes. De hecho, no solo eso, sino que además plantea que estas acciones pueden generar las instituciones más fundamentales, como los derechos de propiedad.

LAS CAPACIDADES Y EL YO ACTIVO

La idea del ser humano como un haz de capacidades, o de los seres humanos orientados por su auto-expresión a través del ejercicio de esas capacidades, no está restringida a una tradición filosófica o política. Al contrario, se encuentra tremendamente dispersa. La podemos encontrar en la tradición cristiana, por supuesto, como en la epístola de San Pablo a los romanos, pero también aparece marcadamente en el hinduismo, en la idea del Atma-Jnana o auto-realización; en los escritos del psicólogo estadounidense Abraham Maslow y muy claramente en los “Manuscritos de 1844” de Karl Marx. Es una idea que se eleva por sobre las categorías raciales, políticas y religiosas.

Con esto en mente, podemos esbozar una concepción completamente diferente del ser humano y de lo que es su bienestar. Esta concepción tiene tres componentes distintos, que vinculan las ideas de acción, auto-realización e instituciones sociales.

En esta visión el ser humano no es una fuerza estática, sino dinámica y activa. El ser humano es, entonces, autónomo, imaginativo y creativo, y sus necesidades e intereses cambian constantemente y se desarrollan a lo largo del tiempo. Tiene capacidades actuales y potenciales que naturalmente buscan un espacio de auto-expresión. Más aún, las personas son seres sociales. No son animales gregarios, sino más bien poseen un instinto de transformación y personalización de lo que los rodea y de establecer vínculos con los demás. A través del tiempo, las acciones humanas van creando hábitos y los buenos hábitos se convierten en virtudes. Los hábitos compartidos, con el paso del tiempo, crean prácticas. Y las prácticas que se han desarrollado a lo largo del tiempo se convierten en instituciones.

A estas alturas el lector debe ser más bien escéptico acerca de la idea de “hacer lo que te es propio”. ¿No es el problema de hoy justamente que cada uno hace lo que quiere? ¿No necesitamos en vez de eso más disciplina, más respeto a la autoridad y un retorno a los valores tradicionales?

En realidad, esta frase no es un llamado a una sociedad más permisiva o a un mayor narcisismo gubernamental –cosas de las cuales el Reino Unido ya tiene bastante– sino que “hacer lo que te es propio” nos da un nuevo significado de lo que es la auto-realización humana.

Primero que todo, esta idea invita a las personas a preguntarse a sí mismas en qué creen, qué les preocupa, en qué quieren convertirse y qué pueden lograr. En breve, quiénes son. En segundo lugar, es altamente personalizada y optimista respecto al potencial humano: la forma en que alguien haga lo que le es propio puede ser muy distinta a la mía. Cada uno tiene, o puede desarrollar, sus propias habilidades distintivas, objetivos y capacidades. El éxito personal se transforma en la búsqueda de realizar el propio potencial y no en una simple carrera de ratas por estatus. Por último, esta idea se refiere a lo igualitario y no a lo jerárquico: cada uno de nosotros tiene sus capacidades, por lo que siempre podemos aprender uno del otro. Pero somos iguales. Dado que el ser humano tiene un potencial impresionante que fluye en direcciones distintas, no existe ninguna métrica –especialmente no el CI– bajo la cual personas distintas puedan ser evaluadas integralmente.

Esta línea de razonamiento está muy incompleta, por supuesto. De hecho, no se ha dicho nada respecto a si las capacidades diferentes deberían o podrían ser consideradas como valiosas para propósitos de política pública. Sin embargo, no es presuntuoso decir que ofrece un núcleo para generar una base mucho más rica y dinámica para las políticas públicas que los sombríos presupuestos que hoy se encuentran disponibles. Esto queda en evidencia debido a su afinidad con la bien trabajada teoría de las capacidades desarrollada durante los últimos veinte años por el economista y filósofo Amartya Sen.

Desde 1979, Sen ha estado argumentando que las políticas públicas deberían buscar beneficiar no solo la utilidad de las personas, su acceso a bienes básicos o la igualdad de resultado u oportunidades, sino también sus capacidades. Para Sen, estas capacidades cubren un amplio rango. Ellas incluyen funciones orgánicas básicas, como la resistencia a enfermedades y algunas situaciones ventajosas como el acceso a buena nutrición, pero también capacidades más avanzadas como la habilidad para poder ganarse la vida, la posibilidad de administrar la propia existencia y la de realizar los propios talentos.

Este es un punto de vista muy atractivo y no excesivamente materialista. Es positivo e idealista en relación a las personas. Es abierto y pluralista en su idea de la buena vida y del florecimiento del ser humano. Resalta las instituciones, los hábitos, las prácticas y la cultura a partir de las cuales las capacidades florecen y a las cuales contribuyen. Reconoce que la felicidad humana es demasiado variada como para ser precisamente definida, pero que es, sin duda, un producto derivado de la acción y, especialmente, de la tendencia a la auto-realización. Además, pone en la palestra, en forma crucial, una relación de sinergia entre la libertad y las capacidades. Las capacidades requieren de la libertad para poder ser ejercidas pero, al mismo tiempo, las personas necesitan habilitación en un rango adecuado de capacidades básicas si es que pretenden ejercer sus libertades. Inspirada en Sen, una teoría de las capacidades puede enlazar muy bien con nuestra discusión anterior respecto a una sociedad conectada: puede establecer una base de apoyo para los servicios públicos, enfocándose de modo especial en los más postergados al tiempo que genera una concepción más rica de lo que la sociedad puede lograr en conjunto.

No obstante, el énfasis que quiero presentar es un poco distinto. Sen argumenta pensando principalmente en los países en vías de desarrollo, y su aproximación es agregativa y de arriba hacia abajo con respecto al diseño de políticas públicas. Nuestra perspectiva, en cambio, parte de un mayor respeto por el individuo y desde una aproximación de abajo hacia arriba. Para nosotros, el desafío no es simplemente cambiar la forma en que el gobierno nos ve a nosotros, la gente, sino que de cambiar cómo nos vemos a nosotros mismos.

REPENSANDO LOS INCENTIVOS

Debería ser claro a estas alturas que hay una diferencia radical entre nuestra perspectiva y la visión estándar *rigor mortis* de los seres humanos que se encuentra en los manuales de economía. En particular, la idea de un yo activo implica una concepción distinta de la motivación humana, con implicaciones potencialmente revolucionarias para los sectores público y privado, tal como veremos.

Ha habido, en los años recientes, una enorme cantidad de investigación dirigida a tratar de comprender la naturaleza de la motivación humana. La visión lograda está lejos de ser completa, pero, en términos generales, le da la razón a la teoría de las capacidades. De hecho, surge que la aproximación del garrote y la zanahoria de la economía convencional no solo es una mala lectura de lo que motiva a las personas, sino que es contraproducente. Cuando se implementa, no solo no mejora el rendimiento de las personas, sino que lo empeora.

Las recompensas externas funcionan bien cuando quiere incentivarse que las personas trabajen más duro en tareas rutinarias. Pero una enorme cantidad de literatura académica señala que en tareas creativas resultan absolutamente contraproducentes. Las personas llenas de incentivos lo hacen peor que aquellos que trabajan por un salario fijo (o sin ningún salario) y hacen un trabajo por el gusto de hacerlo. Los niños a los que se les ofrecen recompensas condicionadas (si-haces-esto-obtienes-esto) por tareas que les gusta hacer, tienden a perder interés en ellas. Los estudiantes de artes que muestran más

motivación interna son más exitosos profesionalmente veinte años después. Los científicos a los que se les da mayor autonomía y no son castigados por fallas tempranas en sus trabajos, generan más y mejor investigación que aquellos que son fuertemente vigilados, sean o no recompensados por sus resultados. Los programadores de software libre responden principalmente a motivaciones internas, no externas. Los servidores públicos que son incentivados por pagos relativos a su rendimiento son menos efectivos que aquellos a los que se les paga del modo normal.

De esta manera, la mayor parte de las veces, el efecto de altos premios o cosas similares en los trabajos creativos, incentiva a las personas, la mayor parte de las veces, a repartir mal sus esfuerzos entre distintas tareas, fijarse en un objetivo determinado, tomar demasiado o muy poco riesgo, pensar en el corto plazo, comportarse de manera poco ética para conseguir lo que se les pide y experimentar niveles debilitantes de estrés y ansiedad. En breve: una descripción bastante detallada de la cultura de la mayor parte de nuestros mercados financieros.

Los psicólogos que siguen a Abraham Maslow han distinguido desde hace tiempo tres tipos de motivación del comportamiento humano. Uno es el biológico: la necesidad básica de comer, tomar y procrear; es lo que Daniel Pink ha llamado Motivación 1.0. El segundo es económico (del *rigor mortis*): la idea de que las personas son puramente motivadas por ganancias y pérdidas; esta es la Motivación 2.0. El tercero está basado en las capacidades humanas y las recompensas internas; la Motivación 3.0. El efecto de la investigación reciente es dejar claras las limitaciones de una Motivación 2.0 puramente económica y presionar para acercarnos a un enfoque de las capacidades.

¿Qué es, entonces, la Motivación 3.0? Esta está basada en tres ideas: autonomía, maestría y propósito. La autonomía se refiere al grado de control que la gente siente que tiene sobre su propio trabajo; la maestría, es el deseo de ser mejores en algo que les importa; y el propósito se refiere a su deseo de sentido —que lo que ellos hagan les importe también a otros o a Dios— tanto en los términos del resto, como en los propios, cuando están motivados por recompensas internas. El éxito está basado no tanto por el talento sino que por el trabajo duro y la persistencia en la búsqueda de una maestría que nun-

ca puede lograrse por completo. El trabajo, el deporte o la búsqueda en cuestión es impulsado por la convicción de que, en términos generales, es algo importante. Finalmente, la convicción y el sentido son lo que hace la diferencia.

LA CIENCIA DE LA COMPASIÓN

En conjunto, estas ideas de autonomía, maestría y propósito proveen un enorme soporte empírico a lo que hemos llamado “el yo activo”. Esto es así porque el yo activo –el yo como un haz de capacidades– está naturalmente comprometido con su medio ambiente y con los demás a su alrededor. Si el yo pasivo es, metafóricamente, un átomo separado de los demás, entonces el yo activo tiene lazos de carbono constantemente buscando conectarse con otros. Está abierto al otro.

Pero el sentido más profundo de esto es que solo una concepción activa del yo hace posible la compasión. Solo un yo activo puede actuar de un modo que expresa un espíritu amistoso. El yo activo es, entonces, el requisito tanto para el conservadurismo empático como para la Gran Sociedad o sociedad conectada. Bajo esta visión, las personas son naturalmente compasivas, la auto-realización implica el desarrollo y ejercicio de las capacidades y la expresión de esas capacidades en la acción es algo de lo cual pueden con propiedad ser tenidas por responsables.

Estos postulados pueden verse como exagerados pero, en realidad, existe una creciente cantidad de evidencia científica que los respalda. En particular, la investigación reciente de Jean Decety y otros sugiere que existe una base neurológica para la compasión o la empatía en el cerebro humano. Así, las personas que ven a otras sufrir, especialmente a sus cercanos, parecen procesar esta información, en parte, desde sus propios centros de dolor. En contraste, ciertos desordenes de personalidad autistas, narcisistas y antisociales, se manifiestan como ausencia de empatía, llegando incluso al extremo de causar que quienes los sufren no reconozcan a los demás ni siquiera como personas.

De este modo, existen buenas razones para pensar que las personas son naturalmente compasivas. Más aún, que es la compasión la que le da propósito a nuestras vidas y, por eso es profundamente gratificante. En ese sentido, diversos estudios muestran que la gente que regularmente entrega dinero, tiempo o apoyo a otros, tiene una mejor salud física y mental, tienen menores tasas de depresión y suicidio y viven más tiempo, en comparación con aquellos que no ayudan a otros. Aquellos que donan a la caridad reportan mayores niveles de felicidad que los demás. La gente que participa en voluntariados tiene menores tasas de mortalidad, mejor salud física y menores tasas de depresión que aquellos que no lo hacen, especialmente si emplean más de cien horas anuales en el voluntariado y si este implica un contacto personal reiterado ayudando a extraños.

El ejercicio de la compasión, por lo demás, es actualmente uno de los recursos más básicos de la sociedad misma. Siguiendo con nuestra metáfora anterior, si el yo activo es un átomo con lazos de carbono, entonces las familias son pequeñas moléculas, otras instituciones son moléculas más grandes y la sociedad misma la mayor molécula de todas. No tiene una forma prefijada, podría ser cualquiera dependiendo de cómo los individuos y las instituciones se vinculen entre sí. Sin embargo, de su forma y composición dependen muchas, sino todas sus características. La sociedad no es anterior a los individuos, como lo entendía Aristóteles, sino que ambos son dependientes entre sí.

Esto nos permite resolver una aparente paradoja. Tal como *The Spirit Level* subraya, diferentes sociedades pueden tener y, de hecho, tienen diferentes características. Estas pueden tener muy distintos niveles de capital social. Pero esto no significa que tengamos que pensar una sociedad como algo que vaya sobre y más allá de sus componentes individuales e institucionales, con intereses potencialmente opuestos a ellos. Distintas sociedades pueden tener mayor o menor éxito, y el rol del estado en ellas puede hacer parte importante de la diferencia. Por lo pronto, mucho más importante que eso es la energía y efectividad de esos individuos e instituciones. El cómo mejorar esa energía es probablemente el desafío central para las políticas públicas de hoy en día. Y es ese el desafío asumido por la Gran Sociedad.

¿UNA AMENAZA AL ALTRUISMO?

El hecho de que la compasión sea un instinto humano básico no significa que esté libre de amenazas. Al contrario, el instinto de compasión debe ser estimulado.

Investigaciones neurológicas recientes muestran que el instinto de compromiso y cooperación con otros se origina alrededor de los 10 años. Y no solo eso, sino que nuestra voluntad de tratar a otros con justicia y de manera confiable es fuertemente afectada por el ambiente en que crecemos: los ambientes de “alta confianza” estimulan un comportamiento de “alta confianza”, y los de “baja confianza” uno de “baja confianza”. Las experiencias tempranas de la vida pueden generar senderos químicos en el cerebro que refuercen los sentimientos de trato justo respecto a otros e instauren expectativas de ese trato justo como respuesta, o pueden no hacerlo.

Lamentablemente, muchos niños crecen hoy bajo un fuerte estrés. Viven en pequeñas y atiborradas casas urbanas o, muchas veces, en departamentos. Tienen poco acceso a áreas verdes y al ejercicio físico regular, y los juegos de computador dominan su tiempo libre. Como máximo, usan media hora diaria en “actividades útiles fuera del hogar”. El resultado es que más de un quinto de los niños sufre problemas de salud mental, mientras que las tasas de suicidios y de daños auto-producidos entre los menores siguen aumentando.

Es posible que actualmente para muchos niños y jóvenes sea psicológicamente difícil experimentar cualquier sentimiento de altruismo, fraternidad o compasión. Ante la ausencia de un sentido fuerte de confianza, ellos deben encontrar difícil ofrecer confianza a otros, por lo que simplemente se alejan, reforzando sentimientos como alienación y desinterés. Lo que necesitan es ser tratados como seres humanos, como valiosos en sí mismos. Pero, en cambio, están perdiendo su conexión con otros y con la naturaleza. Ellos enfrentan un mundo en el cual la dimensión personal y el toque humano, han sido erradicados.

El asunto difícilmente podría ser más preocupante, ya que implica el desperdicio de talento y potencial, además de la posibilidad de que muchas personas jóvenes puedan encontrar un espacio valioso dentro de la sociedad. Sus

consecuencias en un mundo donde los crímenes de pistola y cuchillo van en aumento también son obvias.

¿Y QUÉ?

Podían pensar que son lindas palabras, pero este breve paseo por ideas filosóficas es nada más que un ejercicio académico. Quizás el gobierno no lo hace tan bien, pero estas distinciones pomposas no podrían siquiera ser consideradas ni recordadas por un político. En verdad no hacen ninguna diferencia práctica. Las políticas públicas se imponen, después de todo.

Sin embargo, si pensaran eso estarían totalmente equivocados, ya que, desplazarse hacia una perspectiva de las capacidades y a su concepción dinámica de las posibilidades humanas cambia completamente el modo de ver las políticas públicas y a la política misma. El asunto crucial es que una creencia profunda en las capacidades de otros es un pre-requisito para una mayor confianza en el gobierno y en la sociedad completa. Una política responsable requiere una concepción activa del yo. Uno no puede confiar en alguien que te desprecia, y nuestro sistema actual de gobierno desprecia a las personas, tanto a las que trabajan en él como a aquellas a las que debe servir. Usa la retórica del empoderamiento, pero su visión de las personas es tan vil que el resultado es simplemente confusión y fracaso.

El rol de gobierno es lo primero que cambia cuando se asume el enfoque desde las capacidades. Hoy en día, como hemos visto, la maquinaria del gobierno británico es jerárquica, centralizada, micro-gerencial y hostil en relación a la innovación inteligente. Una agenda centrada en las capacidades cambia todo esto. El gobierno se vuelve mucho más pluralista y cuidadoso de andar interfiriendo con la vida de las personas. Fija estándares y reglas y vigila su cumplimiento, pero, más allá de eso, confía en que las personas hagan lo suyo. Así, por ejemplo, puede hacer disponibles fondos para los barrios en vez de decidir cómo deben ser gastados; puede preferir subsidios en dinero a organizaciones voluntarias antes que contratos; y puede delegar el poder en instituciones independientes, haciéndolas rendir cuentas periódicamente.

El enfoque de las capacidades también empuja las políticas públicas a ser mucho más holísticas. Toma decisiones considerando una concepción amplia del bien humano, y no solo pensando en justificaciones económicas. Liberado del requisito de ver a las personas como meros agentes económicos, los creadores de políticas públicas pueden mirar más a lo que realmente está pasando y al porqué de ello. Se vuelve así posible explicar por qué ciertas cualidades personales importan mucho a pesar de no poder ser modeladas económicamente: cualidades como la lealtad, la energía, la calidez personal y la creatividad. Se vuelve posible ver cómo ciertos fenómenos sociales tienen un fundamento cultural y no meramente económico. Se vuelve posible entender las causas y efectos de la frustración social como agente de fracaso social y la búsqueda de estatus como resultado.

Consideremos, por ejemplo, el caso del embarazo adolescente bajo esta mirada. El lugar común de la centro derecha al respecto es que el embarazo adolescente es una reacción económica a los beneficios del sistema que apoyan –y a la vez incentivan– a madres muy jóvenes que tienen hijos, al entregarles muchos beneficios y acceso prioritario a la vivienda. En algunos casos esto puede ser cierto, pero es solo parte de una explicación mucho más amplia. Tal como cualquiera que haya trabajado con madres jóvenes les dirían, estos embarazos suelen ser una reacción a la falta de amor, de estatus o de un rol en la vida. Una niña adolescente es una joven mujer en un momento muy vulnerable de la vida. Como madre, ella automáticamente adquiere un rol y este rol tiene un cierto estatus, que demanda la atención de otros. ¿Es realmente sorprendente que, viendo esto y no teniendo mucha experiencia, recursos o apoyo familiar, ella termine embarazada?

No solo eso: un estudio reciente muestra que en las zonas más pobres de Inglaterra la gente tiene casi dos décadas menos de vida saludable que aquellos que viven en las zonas más pudientes. El efecto de esto parece incentivar a las mujeres de los sectores más pobres a tener hijos casi una década antes que las demás: a los veinte antes que a los treinta. Las mujeres con más recursos tienen un fuerte incentivo para retrasar la maternidad mientras invierten en su educación, desarrollo y profesión, bajo la expectativa de que tendrán vidas mucho más largas y saludables.

El punto es claro: muchos fenómenos sociales no pueden ser entendidos simplemente a través de los modelos económicos estándar. Las políticas sociales no pueden ser llevadas adelante simplemente tratando de influenciar el comportamiento humano a través del ajuste de los incentivos marginales mediante los instrumentos tradicionales de la autoridad. Se debe mirar mucho más lejos.

Finalmente, el movimiento hacia el enfoque de las capacidades abre y revitaliza el debate público. La idea misma de un debate o conversación se basa en el respeto, en cada cual tratando al otro como participante en una actividad común. El intento del gobierno de Blair de invitar a una Gran Conversación fue fatuo porque nadie creía sinceramente que tuviera o pudiera tener respeto por aquellos que formarían parte de ella. El enfoque que presento, en cambio, ve a cada persona como un haz de capacidades actuales o potenciales. Su principio es que todos deben ser respetados y que todos valen por igual. Supone un límite a la obediencia –a las personas, a la teoría o al poder en cuanto tal– y un constante apego a la evidencia, la experiencia, el sentido común, las habilidades prácticas y a la sabiduría institucional a lo largo de una serie de áreas. Trabaja con lo mejor de los seres humanos y no en contra de ello. Y es por esta razón que un enfoque de las capacidades es profundamente conservador.

ESCUELAS SECUNDARIAS: UN CASO DE ESTUDIO

El enfoque de las capacidades es un punto de vista que puede cambiar la forma en que vemos las políticas públicas. Cerremos este capítulo mostrando las diferencias que podría hacer respecto a nuestras escuelas secundarias.

Esta es un área en la cual las políticas llevan largo tiempo insultando las habilidades de profesores, directivos y estudiantes. El currículo nacional se ha expandido hasta llenar todo el tiempo de clases de la mayoría de las escuelas estatales. Bajo los gobiernos de Blair y Brown, aquel currículo especificaba clase a clase, entre una serie enorme de temas, lo que el profesor debía enseñar. Semana a semana, mes a mes, a lo largo del año. Ha existido muy poca

flexibilidad y espacio para la iniciativa en la sala de clases, además de un régimen de pruebas sin fin que distorsiona las prioridades educacionales y banaliza la experiencia del aula. Los objetivos de rendimiento para los estudiantes han desplazado el verdadero aprendizaje la mayoría de las veces.

Se ha tenido una noción inadecuada de la diferencia entre buenos y malos profesores, haciendo virtualmente imposible remover a los malos profesores de sus cargos. Tanta ha sido la preocupación por los resultados académicos, que otras actividades han sido relegadas. Mientras tanto, los directivos fueron expuestos al bombardeo constante de papeleo desde lo que entonces era el Departamento de Niños, Escuelas y Familias y la “guía” de organismos no gubernamentales semiautónomos que fijaban nuevas prioridades principales e iniciativas. El sistema completo estaba atravesado por una ideología gubernamental para la cual la educación era vista como un asunto de provisión de habilidades para la industria y las escuelas eran vistas como simples edificios, a pesar de la poca evidencia existente que vincule la calidad de los edificios con la mejora de los resultados educacionales.

No sorprende, entonces, que mucha gente esté muy preocupada respecto al financiamiento, como si esta fuera la variable central que diferencia una escuela buena de una mala. No sorprende que muchos buenos directores de escuela hayan esquivado al sistema para lograr sus éxitos y que exista una baja moral entre los profesores. No sorprende que los logros de tantas y tantas escuelas permanezcan insistentemente bajos. Lo peor de todo es que tampoco sorprende que tantos estudiantes, luego de pasar tanto tiempo sin haber aprendido mucho en el colegio, se desinteresen por aprender cualquier cosa. Un reporte Ofsted de 2008 mostró que un 45% de las escuelas investigadas habían fallado en entregar una habilitación básica en matemática a sus estudiantes. El más reciente estudio de la OCDE mostró que los niños británicos inician su educación formal antes y tienen jornadas más extensas que la mayoría de los otros países desarrollados. Sin embargo, de veintinueve países, solo México, Turquía e Israel mantienen menos estudiantes asistiendo al colegio luego de los dieciséis años.

Este estado de las cosas es el resultado de muchos factores. Pero está muy asociado a nuestro modelo estándar de la economía y a las patologías del

gobierno. Cada esfuerzo se ha hecho para controlar a las personas desde el centro. Valores vitales, pero intangibles, como la moral, el orgullo y el sentido público han sido minados en favor de incentivos diseñados para modificar la conducta. La confianza ha sido extirpada del sistema.

Un enfoque de las capacidades desafiaría todo esto. Vería la educación no como un mero entrenamiento de habilidades o como lo necesario para responder a la demanda de fuerza laboral, sino como un camino hacia la vida en toda su diversidad: como un asunto de aprender a ser humanos. Esto implica una noción diferente de lo que es una escuela: no es una colección de edificios, sino una institución no estandarizable, que tiene su propio camino. Esto implica creer que una educación integrada no debería tratarse simplemente de si hay o no selección o de si la admisión es ciega o no, sino que debe ser integral en el sentido de las posibilidades humanas. Implica una drástica disminución de escala en el currículo nacional y un aumento en el incentivo público a actividades extra-programáticas tales como el deporte, el arte, el teatro, los equipos de debate y, sobre todo, la música, que permite a los jóvenes desarrollarse en muchos otros aspectos. Esto obliga a pensar en la creación de nuevas escuelas, sean públicas o privadas y organizadas de modo corporativo, de conglomerado o cooperativo.

El mismo sentido de las posibilidades humanas se aplicaría al trato con los profesores y los directivos. Se reduciría fuertemente el trabajo burocrático y las guías. Se entregaría a los directivos mayor flexibilidad y libertad de acción, por ejemplo, para fijar las prioridades de gasto del colegio en consulta con los profesores y los padres. Se reconocería el valor agregado en muchas dimensiones, de tal modo que las escuelas que sacan adelante a jóvenes desde los contextos más vulnerables sean apropiadamente reconocidas. Terminaría con la obsesión actual de las pruebas estandarizadas, pero mantendría suficientes evaluaciones periódicas para rastrear los avances, aunque sea de manera imperfecta, y permitiría que surgieran nuevas alternativas de evaluación que fueran mucho más demandantes que las actuales.

Esta visión es muy exigente con aquellos que trabajan en las escuelas, entre los cuales existe una minoría que se encuentra a gusto con el actual sistema de comando y control y estarán, por tanto, nerviosos respecto a las

nuevas libertades y responsabilidades. Es exigente también con el gobierno, que tendría que renunciar a una significativa cuota de poder de acuerdo a un claro cronograma a lo largo de los años, aunque en ese tiempo se viera tentado de inmiscuirse nuevamente. Es exigente con respecto a los estudiantes, ya que el inevitable resultado de esta visión será que estarán siempre incentivados a buscar y conseguir más. Por último, es exigente con la sociedad, ya que requiere un alto grado de paciencia y tolerancia durante el proceso de cambio.

Mucho de esta línea de razonamiento parece estar tras la actual reforma educacional. Pero nótese que todo lo que ha cambiado es el punto de vista. Ninguna política en tanto tal ha sido propuesta. Nada se ha dicho del “modelo sueco”, acerca de los “premios estudiantiles” o acerca de la “reforma paralela en los suministros”. El nuevo punto de vista tiene consecuencias con respecto a todas estas ideas de políticas, por supuesto. Pero el punto es que una enorme cantidad de reformas positivas pueden conseguirse sobre la base del sentido común y una nueva perspectiva, en vez de establecer lo que serían inevitablemente postulados más ideológicos.

Podemos usar la idea de las capacidades, entonces, para establecer un conjunto diferentes de supuestos acerca de los seres humanos para las políticas públicas. En vez del yo pasivo de las teorías económicas ortodoxas, podemos establecer la idea positiva del yo activo. Podemos movernos, de esta manera, de la teoría X a la teoría Y.

Como veremos, esto implica una concepción radicalmente distinta de lo que la economía es y, por tanto, conlleva un análisis distinto respecto a cuáles son los factores fundamentales de la prosperidad económica y el bien común. Pero el asunto inmediato es este: moverse hacia el enfoque de las capacidades tiene el potencial de liberar cantidades inimaginables de energía social y de revitalizar a la sociedad en conjunto. Este es el potencial de la Gran Sociedad como idea.

Finalmente, para conseguir esto teniendo un estado sobre-empoderado se requiere no solo de un buen gobierno, sino que de la protección legal adecuada: un marco legal y cultural en el cual los nuevos ciudadanos e instituciones empoderadas puedan actuar. Y, de hecho, ese marco ya lo tenemos en Inglaterra. Solo necesitamos rescatarlo un poco más.

Capítulo 8

LEY, LIBERTAD Y LIBERTADES INDIVIDUALES

La idea y práctica de esta libertad política o civil se da con el mayor vigor en estos reinos, casi a la perfección... Y este espíritu de libertad está tan profundamente establecido en nuestra constitución y enraizado en nuestro suelo, que en el mismo momento en que un esclavo pone sus pies en Inglaterra, queda bajo la protección de la ley y, en respeto a sus derechos naturales, se convierte de inmediato en un hombre libre.

Sir William Blackstone, Comentarios a las leyes de Inglaterra

Nos hemos acostumbrado últimamente a escuchar noticias sobre allanamientos policiales a casas de crack y a sospechosos de terrorismo. En el campo, sin embargo, la vida es distinta, por lo que uno se puede imaginar la sorpresa de los residentes locales cuando el 10 de enero de 2007, veintidós personas – diez oficiales gubernamentales y doce oficiales de policía– irrumpieron secretamente y sin ser notados en un campo remoto de Gloucestershire, cortaron el camino y usaron alicates para entrar, sin pedir permiso a nadie. ¿Cuál era el blanco de este “golpe” policial? No un anciano miembro de Al Qaeda que ahora vivía bajo un alias en una granja remota de Inglaterra. No unos ladrones de joyería sentados sobre su botín, no. Era una vaca Jersey de mascota, que tenía nueve años y se llamaba Harriet, de la que los oficiales equivocadamente sospecharon que estaba infectada con el mal de las vacas locas.

Hasta ahora, hemos observado los efectos políticos y económicos de un estado sobredimensionado. Veamos ahora sus efectos legales, de entre los cuales el aumento de discrecionalidad policial para irrumpir en un hogar –hoy hay cerca de mil posibles razones– es solo un ejemplo. De la misma forma en que la teoría X describe a las personas como vagas y expulsa la confianza de nuestra sociedad, también hay leyes intrusivas, complejas y arbitrarias que

socavan nuestra libertad y nuestra sociedad. Solo en el año 2006 hubo más de 5.000 páginas de legislación primaria o actas parlamentarias y un complemento adicional de 11.500 páginas de legislación subordinada.

Aun así, no es una exageración decir que el sistema legal inglés se fundó sobre un supuesto diametralmente opuesto: que la libertad individual debía ser protegida de las interferencias oficiales y que las funciones y capacidades de los individuos y de las instituciones debían ser preservadas. Este sistema estaba basado en la confianza –generalizada, no cuestionada y de gran duración– en lo que nosotros llamamos la Gran Sociedad.

Hoy en día, sin embargo, esta comprensión parece haberse perdido. Los políticos son aprensivos respecto a defender nuestros derechos humanos tradicionales, la opinión pública está confundida con respecto al contenido de esos derechos y amplios sectores de los medios de comunicación masivos resuelven el problema desinformando deliberadamente acerca de esos derechos y sus efectos. Los derechos humanos muchas veces son acusados de promover el socialismo y la interferencia del estado, de introducir una agenda de izquierda en el sistema legal británico y de ser un obstáculo para la lucha contra el terrorismo. Lo cierto es que hay poca o ninguna verdad en estos reclamos.

Desde la perspectiva que defendemos, la importancia de los derechos humanos básicos es clara, ya que ellos son la extensión de la confianza en las capacidades humanas a la ley y, por tanto, algo fundamental para la Gran Sociedad.

COKE Y VOLTAIRE

Tomemos como ejemplo los allanamientos de morada. La idea de que la casa de un inglés es su castillo es una expresión que se remonta a Sir Edward Coke, Presidente del Tribunal Supremo y redactor de la Petición de Derechos, en “The First Part of the Institute of the laws of England” (1628). Era entendido, en ese entonces, que atravesar el umbral de la propiedad de alguien era moverse desde un mundo público a uno que debería ser privado, en el cual

diferentes convenciones sociales, obligaciones morales y estándares legales se aplicaban. Por supuesto, el estado se reservaba el derecho de irrumpir en propiedad privada en función del interés público, derecho que se ha expandido en el tiempo en el marco del proceso democrático, aquí y en otros países. Pero al menos por tres siglos siguió siendo cierto en Inglaterra que un hogar estaba resguardado por la ley y la tradición como una zona privada libre de interferencias estatales. Era un lugar para bajar la guardia, para relajarse y para disfrutar la vida familiar.

Las cosas son bastante diferentes hoy. Pero recordemos que el caso de la vaca Harriet no estaba predestinado a ocurrir. No era inevitable que termináramos con la actual burocracia sobre-empoderada y con los ciudadanos comunes manteniéndose ignorantes con respecto a sus derechos y psicológicamente inhabilitados para actuar de acuerdo a ellos. Comparemos nuestra situación con la norteamericana, donde la Cuarta Enmienda de la Constitución breve y expresamente fija una prohibición respecto al registro poco razonable de la privacidad y al embargo de la propiedad privada.

El derecho de los habitantes de que sus personas, domicilios, papeles y efectos se hallen a salvo de pesquisas y allanamientos arbitrarios, será inviolable, y no se expedirán al efecto mandamientos que no se apoyen en un motivo verosímil, estén corroborados mediante juramento o protesta y describan con particularidad el lugar que deba ser registrado y las personas o cosas que han de ser detenidas o embargadas

Esta enmienda fue redactada en parte como reacción a la afición de la Corona Británica por los “decretos de lanzamiento”; órdenes de registro abierto de la propiedad privada usados para fines tributarios. Los decretos de lanzamiento fueron abolidos en EE.UU. por la cuarta enmienda. Siguen vigentes en nuestro país.

En el siglo XVIII, Inglaterra era celebrada en el continente como el hogar de la libertad individual, del teatro y del pub; un lugar donde la autoridad monárquica había sido sujeta a la ley y donde los librepensadores podían disentir

más o menos sin represalias. Tanto era así, que el filósofo francés Voltaire se preguntaba por qué no podían adoptarse en otras partes las leyes británicas que aseguraban las libertades. Hoy en día esta pregunta suena irónica.

La pregunta de Voltaire tenía fuerza porque, en ese entonces, a muchos les parecía que los británicos habían respondido definitivamente la pregunta de Hobbes con respecto a si, al final, mandaba el estado o el individuo. Ellos la habían respondido de un modo típicamente británico, que fijaba el estatus del individuo entre el ciudadano y el sujeto, que deliberadamente borraba las funciones constitucionales y que llenaba ese espacio entre la persona y el estado con un conjunto de instituciones libres e independientes. Con esto, los británicos habían hecho lo que los poderes en disputa de Europa no habían logrado, y no lograrían en cien años (y no de forma definitiva, después de ello). El resultado fue que, tal como el capitán de pobres vestimentas de Cromwell⁴², los británicos sabían por lo que peleaban y amaban aquello que sabían.

Aquello por lo que peleaban era el estado de derecho; no por leyes específicas, sino por los principios básicos a partir de los cuales esas leyes emergían, además del respeto a los derechos individuales que está en el corazón del estado de derecho.

EDMUND BURKE Y LOS DERECHOS REGISTRADOS

El escepticismo con respecto a los derechos humanos no es nuevo. A lo largo de los siglos se ha dicho muchas veces que esos derechos no existen, sino que son un mero capricho de los filósofos, que son contrarios a la tradición y el espíritu de la ley común y que, políticamente, violan el principio de la soberanía parlamentaria. Después de todo, ¿no fue el propio Edmund Burke el que denunció los “derechos del hombre” como heraldos de la revolución en sus “Reflexiones sobre la Revolución Francesa” (1790), diciendo que “Contra estos

⁴² Tomado de la carta de Oliver Cromwell a Sir William Spring de Septiembre de 1643 en la que afirma: “Prefiero a un capitán de pobres vestimentas que sepa por lo que lucha, y ame aquello que sabe, que a uno de los que usted llama caballeros y no son nada más que eso”.

(...) derechos del hombre ningún gobierno buscará seguridad en la extensión de su permanencia o en la justicia y diligencia de su administración”?

Sin embargo, esta objeción es opuesta a la verdad. En primer lugar, Burke no se oponía a los derechos en sí mismos, sino que a los derechos “abstractos” o “metafísicos”. Es decir, a los derechos divorciados de todo contexto de tradición o costumbre legal, bajo el supuesto de que el ser humano los disfrutaba en un estado original de naturaleza. Ellos son inciertos en sus límites y potencialmente revolucionarios en sus efectos.

En oposición a estos derechos abstractos, Burke defiende los derechos “registrados”. Es decir, aquellos que han sido elaborados mediante la ley común. En un pasaje crucial pero muchas veces olvidado de las “Reflexiones”, él dice:

Lejos estoy de negar en teoría, tanto como lo estoy de rechazar en la práctica (...) los verdaderos derechos del hombre (...) Si la sociedad civil ha sido creada para el beneficio del hombre, todos los beneficios para los cuales ha sido creada se convierten en su derecho (...) Lo que sea que cada hombre pueda hacer por separado, sin atropellar a otros, él tiene derecho a hacerlo; así como tiene derecho a una porción justa de todo aquello que la sociedad, con todas sus combinaciones de capacidad y fuerza, pueda hacer en su favor.

Las últimas dos frases son una declaración notable del conservadurismo “Old Whig” o empático de Burke.

¿Qué distingue, entonces, los derechos registrados de los abstractos? Simplemente esto: los derechos registrados son, en efecto, depósitos de experiencia humana. Ellos están establecidos, se entienden bien y han sido filtrados, elaborados, calibrados y definidos a lo largo de un enorme rango de contextos diferentes, a través de incontables juicios legales. Es en su estatus de productos de la ley común –de la ley del lugar hecha por jueces– que Burke ve su legitimidad, y es en su protección contra la tiranía de las mayorías, que él ve su valor. De tiempo en tiempo, estos derechos o libertades pueden ser codificados o registrados en un estatuto, lo que, según Burke, ha de ser bienvenido en la medida en que dicho estatuto opere bajo los principios de la ley común.

Es crucial resaltar, entonces, que Burke no se opone a los cambios en sí mismos. Lejos de eso, para él aceptar el cambio es el corolario indispensable del compromiso con el orden establecido. Tal como lo dijo una vez “Un estado sin medios para cambiar es un estado sin medios para conservarse”. Así, lejos de condenar la “gloriosa revolución” de 1688, Burke la celebra como la transformación limitada y necesaria para conservar la constitución. De esta manera, para él la substancia que da continuidad al cuerpo político –el marco en el cual cualquier cambio debe ocurrir– es la constitución británica y, en particular, la ley común.

BLACKSTONE, DICEY Y LA TRADICIÓN LEGAL

Burke nunca habría considerado esta línea de razonamiento como innovadora en sentido alguno. Al contrario, él asumía estar escribiendo desde el verdadero corazón de la tradición legal, constitucional y, específicamente, parlamentaria de Gran Bretaña.

Y tenía razón, pues las mayores autoridades legales británicas siempre han reconocido que algunos derechos básicos son parte esencial del estado de derecho. El artículo 39 de la Magna Carta de 1215, por ejemplo, contiene esta prohibición: “ningún hombre libre deberá ser apresado, expropiado, exiliado ni dañado en sentido alguno, ni perseguido por nosotros ni mandado a perseguir, excepto por el justo juicio de sus pares o por la ley del lugar”. Esto no es otra cosa que la base de los artículos 5 y 6 de la actual Declaración de los Derechos Humanos.

Pero no es necesario que los lectores de Burke busquen hasta el siglo XIII para confirmar este punto, ya que su argumentación había sido ampliamente desarrollada en los notables “Comentarios a las leyes de Inglaterra” (1765-1769) de Sir William Blackstone.

El trabajo de Blackstone es la primera presentación a escala completa de la ley inglesa, y, específicamente, de la ley común, en más de doscientos años. Tiene tres enormes méritos: es sistemática, presentando la ley de manera coherente a partir de principios fundamentales; está escrita en inglés en vez

de en latín y fue hecha pensando no solo en abogados, sino que también en terratenientes, mercaderes y otras personas de buena educación. Pasó por ocho ediciones a lo largo de once años y circuló no solo en Inglaterra, sino que también en las colonias americanas. Así, tuvo una influencia inestimable en el desarrollo y difusión del estado de derecho en el mundo angloparlante.

Para Blackstone, los derechos no son un simple agregado al estado de derecho, sino que son intrínsecos a él. En sus palabras: “el principal fin de la sociedad es proteger a los individuos en el goce de aquellos derechos absolutos de los que han sido investidos por las inmutables leyes de la naturaleza (...). De aquí se sigue que el fin primario de las leyes humanas es mantener y regular estos derechos absolutos de los individuos”. Al final de los *Comentarios*, Blackstone hace un recuento más bien *whig* de los orígenes de estos derechos y libertades, abarcando la Magna Carta, la Petición de Derechos, las Actas de *Habeas Corpus*, la Declaración de Derechos y el Acta de Acuerdo. Así, él vincula la operación constitucional del Parlamento y su propia historia al crecimiento de las libertades individuales y a la restricción del poder monárquico.

En el análisis de Blackstone, existen tres derechos absolutos: el derecho a la seguridad personal, el derecho a la libertad personal y el derecho a la propiedad privada. Estos son derechos individuales, no grupales, y han sido seleccionados en oposición a diferentes formas de tiranía y opresión. Más aún, ellos deben ser comprendidos en sentido lato. Así, el derecho a la seguridad personal incluye “el goce legal e ininterrumpido de una persona de su vida, extremidades, cuerpo, salud y reputación”, mientras que el derecho a la libertad personal incluye “el derecho de una persona a desplazarse al lugar que le plazca sin ser aprisionada ni restringida, excepto por el debido procedimiento de la ley”. Luego, Blackstone argumenta notablemente que estos derechos primarios son sostenidos y protegidos, a su vez, por una serie de derechos subordinados, como por ejemplo el derecho a acceder a las cortes y el derecho a petición. Estos derechos son los antecesores de la idea moderna de que la ley debe proveer medios de solución efectivos.

A su vez, esta línea de pensamiento fue recogida, desarrollada y característicamente redireccionada por el gran teórico constitucional A.V. Dicey, hacia fines del siglo XIX. Tal como ocurrió con Blackstone, la “Introducción al estudio

de la ley de la constitución” (1885) de Dicey ha sido enormemente influyente desde el momento de su publicación.

Para Dicey, la constitución británica descansa en dos pilares fundamentales: la soberanía parlamentaria y el estado de derecho. El Parlamento tiene un poder sin restricciones como la institución legislativa suprema, pero está, asimismo, sujeto a ciertos principios invariables que constituyen el estado de derecho, garantizando así los derechos y libertades de los individuos. Estos principios son que nadie puede ser castigado excepto por una orden emanada de una corte en el marco de un debido proceso sujeto a la legalidad; que todos están sujetos a la ley y a la jurisdicción de las cortes y que los principios generales de la constitución se derivan de las decisiones judiciales en las cortes, es decir, de la ley hecha por jueces.

Dicey también enfatiza tres derechos particulares: el derecho a la libertad personal, a la libre expresión y a la libre asociación. Los últimos dos no coinciden con los de Blackstone, pero sus otros derechos –a la seguridad personal y a la propiedad privada– son claramente asumidos en otras partes por Dicey. Donde los teóricos difieren es en el estatus de estos derechos: para Dicey este no es especial. Para él no hay derechos “especiales” o “fundamentales”. Los derechos pueden estar bien establecidos, pero en última instancia siguen siendo el producto de la ley hecha por jueces, del proceso normal de adjudicación en sala. Como tales, pueden cambiar lentamente –como lo hacen las prácticas legales– o rápidamente –a través de un acta del parlamento–. Por esta razón, quizás, Dicey presta poca importancia a las declaraciones formales y a las garantías de derechos: parece pensar que si los derechos en cuestión no están lo suficientemente arraigados en la ley, en las costumbres y en los hábitos de una nación, entonces las garantías formales serán de poco valor.

Pero, por dos razones, la posición de Dicey es menos clara de lo que podría ser. La primera es el hecho obvio de que las garantías formales podrían ser, ellas mismas, una manera de reforzar las costumbres y hábitos de una nación, al registrar un compromiso público y social respecto a ciertos valores básicos. El segundo punto es más sutil: más allá de la posición oficial de Dicey, hay ciertos derechos que él considera, si no arraigados, muy bien establecidos. Es-

tos son los derechos asumidos en su concepto mismo de estado de derecho, como por ejemplo el derecho al debido proceso. Una concepción más elaborada del estado de derecho podría identificar otros derechos como ese y señalarlos como parcial o totalmente parte del estado de derecho. El parlamento podría conservar su soberanía indisputable, pero sería autodestructivo para él usar esa soberanía para abolir esos derechos básicos.

LO QUE LOS DERECHOS NO SON

Sin que sea sorprendente, Burke, Blackstone y Dicey comparten una visión más o menos consistente de ley inglesa y de la importancia de ciertos derechos y libertades establecidos en ella. No solo eso: ellos ven como propósito primario del estado de derecho el de proteger las libertades individuales. El buen gobierno se mantiene mediante arreglos constitucionales que son deliberadamente lentos, pero flexibles.

Hay que destacar que ninguno de estos pensadores comprende al poder judicial como algo distinto a una parte vital de nuestra democracia. Ellos consideran que nuestra constitución ha evolucionado de tal manera que ha incrustado el poder ejecutivo dentro del legislativo y que ha balanceado los resultados con un poder judicial independiente.

El poder judicial, sin embargo, no es meramente parte de nuestra constitución. Es específica y democráticamente ratificado por el parlamento. Si el poder judicial actúa restringiendo el poder ejecutivo de alguna manera, es siempre sujeto al parlamento—en el cual el partido o los partidos políticos del ejecutivo normalmente tendrán una mayoría— de modo de que este pueda revertir la ley o retirarse del convenio internacional en cuestión. De hecho, el parlamento puede, en teoría, retirar por completo o en parte el Acta de Instalación de 1701, en la cual descansa formalmente la independencia del poder judicial. La democracia británica, entonces, se restringe a sí misma en forma deliberada para ser más efectiva en su funcionamiento. Pone límites a la rendición de cuentas, pero también a la devoción del más ardiente demócrata

reformista. Así, la opinión tantas veces repetida de que los jueces no tienen legitimidad porque no son elegidos descansa sobre un malentendido, ya que la elección popular no es, en la constitución británica, la única fuente de legitimidad de las decisiones y el poder público.

Los derechos humanos son frecuentemente considerados como el producto de una ideología de izquierda pero, al menos en Inglaterra, el argumento que hemos desarrollado sugiere más bien que lo cierto es lo contrario. Para ver el porqué, basta reflexionar respecto a lo que estos derechos no son. Ellos no son naturales, preestablecidos o productos de la ley de Dios. Ellos pertenecen a los individuos, no a grupos o clases. Ellos no son principalmente de carácter económico y social. Ellos no están divorciados de nuestra tradición legal y costumbres sociales, sino que son su producto. Ellos no fueron concedidos a priori en base a una reflexión abstracta, sino que están basados en la experiencia. Ellos no son independientes de las soluciones legales específicas, sino que se apoyan en ellas. Ellos no son una trinchera de leyes superiores contra el parlamento, sino que reconocen explícitamente su soberanía.

En contraste, hay concepciones liberales o radicales de los derechos humanos para las cuales los derechos son todas o muchas de estas cosas. La revolución francesa se apoyó en una idea de ese tipo y parte de la genialidad de Burke es haber predicho que esa revolución terminaría en un desastre y haber explicado por qué. Sin embargo, la revolución estadounidense es probablemente un caso mucho más interesante. Esto se debe a que vincula como aliados a la retórica radical tipo Thomas Paine⁴³, con la innovación radical de su definida y escrita constitución y de su Carta de Derechos, y a que luego injerta el resultado de ello dentro de la tradición legal inglesa directa y recientemente inspirada por Blackstone mismo. De esta rica y densa mixtura nacerá, en el

43 Thomas Paine (1737-1809). Activista político y revolucionario angloamericano. Famoso por su panfleto "Sentido Común" (1776) en defensa de la independencia de Estados Unidos y por su defensa a la Revolución Francesa y ataque a Edmund Burke en "Los derechos del hombre" (1791). En 1792 es electo parte de la Convención Nacional Francesa y forja alianza con los girondinos. Es apresado en 1793 y casi condenado a muerte por los simpatizantes de Robespierre. Logra su libertad con la caída de éste, en 1794 y vuelve a la Convención. Finalmente, regresa a Estados Unidos en 1802 por invitación de Jefferson y muere en el ostracismo debido a sus ataques a la fe cristiana en su libro *La edad de la razón* (1794) y a George Washington en una carta abierta donde lo acusa de ser un traidor (1796).

plazo de un siglo, no solo la extraordinaria energía del estilo de gobierno americano, sino que una poderosa y distinta concepción de su identidad nacional.

LA POLÍTICA DE LOS DERECHOS HUMANOS

De esta manera, la tradición británica de los derechos humanos está basada en siglos de trabajo en torno a casos en los cuales las libertades individuales han sido establecidas y protegidas, a través de la ley común, en contra de la intervención oficial. La pregunta es cómo calza esto con la política actual.

Lo primero a destacar es la profunda tensión que existe hoy entre tradiciones diferentes tanto en la izquierda como en la derecha británicas. En la izquierda, los predicadores radicales apelaron a la protección de la ley común de las libertades individuales para argumentar a favor de la tolerancia religiosa y de la libertad de culto por más de trescientos años. La tradición socialista gremial utilizó el mismo marco de derechos para establecer y construir una enorme red de instituciones independientes para apoyar a los trabajadores entre el siglo XIX y el siglo XX.

Sin embargo, fue la tradición fabiana, con su creencia en los poderes del estado, la que aplastó finalmente al resto. El resultado ha sido que la izquierda ha presionado por una cultura cada vez más activista de los derechos. Eso no se ha satisfecho con las soluciones políticas a los problemas de la pobreza y la desigualdad, sino que se ha hecho tratando de extender el alcance de los derechos a los así llamados “derechos sociales y económicos” como por ejemplo, el derecho al trabajo. La izquierda ha pretendido tratar como derechos fundamentales a un conjunto de poderes legales subordinados y políticamente discutibles, garantizados a lo largo de los años por el gobierno. No obstante, al mismo tiempo, ha enfatizado también una visión fundamentalmente colectivista de los derechos, poniendo el énfasis principal en el estado o el “bien común”.

Finalmente, el foco de la izquierda ha estado menos en los medios que en los fines, como también en la búsqueda de subsumir los procedimientos legales y los derechos existentes a un proyecto de justicia social. En su forma

más utópica, esta visión sostiene que cualquier institución –nacional o local; pública o privada– debe estar disponible para perseguir objetivos sociales. De este modo, incluso la integridad del sistema judicial es importante solo en la medida en que sirva para asegurar la igualdad de resultados y custodiar la justicia social. En los términos de Oakeshott, la sociedad humana se convierte en una “asociación empresarial” sujeta a cierto propósito superior que es prioritario respecto a los intereses privados y que se encuentra lista para sacrificar las libertades individuales por el “bien superior”. En una sociedad tal, el estado de derecho siempre está amenazado.

Estas tensiones explican la visión profundamente conflictiva de los diferentes primeros ministros laboristas con respecto a la Convención Europea de Derechos Humanos y su contraparte en la ley inglesa, el Acta de Derechos Humanos. Ambos documentos contienen una lista de derechos cuidadosamente dispuestos que últimamente derivan, con la excepción del derecho a la privacidad, del derecho común inglés. Sin embargo, el Primer Ministro laborista de posguerra, Clement Attlee, sospechaba de la Convención Europea y la apoyaba con reticencia, mientras que Tony Blair y Jack Straw⁴⁴, quienes favorecieron la introducción del Acta de Derechos Humanos antes de las elecciones de 1997, se convirtieron, al poco tiempo, en ácidos críticos de la misma. Como ya hemos visto, en asuntos de ley, orden y seguridad, el Primer Ministro Blair creía en un estado fuerte, poderoso y centralizado. El Acta, sin embargo, limitaba al gobierno para llevar adelante algunas de sus medidas más populistas y autoritarias.

En contraste, la visión conservadora de la ley es, generalmente, una procedimental. Los conservadores consideran que la ley debe ser respetada, lleve adonde lleve. Ponen atención a la historia. Tratan de ser fastidiosos en distinguir y prestar atención al carácter específico de las diferentes instituciones. Demandan imparcialidad en la administración, igualdad de acceso a la justicia y la abolición de todo trato especial. Para ellos, el camino adecuado para tratar problemas públicos de desigualdad social es a través de la polí-

44 Jack Straw (1946). Miembro del parlamento (1979-2015) del Partido Laborista. Ministro del Interior (1997-2001), de Asuntos Exteriores (2001-2006) y líder de la Casa de los Comunes (2006-2007) bajo Blair. Canciller y Secretario de Estado de Justicia bajo Brown (2007-2010).

tica democrática. La libertad individual es preservada a través del estado de derecho, respaldado, en última instancia, por el estado. La sociedad humana avanza hacia una asociación civil: un grupo de personas que concuerdan sujetarse a sí mismas a un conjunto de reglas de conducta en común, de manera que puedan desplegar sus vidas e intereses de la mejor forma y con la menor interferencia posible.

¿Qué pasa entonces con el Partido Conservador? Como hemos visto, la fuerza del partido como movimiento político proviene normalmente de la energizante tensión entre principios diferentes, la cual es intrínseca al propio conservadurismo. Esto es especialmente claro en su actitud hacia los derechos humanos. Por un lado, los sectores mayoritarios del partido han adherido consistentemente a la antigua y liberal tradición del escepticismo británico con respecto al rol y a la extensión del estado. Por otro lado, hay también una tradición conservadora de respeto a la autoridad, que puede a veces elevar al estado por sobre los derechos y libertades de los individuos.

Esta última corriente de pensamiento recibió un ímpetu especial luego del atentado a las Torres Gemelas. Su lógica puede sonar muy razonable: el primer deber del estado es proteger a los ciudadanos; el terrorismo global representa una potencial amenaza vital para los ciudadanos británicos; luego, todos los medios estatales son legítimos para combatir esta amenaza. El argumento adquiere potencia retórica gracias al lenguaje bélico, con su sugerencia implícita de que los resguardos constitucionales normales deben ser puestos a un lado.

No es muy necesario repetir todos los argumentos con respecto a este asunto; solo se recalcarán tres puntos obvios. El primero es que las amenazas terroristas serias no son nuevas. A menos que olvidemos que el Complot de la Pólvora de 1605 fue diseñado para matar al rey, a su sucesor y a todos los líderes políticos y eclesiásticos del país de esa época. El segundo es que este país no se encuentra en un estado de excepción. En una emergencia, la necesidad suprema de sobrevivir crea un imperativo de acción. Acertados o no, varios

líderes —incluyendo a Pitt⁴⁵ y a Lincoln⁴⁶— han creído necesario incluso suspender el *habeas corpus* para proteger la vida de la nación y el gobierno mismo en las circunstancias más difíciles imaginables. Sin embargo, esas circunstancias no son —al menos no son aún— las de hoy. El tercer punto es que la limitación de las libertades individuales no debería ser el primer recurso al que un gobierno apelara, sino el último. Por supuesto, como Mark Twain dijo, cuando todo lo que tienes es un martillo, todo tiene apariencia de clavo. Sin embargo, es bastante claro que los gobiernos de Blair y Brown estaban demasiado dispuestos a precipitar leyes para combatir el terror —en esta área y en todas las demás— en vez de hacer bien y apropiadamente su trabajo. No obstante, el punto central es este: en su forma moderna, esta visión autoritaria es difícilmente una forma de conservadurismo, sino que más bien, es un racionalismo. En último término, esta línea de razonamiento puede poner en riesgo tanto la libertad de nuestras instituciones como el estado de derecho mismo.

LEY E IDENTIDAD

La tradición británica de los derechos humanos es, entonces, el reflejo contenido en nuestra ley de una profunda creencia en la capacidad humana y en la importancia de la libertad personal. Este razonamiento siempre ha pertenecido a la tradición intelectual conservadora. De la misma manera que la ley hecha por jueces, esta tradición ha avanzado gradualmente. Como estatuto en el Acta de Derechos Humanos, la tradición británica respeta la soberanía del Parlamento y es, como Burke lo era, derechamente escéptica del estatus y el valor de los derechos abstractos o “metafísicos”.

45 William Pitt “el joven” (1759-1806). Primer Ministro británico (1783-1801 y 1804-1806) del Partido Conservador (aunque se describió a sí mismo como un “liberal independiente”). Canciller de 1782 a 1806. Le tocó enfrentar en Gran Bretaña las consecuencias de la Revolución Francesa y luego la guerra contra Napoleón.

46 Abraham Lincoln (1809-1865). Presidente N°16 de los Estados Unidos (1861-1865) del Partido Republicano. Miembro del Congreso de 1847 a 1858. Conocido por abolir la esclavitud y enfrentar con éxito la dura prueba de la Guerra Civil estadounidense (1861-1865) manteniendo unida a la nación.

Como el producto de un consenso construido lentamente, esta amplia tradición ha trascendido, hace tiempo, a la política partidista. Sin embargo, no es neutral con respecto a diferentes puntos de vista políticos. En la izquierda, es generalmente hostil al socialismo fabiano y al crecimiento del poder estatal; en la derecha, es hostil a cualquier visión autoritaria dentro del Partido Conservador. Es contraria a la introducción de nuevos derechos, tales como los socioeconómicos, que generalmente tienen poca raíz en nuestra práctica legal. Por todo esto, es uno de los fundamentos de una sociedad conectada o de una Gran Sociedad.

Esto también tiene profundas consecuencias con respecto a cómo nos vemos a nosotros mismos. Por supuesto, diferentes personas tendrán diferentes visiones acerca de la idea de lo que es la identidad nacional británica, pero así es como debe ser. El punto no es intercambiar intuiciones acerca de lo que es o no auténticamente británico, sino resaltar los efectos de lo que venimos hablando en relación a nuestra cultura e identidad.

Es en ese espíritu que lo dicho nos invita a entender, a pesar de lo poco de moda que está hacerlo, que incluso hoy en día existe algo extraordinario y distintivo respecto a Gran Bretaña y su isleña historia. Este no es un asunto de un derecho entregado por Dios para gobernar, sino algo acerca de nuestra lengua, de nuestras instituciones y del ejemplo que podemos ser para nosotros mismos y para otros. Esto no es asunto de complacencia, ni tampoco de condescendencia. Es simplemente cómo somos, el modo en que muchos otros nos ven y algo respecto a lo cual debemos vivir a la altura, si es que podemos.

Estamos acostumbrados a pensar en la democracia como la expresión suprema de autogobierno humano. Pero tal como nos recuerda Hobbes, el logro más fundamental de todos es el estado de derecho, porque ningún gobierno puede existir sin él. Históricamente, este país ha gozado del estado de derecho, en mayor o menor medida, por cerca de novecientos años antes de la creación de una democracia plena en el sentido moderno. Es la institución fundamental de la cual nuestra nación está investida y por la cual hemos sido formados.

De nuevo siguiendo a Hobbes, es razonable pensar que la ley requiere un soberano que la haga cumplir. Pero esto no es tan cierto. Las personas pueden

estar tan entrelazadas por su propio sentido de identidad colectiva como para sentirse obligadas a obedecer sus propias leyes, incluso sin coerción externa. Obedecer la ley puede ser simplemente parte de su identidad. Puede ser cierto que en Inglaterra el respeto a la ley y a otros valores tradicionales sea parte constitutiva de lo que es ser británico. Cualquier atentado contra estos valores en la política doméstica o exterior sería entonces, en este sentido al menos, un daño a lo que es ser nosotros: una especie de suicidio.

Si todo esto fuera cierto, ayudaría bastante a explicar la peculiar naturaleza del debate público sobre la invasión a Iraq, por ejemplo. Sin embargo, también tendría un impacto directo en la relación británica con el islam, ya que muchos musulmanes están, al parecer, atados de alguna manera similar por su adherencia a la ley de la Sharia, sea donde sea que estén. De esta manera, el escenario está dispuesto para un posible conflicto entre la demanda soberana británica de obediencia a la autoridad civil y la obligación de los musulmanes residentes en Inglaterra a obedecer la Sharia. Señalar esto no busca generar alarma, sino destacar la similitud general entre los compromisos de lado y lado.

Finalmente, hay una fuente de preocupación más específica. Es bien sabido que, con el paso del tiempo, muchos poderes del Parlamento han sido cedidos a la Unión Europea o constreñidos por leyes y tratados internacionales. Sin embargo, sigue siendo cierto que en Inglaterra y Gales (el asunto es algo distinto respecto a Escocia) un gobierno democráticamente elegido puede, al menos en principio y suponiendo que es lo bastante persistente, hacer o modificar cualquier ley por una simple mayoría parlamentaria en la Casa de los Comunes.

Esta flexibilidad es un aspecto importante de la constitución británica. Sin embargo, desde el punto de vista del presente, también crea un profundo problema. Si el estado continúa creciendo, los poderes del ejecutivo se incrementan y las garantías constitucionales declinan –si es que el Reino Unido se convierte cada vez más en una empresa social– y de esta manera es inevitable que el estatus del estado de derecho mismo comience a estar bajo amenaza. Sin leyes fundamentales fijadas y viviendo hoy una fase de debilitamiento del respeto gubernamental por las convenciones constitucionales que histórica-

mente han tenido fuerza de ley, la pregunta es simplemente esta: ¿Sobre qué base duradera podrá ser mantenido el estado de derecho?

La respuesta puede ser solo una: el estado de derecho podrá ser mantenido gracias a lo que entendemos sobre nosotros mismos, a nuestras tradiciones y a nuestros valores, es decir, en nuestro sentido de identidad nacional. Si esto es correcto, entonces toda reflexión acerca de la identidad y las instituciones británicas será tan necesaria como potencialmente valiosa, como se verá más adelante. El siguiente capítulo explorará cómo la cultura británica y la idea de capacidades humanas expresadas a través de instituciones libres puede apoyar a la Gran Sociedad en la esfera de los negocios.

Capítulo 9

INSTITUCIONES, COMPETENCIA Y EMPRENDIMIENTO

*La economía es el estudio de la humanidad en
los asuntos cotidianos de la vida*

Alfred Marshall

*La gran dialéctica de nuestro tiempo no es, como algunos todavía creen,
entre capital y trabajo. Es entre la empresa económica y el estado.*

J.K. Galbraith

Las guerras napoleónicas fueron ganadas en 1688. Antes de que el lector se lance a corregir el error obvio, recordemos nosotros mismos que Napoleón fue derrotado en Waterloo en 1815. Sin embargo, la razón principal de su derrota fue el pacífico advenimiento al trono británico de Guillermo III⁴⁷ ocurrido 127 años antes. Este evento significó el establecimiento de los tres pilares del éxito económico que respaldó a la sociedad británica –y al poder naval británico– por más de doscientos años. Esos pilares siguen siendo fundamentales para la Gran Sociedad hoy en día.

¿Cómo es esto? Recordemos que a lo largo del siglo XVII, Gran Bretaña experimentó, sin éxito, con tres formas diferentes de gobierno: por el monarca, bajo los periodos de gobierno personal de Jacobo I⁴⁸ y, en particular, de

47 Guillermo III de Orange-Nassau (1650-1702). Príncipe de Orange (1650-1702), Protector del Estado de Holanda (1672-1702) y Rey de Inglaterra como Guillermo III (1689-1702). Invadió Inglaterra en 1688, a petición del parlamento inglés, para derrocar a su suegro Jacobo II. Era de confesión protestante.

48 Jacobo I de Estuardo (1566-1625). Rey de Escocia como Jacobo VI desde 1567. En 1603 las coronas inglesa y escocesa quedan unidas en su persona, sucediendo a Elizabeth I, Reina de Inglaterra y última de los Tudor.

Carlos I⁴⁹; por el parlamento, luego de la guerra civil y por un tiempo breve; y por el ejército bajo Oliver Cromwell⁵⁰. La restauración de la monarquía en 1660 creó una encrucijada difícil de resolver entre estas tres fuerzas. La solución fue encausada por Carlos II⁵¹, pero en términos definitivos se consiguió con el exilio forzado del católico Jacobo II⁵² y con la llegada del Protector Protestante del Estado Holandés, Guillermo III.

La llegada de Guillermo, ciertamente, fue un evento de enorme importancia política y religiosa, pero también tuvo una gran significación económica. Bajo el nuevo orden constitucional, la soberanía ya no yacía simplemente en el rey, sino que en el “Rey en el parlamento”. El Rey estaba habilitado para ejercer el poder ejecutivo, especialmente en materias de defensa, pero siempre sujeto al parlamento. El efecto de esto fue disciplinar las finanzas públicas.

Antes de 1688, los monarcas ingleses regularmente requerían de nuevos fondos, tanto para financiar sus cortes como para pelear guerras. Pero eran refractarios a buscarlos mediante nuevos impuestos, pues para ello debían

49 Carlos I de Estuardo (1600-1649). Rey de Inglaterra, Escocia e Irlanda como Carlos I desde 1625 hasta 1649. Entró en conflicto con el Parlamento debido a su creencia en el derecho divino de los reyes, que en teoría lo facultaba a sólo responder ante su conciencia, acercándolo al absolutismo. Además, se casó con una católica-romana, lo que le atrajo la desconfianza de los protestantes. Pelea la Guerra Civil Inglesa (1642-1645) contra los parlamentos inglés y escocés. En 1648, bajo el régimen de Cromwell, fue enjuiciado y condenado a morir por alta traición en 1649.

50 Oliver Cromwell (1599-1658). Primer Lord Protector de la Mancomunidad (“Commonwealth”) de Inglaterra, Escocia e Irlanda (1653-58). Miembro del Parlamento de Inglaterra (1628-29, 1640-49). Comandó el Nuevo Ejército Modelo en la Guerra Civil Inglesa en el bando parlamentarista (1642-1645), derrocó y llevó a la muerte a Jacobo I y fundó la República de Inglaterra. Ejerció el poder de forma dictatorial, especialmente contra los católicos, siendo él un fanático puritano.

51 Carlos II de Estuardo (1630-1685). Rey de Escocia (1649-1651) y de Inglaterra, Irlanda y Escocia (1660-1685). Fue llamado a suceder a Cromwell en el poder en 1660 luego de la muerte de éste en 1658 y la crisis política posterior que condujo a restaurar la monarquía. Legalmente figura como si hubiera sucedido a su padre en 1649. Luego de una serie de conflictos con el parlamento debido a su postura favorable a la tolerancia religiosa, lo disuelve en 1681. Fue anglicano hasta su lecho de muerte, en el que se convierte al catolicismo.

52 Jacobo II de Estuardo (1633-1701). Hermano de Carlos II. Rey de Inglaterra, Irlanda y Escocia (1685-1688). Último Rey Católico del Reino Unido, de inclinaciones absolutistas. Al nacer su hijo heredero (Jacobo Francisco Eduardo de Estuardo, 1688-1766), es derrocado en 1688, a petición del Parlamento, por su yerno holandés Guillermo III de Orange en la llamada “Gloriosa Revolución Inglesa”.

llamar a un parlamento, y los parlamentos, inevitablemente, retiraban privilegios y derechos a la corona. Para evitar esto, muchos reyes optaron durante varios años por levantar fondos vendiendo títulos y terrenos de la corona, creando y vendiendo los derechos de monopolios artificiales como el tabaco y también “forzando préstamos” por parte de nobles y banqueros de Londres. Cada una de estas medidas tuvo serias consecuencias: los títulos se devaluaban; vender terrenos significaba que la Corona disminuía su base de ingresos, agrandando su problema original; los monopolios artificiales subían los precios y estancaban el comercio, y los préstamos forzosos eran una forma de extorsión elegante y rara vez eran pagados de vuelta.

Luego de 1688 todo esto cambió, ya que como el nuevo monarca tenía menos poder, era más digno de confianza. El parlamento no permitiría a Guillermo quedar moroso, por lo que sus promesas de pago de préstamos se volvieron creíbles. El resultado fue que las deudas de la corona se alzaron desde 1 millón de libras en 1688 a 17 millones en 1697. Reflejando la seguridad de los préstamos, las tasas de interés bajaron: de un 14% a principios de la década de 1690 a entre un 6% y un 8% llegando a 1700, para terminar en solo un 3% para la década de 1720. Mucho del nuevo dinero fue gastado en la Guerra de Sucesión Española⁵³, en la cual el duque de Marlborough⁵⁴ conquistó sus grandes victorias en la primera década del nuevo siglo.

La llegada de Guillermo también introdujo una serie de nuevas ideas, incluyendo las prácticas comerciales holandesas y su experiencia financiera. El primer préstamo de largo plazo fue hecho en 1693 y el Banco de Inglaterra

53 Guerra llevada adelante entre 1701 y 1714 entre las potencias europeas para determinar quién sería el sucesor de Carlos II de España (1661-1700, de la dinastía de los Austria) en el trono español. La razón es que Carlos II había designado como sucesor a Felipe de Anjou (1683-1746, de la dinastía de los Borbones), nieto de Luis XIV, lo que generaría una unión dinástica entre Francia y España, la que era temida por el resto de Europa, que apoyaba como sucesor a Carlos Archiduque de Austria (1685-1740, posteriormente Carlos VI Emperador del Sacro Imperio Romano), de la dinastía de los Habsburgo. Finalmente, Felipe fue confirmado en el trono español como Felipe V de España a cambio de territorios y ventajas económicas para el resto de las potencias.

54 John Churchill, Primer Duque de Marlborough (1650-1722). Hombre de estado y militar británico. Se convirtió por mérito propio en el líder de las fuerzas aliadas durante la Guerra de Sucesión Española y obtuvo victorias en Blenheim (1704), Ramillies (1706), Oudenarde (1708) y Malplaquet (1709).

fue fundado en 1694. El crédito era cada vez más fácil de obtener para los comerciantes y aventureros emprendedores británicos, y un mundo de oportunidades comerciales los esperaba. El resultado fue convertir a Inglaterra en la nación más próspera y exitosa del mundo por casi doscientos años.

Francia era, desde hace mucho, la gran superpotencia continental bajo Luis XIV, pero su monarquía personalista y autocrática, su administración rígida y centralizada y su parlamento inerte, crearon un sistema débil de gobierno. Por esto, el país carecía de la apertura, confianza e instituciones libres necesarias para generar una clase amplia de emprendedores y, sobre todo, carecía de crédito, ya que el gobierno rara vez pagaba sus deudas. Cuando las guerras napoleónicas llegaron, Gran Bretaña llevaba décadas aprovechando tasas de interés entre un 4% y un 7% más bajas que las francesas. Había utilizado su impresionante acceso al capital para reequipar y reforzar a la Armada Real, entre otras cosas, y el factor naval sería decisivo en la lucha contra Napoleón. De hecho, la Armada pudo sostener la política de tener más buques de guerra que la suma de todos los del resto del mundo por casi todo el siglo XIX. Así fue como un cambio constitucional de 1688 preparó el éxito militar de 1815.

PRESENTANDO I-C-E

Esta pequeña incursión en la historia nos muestra un caso de estudio de la Gran Sociedad en acción, pero también es un relato aleccionador, ya que ilustra perfectamente los peligros a largo plazo de nuestro actual sistema de gobierno. Francia fracasó en el siglo XVIII porque estaba sujeta a un gobierno centralizado, personalista y autocrático, que no estaba constreñido por el parlamento o disciplinado por fuentes competitivas de poder. Inglaterra tuvo éxito porque era flexible, libre y emprendedora, abierta a nuevas ideas y poseedora de una constitución balanceada y de un estado de derecho bien asentado.

Estos son, precisamente, los componentes del éxito económico hoy en día. Podemos agruparlos bajo las iniciales I-C-E: Instituciones, Competencia y Emprendimiento. La teoría económica convencional tiene notables problemas

para articular coherentemente estas tres importantes ideas. Por eso, las abordaremos de un modo distinto.

Es importante destacar que estos tres pilares económicos también son sociales. Para comienzos del siglo XX, Inglaterra no solo tenía la economía más fuerte, sino que también, en muchos sentidos, era la sociedad más fuerte entre todos los estados europeos. El ingreso per cápita era por mucho el más alto de Europa. La pobreza estaba menos extendida y era menos profunda que en los demás lugares. Los niveles de habilitación en capacidades matemáticas y lectoras en Inglaterra eran superiores a las de Francia y del continente. Estas fortalezas sociales fueron vitales tanto para la guerra como para los negocios.

No es necesario decir que el punto que queremos resaltar aquí no es la necesidad de dismantelar la seguridad social y volver a las leyes de pobres. Ni que la economía libre y la sociedad libre vayan siempre de la mano. Eso no es así necesariamente, al menos en el corto plazo. Pero ambas –la economía libre y la sociedad libre– son inseparables en Inglaterra. Hemos aprendido que toda política económica tiene consecuencias sociales. Debemos reaprender ahora la lección inversa: que los fundamentos de nuestra prosperidad económica son fundamentos sociales.

INSTITUCIONES

Dentro de nuestra visión política, hemos visto que las instituciones independientes juegan un rol absolutamente fundamental. Constitucionalmente, ellas promueven el buen orden, restringen el exceso de poder y protegen las libertades básicas de cada ciudadano, al tiempo que dan forma y sentido a nuestras vidas: dirigen nuestra lealtad y afectos y nos ayudan a definir el carácter de nuestra identidad. Finalmente, ellas son el depósito de mucha sabiduría y conocimiento humanos, resumiendo la experiencia de las generaciones previas, la cual normalmente sobrepasa con creces la de aquellos que pretenden reformarlas.

La importancia de este razonamiento es que en lugar de una simple oposición entre individuo y estado, propone una relación de tres direcciones entre individuos, instituciones y estado. Es cuando estas relaciones funcionan bien

que las sociedades florecen. Esto requiere que cada elemento de la tríada sea activo y enérgico. Cuando lo son, cada uno impone un constreñimiento y una disciplina a los otros dos, y así los tres se vuelven más fuertes.

Podemos ver económicamente a las instituciones como cualquier acuerdo fijado, formal o informalmente, que facilita el intercambio de bienes y servicios. Pueden ser abstractas o muy concretas: pueden ser tradiciones, costumbres, reglas y prácticas, o pueden ser mercados de pescado y ventas de garaje. Pueden haberse instituido por acciones públicas o privadas, o pueden simplemente haber surgido. Pueden ser la IBM o el dinero. La importancia económica de instituciones tales, como el dinero común, los créditos inmediatamente disponibles, la propiedad privada y una ley contractual estable y segura, es evidente desde hace mucho. De igual manera, es necesario mencionar que la importancia de normas intangibles y convencionales y de redes de apoyo no es menor.

El efecto de adoptar una perspectiva institucional es devolver al diseño de políticas públicas muchos de los elementos desterrados por el enfoque convencional. El mundo de la economía bajo este enfoque es árido, atemporal e impersonal. El mundo institucional, en cambio, es fantásticamente diverso, ampliamente poblado y fuertemente influenciado por el pasado. Pensar desde él genera una presunción negativa en contra de las ideas del tipo “una talla sirve para todos” y pone una carga de la prueba mayor sobre el estado para justificar su intervención, que inevitablemente es disruptiva con respecto a las instituciones existentes, las redes sociales y el conocimiento compartido.

COMPETENCIA

Las instituciones económicas y los individuos suelen cooperar mutuamente, pero también compiten entre sí. De hecho, da la impresión de que hacer ambas cosas es una importante característica tanto de la cultura como de la naturaleza humana.

Algunas personas piensan que la competencia y los mercados son intrínsecamente malos, bajo el supuesto de que ellos crean rivalidad entre las personas y alimentan emociones como la ambición y el miedo. Como hemos vis-

to, existe un problema serio cuando una visión económica estrecha del bien humano y de los valores humanos se utiliza para entender la sociedad como un todo. Sin embargo, hay un problema aún mayor cuando los diseñadores de políticas públicas, bajo la influencia de la economía estándar del *rigor mortis*, olvidan que los mercados son creados y sostenidos en la cultura.

En todo caso, es necesario recordar que la competencia y los mercados son vitales económicamente para el bienestar de la sociedad. Esto no es solo por su rol en la asignación de recursos y la generación de riquezas. De hecho, los mercados que funcionan bien son la mayor herramienta de desarrollo económico básico jamás creada. Los precios competitivos tienden a ser bajos, lo que ayuda a los pobres y a los menos favorecidos económicamente. Los mercados han hecho una enorme diferencia para las economías más pobres de la tierra. Finalmente, los mercados son herramientas de comunicación e intercambio que ponen a las personas en contacto con quienes quizás no tienen mayores afinidades religiosas, sociales o étnicas. Son, en este sentido, una fuente no de disolución social, sino que de cohesión.

Ahora bien, en los asuntos más profundos igual necesitamos un cambio de perspectiva. Recordemos que en el mundo de la economía convencional la competencia es entendida como un estado. La “competencia perfecta” es un estado virtual en el cual todo –precios, cantidades y productos– está fijo y arreglado. No hay cambios, por lo que no hay espacio para descubrimientos ni nuevos conocimientos. Más importante aún, al pensar en las personas como meros agentes económicos, esta visión las trata como recipientes pasivos y simples y no como fuerzas dinámicas de cambio.

Cuando los economistas y los políticos del gobierno adoptan esta visión estática, el efecto es que evitan pensar en los mercados como procesos evolutivos que cambian con el tiempo. La pregunta deja de ser si podemos entender lo que realmente está ocurriendo y pasa automáticamente a ser si es que puede mejorarse la situación y de qué forma el gobierno puede ayudar a ello. De ese modo, la puerta queda abierta para todo tipo de planificación racionalista e intervenciones perniciosas del estado.

Pero la competencia no es estática, sino que es dinámica. Puede ser fuerte o moderada y puede impulsar o detener. Los mercados evolucionan, son

efímeros y muchas veces semi-caóticos. Generalmente son impredecibles, guiados por las modas o el pensamiento grupal. Y no todos son iguales. Algunos son profundos, resilientes y de cambios lentos, mientras que otros son superficiales, irregulares y de cambios rápidos. Algunas veces los propios mercados cambian sus características básicas a lo largo del tiempo, dependiendo de sus agentes. Es cosa de ver lo ocurrido con los mercados financieros entre 2007 y 2009.

Repitamos, entonces, que las soluciones tipo “una talla sirve para todos” están destinadas al fracaso. Cualquier buen profesor sabe que los niños naturalmente cooperan y compiten. La idea de que la competencia pueda ser eliminada de las escuelas por la intervención estatal simplemente carece de sentido. Además, está profundamente equivocada, ya que la competencia es uno de los muchos medios existentes para incentivar a las personas de cualquier edad a mejorar sus capacidades y hoy ya es demasiada la cantidad de jóvenes que termina la escuela con muy poco que justifique el tiempo que pasaron ahí.

Sin embargo, la competencia tiene sus límites. Hay competiciones para las que un niño no está preparado: aquellas que son demasiado complejas o demasiado intensas. Hay muchas áreas del desarrollo de las capacidades y la atención donde la competencia no es para nada relevante. Además, diferentes escuelas tienen diferentes valores y caracteres. En otras palabras, la competencia en las escuelas es inevitable, dinámica y manejable. Cómo administrarla es un asunto de criterio. Solo buenas cabezas y buenos profesores –y no el gobierno, ciertamente– pueden enfrentar este asunto con éxito.

El rechazo de las soluciones del tipo “una talla sirve para todos” recorta ambos extremos. También se aplica a los libertarios del tipo de los que adoptan la idea de que más selecciones posibles siempre son mejores. Pongamos el ejemplo del mercado de los frijoles preparados. No le cuesta mucho a un estudiante promedio en su primera semana del semestre visitar un supermercado y registrar cuántas opciones de frijoles preparados hay, cuánto cuesta cada una y cuánto le conviene comprar packs de mayor tamaño o comprar la marca del supermercado. Él puede, si quiere, comprar porotos cada semana para el semestre o para el año completo. En este caso, la amplitud de opciones es buena y es difícil imaginar una excusa decente para la regulación.

Sin embargo, no es lo mismo en el caso de las hipotecas y los seguros de autos. Estos son casos raros de decisiones de una sola vez en los cuales las personas se equivocan sistemáticamente con respecto a cuál opción vela mejor por su interés. Los errores, además, son bastante caros y las decisiones involucradas pueden ser increíblemente complejas y difíciles de optimizar. De hecho, muchos de los proveedores principales de estos servicios obtienen ganancias debido a la complejidad, ya que las personas son incapaces o simplemente no quieren comparar infinitamente las opciones. En estos casos, es muy fácil de defender la regulación para simplificar y estandarizar las diferentes alternativas en el mercado, acotando así las selecciones posibles. Después de todo, las personas no son androides económicos.

El punto aquí es que un exceso de alternativas puede inhibir por sí mismo la buena toma de decisiones. Las pensiones y otros planes de retiro son casi siempre financieramente convenientes para uno debido a rebajas de impuestos y otros subsidios. Sin embargo, un estudio reciente hecho a 800.000 empleados americanos demostró que mientras mayor fuera la cantidad de planes que les ofrecían, la posibilidad de que eligieran cualquiera de ellos era considerablemente menor. En algunos países el gobierno incluso está forzando a las personas a tomar decisiones privadas acerca de sus ahorros o su plan de salud. En esos casos, hace mucho sentido —ya que refuerza la libertad humana más de lo que la restringe— el tener un número menor de opciones básicas, además de ciertas opciones libres para aquellos que se consideren expertos en la materia.

EMPRENDIMIENTO

El último de nuestros tres pilares es el emprendimiento. La imagen común de un emprendedor es como la de Alan Sugar⁵⁵ o Anita Roddick⁵⁶, es decir, de

55 Magnate inglés dueño de la compañía Amstrad, la cual utilizó en los años setenta un novedoso método de moldes de inyección para fabricar las carcasas de algunos electrodomésticos, recortando notablemente sus precios. Luego incursionó en el negocio de los computadores en los años ochenta y en otros desarrollos tecnológicos en los noventa y los años 2000.

56 Fundadora de “The body shop”, primera compañía de cosméticos en incursionar en el consumo ético y en la prohibición del uso de ingredientes probados en animales.

un hombre o una mujer con éxito que ha hecho millones a partir de una idea brillante. Bajo este concepto, los emprendedores son particularmente brillantes, manejados o hábiles. Van a escuelas de negocios o tienen doctorados en ciencias. El capitalismo se trata del capital, y la razón por la que necesita emprendedores es porque ellos lo crean.

En nuestra teoría económica estándar, sin embargo, los emprendedores no existen como tales. De hecho, no pueden existir. Ya que todos los mercados buscan el equilibrio, no quedan almuerzos gratis ni oportunidades sin explorar. Por esta misma razón no hay competencia y los precios no se mueven. En este mundo, hay que recordar, nada pasa nunca.

La visión estándar hace imposible para los gobiernos entender el emprendimiento y a los emprendedores. El emprendimiento es un proceso necesario, vital, caótico, impredecible y creativo, y como tal, es un proceso que está generalmente más allá del control estatal, por mucho que los gobiernos hablen de él y traten de incentivarlo. Los gobiernos típicamente ignoran o menosprecian el impacto negativo de nuevas iniciativas de política pública en los negocios existentes, como vimos antes con las sociedades de apoyo mutuo. O bien, por un lado, sobrestiman groseramente el efecto de nuevos gastos en la actividad empresarial, como con los muchos recursos del Tesoro destinados a ineficientes intentos de mejorar la productividad del sector privado o sus tasas de innovación, o, por otro, financian algún intento semi-oximorónico del estado por emprender directamente.

Sin embargo, la visión convencional que existe sobre los emprendedores tampoco es del todo correcta. Los emprendedores no son siempre especialmente inteligentes o manejados. Si lo fueran, habría muchos menos de ellos y Gran Bretaña sería mucho más pobre. Una buena forma de pensar en el emprendimiento es tomándolo como una forma de atención a la oportunidad. Bajo esta idea, el emprendimiento es en un 90% el descubrimiento de un costo oculto. El emprendedor podría ser el inventor del teléfono móvil, podría ser un importador de sedas, pero también podría ser el marido que logra holgar un poco un presupuesto limitado al caminar hacia un mayorista para hacer las compras del mes.

Una definición tan amplia podría sonar como carente de sentido, pero el punto es precisamente que el emprendimiento está en todas partes. No es tanto una actividad de los negocios como un aspecto de la siempre interesante y creativa naturaleza de los seres humanos. Esto, lejos de lo que se podría pensar, implica que los mercados jamás están en ningún tipo de equilibrio significativo. Los escritores, por ejemplo, usaron plumas hasta bien entrado el siglo XIX. Desde ese entonces, ellos pasaron a usar plumas fuente, máquinas de escribir, máquinas de escribir eléctricas, impresoras de matriz de puntos, impresoras de inyección de tinta, impresoras láser e impresoras láser a color. En otras palabras, el mercado siguió cambiando en la medida en que emprendedores alerta notaban que existían costos escondidos y necesidades insatisfechas y desarrollaban nuevas formas de hacerles frente ¿Qué vendrá después?

Bajo este punto de vista, no hay nada en relación al emprendimiento que exija que los emprendedores tengan un capital propio. Más bien, lo que importa es la imaginación, la habilidad para captar o concebir oportunidades y la voluntad para tomar riesgos. Si la oportunidad es lo suficientemente buena, el capital normalmente estará disponible. De hecho, la posesión de un capital propio puede reducir – y muchas veces lo hace– el emprendimiento, al reducir el apetito de riesgo.

De esta manera, el significado de la perspectiva I-C-E aquí expuesta es triple. Primero, es igualitarista: los emprendedores exitosos merecen en justicia ser reconocidos por su rol en la creación de riqueza, pero los emprendedores no son una clase especial y los procesos de mercado no están intrínsecamente inclinados a favorecer a los que tienen por sobre los que no. No hay grandes barreras de conocimiento, riqueza o preparación que impidan a cualquiera de nosotros ejercer el emprendimiento si es que así lo preferimos, y es justamente esta energía de amplia base la que alimenta nuestra prosperidad. Segundo, la I-C-E nos recuerda que el emprendimiento no se trata solo de negocios. Está incrustado en la sociedad y muchos de los grandes emprendedores en Inglaterra pueden encontrarse en organizaciones sin fines de lucro y en cooperativas, especialmente considerando las pequeñas reservas de capital que este tipo de instituciones generalmente poseen. Por último, esta perspecti-

va hace nítidos, nuevamente, los límites de la intervención estatal. De hecho, ella sugiere que una cultura educacional orientada hacia los negocios y otros asuntos estrictamente “relevantes” podría ser un error y una desorientación. La idea del emprendimiento como un tipo de alerta implica que lo que necesitamos de nuestras escuelas no son unos pequeños hombres de negocios prefabricados o unos trabajadores de esas características, sino que se requieren personas con conocimientos generales con mentes abiertas, reflexivas y de amplio alcance. Eso sí es pensamiento revolucionario.

COOPERATIVAS, MUTUALISMO Y EMPLEADOS PROPIETARIOS

La perspectiva I-C-E, entonces, toma cosas que nosotros creemos entender –como la competencia y el emprendimiento– y las plantea desde una perspectiva diferente. Es muy poco ortodoxa. De hecho, es escéptica de la idea misma de ortodoxia. Como resultado, puede impulsarnos a mirar con más cautela ciertas ideas con apariencia de obvias y estandarizadas, además de rehabilitar ideas que parecían simplemente inviables.

Esto es justamente lo que ocurre con las cooperativas, las mutuales y las empresas cuya propiedad está en manos de los trabajadores. Este tipo de organizaciones han sido consideradas tradicionalmente como de izquierda. Bajo la visión típica marxista de la política, ésta no es más que la lucha entre el trabajo y el capital, y ha sido la función histórica de la izquierda política el luchar a favor del trabajo, mientras que la derecha lo hace a favor del capital. Ya que las cooperativas, las mutuales y las empresas de trabajadores no tienen accionistas externos que provean el capital, ¿cómo podrían ser instituciones capitalistas?

Si tomamos distancia de las formas estandarizadas de observar estos temas, resulta evidente –aunque sorprenda– que las cooperativas son en muchos sentidos ideas más bien conservadoras y, de hecho, capitalistas.

Una cooperativa es una forma de organización en la cual, en términos muy generales, el control está distribuido no bajo la lógica de una acción-un voto, sino que de un miembro-un voto. Esto le da un carácter intrínsecamen-

te democrático, pero también hace difícil levantar capitales externos, lo que significa que una cooperativa siempre necesita un liderazgo fuerte para no decaer. Esto mismo es lo que las hace lugares muy estimulantes, energizantes y de mucho emprendimiento. Lo mismo es cierto para otras organizaciones de propiedad compartida, incluyendo las empresas de trabajadores, las cajas de compensación y las mutuales.

La primera cooperativa exitosa en el mundo fue establecida por los Pioneros de Rochdale en 1844. Ellos eran veintiocho pobres tejedores y comerciantes buscando un mejor futuro mientras la revolución industrial mecanizaba la industria de la ropa. La cooperativa, de hecho, era su tercer intento para establecerse por sí mismos. El primero, en 1830, falló debido a la falta de capital. El segundo, en 1843, se sostenía en trabajadores que realizaban una modesta contribución, pero fracasó cuando muchos dejaron de pagar. El tercero, al año siguiente, se sostenía en suscripciones de una libra, recaudadas muy de a poco entre todos los miembros, e inicialmente lograba una modesta suma de 13 libras a la semana en ventas. Hacia 1850, sin embargo, la cooperativa tenía 600 miembros, un capital de 2.299 libras y ventas semanales de 300 libras. En 1861, la cooperativa se diversificó hacia los negocios inmobiliarios en función de sus miembros. Para finales del siglo XIX, ya estaba establecida La Sociedad Cooperativa de la Construcción, una de las mayores proveedoras de hipotecas.

Pongamos atención a la experiencia de los pioneros. Su éxito fue el resultado de la auto-ayuda, el emprendimiento y la energía de la comunidad –las mismas virtudes de la Gran Sociedad– y no del patronazgo estatal y de la intervención oficial. Ellos fueron capaces de adaptar la forma cooperativa y la idea amplia de propiedad compartida a una gran variedad de necesidades sociales: una tienda local de comida, negocios inmobiliarios locales e hipotecas locales. Esto lo hicieron motivados tanto por altos ideales y una concepción rica del ser humano, como por la necesidad económica: después de todo, ellos publicaron durante su primer año de operación los Principios de Rochdale, a los cuales la mayoría de las cooperativas adhieren hoy.

Es este tipo de cosas lo que necesitamos hoy si pretendemos combatir la creciente fragmentación de la sociedad británica. La presente recesión so-

cial demanda un programa de cambio razonable, pero radical. Esto incluye redistribuir el poder desde el estado y empoderar a los individuos a través de reformas constitucionales y desregulaciones. Esto implica traspasar poder desde el gobierno central hacia los gobiernos locales y relocalizar los servicios públicos. Esto exige, a su vez, darle nueva vida a viejas formas institucionales, como las cooperativas, las cuales no son simplemente la última idea conservadora de moda, sino que son una clara e importante extensión de la idea general de la Gran Sociedad.

La comida es un excelente ejemplo. La industria de la comida en Inglaterra está dominada por la idea de que la única prioridad son los precios bajos en las góndolas. Como resultado, tenemos comida barata de una inmensa variedad y en gran abundancia. Todo bien con eso, excepto que también tenemos centros de comercio decadentes, una gran distancia desde los centros productivos, precios artificialmente bajos para los productores, un incremento en el uso de autos y petróleo para ir a las tiendas de los suburbios, poca seguridad alimentaria y una enorme ignorancia popular acerca de lo que es la comida y de dónde viene.

Las cooperativas de alimentos, en cambio, se saltan los supermercados. Apoyan a los productores locales y producen buena comida a buen precio. Protegen el medio ambiente y construyen comunidades locales, en lugar de una cultura impersonal del retail. Si no lo creen, miren a la cooperativa de Park Slope en Nueva York, que tiene doce mil miembros; el 75% de ellos son voluntarios y existe un 20% de descuento en los precios de la comida para todos ellos. Eso es algo por lo que vale la pena el esfuerzo.

Tal como con la comida, el potencial de las cooperativas y las instituciones afines puede ser usado en áreas tan variadas como la construcción, el cuidado de ancianos y niños, los seguros de salud, la educación, los sistemas de beneficencia, la agricultura y las artes. Lo que tienen en común estas actividades es que ellas descansan fuertemente sobre el capital humano. Las cooperativas desarrollan la energía y la capacidad humanas y, por esa vía, generan ese importante capital. Ellas acercan sus clientes, consumidores y usuarios o pacientes a sus participantes, poniendo los vínculos humanos por sobre la impersonalidad.

Finalmente, la perspectiva de las cooperativas nos permite señalar, una

vez más, aquello que ha salido mal con el Partido Laborista. Bajo Tony Blair el gobierno laborista comenzó bastante bien en esta área, estableciendo una comisión de cooperativas comandada por John Monks⁵⁷, que generó un reporte en 2001. Luego de eso, nada con real substancia o energía ocurrió. No es necesario ser un cínico profesional para ver la comisión como un gesto simbólico a los entusiastas de las cooperativas en la izquierda, incluyendo al partido político de las cooperativas –el cual todavía sostiene y financia a veintiocho representantes laboristas, incluyendo a Ed Balls⁵⁸–. Una vez hecho ese gesto, la creencia fabiana dominante con respecto al estatismo recuperó su posición.

La situación actual, entonces, es completamente irónica. Inglaterra inventó el movimiento cooperativista y fue un pionero temprano en el mutualismo y en los trabajadores propietarios. Sin embargo, tiene uno de los índices relativos más bajos de Europa en el uso de cooperativas. Políticamente, el Partido Laborista fue alguna vez capaz de hacerse cargo de una fuerte tradición cooperativa y mutualista, pero luego de tomar el poder en 1997 la ignoró por completo. El movimiento cooperativista británico, por su parte, se ha alineado a sí mismo con los laboristas desde hace mucho tiempo. Sin embargo, este vínculo es un simple accidente histórico: las cooperativas no son intrínsecamente de izquierda o derecha, y no hay una razón para que en principio los cooperativistas no apoyen a representantes de otros partidos. Quizás es el momento para reflexionar al respecto.

Finalmente, las cooperativas ilustran correctamente el asunto de mayor profundidad acerca de la naturaleza humana que hemos venido tratando. ¿Son los seres humanos más felices cuando son activos o cuando son pasivos? ¿Es la felicidad humana un asunto relativo simplemente a los estados mentales y a la recepción de estímulos sensoriales placenteros o es un asunto de compromiso y logros personales?

57 John Monks (1945). Miembro de la Cámara de los Lords desde 2010. Fue Secretario General del Congreso de los Sindicatos de Inglaterra desde 1993 a 2003, cuando se volvió Secretario de la Confederación Europea de Sindicatos.

58 Ed Balls (1967). Miembro del Parlamento (desde 2005). Secretario Económico del Tesoro (2006-2007) y Secretario de Estado para los Niños, las Escuelas y las Familias (2007-2010).

Las cooperativas no son la panacea, pero dentro de este argumento, ellas caen del lado de los individuos activos. Como toda organización empresarial, ellas implican riesgo y un compromiso de capital, energía y amor. Pero, más que eso, ellas no solo se relacionan con las personas como consumidoras, sino que muchas veces les piden cosas en cuanto miembros. Su estructura horizontal de propiedad les da un carácter esencialmente democrático y un robusto debate interno. Las cooperativas operan con un claro cuadro ético fijado en los principios de Rochdale, todo lo cual contraría la pasividad que los economistas y políticos suponen como rasgo fundamental de la naturaleza humana.

DOS PREOCUPACIONES

La idea de una renovación económica desde la Gran Sociedad se sostiene, entonces, en la I-C-E y en el enorme potencial de instituciones independientes –como las cooperativas, las mutuales y las organizaciones de propiedad compartida–, para hacer una diferencia tanto en el sector público como en el privado. Sin embargo, a estas alturas, el lector podría sentirse algo perplejo. ¿Dónde están las típicas propuestas en política económica? ¿Qué pasó con los recortes impositivos, la política fiscal, el retroceso del estado y todas las otras supuestas ideas básicas de la centro-derecha en lo económico? ¿Qué propone esta perspectiva en asuntos de política monetaria y fiscal? La discusión, hasta ahora, no parece haber tenido nada que ver con políticas económicas. Sin embargo, es bueno aclarar que el argumento expuesto no es acerca de la política económica como tal y ni siquiera es sobre nuevas ideas económicas. Es acerca de cómo entendemos los fundamentos de nuestra prosperidad. Su objetivo es cuestionar nuestros supuestos económicos básicos y contribuir al nuevo punto de vista del conservadurismo empático del cual la Gran Sociedad es una expresión.

Todo punto de vista nuevo genera, naturalmente, nuevas ideas. Y, como veremos más adelante, la I-C-E es extremadamente fértil en sus derivaciones hacia las políticas públicas. No obstante, esto genera, al mismo tiempo, cierta

preocupación, ya que está muy bien criticar nuestra economía convencional –se podría decir– pero esa economía es estudiada en forma masiva en nuestras universidades, es un cuerpo teórico bien organizado y bien entendido y se sostiene sobre una gran cantidad de trabajo empírico. ¿Dónde está el respaldo intelectual para todo este cuento de la I-C-E?

Esta crítica no da en el blanco. Hay una amplia diferencia entre la economía que es practicada por el gobierno británico hoy en día y las fronteras académicas de la disciplina. Como hemos visto, los economistas académicos son perfectamente conscientes de ello y de los límites de su disciplina. Ellos son conscientes de la profunda diferencia entre el estudio descriptivo de la economía y el proceso normativo de recomendar e implementar cambios de política pública en terreno. También son conscientes de los pobres resultados de los economistas académicos al tratar de hacer predicciones económicas útiles.

El verdadero problema no reside en la academia, como veremos, sino que en cómo la economía es (mal) comprendida al interior de la política, de la administración pública y de la sociedad. Es necesario que rompamos el monopolio viciado del presente, abramos el debate público a nuevas formas de pensar y demos a los diseñadores de políticas públicas un nuevo foco y una nueva licencia para pensar creativamente en posibles soluciones. Esa apertura al debate es más importante que cualquier contribución particular al debate mismo.

Sin embargo, más allá de lo dicho, la perspectiva I-C-E no carece de rigor intelectual. En términos técnicos, es una mezcla de economía institucional, conductual y austriaca. Cada una de estas corrientes tiene su propia historia, su propio cuerpo de investigación académica e ideas y sus propios y respetados exponentes.

Tampoco le falta evidencia a nuestra perspectiva. Al contrario, está sostenida por una amplia y creciente cantidad de investigación académica, citada en parte en nuestras notas. Esta perspectiva, además, ayuda a comprender buena parte de la prosperidad histórica de Gran Bretaña, como hemos visto. Y tiene también la capacidad de explicar algunos eventos recientes. La relativa buena suerte de Alemania e Inglaterra luego de la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, ha estado muy unida a qué tanto énfasis cada una de ellas ha

puesto en mantener instituciones libres e independientes, mercados ordenados y condiciones de libertad económica en las cuales el emprendimiento individual pueda surgir.

La caída del comunismo en Europa Oriental y Rusia puede también ser comprendida en estos términos. Estos países, de hecho, incurrieron en un triple error, que disolvió la confianza y que marginó a la sociedad: no tenían instituciones libres e independientes, ninguna competencia real y prácticamente ningún emprendimiento legal.

Los países que han florecido desde 1989 han sido aquellos en los cuales los tres pilares del desarrollo han sido restablecidos y reinstalados en el seno de las tradiciones existentes y de la memoria popular. Los logros de los asesores técnicos occidentales ayudando a la transición desde el comunismo hacia el capitalismo a estos países ha sido muy variado, especialmente porque muchas veces han promovido una poco inteligente ortodoxia económica que ignora tanto las circunstancias locales como los fundamentos de la prosperidad. Estos técnicos, muchas veces, han olvidado lo que hizo grandes a sus propias sociedades y economías.

Capítulo 10

EL NUEVO CONSERVADURISMO

Los hombres que generan poder hacen una contribución indispensable a la grandeza de la Nación, pero los hombres que cuestionan el poder hacen una contribución igual de valiosa, especialmente cuando sus preguntas son desinteresadas, porque son esas críticas las que determinan si el poder nos usa a nosotros o si nosotros usamos el poder.

John F. Kennedy

Hagamos un breve recuento. La economía y la sociedad británicas no están bien. Una causa central de esto es el crecimiento en tamaño y en capacidad invasiva del estado. Habiendo experimentado hasta la destrucción con la idea del estado como cura a todos los males sociales, la izquierda fabiana tiene ya poco, o nada, que decir. Sin embargo, las dos tradiciones conservadoras dominantes, el paternalismo y el libertarianismo, parecen inadecuadas con respecto al problema: la primera, porque no es crítica en relación al estado y la segunda, porque no lo es con respecto al mercado.

Sin embargo, la Gran Sociedad o conservadurismo empático ofrece una salida al problema: aborda ambos lados del asunto, el social y el económico, de un modo novedoso y motivante; ofrece una visión de la sociedad a partir de principios básicos, repensando algunas de nuestras instituciones fundamentales; combina esto con un análisis del bienestar humano y la motivación que choca bastante con las nociones económicas convencionales; y extiende ese análisis hacia la renovación del énfasis en los verdaderos, pero negados, pilares de la prosperidad económica: las instituciones, la competencia y el emprendimiento.

Esto, en todo caso, hace emerger una serie de preguntas: ¿Qué es este nuevo conservadurismo? ¿De dónde viene? ¿Por qué alguien debería creer en él?

TRES DESAFÍOS

Hay tres asuntos particulares que deben ser abordados. El primero es la afirmación de que el conservadurismo empático es lo mismo que lo que George W. Bush promovió antes y durante su primer período presidencial. Sin embargo, lo que Bush llamó “conservadurismo empático” no tiene nada que ver con las ideas que estamos discutiendo. De hecho, no fue ni empático ni conservador: no fue empático, al punto de que su promotor principal, John Dilulio entró en conflicto con sus colegas en la Casa Blanca al insistir en que se destinara dinero a las iglesias de negros y latinos, excluyendo a los evangélicos blancos; y no fue conservador, tal como muestran la extensión de la influencia federal en las escuelas locales a través del acta No Child Left Behind de 2002 y el extraordinario aumento en el gasto federal que se registró incluso antes de la crisis de 2008. Lo que Bush llamó “conservadurismo empático” fue en realidad, una doctrina moral que asumía que los estándares morales de la sociedad estaban en decadencia y que ponía en el gobierno federal el objetivo de revertir la situación. Finalmente, el “conservadurismo empático” de Bush, como eslogan que era, carecía de una justificación teórica más profunda que pudiera ser usada como base para pensar políticas públicas de largo aliento. Al poco tiempo, por eso, pasó a ser parte del expediente electoral, sin ser una contribución genuina a un debate político y cultural más amplio.

Por otro lado, el conservadurismo empático que exponemos aquí es bastante distinto, pues pretende servir de base para pensar el contexto político de la Gran Sociedad. Tiene una fuerte base ética, tal como veremos, pero no es un conjunto moralizante de ideas y no considera tampoco que el carácter moral de la sociedad pueda ser un asunto de la legislación. De hecho, abiertamente rechaza tal idea en su crítica a las empresas sociales lo que aparta nuestra perspectiva de muchas visiones comunitaristas. No carece de sentido moral, pero localiza la responsabilidad moral principalmente a nivel del individuo, no a nivel de las instituciones o del estado. En consistencia con esto, su idea de empatía no es de lástima, sino que de compasión o compañerismo, lo que Adam Smith llamó “simpatía”: un sentimiento de preocupación y em-

patía con el otro, y no de condescendencia. En su raíz, esto deriva de la misma intuición detrás de la sociedad conectada.

Hay dos críticas posteriores contrarias a nuestra idea que se relacionan entre sí: podemos llamarlas “la crítica de la antigua izquierda” y “la crítica de la nueva izquierda”. La crítica de la vieja izquierda es conocida y ha sido repetida ya muchas veces: plantea la idea de que el conservadurismo empático es un oxímoron, una contradicción entre sus propios términos. Bajo esta visión, el conservadurismo se trata de liberar los instintos humanos más básicos, como la ambición por posesiones materiales y el miedo a perder privilegios sociales y económicos. Usa los mercados para dividir y oponer a las personas entre sí, sabiendo que estos mercados no curan los males de la injusticia y la pobreza, sino que los crean y los perpetúan. De esta manera, el conservadurismo es, entonces, ideológicamente opuesto a la empatía, sea lo que sea que ella signifique. Frente a esta situación, solo el estado tiene el poder y la oportunidad social de luchar por las personas en contra del mercado.

La crítica que lanza la nueva izquierda es más sutil, constituyendo una reflexión sobre la política post-democrática. Ellos simplemente dicen: hemos estado aquí antes. Esto es solo una pose política. Hay un enclave central en la política británica que Thatcher redefinió y que Blair solo administró. El conservadurismo empático es solo un cliché vago, otra movida en el juego del poder, un intento por revivir una marca muerta e identificar una línea de sucesión intelectual desde Thatcher hasta Blair y desde él hasta Cameron, que está retóricamente predispuesta a favor de los tories. No es un conjunto de ideas intelectualmente distintivas. Nada nuevo ni genuino ha pasado aquí.

La crítica de la nueva izquierda puede ir más allá: puede alegar que el conservadurismo empático es simplemente un pensamiento comunitarista camuflado. Muchos intelectuales de centroizquierda, especialmente en Estados Unidos, donde el fabianismo es menos fuerte, saben desde hace mucho tiempo que los mercados pueden ser beneficiosos y que los gobiernos grandes pueden ser un gran problema. De hecho, académicos norteamericanos

como Robert Putnam⁵⁹ o Amitai Etzioni⁶⁰ han explorado el efecto demoledor que puede tener la acción estatal en la sociedad civil. Esto hace que muchos consideren que, en realidad, el conservadurismo empático puede no tener nada nuevo que decir. Y que si lo tuviera, sigue el argumento, entonces es un desafío que solo podemos confiar a aquellos que tengan la credibilidad para administrar tanto el estado como la justicia social. Es decir, la izquierda.

Podemos ver ahora que ambas críticas están equivocadas: la primera, porque descansa en una caricatura del liberalismo económico que ya hemos rechazado. La segunda, porque subestima la profundidad filosófica y la coherencia de la tradición que hemos descrito, además de la presente bancarrota intelectual de la izquierda en cuanto tal.

CORRIENTES RELIGIOSAS, FRATERNALES Y CIVILES

Como se mencionó, el nuevo conservadurismo es distinto, humano y sustantivo. Es claramente conservador en su escepticismo con respecto al poder del estado, a su respeto por las instituciones, a su pluralismo y al punto de vista desde el que promueve el florecimiento de la energía individual. Además, es claramente empático, tanto en el sentido de profundizar nuestro compañerismo con el otro, como en el de enfatizar nuestra preocupación moral por las personas, con quienes hemos sido, somos y seremos interdependientes.

Del mismo modo, el nuevo conservadurismo no responde ni a la tradición paternalista ni a la libertaria. Es más cercano a otra tradición, la específica y por largo tiempo ignorada tradición Old Whig, con sus raíces en Adam Smith y Edmund Burke y con sus manifestaciones modernas en Oakeshott y Friedrich Hayek. No es paternalista, porque es realista con respecto a la capacidad del estado de mejorar nuestras vidas y porque no asume una relación verti-

59 Robert Putnam (1941). Sociólogo y politólogo estadounidense. Profesor en Harvard. Famoso por su libro *Bowling Alone: the collapse and revival of american community* (Nueva York: Simon & Schuster, 2000). En español: *Sólo en la bolera*, Galaxia Gutenberg, 2002).

60 Amitai Etzioni (1929). Sociólogo israelí-norteamericano. Director del Instituto de Estudios de Políticas Comunitarias en la Universidad George Washington.

cal entre “nosotros” y “ellos”; entre gobernados y gobernantes. Al contrario, es igualitarista. Ve a nuestros políticos electos como los antiguos griegos los vieron: como ciudadanos antes que todo y principalmente en los cuales ha sido puesta una confianza temporal, limitada y cualificada para ejercer el poder bajo nuestro consentimiento. Al poner su énfasis en la conversación, esta confianza implica consideración y respeto mutuos, una descentralización y horizontalización del poder y el control de su correcto ejercicio desde el centro hacia las personas.

Al mismo tiempo, el nuevo conservadurismo no comprende a los individuos como meros agentes económicos o como miembros de grupos o segmentos que deben ser sucesivamente convencidos y comprados a través de favores por parte del gobierno. No es el atomismo económico disecado del neoliberalismo, en el cual los individuos son entendidos como agentes aislados, separados del resto o como simples autómatas económicos. Nuestra perspectiva insiste no solo en el hecho de que estamos todos juntos en esto, sino en que ese “todos” existe. Un punto de vista político que ignora la dignidad humana, su energía o su creatividad en nombre de la economía del *rigor mortis*, se empobrece a sí misma en la misma medida.

Los conservadores de hoy están cerca del pensamiento de Hayek cuando afirmó que la naturaleza y el carácter de los individuos están marcados por su existencia en sociedad. Los mercados son vistos, entonces, como lo que son: no fines en sí mismos, sino medios limitados y constreñidos –los mejores medios desarrollados hasta ahora– para generar riqueza y prosperidad, y para desafiar a la autoridad burocrática.

Sin embargo, el argumento más de fondo no se detiene aquí, pues incluso dentro del nuevo conservadurismo hay al menos tres diferentes corrientes en juego: las llamaremos la corriente religiosa, la fraternal y la civil. Cada una tiene sus propias fortalezas y debilidades. La manera en que se articulen afectará decisivamente al carácter del Partido Conservador y, de hecho, al de la coalición de gobierno.

La *corriente religiosa* está enraizada en las enseñanzas cristianas y, por su propia naturaleza, pone el foco especialmente en la injusticia social, la pobreza, la explotación y la carencia. Es internacionalista en su preocupación por

los seres humanos en cuanto tales y como agentes morales más que como ciudadanos de cualquier país en particular. Reclama poseer, en mayor o menor grado, el conocimiento de una verdad revelada acerca de la naturaleza humana, descansando su autoridad política sobre esta base. El efecto de esto es darle un carácter moral, e incluso moralizante.

La *corriente fraterna* está fundada sobre la reflexión filosófica, y sus preocupaciones se concentran en asuntos del bienestar personal e individual. Pone el foco en las personas en tanto seres sociales, que encuentran su identidad al relacionarse entre sí y al definir, por esa vía, los límites de su asociación, sea un club, una tribu, una villa o un estado-nación. Esta perspectiva reconoce el valor de las instituciones humanas, su rol formativo respecto a sus miembros y a la sociedad misma y el grado en que estas instituciones operan como garantía de estabilidad entre el individuo y el estado. Su autoridad política deriva de la experiencia compartida y de la evidencia, más que de la revelación. Sin embargo, dentro de esta corriente hay distintas tendencias: una comunitarista y centrada en lo social y otra individualista y centrada en la persona.

La *corriente civil* está fundada en las tradiciones del constitucionalismo y en el orden público. Se centra en las condiciones de la libertad humana, y su autoridad política apunta a la costumbre, la práctica y el precedente. Ve a las personas no como agentes morales ni tampoco como agentes sociales, sino como a ciudadanos iguales ante la ley y sujetos a ella. Reconoce a Inglaterra como el origen del moderno estado de derecho y de la protección a los derechos individuales y no confunde la clara necesidad de preservar nuestra seguridad de cara al terrorismo global, con el horrendo manto protector de nuestra cultura de la vigilancia extendida.

Estas tradiciones se traslapan, pero hay genuinas diferencias de tono y contenido entre ellas. La corriente religiosa está notablemente motivada por altos ideales, pero su énfasis en la revelación y su tendencia a moralizar la hacen muy poco persuasiva. Corre el riesgo de aparecer diciendo, por ejemplo, que si la política tributaria favorece a las parejas casadas porque el matrimonio es algo bueno, entonces la mujer que se divorcia de un marido abusador ha hecho algo malo. La corriente fraterna pone el foco en la calidad de las relaciones humanas y en lo que es ser plenamente humano. Pero, al menos

en su versión comunitarista, su insistencia en que la identidad es un asunto exclusivamente social, amenaza constantemente con convertirse en una utopía estatista. La corriente civil no es moralizante ni individualista, pero el mundo que presenta puede parecer opaco y procedimental, y su insistencia en preservar las libertades personales pueden ser tomadas por falta de juicio y mala política en la era del terrorismo global.

Cada una de estas corrientes actúa como una inspiración en derecho propio, además de operar como correctivo de las demás y cada una pone algo distintivo sobre la mesa. Esta ha sido la razón central por la cual fue tan enriquecedor e interesante el debate reciente dentro de la derecha política con respecto a la naturaleza de la sociedad y a las mejores maneras de enfrentar los males sociales. Así, el punto de vista religioso analiza el declive social como un asunto de pérdida de fe, autoridad social y valores morales; el punto de vista fraterno lo analiza en términos del declive de la vida vecinal, la confianza y las identidades compartidas; el punto de vista civil lo ve en términos del crecimiento de las prerrogativas del estado y de la pérdida de poder de las personas. Estas visiones no son siempre consistentes. Consideremos, por ejemplo, el polémico debate respecto a si el estado debía o no financiar agencias de adopción religiosas, en el cual la corriente civil y la religiosa tenían claras diferencias. Pero aun así, normalmente se apoyan unas a otras. Esto se debe justamente a que se trata de voces diferentes, cada una de las cuales debe cumplir su papel.

Lo mismo es cierto para lo que ha llegado a conocerse como los “tories rojos”. Ellos enfatizan muchos de los temas tratados aquí, especialmente su crítica al expansionismo del estado y a la economía neoliberal, que ellos extienden para guiar un ataque frontal a los monopolios y hacer un llamado a políticas más duras de competencia. Sus análisis de la erosión de la riqueza de las clases trabajadoras son también importantes y urgentes. Al llevar adelante su agenda, ellos impulsan elementos de todas las corrientes expuestas arriba, combinando elementos de la doctrina social de la Iglesia católica con un énfasis en el valor de las redes comunitarias y el localismo.

ECONOMÍA EMPÁTICA

El nuevo conservadurismo también incluye una distintiva concepción de la economía, fundada en la idea de que las bases de la prosperidad económica son sociales: instituciones independientes, competencia y masificación del emprendimiento. Hay una diferencia marcada entre esta perspectiva dinámica y creativa y la esterilidad estática de nuestra economía ortodoxa.

Entendiéndolo como un punto de vista político, el nuevo conservadurismo destaca las instituciones independientes y los vínculos humanos horizontales, la conversación de muchas voces iguales por sobre las órdenes de una sola voz y la sabiduría grupal por sobre la falibilidad del control central. Su énfasis no está en lo que el estado puede hacer por uno, o lo que uno puede hacer por el estado, sino que está en lo que cada uno puede hacer por los demás. Es un punto de vista filosóficamente coherente y bien fundado, no un grupo de ideas biempensantes ni una lista de supermercado de políticas públicas.

La economía empática refleja y extiende estos compromisos profundos. En primer lugar, rechaza los monopolios intelectuales, por lo que no ve con buenos ojos el monopolio de la economía de manual que existe actualmente al interior del gobierno británico. Abre los ojos a nuevos conocimientos – tanto de la disciplina como de otras– y pone una gran responsabilidad en la gente del gobierno al pedirle que esté al tanto de estos nuevos conocimientos en la medida en que pueda. Hemos visto un gran interés en la economía del comportamiento en las últimas discusiones de libros como *Nudge* y *Predictably Irrational*. La economía empática consolida y extiende esta línea de pensamiento y la mezcla con ideas de otras áreas de la economía y de otras disciplinas, como lo son la historia y la filosofía.

El segundo compromiso de la economía empática es no privilegiar a la economía en sí misma, sino que la considera como un lenguaje, una forma parcial y limitada, entre muchas, de representar el mundo. Reconoce lo malos que pueden ser incluso los más grandes economistas cuando dejan de describir y comienzan a aconsejar y predecir. Rechaza la jerarquía, cada vez más aceptada, según la cual la economía es más importante que la política, como si la habilidad para realizar una regresión estadística o un análisis de costo-

beneficio detallado agotara el debate político. Detesta la jerga y la condescendencia. Es escéptica de los consultores y consejeros que reciben la mayoría de los privilegios del poder sin sus responsabilidades. Prefiere el debate abierto, en palabras sencillas y en base al sentido común.

Por último, la economía empática es generosa en su visión de las personas. Las ve no como meros agentes económicos, sino como enérgicos conjuntos de capacidades y potenciales. Rechaza la idea de la economía como una disciplina completamente ajena y formal. Trata de romper el círculo en el cual el gobierno trata a la gente como ganado, desmoralizando a la sociedad y luego se sorprende cuando las personas eligen u objetan. Nuestra visión está naturalmente predispuesta a la libertad humana.

¿UNA TRADICIÓN ÉTICA CONSERVADORA?

¿Existe, entonces, una tradición ética conservadora? Sí, existe. Esta se inicia con la defensa que hace Aristóteles en la *Política* de que el hombre es un animal social. El concepto para la palabra “social” es *politikos*, que también significa “político”. Con esto, Aristóteles se refiere a que el ser humano es parte de la naturaleza y que la naturaleza propia del hombre es estar con otros, en una *polis* o ciudad-estado.

Esta idea puede parecer banal hoy en día, pero es, de hecho, una visión de fondo y un quiebre intelectual decisivo con respecto al legado de Platón. Recordemos que en la famosa alegoría platónica de la caverna, solo unos pocos eran capaces de dejar de observar las ilusiones y escapar hacia el mundo de afuera, para observar la realidad supuestamente tal cual era. Ellos adquieren conocimiento de las formas, las ideas universales o principios que, para Platón, constituían la realidad y daban unidad a la moral y a las ciencias exactas. Este conocimiento, finalmente, los calificaba para ser líderes políticos y, en teoría, aseguraba que ellos gobernarían sabiamente.

Aristóteles cuestiona cada detalle de este cuadro racionalista. Lo hace no solo como filósofo, sino también como el científico más grande y respetado del mundo antiguo. Al ubicar al ser humano dentro de la naturaleza, redirige

nuestra atención desde la abstracción platónica hacia el mundo de los hechos, hacia el aquí y el ahora y, por tanto, hacia una comprensión más profunda del ser humano en tanto individuo y especie. El conocimiento está fundado no en alguna forma de acceso místico al mundo idealizado de las formas, sino en el estudio del mundo actual tal cual es. La pregunta ética básica respecto a cómo debemos vivir es enclavada, pero no en una reflexión a priori, sino en una comprensión del cómo vivimos de hecho.

Como animales sociales, por supuesto, los seres humanos vivimos en sociedad entre nosotros. Aprendemos a actuar bien o mal y así nuestro carácter es formado por nuestro entorno y educación. La virtud es vista por Aristóteles, en consecuencia, no como un platónico la entendería –inspirada por morales universales abstractos– sino como una disposición formada por el hábito, la cultura y la tradición. El cambio es entendido como necesario, orgánico y gradual, no como deseable en sí mismo y ajeno al pasado.

Podemos ver la misma tensión en juego en los comienzos de los tiempos modernos de la política. Pensemos en el famoso contrato social de Hobbes: un acuerdo a partir del cual renunciamos a cierta autonomía en favor de un poder soberano que mantendrá el orden y nos protegerá de nuestros enemigos domésticos y foráneos. Este contrato no es un hecho histórico ni está escrito en parte alguna. Es una abstracción teórica de la vida. Así, calza perfectamente con la tradición platónica racionalista y, tal como Aristóteles ataca a Platón, Burke golpea a Hobbes en sus fundamentos.

Para Burke, como para Aristóteles, el hombre es un animal social. Así, no tiene ningún valor explicativo el imaginar un estado de naturaleza en el cual el hombre pueda ser comprendido como un ser independiente de la sociedad: el estado natural del hombre es la sociedad civil. Así como Hobbes deliberadamente ignora la confianza, la cultura y la tradición, Burke las trata como constitutivas de la humanidad. Donde Hobbes remarca la primacía de la voluntad individual, Burke resalta la reciprocidad natural entre derechos y deberes que se da al interior de la sociedad. Donde Hobbes ve la libertad como pura negatividad, sostenida en la ausencia de limitación, Burke la entiende como un valor positivo, como la capacidad individual para florecer estimulada social-

mente. Para Burke, la libertad puede encontrarse en las instituciones que fijan los límites de una sociedad ordenada y en las “pequeñas secciones”.

El titular de la cátedra Reith del año 2009, Michael Sandel, ha sido aclamado ampliamente –especialmente por la izquierda política– por su crítica al fundamentalismo de mercado y por su llamado a “una nueva moralidad del gobierno y de la ciudadanía”. Sin embargo, es muy notable que el profesor Sandel se haya hecho nombre antes haciendo la misma crítica a la famosa teoría de la justicia de John Rawls. Como Hobbes y Platón, Rawls nos invita a realizar un experimento mental que consiste en juzgar los asuntos morales desde una perspectiva cubierta por un “velo de la ignorancia”, que nos impide saber qué rol o estatus tendremos. Como Burke y Aristóteles, en cambio, las preguntas de Sandel cuestionan el supuesto de principio que separa a la persona de la sociedad. Somos, insiste, animales intrínsecamente sociales.

En su Cátedra Reith, Sandel extendió esta idea todavía más. Dijo que la pregunta acerca de lo que deberíamos hacer en una sociedad es una pregunta moral inabordable. Este aspecto moral no puede ser explicado de la forma en que los economistas y los tecnócratas querrían. Sin embargo, no puede ser reducido a un cálculo moral del tipo una talla sirve para todos. Cada pregunta debe ser analizada caso a caso. La perspectiva ética correcta se aproxima a los asuntos difíciles con un espíritu humilde: consciente de la posibilidad de fracasar y con mucho respeto por el contenido de nuestra cultura y por el lugar del hombre en el mundo. Es una visión muy aristotélica, como también muy conservadora.

En ninguna parte lo dicho queda tan claro como en el tratamiento de la justicia. Un conservador naturalmente sentirá un conflicto de principios entre asegurar el respeto del estado de derecho y el deseo de asegurar resultados sustancialmente justos en casos específicos. El resultado pueden ser pequeños actos de piedad o amplias reformas sociales. Pero un conservador también evitará instintivamente los grandes pero vagos clamores acerca de la justicia social que se han vuelto tan familiares durante los últimos años, y que normalmente terminan en manipulación social y en resultados indeseables antes que en justicia. De esta manera, es muy interesante que el profesor Sandel adopte justamente esta posición.

Estas tradiciones platónicas y aristotélicas siguen estructurando, incluso hoy, debates acerca del conservadurismo como opuesto al neoliberalismo y al socialismo. Sin embargo, el énfasis cae en lugares distintos en cada caso. El socialismo deriva su utopismo y creencia en el estado desde Platón, y la disputa moral entre conservadurismo y socialismo se concentra hoy en el rol del estado y su impacto en el bienestar humano.

Sin embargo, el conflicto más profundo filosóficamente es el que se desarrolla entre el conservadurismo y el llamado “neoliberalismo”. Este es un conflicto respecto a la naturaleza de la libertad humana: sobre las pre-condiciones de la elección y, por tanto, sobre la moralidad misma. El punto de vista neoliberal es árido y tecnocrático: un juego teórico en el cual el ser humano es entendido como pura voluntad y la libertad como ausencia de constreñimiento. Nada podría ser más lejano a la insistencia conservadora en una moral positiva del hombre en tanto animal humano, de la cultura, de las instituciones y de las capacidades.

¿Por qué, en todo caso, esto es importante? ¿Por qué una “nueva moralidad del gobierno y de la ciudadanía” cabe dentro de la ética conservadora? Una primera respuesta es esta: porque esa ética está basada en valores tales como el respeto por otros y por la tradición, la aspiración y la libertad y responsabilidad personal; valores que han sido despreciados activamente por los gobiernos británicos recientes. Esta es una ética que respeta la naturaleza humana. Es cautelosa, no aplastante y se funda en pruebas, no en ideología. No fetichiza la consistencia teórica ni ideológica. De hecho, la idea de que no puede haber una teoría ética absolutamente consistente que valga la pena, es conservadora.

Otra respuesta sería la siguiente: ignorar a los seres humanos y a la naturaleza humana es siempre desastroso para la sociedad. Los mayores males del siglo XX –piensen en Hitler, Stalin, Pol Pot y tantos otros– fueron cometidos por gobernantes racionalistas sobre la base de una teoría racial, política o religiosa extrema que pretendía ser la explicación última de la sociedad y del “bien”. Frente a ellos, la razón de Aristóteles resplandece: los hombres y las mujeres son animales sociales, con toda la gloriosa variedad, diversidad e

imperfecciones que ello implica. Ellos no pueden ser puestos sobre el lecho de Procusto de las ideologías.

Finalmente, dejando de lado esos extremos, podemos ver el mismo fenómeno más cerca de nosotros en nuestra pobre comprensión pública de la economía. Los fundamentos intelectuales de esta idea descansan sobre el racionalismo liberal, tal como vimos en el trabajo de John Stuart Mill. El resultado de este irracional hiper-compromiso de bancos y gobiernos con la teoría abstracta ha sido el desastre económico más profundo de nuestro tiempo. Por ello, la tradición ética conservadora expuesta no es de interés pasajero, sino fundamental para nuestra renovación moral, cívica y económica.

¿DE IZQUIERDA, DE DERECHA O QUÉ?

Políticamente hablando, lo que emerge es tan nuevo como distinto. Como hemos visto, la visión que presentamos rechaza muchas de las políticas y todas las ideas básicas del último gobierno laborista. Esto lo hace considerándolas mal ejecutadas y, derechamente, mal concebidas.

Sin embargo, nuestra visión también ofrece una crítica clara a las políticas conservadoras recientes, especialmente con respecto a algunas de las ideas-fuerza del gobierno de Thatcher. Para su gran mérito, ese gobierno enfrentó, y finalmente revirtió, décadas de declive económico. Pero también centralizó buena parte de los servicios públicos. En su ambición de reforma, trató muchas veces a instituciones existentes como simples impedimentos para el cambio necesario. Finalmente, su foco en objetivos económicos y en la prosperidad material de las personas parece haber movido la atención lejos de una idea más rica del propósito y el valor humano.

En cambio, el punto de vista que presentamos es menos radical intelectualmente y más conservador. Es abiertamente pro-mercado, pero ve los mercados de manera distinta que la perspectiva convencional. No es ni dirigista ni promotora del simple *laissez faire*. Su énfasis en las instituciones, en la competencia y en el emprendimiento se funda en un concepto no puramente

económico del bien humano, ni tampoco en la “felicidad”, sino en un profundo y considerado respeto por los individuos y por las capacidades humanas. Tiene principios, pero estos no son rígidos. Más bien, es pragmático y no-ideológico por definición; apela al instinto y al buen juicio más que a la aplicación del tipo “una talla sirve para todos” de una doctrina política.

El efecto de esto es que el nuevo conservadurismo no puede ser descrito fácilmente con las categorías políticas establecidas hoy en día para distinguir la izquierda y la derecha. Y esto le da más libertad para innovar, a veces con fuerza, y más libertad para actuar de acuerdo al simple sentido común. Las reglas son necesarias para un gobierno efectivo, pero también lo son la simpleza y el sentido de discreción. Darles a los consumidores más opciones muchas veces es una buena idea, pero hay casos en que puede ser un error. La propiedad privada es el corazón del capitalismo, pero a veces las empresas privadas no son el mejor dispensador de un servicio público. Lo que resulta es una política de la duda, no un credo. Una política del buen juicio y no una ideología.

En parte, es por esta razón que el nuevo conservadurismo parece capturar y unificar muchas líneas de pensamiento aparentemente dispares con la centro-derecha. Le da un soporte intelectual sólido a la crítica al estado y también al instinto de pluralismo, diversidad y descentralización. Apoya los servicios públicos de calidad como un medio para empoderar a las personas, pero bajo la condición de modificar la forma en que esos servicios son provistos. De hecho, plantea que habría enormes ganancias en eficiencia y cuidado de los servicios públicos si se aplicara una forma más inteligente en su provisión, lo que discutiremos un poco más adelante.

En términos positivos, el énfasis en las instituciones concuerda muy bien con la preocupación actual por la familia. Empero, también se lleva bien con la idea de fortalecer las instituciones de gobierno, incluyendo un parlamento más fuerte e independiente y nuevas medidas para salvaguardar las políticas fiscales y monetarias de la intervención política. Por último, aún más importante, reconoce que cualquier idea valiosa de la responsabilidad social o personal requiere que veamos a las personas como capaces y

libres y que las ayudemos a serlo. Esta es la raíz común de sus políticas tanto económicas como sociales.

Hasta aquí, entonces, tenemos una visión. La pregunta ahora es cómo la convertimos en un programa de gobierno que nos lleve a la Gran Sociedad. De ello trataremos en el siguiente capítulo.

Capítulo 11

LA GRAN SOCIEDAD

*Puedes llamarlo liberalismo. Puedes llamarlo emprendimiento.
Puedes llamarlo libertad. Puedes llamarlo responsabilidad.
Yo lo llamo La Gran Sociedad.*

David Cameron

*No soy un radical. Soy un conservador que ha sido forzado
a convertirse en un radical.*

Arnold Schoenberg

La Gran Sociedad es muchas veces considerada un programa político. Pero es mucho más que eso. Es un conjunto de ideas interconectadas o, incluso, una filosofía: un intento integrador y de largo plazo comprometido con los desafíos gemelos del declive social y económico y con la búsqueda de una sociedad más conectada. Descansa en la convicción de que, bajo la superficie de la actual sociedad británica, hay una gran cantidad de talento y energía potencial esperando para desplegarse. Hemos repasado en detalle algunas de las ataduras que impiden ese despliegue: el crecimiento del estado; la centralización y la regulación; la economía del *rigor mortis* y una extendida mala comprensión de la naturaleza y la motivación humanas. Tras estas ataduras yacen los grandes gigantes de la pobreza, la inequidad, la división de clases y la ausencia de imaginación política. Todos estos son los enemigos finales de la Gran Sociedad.

Liberar esta energía no es un asunto sencillo, especialmente teniendo en cuenta que la Gran Sociedad no calza en ninguna categoría política preestablecida. No es un asunto solo de cambiar las cosas, sino también

respecto a cómo pensamos que son: de hacer a la sociedad británica un poco más orgullosa, más calmada, confiada y responsable. Es difícil, pero hemos visto grandes movimientos de energía en tiempos de paz en la historia de Inglaterra en los siglos XVIII y XIX. Sabiendo eso, podemos enfrentar este gran desafío con confianza.

LA GRAN SOCIEDAD COMO UN PROGRAMA POLÍTICO

Un cambio cultural de estas dimensiones no es, entonces, un asunto de gobierno propiamente tal, sino que es algo que nos concierne a todos. En palabras del columnista Matthew Parris:

Poco a poco, como un virus, la idea de la Gran Sociedad se ha ido alojando en mi cabeza. El efecto de esto ha sido que, vaya a donde vaya, comienzo a ver pequeñas cosas que de hecho podrían ser hechas más cerca de la realidad, por y para las personas que saben acerca de ellas y las necesitan. Y estos pequeños ejemplos, la mayoría de ellos triviales en sí mismos, han comenzado a sumarse para convertirse en algo que, creciendo, podría hacer una enorme diferencia. Hay tantos, una vez que uno empieza a buscarlos.

Tal como para la acción individual, existe un rol claro para las políticas públicas. Entonces, ¿qué podemos esperar de la Gran Sociedad en tanto programa político? Tanto en su cátedra Hugo Young como en su discurso de Julio de 2010 luego de volverse Primer Ministro, David Cameron se enfocó en una serie de asuntos clave. Ellos incluían la acción social, la reforma a los servicios públicos y el empoderamiento de las comunidades, la devolución del poder a los gobiernos locales y el impulso a las cooperativas y las mutuales. Cameron enfatizó el rol del gobierno no como un mero canal de financiamiento público, sino como promotor de mayor transparencia y proveedor de información para las personas. Ideas similares han sido desarrolladas por otras figuras políticas consagradas, incluyendo a Iain Duncan Smith, Oliver Letwin, Francis

Maude, Greg Clark, Nick Hurd y Nat Wei⁶¹; todos quienes tienen algún tipo de cargo o responsabilidad relacionado a la Gran Sociedad.

En una difundida presentación del gabinete de Julio de 2010, Lord Wei se refirió a la Gran Sociedad como la culminación de un proceso de cambio en los servicios públicos, que se inicia con el nacimiento y desarrollo del Estado de Bienestar, un retroceso de la provisión estatal luego de 1979 y un incremento del uso de mercados y las políticas de gobierno activo luego de 1997 (una forma quizás demasiado amable de describir el período Blair-Brown). Las sociedades, considera Wei, deberían ser pensadas como ecosistemas que operan en tres niveles: grupos ciudadanos y vecinales; proveedores sociales, privados y estatales de servicios públicos; y gobierno. Ninguno de estos niveles debería predominar sobre los demás. Un mayor involucramiento de las personas en sus comunidades locales reduciría el aislamiento, reforzaría los lazos sociales y aumentaría la autonomía. Construiría las capacidades tanto para los individuos como para las instituciones e impulsaría a una nueva generación de líderes ciudadanos. El resultado sería tanto una sociedad más fuerte como un mejor gobierno.

El año 2006, en *Conservadurismo Empático*, dije que podríamos esperar ciertas plataformas de políticas públicas clave de un nuevo gobierno conservador, entre ellas:

- *Un programa de descentralización estatal a gran escala*: llevando más poder y responsabilidad de vuelta a las autoridades locales, recortando el gobierno regional, desregulando mercados clave como el inmobiliario e introduciendo más competencia en el programa de beneficios y el Sistema Nacional de Salud, por ejemplo.

61 Iain Duncan Smith (1954). Secretario de Estado de Trabajo y Pensiones (desde 2010) del Partido Conservador. Miembro del Parlamento desde 1992. Oliver Letwin (1956). Ministro de Estado para Políticas Públicas (desde 2010) del Partido Conservador. Miembro del Parlamento desde 1997. Francis Maude (1953). Ministro de la Oficina del Gabinete (desde 2010) del Partido Conservador. Ministro de Estado para Europa (1989-1990) y Secretario Financiero del Tesoro (1990-1992). Miembro del Parlamento entre 1983 y 1992 y desde 1997. Greg Clark (1967). Ministro de Estado para Ciudades y Constitución (desde 2013) del Partido Conservador. Secretario Financiero del Tesoro (2012-2013) Ministro de Estado para la descentralización (2010-2012). Miembro del Parlamento desde 2005. Nathaniel Ming-Yan Wei (1977). Consejero honorario de gobierno para la Gran Sociedad (2010-2011). Miembro de la Casa de los Lords desde 2010.

- *Un mayor empoderamiento de las instituciones intermedias*: tal como planes a largo plazo y financiamiento de transición para las universidades que quieran volverse independientes y que ofrezcan una admisión económicamente ciega⁶²; jefes de policía elegidos localmente y oposición a la unificación de las fuerzas policiales; desregulación del sector sin fines de lucro y mucha más libertad y menos burocracia para las escuelas primarias y secundarias.
- *Un mayor énfasis en la cultura británica de compartir*: por ejemplo, a través de un programa de voluntariado de servicios públicos nacionales enfocado a gente joven y a mayores, a través de políticas de apoyo al deporte dentro y fuera de la escuela y a través de políticas que se muevan desde el actual multiculturalismo –que divide a los distintos grupos étnicos y religiosos– hacia un mayor civismo.
- *La celebración de la libertad individual*: y, por lo tanto, una oposición implacable a los carnés de identidad, a la recolección de muestras de ADN de inocentes, a un registro de identidad nacional y a los recientes recortes a la libertad de expresión; una simplificación drástica del sistema de impuestos; y un impulso para renovar nuestra más bien decadente cultura política actual.
- *Una auditoría gubernamental*: evaluando cada función gubernamental mayor preguntándonos cuál es su propósito y su rol en el presente, cuál debería ser y cómo podría llevarse adelante, si es posible, en el futuro. Es inevitable y correcto que una auditoría como esa nos obligue a reconsiderar los límites de la responsabilidad local y personal. ¿Deben los individuos asumir su responsabilidad personal si se enferman producto de un estilo de vida poco sano? ¿Deben las familias asumir más responsabilidades con respecto al cuidado de los adultos mayores? ¿Debe una comunidad asumir mayores responsabilidades con respecto a la ley y al orden, la educación y la ayuda

62 “Needs-blind admission”: un sistema de admisión universitario que no considera la situación económica de los postulantes para aceptarlos o rechazarlos.

social? ¿En qué medida deberían los costos de estas decisiones ser impuestos a otras personas?

Así, queda probado. Es notable cómo las políticas públicas de la Coalición han seguido, a grandes rasgos, las ideas de la Gran Sociedad. La punta de lanza en legislación educacional –la creación de escuelas libres– tiene en su corazón una creencia profunda en la capacidad humana y en la importancia de las escuelas no solo como edificios, sino como instituciones independientes. Las libertades civiles han sido reforzadas con el descarte de la idea de tener carnés de identidad, Registro Nacional de Identidad y ContactPoint (la base de datos de niños centralizada). Veinte mutuales pioneras han sido puestas en pie a través de las cuales el equipo emprendedor del sector público puede desplegar servicios públicos. Está en preparación la nueva legislación para simplificar los beneficios y reducir la dependencia de la ayuda pública, para la planificación local y el empoderamiento de los gobiernos locales y para introducir el Servicio Nacional del Ciudadano. El presupuesto de 2010 ha aspirado a contener tanto una revaluación fundamental del rol y propósito del estado, como una reorganización de las prioridades de gasto.

Lo más sorprendente es la aparente voluntad que tiene la coalición de hacer lo que normalmente resulta políticamente indecible: renunciar a cuotas de poder. No hay grandes hitos como la decisión de Gordon Brown de volver al Banco de Inglaterra formalmente independiente. Sin embargo, las primeras señales son claras. Hay un mayor sentido de gobierno ministerial. El Canciller ha dado poder de veto al Parlamento con respecto al nombramiento de la cabeza de la nueva Oficina de Responsabilidad Presupuestaria. Mucha información antes escondida acerca de los gastos del gobierno central y local ha sido hecha pública.

Por supuesto, la prueba definitiva de un postre se da al comerlo. Pero ya podemos decir esto: el programa político de la Gran Sociedad está siendo implementado con fuerza. Quizás se convierta en el esfuerzo más notable en cien años para redefinir la relación entre el individuo, el estado y las instituciones públicas y privadas. Es conservador en su inspiración y radical en su práctica; Disraeli estaría orgulloso.

DANDO DIRECCIÓN A LAS CRÍTICAS

Por supuesto, la idea de la Gran Sociedad tiene también contradictores. Ha habido afiladas críticas desde todo el espectro político. Las repasaremos en un orden ascendente según su seriedad.

Primero viene el alegato de que la Gran Sociedad es un concepto vacío o incomprensiblemente vago. Esto es simplemente falso. La idea está enraizada en el pensamiento, la cultura y las prácticas inglesas, tal como hemos visto. Es vago en sus límites, tal como todas las ideas políticas. Pero el centro es coherente e intelectualmente sustantivo, trayendo un persuasivo diagnóstico de las principales causas del declive social y económico del país y una crítica certera de los efectos del fabianismo en la izquierda política. No solo eso: la idea de la Gran Sociedad remarca las patologías gubernamentales heredadas de Gordon Brown. Existe la impresión —enormemente equivocada, especialmente en los medios— de que si una idea no está directamente atada a una agenda política central, a una intervención dirigida desde arriba o a un gasto gubernamental, entonces no tiene sustancia. Sin embargo, una parte central de la Gran Sociedad es justamente no ser un conjunto de políticas del tipo una talla sirve para todos, sino impulsar el pluralismo y la diversidad.

En segundo lugar, está la crítica que dice que la Gran Sociedad es una mala idea política para el Partido Conservador. Esto podría o no ser cierto, pero es difícilmente una crítica real, ya que la pregunta política central no es qué es bueno para tal o cual partido, sino qué es bueno para el país. Existe evidencia de que la idea de la Gran Sociedad como un asunto central clave fue introducido muy tarde en las elecciones generales de 2010 como para impactar realmente en el electorado, y es cierto que podría incluso haber confundido a los votantes, pero eso es un tema de campaña que no tiene nada que ver con la idea en sí.

Tercero, está la sugerencia de que la Gran Sociedad “realmente” se trata de voluntariado, de filantropía o, simplemente, de un auspicio de las artes e instituciones de caridad por parte de los ricos; es decir, que se trata acerca de la transferencia de los servicios públicos al tercer sector. Ante esto, hay que decir que es obvio que el voluntariado, la filantropía, la caridad, el auspicio privado

y la acción social están cerca del corazón de la Gran Sociedad. De hecho, hay muchísimo más que hacer en todas estas áreas, como muchos han notado. No obstante, sería absurdo pretender que nuestra propuesta se agota en esto. La idea de que todos los servicios públicos podrían simplemente transferirse al tercer sector no tiene sentido, considerando el tamaño relativamente pequeño de este último. Sin embargo, es igualmente claro que el tercer sector es un espacio de innovación y energía social, tal como el sector privado y que estos recursos deben ser desplegados de un modo más amplio e inteligente.

Cuarto, existe un conjunto de críticas que se relacionan y superponen entre sí: que la Gran Sociedad es un truco conservador, un thatcherismo disfrazado, cuya finalidad es empaquetar un programa de privatizaciones y recortes al gasto público motivado no por la necesidad económica, sino por la ideología conservadora.

Este último es el reclamo central de la actual oposición política. Lo interesante de él, es que nos lleva a preguntarnos por qué, si es que esto es un truco conservador, tanta gente de izquierda trata de alegar que la idea es en realidad de ellos. Debe aclararse de una vez que la Gran Sociedad es una expresión coherente y lógica de la tradición conservadora que se remonta al siglo XVIII; que esta línea de pensamiento ha estado en el centro del pensamiento moderno del Partido Conservador desde la elección de David Cameron como líder en 2005 —e incluso antes— y que, si bien comparte con el thatcherismo la creencia en las “virtudes vigorosas” de los seres humanos, choca tanto con el libertarianismo como con la centralización política de los ochenta. No es un truco conservador.

Tampoco es un truco “ideológico”. Es obvio que la Gran Sociedad, como cualquier filosofía política que merezca ese nombre, contiene una línea argumentativa. De hecho, su argumento reconoce específicamente la sobre-extensión del estado y la dependencia e ineficiencia que esta ha causado. En ese sentido, hay recortes que son bienvenidos, sabios y esperados hace mucho. Sin embargo, hay otros que son el resultado lamentable del derroche de los gobiernos de Blair y Brown, y es una de las tragedias de las actuales circunstancias que algunas personas buenas y organizaciones valiosas sean afectadas por la necesidad imperiosa del gobierno de tomar control de las finanzas

nacionales y de controlar el déficit. El punto central es que nuestro argumento no está desarrollado en un espíritu fundamentalista, sino razonado, y con una apertura absoluta al debate y a la evidencia en contra. Para decirlo en palabras de Michael Oakeshott, esto es política de la duda, no de la fe.

La quinta y potencialmente más profunda crítica viene no de la política, sino de la academia, en la forma del celebrado libro *The Spirit Level*, de Richard Wilkinson y Kate Pickett. El argumento central del libro es que una mayor igualdad económica en una sociedad dada está asociada con un amplio mejoramiento de los resultados sociales, incluyendo el crimen, educación, salud y otras dimensiones. Ha sido recibido con entusiasmo por aquellos en la izquierda que creen que el análisis justifica niveles mucho más altos de impuestos y redistribución del ingreso y niveles aún mayores de ingeniería social. Estas medidas serían un anatema para la Gran Sociedad.

En los hechos, sin embargo, los autores de *The Spirit Level* se han apartado razonablemente de estas conclusiones, conscientes de que los caminos hacia una mayor igualdad económica son extremadamente complejos y difieren entre una sociedad y otra. Por ejemplo, entre 1950 y a comienzos de los noventa, Estados Unidos experimentó un enorme crecimiento económico fuertemente alimentado por un incremento en el consumo personal; justo el tipo de situación en que los críticos duros del capitalismo esperarían un aumento en la desigualdad. Sin embargo, en realidad la desigualdad cayó notablemente en este período. La igualdad económica es un valor político importante, pero no es el único; y tampoco no hay un camino demarcado con respecto a cómo conquistarla razonablemente. Las sociedades son distintas entre sí y los autores son derechamente escépticos con respecto a las prescripciones de políticas públicas.

Puede parecer chocante, pero el mensaje central de *The Spirit Level*, en realidad es más bien un apoyo para la Gran Sociedad. De hecho, algunos de sus puntos son casi idénticos, como por ejemplo que el éxito económico se construye sobre bases sociales y que las medidas economicistas del bienestar son inconducentes y hasta peligrosas. Sobre todo, en medio de las comparaciones entre diferentes países, el punto hace emerger un asunto obvio pero fundamental: incluso sociedades en apariencia similares pue-

den diferir radicalmente unas de otras. No hay, en suma, nada prefijado con respecto al modo de vida que llevamos ahora. No tiene por qué ser de esta forma. Podría ser mucho mejor.

Se podría decir que *The Spirit Level*, más que a la Gran Sociedad, golpea directamente al Partido Laborista. Y es que bajo la influencia del fabianismo, el partido ha terminado asociando cualquier cambio social positivo con un crecimiento del estado. Tres cosas se han desprendido de esto: la primera es una tendencia a identificar estado y sociedad, ignorando la cantidad enorme de situaciones en los que sus intereses chocan y asumiendo que todo servicio público debería ser de propiedad y financiamiento estatal. La segunda es una tendencia a creer que la medida más importante del bienestar social no está en los resultados (qué tan bien lo estamos haciendo) sino en lo invertido (cuánto estamos gastando). La tercera es la tendencia a pensar que toda reducción del estado es automáticamente sospechosa, sin importar lo despilfarrador, burocrático o agobiante que resulte su operar. En el fondo de su pensamiento está la convicción de que no hay alternativa, que aquellos que promueven otro tipo de cambios positivos están, en su mejor versión, equivocados y, en el peor extremo, son inmorales. Con respecto a todas estas ideas, *The Spirit Level* es un saludable correctivo.

EL CASO CONTRAFCTUAL

Finalmente, debemos abordar la objeción “¿Y qué?” ¿Podría un enfoque desde la Gran Sociedad, con su énfasis en I-C-E –instituciones, competencia y emprendimiento– realmente haber hecho una diferencia durante la reciente y tremenda crisis financiera y recesión económica?

La respuesta es sí: podemos decir con certeza que habría ayudado. Incluso, nos podría haber ayudado a escapar de la crisis, tal como otros países lo hicieron. Recordemos que, de acuerdo a los viejos manuales, la crisis financiera del 2008 no debió haber ocurrido en caso alguno. Atentos al potencial riesgo, las personas jamás se habrían endeudado tanto, los bancos no habrían prestado tanto dinero, el sistema regulatorio apenas habría sido necesario y los presta-

mos interbancarios y el mercado de divisas habrían continuado funcionando sin apoyo estatal. Sin embargo, esa crisis colosal sí ocurrió, los mercados fueron afectados, muchos bancos famosos desaparecieron, la capacidad gubernamental para administrar el desorden económico fue llevada al límite y las consecuencias para las personas fueron duras y lo continuarán siendo. No es necesario buscar más pruebas para demostrar los límites de la racionalidad económica humana.

Desde la perspectiva de las políticas públicas, la crisis reveló un enorme error de gobierno con respecto a las instituciones financieras, a los reguladores y al gobierno mismo. Cuando golpeó, la crisis no era como ninguna otra que Inglaterra hubiera presenciado desde los años treinta. Fue gatillada por un colapso del valor de los activos, más que por un declive de la rentabilidad en sí misma; una serie de circunstancias para las cuales los reguladores no estaban preparados, pues carecían de los mecanismos correctivos apropiados. Pero las semillas de la vulnerabilidad británica habían sido sembradas mucho antes, como veremos. Los bancos competían furiosamente entre sí para rellenar sus libros de hipotecas con créditos cada vez más pobres. El gobierno tomó en 1997 la mala y mal motivada decisión de retirar la supervisión del Banco de Inglaterra, razón por la que el gobernador Eddie George casi renuncia. Esta decisión llevó a una enorme pérdida de experiencia y capacidad de supervisión y a una dañina dispersión de la responsabilidad regulatoria bajo el así llamado “sistema tripartito”. Tanto el gobierno como los reguladores fueron muy complacientes a lo largo de una década con las señales de alerta cada vez más claras en un sector que todavía era demasiado dominante en la economía inglesa. El gobierno mismo fue el más sobre-endeudado. Y la ausencia de ahorros en caja, en la medida en que las personas pedían prestado para invertir en propiedades, las hizo doblemente vulnerables a la recesión y sigue, hasta hoy, aletargando la recuperación económica.

¿Qué diferencia habría hecho una perspectiva I-C-E? En primer lugar, habría hecho a todos los involucrados –políticos, reguladores y ejecutivos bancarios– bastante más conscientes de lo difícil que es para los seres humanos calcular el riesgo y de la conocida predilección humana por obtener un beneficio actual sin tomar en cuenta sus costos futuros. Segundo, no habría

permitido a los políticos, reguladores y ejecutivos asumir automáticamente que los mercados pueden calcular eficientemente el respaldo crediticio de los individuos o de los bancos. Tercero, habría dejado clara, desde un principio, la importancia del Banco de Inglaterra como prestamista de última instancia, un rol que es inexplicable en el modelo estándar, en el cual los precios son siempre eficientes y las liquidaciones ya tienen un valor fijado, por lo que no afectan a los mercados. Por último, en cuarto lugar, habría tenido una concepción bastante más realista de la importancia de la competencia en los servicios financieros: como un medio para lograr mayor eficiencia y mejor colocación de los recursos y no como algo simplemente bueno en sí mismo. El resultado habría sido una actitud bastante más realista y escéptica con respecto a varias de las explosiones ya descritas.

Más allá de esto, la I-C-E nos habría hecho mucho más sensibles en relación a los peligros involucrados en la naturaleza cambiante y el tamaño creciente de las instituciones financieras. El antiguo orden financiero tenía muchas debilidades, pero poseía algo muy importante: sus instituciones tenían roles claramente definidos. Los bancos comerciales y las sociedades inmobiliarias tenían capitales de quienes depositaban y de quienes invertían, y tomaban el menor riesgo posible. Los corredores y ejecutivos bancarios eran asesores y agentes. Ellos actuaban en representación de inversionistas que tomaban el riesgo y asumían las ganancias o las pérdidas.

La belleza de todo esto residía en la diferenciación e integración de roles de los participantes y en la administración cuidadosa de los conflictos de interés. Esto era ayudado por las distintas formas institucionales involucradas. Los bancos eran compañías, porque necesitaban capital de accionistas para sustentar sus hojas de balance. Las sociedades inmobiliarias eran mutuales, porque la forma mutual facilitaba la extensión crediticia a quienes estaban en peor posición. Los corredores y ejecutivos bancarios eran sociedades, porque ellos no necesitaban demasiado capital y sabían que sus socios cuidarían sus propios fondos con mucha más diligencia que cualquier accionista externo.

Ahora bien, miremos a los mercados financieros. ¿Qué vemos? Los roles originales de estas instituciones han sido sumergidos en una inmensa ola de capital. Los conflictos de interés se han vuelto masivos y endémicos. Las

sociedades se han desbandado. Las inmobiliarias se han des-mutualizado. Y así, el pluralismo y la diversidad de sus formas institucionales han sido reemplazados por una forma monopolista: aquella de la empresa de accionistas. Nuestros mercados financieros han sido dañinamente empresarizados.

Con esta empresarización han ocurrido tres cosas. Primero, ha habido una profunda y dañina separación del riesgo y la ganancia. Cuando los mercados crecen, los bancos van bien. Cuando caen, los accionistas –y finalmente los contribuyentes ingleses– sufren. Segundo, ahora no hay limitaciones naturales al tamaño de las instituciones financieras. Como mostró el caso de la quiebra de Lehman Brothers, a una gran y creciente cantidad de instituciones financieras los gobiernos no les pueden permitir fallar, aunque tengan apenas la capacidad para salvarlas. Tercero, los servicios del sector financiero han comenzado a ser vistos como si se tratara de una industria como cualquier otra y no como el sistema de cañerías sobre el cual toda la economía mundial descansa.

Cualquier solución valiosa a estos problemas, pondrá en relieve el rol de las instituciones, la competencia y el emprendimiento, pero la Gran Sociedad también tiene profundas consecuencias para otras áreas, como veremos.

Capítulo 12

¿Y AHORA QUÉ?

Lo poderoso del jazz es que un grupo de personas se pueden reunir y crear arte, arte improvisado, y pueden negociar sus agendas entre sí... y esa negociación es el arte.

Wynton Marsalis

¿Y ahora qué? ¿Hacia dónde se dirige la Gran Sociedad? ¿En qué más se debería concentrar un gobierno reformista? ¿Qué debemos hacer nosotros para apoyar la reforma económica y social?

Estos asuntos son de tan larga discusión que exceden bastante las posibilidades de este pequeño libro. Sin embargo, en vez de evitar todo el debate sobre políticas públicas, observemos tres áreas en las cuales la perspectiva de la Gran Sociedad podría directamente mejorar nuestro futuro bienestar: las reformas sociales, las reformas económicas y las reformas a los servicios públicos. En cada caso, la nueva perspectiva abre nuevas ideas y nuevas oportunidades. Volveremos sobre la economía y las finanzas luego, pero comenzaremos, quizás sorpresivamente, por la música.

EL PODER SOCIAL DE LA MÚSICA

Ya vimos la enorme diferencia que un foco en las capacidades humanas podría hacer en la educación secundaria. Así que pensemos ahora en lo que significaría convertir una agenda de las capacidades en políticas públicas en el área de las artes, la cultura y los deportes. Estas áreas han sido tratadas desde hace mucho tiempo como de menor importancia para los gobiernos. Un gobierno que viera las capacidades humanas como el corazón de la rege-

neración económica y social pondría, de seguro, un enorme énfasis en ellas.

Para poner un ejemplo, debemos mover la música, la interpretación musical y el canto, desde la periferia política hacia un rol central en cuanto a prioridad social, económica y cultural. La evidencia científica nos muestra con claridad que la música entrega enormes beneficios sociales, cognitivos, emocionales y terapéuticos, especialmente para quienes la interpretan. Estos beneficios han sido demostrados con grupos de presos, neonatos, niños y personas con discapacidad física, mental o con demencia. Sin embargo, no se restringen a esos grupos. Al contrario, están abiertos a todos nosotros y han sido ampliamente reconocidos en otros países alrededor del mundo, desde Venezuela, con su famoso “El Sistema”, hasta Cuba o Finlandia.

La música tiene efectos neurológicos muy beneficiosos. Por ejemplo, cantar en grupo libera oxitocina, un neuroquímico que parece aumentar la confianza entre las personas. La música ayuda al desarrollo del cerebro e impulsa el pensamiento creativo y la solución de problemas. Enseña a las personas a trabajar mejor en equipo, a través de bandas, orquestas y coros. Impone la necesidad de una disciplina individual y de práctica. Promueve un sentido de respeto mutuo y aspiración a lo óptimo. Provee acercamientos invaluable a otras culturas y otros modos de pensar, demandando reflexión con respecto a su propia historia y desarrollo. Está abierta a todos, sin discriminar entre personas. Puede ser intensamente competitiva o muy cooperativa. Emerge en distintos niveles: desde una simple canción de cuna, a través de los blues de bar, hasta el sutil raga y el impactante virtuosismo de un Paganini o un Liszt. Nunca, en ningún nivel, pierde conexión con las emociones humanas o con la verdad emocional.

La educación musical británica tiene una larga y muchas veces distinguida historia. Luego de 1950, una red nacional de servicios locales de música fue organizada para proveer enseñanza de música –canto, instrumentos y partituras– a los ingleses. Se les exigía a las autoridades locales proveer de fondos a los servicios musicales, que eran ofrecidos en las escuelas primarias y secundarias. Además, existían bandas y orquestas locales, que desemboocaban, mediante la competencia, en orquestas juveniles del condado. Así, el camino estaba bastante despejado para cualquier joven que quisiera apren-

der a usar un instrumento musical y progresar en ello. En algunos casos, esto podía terminar en estudios superiores de música y en una carrera profesional. En la mayoría, el resultado fue mayor aprendizaje y alegría. Pero para todos los involucrados, hacer música terminó siendo algo que les pertenecía y de lo que se sentían parte. Cada servicio musical era, se ha dicho, un mini sistema por derecho propio.

Hoy en día, sin embargo, la mayor parte de la educación musical en este país es un desastre. Ha habido iniciativas valiosas bajo el laborismo, tales como el Fondo Estándar para la Música y el proyecto coral “Sign Up!” en las escuelas primarias, pero millones de jóvenes, especialmente entre las familias más pobres y desaventajadas, tienen un acceso muy limitado. Mientras tanto, una serie de absurdas guerras culturales han sido llevadas adelante, en las cuales la música, especialmente la música clásica, ha sido caricaturizada como una actividad elitista solo abierta a unos pocos acaudalados, en vez de como una activa y poderosa actividad para la mayoría. Los anti-elitistas podrían recordar que Joseph Haydn creció en un hogar rural desesperadamente pobre en Austria y que fue expulsado de la escuela por mal comportamiento; que Louis Armstrong creció en los alrededores de Storyville, el distrito más pobre de Nueva Orleans y que aprendió a tocar la trompeta en un hogar para jóvenes delincuentes.

Estas guerras culturales han sido alimentadas por una mitología del talento y el “genio” que postula que solo muy pocas personas tienen los requisitos necesarios para tocar instrumentos, cuando la verdad es que casi cualquiera tiene habilidad musical y que lo único necesario para desarrollarla es práctica y trabajo duro. Dentro de la propia educación musical ha habido un largo y estéril debate entre los defensores de la música clásica y otros que son igualmente apasionados por otros estilos. Al día de hoy, quedan 157 servicios musicales a lo largo del país, luchando por conseguir los medios necesarios, mientras este y otros factores van minando la comprensión y la creencia popular en la música.

El contraste con el deporte es muy decidor. A lo largo de los años, distintos gobiernos han reconocido la importancia cultural y social del deporte. Para los ministros ha sido obvio que el deporte concita una gran pasión popular, pro-

mueve altos estándares de excelencia, confiere grandes beneficios físicos y ayuda a promover una sociedad más feliz e inclusiva. Exactamente lo mismo es cierto para el caso de la música y más. Sin embargo, el interés político en el poder social de la música ha sido mínimo.

El gobierno de la coalición ha tenido un muy buen inicio en esta área, al ordenar al Departamento de Educación una revisión de la provisión musical, a pesar de las enormes limitaciones económicas. Sin embargo, este es solo el comienzo de un largo viaje, y los conservadores deberían impulsar ese rumbo porque, de hecho, fue un gobierno conservador el que liberó a las autoridades locales de la obligación estatutaria de proveer fondos para los servicios musicales en 1988. Una importante razón para su decadencia.

¿Qué debe hacerse? Tres cosas: primero, comenzar a difundir en todos los niveles la importancia de la música. Revisar la evidencia, estudiar lo que se hace en otros países y utilizar esta información para guiar la opinión y el interés públicos hacia la música. Segundo, se debe invertir en la educación de profesores y extender el innovador programa Teach First para incluir la enseñanza musical. Tercero, es necesario renovar la obligación estatutaria de las autoridades locales de financiar los servicios musicales y, a la vez, se debe apoyar el compromiso de estas autoridades locales con fondos que ayuden a los servicios musicales a invertir en nuevos coros y orquestas, además de extender estos servicios a los adultos. Esto, claramente, implica un compromiso de gasto fiscal. Pero los números son bastante modestos: entre cinco y seis libras al año por estudiante. Es decir, entre sesenta y ochenta millones de libras para cubrir todas las escuelas primarias y secundarias, además de las orquestas. Es un monto bastante pequeño. De hecho, no alcanza a ser la mitad del interés que pagamos cada día por nuestra actual deuda fiscal.

Como hemos visto, los gobiernos locales se han visto enredados entre obligaciones estatutarias sin fondos y “guías”. Esta es un área donde una obligación respaldada está justificada. La música es universal, es parte de toda cultura humana. No conoce barreras socioeconómicas. Junto con el arte y la educación en general, es uno de los rasgos de toda sociedad civilizada y así debe serlo para la Gran Sociedad.

REFORMANDO EL GOBIERNO CORPORATIVO

De la música a los negocios. Ya hemos visto cómo las instituciones financieras se han convertido cada vez más en compañías de accionistas. Esto quizás no parezca sorprendente, ya que la empresa o compañía es, por lejos, la institución económica más influyente en el mundo actual. Más del 90% de la actividad económica no estatal se produce a través de empresas. Nuestros medios de comunicación están saturados con las marcas, las imágenes y los valores de las empresas. Vivimos en un mundo de capitalismo empresarial y estas empresas no funcionan tan bien como deberían. Muchas compañías y bancos no son administradas por completo en el interés de sus accionistas.

El tema no es tanto el de la responsabilidad social empresarial, aunque sea muy importante. Es más bien un asunto de propiedad y transparencia. Reunir recursos en la forma de una empresa permite a las personas hacer más y compartir el riesgo. Las empresas fueron originalmente permitidas como una concesión del soberano para promover la aceptación de riesgos y la creación de capital. En poco tiempo llegaron a tener responsabilidad legal limitada. ¿Por qué? Porque era ampliamente reconocido que las empresas servían al bien común y que se limitarían a realizar acciones en función de ese bien común. Así, toda la nación podría beneficiarse de los frutos de la exploración, la innovación y el comercio.

Hoy en día, la mayoría de nuestras compañías reflejan un mal gobierno en sus niveles de aversión al riesgo y burocracia. Pueden tener la apariencia externa de buen gobierno. Pero la realidad es que su administración es normalmente complaciente y poco transparente, siendo además sus auditores, consultores y fideicomisarios de fondos de pensión corporativos poco independientes. Estas empresas están muy concentradas en el corto plazo y una parte demasiado grande de sus ganancias es usada en bonos para ejecutivos. Hace veinte años, un ejecutivo importante de alguna de las cien empresas con mayor capitalización de mercado en la bolsa de valores de Londres ganaba diecisiete veces el sueldo promedio de un empleado. Hoy la diferencia es de setenta y cinco a uno.

Hemos tenido muchos informes útiles y códigos de gobierno corporativo a lo largo de los años. Pero el problema de fondo es que todavía hay un vacío a nivel de la propiedad. Estas empresas tienen inversionistas que ven las inversiones como fichas de apuesta en lugar de propietarios que las vean como propiedad. Todos los partidos se han tragado el punto de vista económico estándar según el cual los administradores y directivos son simples agentes de los accionistas, siendo las empresas meros haces de relaciones contractuales, sin ningún sentido más allá de los efectos de la mano invisible a partir de los cuales las empresas existen para servir al bien común.

Ellos han usado esa visión para racionalizar la inactividad, al señalar que existe normalmente un problema de “free rider” en el cual un propietario activo carga con el 100% de los costos pero solo con una parte de los beneficios de su propiedad. Así es como el valor de la empresa normalmente se va perdiendo, hasta el punto en que la compañía es comprada por alguna compañía de fondos de capital con un pequeño número de propietarios muy activos que dan los pasos necesarios para reconstruirla.

Nuevamente, sin embargo, aquí la visión estándar es parcial y poco elaborada. Los directores de una corporación son fiduciarios legales y no meros agentes económicos. Los accionistas son dueños y no meros inversionistas. El contexto institucional original, que vinculaba el apropiado poder empresarial con el bien público, ha ido desapareciendo. El resultado ha sido destruir valor y consolidar el bajo rendimiento.

Esto no es un discurso contra el capitalismo anglo-americano o contra lo razonable que es recompensar a la gente talentosa. Es, en buena medida, lo opuesto. Sin embargo, la evidencia que encontramos tanto en EE.UU. como en Inglaterra es bastante clara. Muchos reputados estudios han sido realizados buscando una correlación significativa y sustantiva entre la compensación de los ejecutivos de alto rango y el rendimiento de largo plazo de una empresa: no se ha encontrado ninguna. En vez de eso, se da una fuerte correlación entre el pago a los ejecutivos y el tamaño de la compañía, generando un fuerte incentivo en el sentido de la compra y fusión entre empresas. Las compras siempre benefician a los altos ejecutivos, ganen o pierdan las empresas. No

obstante, el 60% de ellas destruyen el valor económico. Este es un resultado directo de las actuales políticas de compensación.

En contraste, las compañías con una propiedad clara tienen un mejor rendimiento en el largo plazo, lo que es ampliamente reconocido. Un estudio de McKinsey del 2002 que investigó a los doscientos inversionistas top del mundo descubrió que tres cuartos de ellos pagarían extra por compañías con un buen gobierno corporativo. Otros dos estudios, del ISS y el Deutsche Bank, han descubierto que un buen gobierno mejora la rentabilidad y disminuye los riesgos.

¿Qué puede hacer el estado con respecto a esto? La clave es promover el ejercicio de la propiedad independiente: entre accionistas institucionales, directores corporativos y fideicomisarios de fondos de pensión corporativos. Aquí dejo unas sugerencias simples sobre cómo hacerlo. La primera es que los gobiernos deben reforzar la ley societaria en lo referente a la propiedad de compañías e instituciones financieras. El voto de un accionista es parte de su valor, y los fideicomisarios o directores de estas organizaciones deberían ser claramente responsables legales de su apropiado ejercicio. Lo segundo es hacer más fácil para los accionistas el nominar, en los directorios, a directores no ejecutivos totalmente independientes, quizás por voto acumulativo. La tercera es que solo los directores no ejecutivos puedan elegir a los consultores y auditores, por la vía de un comité de búsqueda. La cuarta es que a los fiduciarios de fondos de pensiones –muchos de los cuales son también empleados de empresas– se les exija expresamente actuar en el exclusivo interés de largo plazo de sus beneficiarios y ser protegidos por la ley cuando hagan eso.

Estas son cuatro ideas simples respecto al área menos atractiva para la políticas públicas. Pero su efecto potencial es enorme. Hacer que más compañías trabajen un poco más duro a través de un mejor régimen de propiedad tendría un efecto gigante en la competitividad de Gran Bretaña y en nuestra prosperidad como nación. Aumentaría las ganancias, el empleo y los sueldos, restringiendo las remuneraciones en el directorio. Incluso una pequeña mejora en los retornos de los accionistas podría reforzar considerablemente el sistema nacional de pensiones en el largo plazo.

RECUPERANDO EL TOQUE HUMANO EN LOS SERVICIOS PÚBLICOS

Durante los últimos cincuenta años, los gobiernos han ensayado muchas estructuras y aproximaciones diferentes a la provisión de servicios públicos, chocando una y otra vez con el hecho básico de que el control estatal tiende a la ineficiencia de igual modo que los mercados completamente libres conducen a resultados injustos.

Ya vimos cómo el pensamiento económico convencional ha reforzado la tendencia gubernamental a la centralización y al control jerárquico de las personas a través del sistema de impuestos y beneficios. Ese razonamiento ignora a las instituciones independientes, tanto en el sector privado como en el tercer sector. Y equivocadamente trata a las personas como económicamente racionales en el sentido neoclásico. Por un lado, se espera que sean capaces de entender y administrar las fantásticas complejidades del sistema de créditos tributarios, de los créditos de pensión y otros beneficios. Por otro, el sistema ignora totalmente el hecho de que las personas no saben calcular el riesgo, evaluar la incertidumbre o enfrentar las pérdidas.

El enfoque de la Gran Sociedad implicaría un significativo rediseño de los servicios públicos para que estos reflejaran cómo las personas efectivamente piensan y se comportan. Esto significaría un énfasis sistemático en el empoderamiento del equipo de primera línea y permitirles hacer el trabajo, entregándoles las habilidades para ganar autonomía, capacidad y propósito, que son, como hemos visto, las fuentes de la motivación creativa. Significaría sacar a muchas de las personas menos aventajadas del sistema de impuestos, como la Coalición lo ha hecho, en vez de someterlas a las complejidades y pérdidas no anticipadas del sistema de créditos tributarios. En el mismo sentido, esto significaría una simplificación de la forma de calificación socioeconómica del sistema previsional y una gran simplificación de los créditos de pensiones. Además, significaría una extensión cuidadosa hacia otras áreas de la salud y la ayuda social del sistema de pago directo y los presupuestos individuales, que permiten a muchos discapacitados tener más autonomía y control sobre sus vidas.

Sin embargo, hay algo todavía mucho más grande por ganar. Algo relacionado a la forma en que el estado se relaciona con las personas. Como hemos visto, el estado utiliza actualmente un modelo operacional para proveer los servicios públicos basado en la teoría X de la administración, creando así una obsesión respecto a los costos y al control de costos. Esta teoría, busca despersonalizar, segmentar y procedimentalizar todas las interacciones con las personas; fragmentar la responsabilidad personal y la rendición de cuentas e insistir en caros e incómodos procesos de verificación y auditoría. Los resultados aparentemente paradójicos son enormes pérdidas y costos no esperados, la desmoralización de los trabajadores y pobres resultados.

Este es, nuevamente, un tema de discusión muy amplio. Pero la dirección de las reformas debería ser clara. Lo que necesitamos es avanzar para ver cada área de los servicios públicos como una institución distinta y, específicamente, como un sistema complejo en sí mismo. Debemos relajar la obsesión presente con el control de costos en favor de un foco en la calidad y tratar a los usuarios y a los empleados no como agentes económicos racionales sino como seres humanos.

Aquí está la diferencia. Hoy el servicio público divide a sus usuarios entre los casos estándar y los casos inusuales o problemáticos. Los casos estándar son procesados por el sistema a partir de una serie de reglas prefijadas. Los casos problemáticos son identificados en varios puntos de la cadena y son desviados hacia unidades especiales. La idea de esta separación es poder tratar los casos comunes al menor costo posible, con un equipo que requiera el menor entrenamiento. Con los casos problemáticos se usa un equipo más especializado.

Se podría pensar que esto es perfecto, pero estaríamos equivocados. El efecto de separar los casos problemáticos es el de quitar la presión a la organización como un todo para entenderlos o para mejorar el servicio general para sus usuarios. Tiende a crear servicios públicos que, con independencia de las buenas intenciones de aquellos que los diseñan y aquellos que los administran y trabajan en ellos, son extremadamente tolerantes con los errores. Esto disminuye el costo del servicio en algunas áreas, pero incrementa el costo general de la organización al generar enormes “demandas de fallo”: los

costos y esfuerzos necesarios para arreglar algo que ya ha salido mal.

El resultado es que el estado gasta incluso más para mantenerse en el mismo lugar. Los usuarios se frustran profundamente, se enojan con “el sistema” de los servicios públicos y se vuelven apáticos respecto a la política. La centralización, el papeleo y los atrasos son incrementados. Después de todo, ¿qué podemos esperar si la única posibilidad de que un ciudadano obtenga una respuesta apropiadamente humana a sus preocupaciones es escribiéndole a un representante en el parlamento que reenvíe su correo directamente a un ministro?

Si uno mira cualquier organización exitosa, como Google, Toyota, o Innocent Drinks, ellas se caracterizan por un constante foco en mejorar la experiencia del usuario. Los usuarios felices exigen bastante poco a las organizaciones que trabajan para ellos, por lo que las “demandas de fallo” disminuyen a un mínimo. El efecto es que el foco en la calidad no aumenta, sino que disminuye los costos de largo plazo ¿Por qué en el sector público debería ocurrir algo distinto?

UNA CULTURA DEL LARGO PLAZO

Hasta ahora, hemos mirado hacia diferentes tipos de reformas, pero la Gran Sociedad no se trata solo de hacer mejores a las instituciones ya existentes. También se trata de crear buenas instituciones nuevas. Una nueva institución que podría ofrecer enormes beneficios públicos sería un fondo de riqueza soberano británico.

Recordemos que en los manuales de economía el ingreso y la riqueza son tratados como equivalentes. Un flujo de pagos anuales podría ser descontado de una suma global y, según la teoría estándar, deberíamos tratar ambas cosas como lo mismo. Sin embargo, en las políticas públicas aplicadas esto lleva a una falacia crucial y muy conveniente. Digo esto porque puede ser cierto —y muchas veces lo es— que tanto el flujo de pagos como la suma global sean matemáticamente equivalentes como que ellos sean radicalmente diferentes en sus consecuencias políticas y de política pública. Un gobierno orientado a

enriquecer a la nación buscará proteger y aumentar su capital, invirtiendo en bienes de capital. Un gobierno orientado al gasto se sentirá libre de usar su capital para gastarlo. También se sentirá libre de adquirir obligaciones de capital hoy, en la creencia de que estos son simples flujos de gastos futuros con los que tendrán que lidiar gobiernos posteriores.

A los gobiernos les gusta gastar sin tener que subir impuestos y les gusta prometer sumas de capital sin tener que lidiar con la necesidad poco placentera de pagar por ellas de inmediato. Durante los últimos treinta años, ellos se han sentido regularmente libres para hacer ambas cosas. Durante el gobierno de Thatcher, los ingresos del petróleo del Mar del Norte y de las privatizaciones fueron ampliamente incorporados en el gasto corriente. Lo mismo ha pasado con Blair y Brown, y a este mismo fin han sido añadidas buena parte de las reservas de oro del país y los veintidós billones de libras percibidas por el remate de las licencias de telefonía móvil 3G en 2001. Al otro lado de la hoja del balance público, desde 1997, ha habido un enorme aumento de pasivos derivados de las pensiones públicas, además de las deudas contraídas en la crisis financiera. No es coincidencia que exista una significativa pérdida de interés por la política entre los más jóvenes, ya que están cada vez más convencidos de que los baby boomers⁶³ han secuestrado la hacienda pública.

Los noruegos, en cambio, han tenido una visión distinta de su riqueza, más en la línea del I-C-E y de la Gran Sociedad. En 1997, ellos establecieron el Fondo de pensiones gubernamental Fund Global, como continuación del Fondo Gubernamental del Petróleo establecido en 1990. La capitalización inicial fue de cuarenta y ocho billones de coronas noruegas. Cada año, desde entonces, las cuentas nacionales han obtenido un excedente de capital del cual entre un 60% y un 99% ha sido transferido al fondo. El fondo también ha crecido gracias a su propia administración activa y diversificada.

Como resultado, los noruegos tienen ahora un fondo de riqueza soberano que tiene un valor de 2.8 trillones de coronas noruegas. Algo así como 300 billones de libras. Ese fondo es controlado por el Ministerio de Finanzas noruego, administrado por el banco nacional en cuatro oficinas en el mundo a

63 Generación de la posguerra, nacidos entre 1946 y 1964.

través de administradores independientes expertos, y rinde cuentas formalmente al parlamento noruego. Su administración no es cara. Sus cuentas públicas son un modelo de explicación pública transparente y sin jerga.

El fondo tiene tres funciones. Primero, administra las ganancias públicas derivadas del petróleo y el gas, como un recurso capital para las generaciones futuras. Segundo, administra las reservas internacionales del banco nacional. Tercero, administra un fondo de seguro del petróleo, como una reserva para cubrir los gastos y pasivos generados por las inversiones noruegas en petróleo y gas.

Noruega es, de este modo, un gran inversionista internacional y, a diferencia de algunos inversionistas puramente financieros, se toma sus derechos de propiedad extremadamente en serio, siguiendo las líneas dadas por el parlamento Noruego. Como resultado, el fondo contiene empresas en las cuales se invierte de acuerdo a la transparencia de sus prácticas –en línea con nuestro énfasis en la necesidad de mejorar el desempeño empresarial– y mantiene una lista pública de empresas en las que no invertirá por ser poco transparentes. En esa lista actualmente se encuentran Raytheon, Thales y Lockheed Martin (municiones), Serco (vinculada a armas atómicas), Wal-Mart (infracciones a los derechos humanos) y Freeport McMoRan (por daño ambiental). La firma norteamericana Kerr-McGee fue enlistada, pero luego readmitida en el fondo.

La perspectiva noruega tiene mucho para ser recomendada. Es exitosa, de largo plazo, transparente, ética y democrática. Le da a Noruega un enorme peso en los mercados globales de capitales, la cual puede usar y, de hecho usa, para promover mejores prácticas. Además, da a los noruegos una comprensión clara de su riqueza nacional y de la herencia que dejarán a sus sucesores. El fondo tampoco restringe los poderes del parlamento: el parlamento puede cambiar los propósitos formales del fondo o incluso disolverlo. El Ministerio de Finanzas puede transferir tanto capital extra como desee y cuando lo desee. El gobierno podría, en última instancia, gastar los activos de capital como quiera o como le sea democráticamente mandado que lo haga.

De este modo, el punto en discusión aquí no es económico, sino político y moral. Es una pregunta con respecto a bajo qué restricciones debería estar sujeto un gobierno para dar cuenta pública de sus acciones. El gasto actual de

los ingresos de capital es un asunto sin responsabilidades para los políticos, en el cual pueden, sin asumir costo alguno, hipotecar las posibilidades de las generaciones futuras para satisfacer a la generación actual o a sus propios proyectos regalones. Esto no debería ser así. Una de las funciones de un fondo de riqueza soberano inglés sería traer la transparencia y el debate adecuados que requiere un aspecto crucial de la política económica nacional.

Un fondo de riqueza soberano de este tipo no encadena al gobierno sino que lo hace más transparente. Un ministro de finanzas que deseara vender las reservas de oro del país no podría actuar solo, sino que tendría –rápida y discretamente– que presentar sus argumentos y ser juzgado públicamente por las consecuencias. Un primer ministro que desee contraer nuevas deudas para financiar el sistema previsional público tendría que explicar cómo afecta esto los capitales del fondo, hayan o no estado comprometidos para fines previsionales. Luego de un enorme ingreso caído del cielo como aquel de la venta de licencias para telefonía celular 3G, habría presión inmediata para sumar nuevos recursos al fondo de capitales nacional.

A lo largo de los años, hemos aprendido a incomodarnos con la interferencia política en nuestra política monetaria. Hemos aprendido el valor de instituciones nuevas, como la Lotería, que administra recursos públicos de manera semi-independiente al gobierno. Podríamos hacer lo mismo ahora con la riqueza de la nación. Y hay siempre un beneficio económico que debe ser considerado. Price Waterhouse Coopers una vez calculó que si Inglaterra hubiera invertido los ingresos generados por el petróleo del Mar del Norte en un fondo de riqueza soberano, ese fondo habría valido 450 billones de libras para el año 2008. Ese monto es lo mismo que el total de los ingresos impositivos de Inglaterra para 2007-2008. Sumen los setenta billones de libras –o algo así– de las privatizaciones, los ingresos por la licitación del 3G y el interés acumulado y tendríamos fácilmente sobre seiscientos billones de libras. Incluso, más allá del fondo, la economía británica sería más fuerte, ya que no habría sido artificialmente sostenida por estos inmerecidos y enormes flujos de capital durante más de treinta años.

El Reino Unido tiene una enorme deuda hoy en día, por lo que establecer un fondo de riqueza soberano podría parecer prematuro. Sin embargo, la realidad

es exactamente la opuesta. Primero, porque el objetivo de aumentar la transparencia fiscal y la rendición de cuentas públicas del gobierno británico es absolutamente vital. El valor de ese fondo reside no solo en el fondo de riqueza que crea, sino en la institución y en el ejemplo de disciplina y transparencia administrativa que establece. Necesitamos un nuevo entramado fiscal en este país. Nuevos medios institucionales son necesarios para crear la transparencia requerida, y este es un movimiento muy importante hacia ese fin.

Hay también una razón más específica. El gobierno británico es dueño ahora del banco Northern Rock y se ha visto forzado a tomar una participación significativa –por no decir a controlar– el Banco Real de Escocia, Lloyds TDS y HBOS. Nominalmente, el gobierno tiene muy poca influencia en las operaciones de estas instituciones. En la realidad, los políticos, los grupos de interés y los medios han tratado de ejercer una enorme presión sobre el gobierno para que fuerce a estas instituciones a tomar decisiones políticamente útiles con respecto a las restituciones, el crédito y la reorganización interna. Sin embargo, al mismo tiempo que debería haber una revisión general de la regulación bancaria, es de vital importancia aislar el sistema bancario de un exceso de interferencia política en este proceso. ¿Qué mejor manera que lanzando un nuevo fondo de riqueza soberano en el que se incluyan estos activos y que asegure la transparencia y rendición de cuentas públicas que el sistema tan intensamente requiere en el presente?

EL REDESCUBRIMIENTO DE LA POLÍTICA

Estas son solo un par de ideas de política pública. Pero a lo que apuntan es a algo más profundo: el redescubrimiento de la política. Como ya vimos, hemos estado atrapados por tres ideas equivocadas y perniciosas: la de que la política se trata simplemente de la relación entre el estado y el individuo, la de que el individuo es fundamentalmente un autómatas económico y la de que cualquier desvío de la competencia perfecta es causante de ineficiencia y daña a las personas. El resultado ha sido llevar tanto a la política como a la economía a un callejón sin salida.

Al final, liberarnos de estos errores requiere de la razón y la energía de todos. No es suficiente que algunas personas clave cambien sus posturas. No será logrado simplemente por el cambio reciente del personal político y administrativo en el gobierno. Al contrario, si queremos que sea efectivo requiere de una transformación gigante en las creencias y las expectativas de nuestra administración pública. El cambio, en una perspectiva institucional, debe ser muy ampliamente compartido por el gobierno—incluyendo al parlamento, las agencias, las ONG cuasi-autónomas y los gobiernos locales—y debe reflejar una concepción distintiva, bien articulada y compartida de la nueva perspectiva.

Mucho de lo necesario se concentra en la maquinaria detallada del gobierno, e incluye cosas como una rigurosa modernización de los manuales estándar, los documentos y los procedimientos en el Servicio Civil; un reentrenamiento de los funcionarios públicos, tanto de aquellos que ostentan posiciones técnicas como de sus “clientes”; informes apropiados, cautos e independientes a los ministros de estado acerca de los efectos posibles de sus decisiones y un reforzamiento de las capacidades de los comités de selección. Varios de estos cambios ya están en camino.

Pero esto también exige una actitud diferente por parte de nuestros políticos. Si algo se aprendió en los pasados diez años, es que es necesario recordar los peligros de confiar demasiado en algún tipo de experticia oficialmente certificada. Los consultores externos han proliferado. En muchos casos su supuesta experticia profesional no incluye comprensión genuina del fenómeno tratado. Sin embargo, incluso cuando la tienen, los consejeros profesionales son regularmente usados de manera demasiado acrítica, para evadir responsabilidades en vez de para informar la toma de decisiones. El efecto general es sugerir que asuntos genuinamente políticos son en realidad “meramente técnicos”, sustituyendo la política por la economía y relegándola al margen.

Esto refleja un profundo malentendido. La política es esencialmente, y en su mejor versión, una actividad de aficionados. Esto no significa necesariamente que se haga de manera poco dedicada: siempre puede ser llevada adelante de manera profesional y competente. Sin embargo, por su naturaleza, involucra infinitas ponderaciones entre inconmensurables prioridades y valores: ¿Construyes este aeropuerto o preservas la naturaleza? ¿Haces nuevos

hospitales o inviertes extra en ayuda a los niños? ¿Incrementas las pensiones o gastas más en las fuerzas armadas y medidas anti-terroristas? Tan pronto como un político adopta un punto de vista profesional –aquel del hombre de negocios, del ambientalista, del doctor, del trabajador social, del soldado o del economista– se vuelve más difícil para él llegar al balance correcto. La experticia solo sirve hasta un cierto límite. De más valor, por lejos, son la experiencia, la sabiduría, el juicio independiente y el sentido común.

De esta manera, entre otras cosas, la Gran Sociedad nos permitirá redescubrir lo que ya sabemos. Es necesario traer el sentido común –con respecto a la gente, a las instituciones, a los mercados y a lo que la política puede y no puede hacer– de vuelta al debate político inglés. Este destaca los límites de cada modo de pensar: el económico, el político, el administrativo, el científico y el legal. Este debate prepara el escenario para el retorno de muchas ideas valiosas que han sido dejadas de lado por nuestra cultura dominada por las finanzas, como la del deber público, la vocación, el honor y el orgullo cívico. Nos recuerda cómo buscó nuestro país pararse históricamente frente al mundo: como un faro de tolerancia, civilidad, emprendimiento y libertad personal bajo la ley. Pone nuevas y olvidadas posibilidades de vuelta en el juego y nos empuja a preguntarnos qué tipo de economía queremos. No tiene por qué ser de esta manera. Podríamos hacerlo mundo mejor.

Al desafiar nuestros cómodos prejuicios con respecto a nuestra política y nuestra administración, se despeja el camino a nuevas ideas, nuevas energías y nueva creatividad. El gobierno es limitado y obligado a una apropiada rendición de cuentas. Nuevas instituciones y nuevas voces se hacen posibles. Las personas se empoderan, aprenden más y prosperan.

Epílogo

UNAS CUANTAS IDEAS RADICALES

*El país requiere –el país demanda– audaz y persistente experimentación.
Tomar un método y probarlo. Si falla, admitirlo con franqueza y probar otro.
Pero, por sobre todo, probar algo*

Franklin Delano Roosevelt

No necesitamos emular la hiperactividad de Franklin Delano Roosevelt. Pero lo que sigue son algunas sugerencias finales y quizás más radicales en relación a nuestra política económica y financiera, hechas desde la perspectiva de la Gran Sociedad. Nos recuerdan que un punto de vista claramente conservador puede tener consecuencias poco convencionales.

RESTRINGIR EL PAGO EXCESIVO

Apalea financieras y grandes negocios se ha convertido en política barata, y los conservadores, en particular, son correctamente renuentes a la intervención estatal para fijar límites de pago y modificar contratos entre privados. Ahora bien, incluso considerando eso, hay una legítima preocupación pública acerca de los niveles de interés que cobran las compañías e instituciones financieras, los que han sido empujados hacia arriba, en parte, por la economía del *rigor mortis*. Después de todo, los bancos comerciales han sido siempre instituciones semi públicas, y lo que importa es el emprendimiento y la creación de riqueza, no las ganancias privadas o el estatus ejecutivo.

Existe hoy una amplia evidencia para sugerir que la búsqueda de bonificaciones empujó a los bancos a tomar posiciones excesivas en los mercados, que incrementó el riesgo sistémico y alimentó la crisis financiera. De hecho, las altas compensaciones se relacionan al movimiento de personas

desde otras áreas del mercado donde su contribución profesional y económica habría sido mayor, especialmente desde negocios de emprendimiento. Finalmente, mientras altas bonificaciones parecen funcionar bien como incentivo para trabajos rutinarios, hemos visto que la evidencia indica que ellos desincentivan –es decir, disminuyen– el rendimiento de las personas en actividades creativas.

Esto crea lo que podríamos llamar “la paradoja de la creatividad”. Escuchamos a menudo lo creativas que son ciertas actividades bursátiles o financieras y cómo esto supuestamente obliga a altos pagos de premio para poder atraer talentos. Sin embargo, la verdad parece ser que mientras más creativa es la actividad, menos necesarios deberían ser los altos bonos.

La intervención gubernamental directa a través de la fijación de topes de remuneración no tiene sentido y es el tipo de ideas que se derrotan a sí mismas. Aun así, hay otras sugerencias que pueden hacerse: impulsar la publicación de los sueldos de los altos ejecutivos; buscar que este evolucione de manera escalonada a lo largo de los años, garantizado y no vinculado al rendimiento efectivo de la empresa; pagarle a los que trabajen en bancos, pero no en acciones, sino que en deudas subordinadas, para asegurar el foco en la estabilidad financiera de la hoja de balances; desvincular los sueldos de los *headhunters* y los consultores de las compensaciones a los ejecutivos; y, finalmente, impulsar a las empresas –y también a las ONGs semi-independientes y a los cuerpos gubernamentales– a ofrecer los trabajos de alta dirección públicamente y al menor valor de mercado posible para ese cargo. Después de todo, esos trabajos rara vez carecen de candidatos adecuados y conllevan un importante prestigio.

UNA POLÍTICA PRO-COMPETENCIA MÁS FUERTE

La competencia es uno de los determinantes cruciales del éxito económico, tal como hemos visto. De ello se debería seguir, por tanto, que una política pro-competencia es un asunto de gran interés público. Sin embargo, en los hechos, se ha convertido en un asunto de largas y técnicas disputas legales, dominadas muchas veces por la ley internacional.

Desde la perspectiva de la Gran Sociedad el gobierno no puede descansar tranquilo en los arcanos legales del anti-monopolio, el apoyo estatal, la liberación de mercados o la política de fusiones. Al contrario: debería ser más activo en el monitoreo de las posibles ganancias en diferentes sectores de la economía y reforzar el apoyo al desarrollo de infraestructuras, la desregulación y otras medidas para aumentar la competencia y posibilitar el acceso al mercado de nuevas compañías. Esto es bien entendido en el caso de los mercados de ultramar, como la agricultura. Pero también se aplica a los mercados internos. Un caso a tratar es el del sector bancario, donde hay un claro espacio para mayor competencia tanto en los sectores mayoristas como en los minoristas.

El argumento más común es el que dice que los altos niveles de ganancia deberían ser pasados por alto considerando el interés público en los impuestos pagados. Esto niega el punto de que esas ganancias reflejan muchas veces una transferencia no competitiva de riqueza desde los individuos o las empresas en tanto clientes, que terminarían pagando mayores impuestos si fueran capaces de retener ese dinero en forma de ganancia.

LA NECESARIA REDUCCIÓN A LA INICIATIVA FINANCIERA PRIVADA

En tiempos en los que el sector público se encuentra bajo una gran presión, la iniciativa financiera privada (IFP) ofrece ahorros sustantivos e inexplorados para el Tesoro Nacional. Legalmente, la IFP se encuentra en un limbo público-privado. No es parte del sector público, ya que su consorcio está pensado para contratantes privados. Pero no está por entero en el sector privado, ya que el mismo consorcio maneja cientos de proyectos públicos, desde caminos hasta escuelas y hospitales.

Estos proyectos son pagados por el Tesoro Nacional a través de contratos de veinticinco a treinta años, con los contratistas recibiendo un retorno anual de alrededor del 8-10%; una garantía de retorno razonable para cualquier contribuyente, especialmente considerando la severa recesión actual. Dado esto, se les debería pedir a los contratistas que contribuyeran con una reducción de los pagos de interés que reciben desde las instituciones públicas. Unas 210 billones de libras en activos de capital de las IFP siguen siendo extraordi-

narias. Un estudio de Mackinsey del año pasado sugiere que una reducción de los intereses pagados a los contratistas por los hospitales públicos de solo un 0.02% o 0.03% ahorraría doscientos millones de libras (en el sistema de salud público se concentra un tercio de la deuda con las IFP). Extendiendo esta modesta reducción a todos los contratos existentes, podrían ahorrarse quinientos millones de libras.

Estos ahorros no irían al Tesoro, pero podrían ser remitidos de vuelta a cada uno de los proyectos relevantes, normalmente hospitales o escuelas. Constituirían un apoyo financiero para cada institución, traduciéndose en más medicina, cirugía y textos de estudio.

Es cierto que estas son compañías privadas con contratos comerciales firmados voluntariamente por la contraparte, por lo que no debería ser parte de ninguna política de gobierno tratar de modificarlos unilateralmente. Sin embargo, estamos en medio de una crisis financiera y hay una clara inequidad en los dolores adicionales que sufrirán las organizaciones que no son IFP debido a la consolidación fiscal, mientras que sus contrapartes IFP permanecerán intactas.

El gobierno no carece de la influencia para empujar a los proveedores de IFP a renunciar a una parte de sus retornos. De hecho, hay un precedente directo de exactamente este tipo de recortes en el llamado “código voluntario”. El código fue acordado en el año 2002, luego de que muchos proveedores de IFP hicieran inesperados acuerdos de refinanciamiento. Bajo este código, un 30% de las ganancias de los proyectos existentes fueron regresadas a los contribuyentes. La razón es de un 50% en los nuevos tratos. El consorcio de IFP ha jugado un rol importante en la reconstrucción de la infraestructura británica. Ahora deberían poner su parte para la reconstrucción financiera del país también.

UN ESTADO MÁS ÁGIL

El punto final es quizás uno un poco inesperado. Como hemos visto, el énfasis de la Gran Sociedad se encuentra en la sociedad, en mejorar los servicios públicos y en liberar energía social.

Hemos visto, de hecho, algunos de los tristes efectos sociales y económicos de la sobre-dependencia del estado. Sin embargo, la contraparte de esto, es hacer al estado mejor en lo que debe hacer, más ágil, más fuerte y con más resiliencia para responder a los embates.

Primero, no debe olvidarse que en la reciente crisis financiera fue el estado-nación –y específicamente la capacidad estatal para cobrar impuestos, financiar y regular el sistema financiero durante una crisis– el que logró detener, aunque haya sido de manera imperfecta, el desastre. Se requiere pensar con mucha detención en los mecanismos específicos que usaremos para tratar de evitar o de mitigar las futuras crisis económicas. Después de todo, casi cada aspecto del actual régimen de salvaguardas se mostró necesitado de un sistema de alerta temprana, monitoreos de pasivos financieros, sistemas regulatorios, capital suficiente, procedimientos de crisis y coordinación internacional.

Segundo, como nación enfrentamos enormes problemas futuros en el financiamiento de las pensiones y de la ayuda social de los adultos. Estos se volverán más profundos en la medida en que los baby boomers sigan retirándose y la longevidad aumente. El estado es el único instrumento con los medios remotamente plausibles para tratar el profundo problema de la justicia intergeneracional y la equidad en el seguro social que estos desafíos involucran.

Tercero, la creciente influencia de los poderes corporativos en relación al estado nación, y aquello que el presidente Eisenhower denominó el complejo militar-industrial, requieren tanto de una doctrina de balanceo con los poderes nacionales como de la provisión de remedios legales colectivos efectivos para defender el interés público.

Cuarto, “estado” no solo significa gobierno central. El gobierno local es más antiguo en sus orígenes y ejerce una influencia más directa sobre la vida de las personas. Necesita ganar una mayor autonomía operativa y financiera, y esto no debe ser olvidado en la medida en que la Gran Sociedad busque localizar los servicios y devolver el poder a las comunidades.

Finalmente, la prueba definitiva para la Gran Sociedad estará en si realmente es capaz de recuperar nuestra economía y de revivir nuestra sociedad. Sin embargo, para aquellos que todavía dudan de su sentido o temen que

signifique simplemente destruir servicios públicos, el verdadero test político residirá en nuestra prosperidad futura, no en nuestra adversidad presente. Tampoco en cuánto dinero es ahorrado en la actual consolidación fiscal, sino que en dónde y cuánto el nuevo gobierno elija gastar e invertir, en tiempos en que más personas que nunca dependen de los servicios públicos. Ese gasto y esas inversiones, sean en un nuevo sistema de beneficios, en el reforzamiento de la educación o en un sistema nacional de banda ancha súper rápida, revelará el carácter de largo plazo, las aspiraciones –y la capacidad real– de aquello que hoy promete ser un gobierno de grandes reformas.

AGRADECIMIENTOS

Este libro ha sido el resultado de un proyecto de 5 años cuyo objetivo ha sido plantear una base intelectual y práctica coherente para un Nuevo Conservadurismo. En este, se recapitulan y se extienden los argumentos de mis panfletos previos *Conservadurismo Empático* (Policy Exchange, 2006, con Janan Ganesh) y *Economía Empática* (Policy exchange, 2008). También recoge muchos elementos de *Desde aquí a la fraternidad* (CentreForum, 2007) y de *El legado de Churchill* (Liberty, 2009, con Peter Osborne), así como muchos fragmentos de artículos periodísticos recogidos en las notas finales. Estoy muy agradecido con mis coautores y con estas organizaciones, por su apoyo.

Muchos de los que ayudaron con esos panfletos influyeron también en el presente libro, y me gustaría agradecerles de nuevo. En particular me gustaría agradecer a Lee Auspitz, Oliver Hartwich, Robert AG Monks, Torquil Norman y Casey Norman.

Jonathon Flegg fue un gran apoyo para buscar y financiar nuevas investigaciones. Christopher Woodhead y sus colegas en la Editorial Universitaria de Buckingham administraron el manuscrito con diligencia y eficiencia.

También estoy agradecido por sus comentarios, ideas y apoyo a John Adams, Tim Besley, Phillip Blond, Nicholas Boles, Chris Cook, Greg Clark, Matt Hancock, Rupert Harrison, Tom Hirons, Alan Hodson, Terence Kealey, Danny Kruger, Andrew Laird, Oliver Letwin, Tim de Lisle, Tim Montgomerie, Charles Moore, James O'Shaugness, Matt Ridley, Iain Duncan Smith, Andrew Sullivan, Nat Wei y muchos revisores académicos que prefirieron permanecer anónimos. No es necesario decir que la responsabilidad de los errores es completamente mía.

Estoy más en deuda de lo que puedo decir con mi amada esposa Kate Bingham y con nuestros hijos Sam, Nell y Noah Norman.

BIBLIOGRAFÍA Y NOTAS

En el texto se usaron formas abreviadas intencionalmente por razones de simpleza y legibilidad. Así, hablamos indistintamente de “economía convencional”, “economía de manual”, “economicismo” o “economía del *rigor mortis*”, por lo que todas estas son formas intercambiables. Lo mismo sucede con “Gran Bretaña” y “Reino Unido”. Los trabajos clásicos de economía o filosofía no son citados.

INTRODUCCIÓN

- Cameron sobre la Gran Sociedad: Cátedra Hugo Young, 10 de noviembre de 2009. Ver también su discurso de Liverpool del 19 de julio de 2010.
- Arzobispo de Canterbury: citado a partir de sus afirmaciones en un debate de la Lambeth charity, 23 de julio de 2010.
- Los artículos de Freedland: “A two-faced coalition is hard to fight but Labour needs to find a way, quick”, *The Guardian*, 13 de julio de 2010. “There’s a good idea in Cameron’s ‘big society’ screaming to get out”, *The Guardian*, 20 de julio de 2010.
- Escritos acerca de la Gran Sociedad: ver, por ejemplo, “Small State, Big Society”, *Localis* 2010; “Growing the Big Society”, *IPPR*, 2010; “Civic Streets: the Big Society in action”, *Demos* 2010; “Connected Communities: How social networks power and sustain the Big Society”, *RSA*, 2010; Paul Omerod, “N square: Public Policy and the Power of Networks”, *RSA*.
- Planet 1945: Simon Jenkins, “As Cameron gets radical, the left dozes on planet 1945”, *The Guardian*, 10 de agosto de 2010.

- Libros recientes que sirven de soporte a las ideas de “Conservadurismo empático” y “Economía empática”: George Akerlof and Robert Shiller, “Animal Spirits”, Princeton UP, 2009 (Edición en español: “Animal Spirits: Cómo la psicología humana dirige la economía”, ediciones Gestión 2000, 2009); Roger Bootle, “The trouble with markets”, Nicholas Brealy Publishing, 2009 (de este autor está publicado en español “La muerte de la inflación”, Gestión 2000, 1998); Nicholas Christakis and James Fowler, “Connected”, Little Brown, 2009; Daniel Pink, “Drive”, Canongate, 2010 (en español: “La sorprendente verdad sobre qué nos motiva”, Gestión 2000, 2010); John Quiggin, “Zombie Economics”, Princeton UP, 2010; Yves Smith, “Econned”, Palgrave Macmillan, 2010; David Orrell, “Economyths”, Icon Books, 2010; Phillipe Blond, “Red Tory”, Faber and Faber, 2010.

Capítulo1:

LA ECONOMÍA INGLESA: ¿MILAGRO O ESPEJISMO?

- Desigualdad: Jesse Norman “Inequality, Labour’s shame”, The Guardian, 25 de febrero 2009.
- Crecimiento real relativo del PIB: “National Accounts of OECD Countries”, OCDE
- Crecimiento poblacional desde 1922: “Population trends”, Office of National Statistics.
- Aumento de los precios de las viviendas: “Nationwide House Price index”, Nationwide, Abril 2008.
- Tasa de ahorro actual: Office of National Statistics, Junio de 2008.
- Caída de las tasas de interés: “Housing equity withdrawal”, Bank of England.
- Gasto público y despilfarro: David Craig, “Squandered”, Constable, 2008.
- Inmigración: “The economic impact of inmigration”, House of Lords, Abril de 2008.

- Productividad del Sistema Público de Salud: “Take your Pick”, Economist, 4 de marzo de 2006.
- Estudio de la OCDE: “Programme for international Student Assessment (PISA)”, 2006.

Capítulo 2:

NUESTRO ESTADO REAL

- El gobierno de Thatcher y el estado: Simon Jenkins, “Accountable to None”, Hamish Hamilton 1995; “Thatcher and Sons”, Allen Lane, 2006.
- Parte estatal del PIB: HM Treasury.
- Empleo estatal: Fraser Nelson, “Spectator”, 25 de febrero de 2006.
- Sociedad civil simulada: Dave Clements, “Faking Civil Society” en Dave Clements, Alastair Donald, Martin Earnshaw y Austin Williams, “The future of Community”, Pluto Press 2008.
- Giddens: Anthony Giddens, “The Third Way”, Polity Press, 1998 (Edición en español: “La tercera vía. La renovación de la Socialdemocracia”, Taurus, 1999).
- Cambiando la naturaleza del gobierno y sus corrupciones: ver Peter Osborne y Simon Walters, “Alastair Campbell”, Aurum Press, 2004.
- Impacto negativo del gasto público en el crecimiento del PIB: David B. Smith, “Living with Leviathan”, IEA, 2006, Capítulo 3.
- Productividad: Discurso del informe pre-presupuesto 1997, Informe pre-presupuesto de 1998.
- Informe sobre la productividad del gobierno: Sunday Times, Abril 2004.
- Inflación en el sistema público de salud: “NHS 2010: Reform or Bust”, Reform 2005.
- Productividad del sistema público de salud: “Take your Pick”, The Economist, 4 de marzo de 2006.
- Caída de la productividad el 2008 bajo Gordon Browne: David Brindle, “Sharp fall in public service productivity”, The Guardian, 27 de julio de 2010.

- Enfermedad de los costos de Baumol: William Baumol y William G. Bowen, "Performing Arts: The economic dilemma", Twentieth Century Fund, 1966. Para un apoyo empírico actual a esta tesis a lo largo de una serie de sectores ver: "La enfermedad de Baumol: una perspectiva macroeconómica", William D. Nordhaus, NBER Working Paper 12218, Mayo 2006.

Capítulo 3:

UNA FRACTURA EN LA SOCIEDAD

- Declive social: para un análisis detallado de este asunto, ver el trabajo de Iain Duncan-Smith y el Centre for Social Justice, en particular: "Breakdown Britain" (2006) y "Breakthrough Britain" (2007).
- Uso de drogas: "European Monitoring Centre for Drugs and Drug Addiction", Annual Report, 2005.
- Abuso de alcohol: Institute of Alcohol Studies "Binge Drinking" Fact Sheet, 2006.
- Embarazo adolescente: "Innocenti Report Card", Unicef Innocenti Centre, Julio de 2010.
- Reporte UNICEF: "Childhood in industrialised countries", UNICEF, Febrero de 2007 (Traducción: "El cuidado infantil en los países industrializados", UNICEF, 2008).
- NEETs: "The cost of Exclusion: Counting the Cost of youth disadvantage in the UK", Prince's Trust and RBS, Abril de 2007.
- Las posturas juveniles: de Howker y Shiv Malik, "Jilted Generation", Icon Books, 2010.
- Patrones de votación: "Power to the people", The POWER Inquiry, Febrero 2006.
- Libro verde: HM Treasury, "The Green Book: Appraisal and Evaluation in Central Government".
- Créditos tributarios: House of Commons Public Accounts Committee, "Tax Credits and PAYE Eight Report", 2008.

- Reclamo de padres solteros por créditos tributarios: Frank Field, “Blame faulty tax credits for bad behaviour”, Daily Telegraph, 3 de octubre 2007.
- Consumismo: ver, por ejemplo, Benjamin Barber “Consumed”, Norton, 2007.
- Ciudades clon: “Clone Town Britain”, New Economics Foundation, 2005.
- Smith acerca de la simpatía: Adam Smith, “Theory of moral sentiments”, Edinburgh, 1759 (Edición en español: “La teoría de los sentimientos morales”, Alianza Editorial, 2004).
- Mill acerca de la economía: “On the definition of political economics” en “Essays in some unsettled questions of political economy”, 1964 (Edición en español: “Ensayo sobre algunas cuestiones disputadas en economía política”, Alianza Editorial, 1997).
- Samuelson: Paul Samuelson y William Nordhaus, “Economics”, McGraw-Hill, 2004 (Edición en español, “Economía”, McGraw-Hill, 2010).
- Teoría de la elección pública: James Buchanan y Gordon Tullock, “The calculus of Consent”, Michigan UP 1962 (Edición en español: “El cálculo del consenso: fundamentos lógicos de la democracia constitucional”, Planeta-De Agostini, 1993). Ver también Gordon Tullock, “The vote motive”, IEA 1976/2006 (Edición en español: “El motivo del voto, Espasa-Calpe, 1979).
- Kahneman y Tversky: ver, por ejemplo, Daniel Kahneman, Paul Slovic y Amos Tversky, “Judgement under uncertainty”, Cambridge UP, 1982; Daniel Kahnemann y Amos Tversky “ Choices, values and frames”, Cambridge UP, 2000. En español está editado el libro de Kahnemann “Pensar rápido, pensar despacio”, Edebolsillo, 2014.
- Gary Becker: ver, por ejemplo, “The economics of discrimination”, Chicago UP, 1957/1971 (En español se encuentra, por ejemplo, el libro “El capital humano”, Alianza Editorial, 1984).
- George Akerlof: ver, por ejemplo, “The market for ‘lemons’: Quality Uncertainty and the Marke Mechanism”, Quarterly Journal of Economics, August 1970.

Capítulo 4:

ECONOMÍA DEL RIGOR MORTIS

- Mercados ineficientes: ver, por ejemplo, Andrei Shleifer, “Inefficient markets”, Oxford UP, 2000; Joh Kay, “The truth about markets”, Allen Lane, 2003 y sus referencias (de este autor está publicado en español “Los fundamentos del éxito empresarial”, Ariel, 1994); Bootle op.cit.; Roman Frydman y Michael Goldberg, “Imperfect knowledge economics”, Princeton UP, 2007.
- Ayuda social e información imperfecta: ver Joseph Stiglitz “Whither socialism?”, MIT UP, 1994 (de este autor se encuentra en español “La economía del sector público”, Antonio Bosch, 2003, entre otros libros).
- Economía del comportamiento: ver, por ejemplo, los libros de Kahneman/Tversky ya citados; Richard Thaler y Cass Sustein, Nudge, Yale UP, 2008 (en español: “Un pequeño empujón”, Taurus, 2011); Nick Wilkinson, “An introduction to Behavioral economics”, Palgrave Macmillan, 2008 y también “The impact of price frames on consumer decision-making”, Office of fair trading, 2010.
- Modelos operacionales: ver John Seddon, “Systems thinking in the public sector”, Triarchy Press, 2008 (en español: “La eficiencia en el sector público. Un enfoque sistémico: el fracaso de las reformas y un manifiesto para una alternativa mejor”, Triarchy Press, 2012) . Chris Dillow, “The end of politics”, Harriman House, 2007.
- Voluntad de pagar y riesgo: John Adams, Risk, UCL Press, 1995.
- Cámaras de CCTV: McCahill, M. y Norris, C. (2003), “Estimating the extent, sophistication and legality of CCTV in London”, en M. Gill (de.) “CCTV”, Perpetuity Press. Citado en “A report on the Surveillance Society for the Information Commissioner”, Surveillance Studies Network, Septiembre de 2006.

Capítulo 5:

IZQUIERDA Y DERECHA

- Keynes: citado en David Marquand, "The progressive Dilemma", Weidenfeld and Nicolson 1999.
- El arte de la política y el arte del gobierno: la frase viene de Ross McKibbin, "Good for Business", London review of books, 25 de febrero de 2010.
- Política post-democrática: Colin Crouch, "Post-democracy", Polity Press, 2004 (en español: "Posdemocracia", Taurus, 2004); Peter Osborne, "The rise of political lying", The Free Press, 2005.
- Fabianismo: existe una enorme literatura sobre este asunto. Véase, por ejemplo, M.J. Saunton, "Payment and Participation: Welfare and state-formation in Britain 1900-1951", Past and Present 150, 1996; Mark Bevir, "Sidney Webb: Utilitarianism, Positivism and Social Democracy", Journal of Modern History 74, 2002.
- Purnell sobre las sectas: James Purnell, "Labour became too much of a sect", The Guardian, 19 de julio de 2009.
- La necesidad de cambio de los laboristas: ver entrevista a John Denham, "Fabian Review", Verano, 2010.
- Trotsky: ver Jesse Norman, "Conservatism can save the left", The Guardian, 24 de julio de 2009.
- Disraeli: ver, por ejemplo, P. Smith, "Disraelian conservatism and social reform", Routledge & Kegan Paul, 1967 (Puede leerse en español el libro "La vida de Disraeli" de André Maurois, Ediciones Palabra, 1994).
- Gobernanza tory: J. Bulpitt, "The discipline of the New Democracy: Mrs Thatcher's domestic statecraft", Political Studies, 34/1, 1986.
- Tradiciones rivales: W.H. Greenleaf, "The british political tradition", Vol.2, "The ideological heritage", pp.189-358, 1983.

Capítulo 6:

LOS PILARES DE LA SOCIEDAD

- Hobbes: *Leviathan*, edit. McPherson, Penguin 1981. (en español: *Leviatán: O la materia, forma y poder de un estado eclesiástico y civil*, Alianza, 2011 o Fondo de Cultura Económica, 1980).
- Soberanía absoluta: Un tratamiento completo también se centraría en Locke, que anticipa algunas de las discusiones posteriores con su énfasis en los vínculos de la soberanía, el gobierno limitado y los derechos individuales.
- Sociedad civil y empresa social: ver Michael Oakeshott, “On Human Conduct”, Clarendon Press, 1975 (en español está publicado por separado el capítulo del libro donde Oakeshott introduce esta distinción: “El Estado Europeo Moderno”, Paidós Ibérica, 2009.); “The achievement of Michael Oakeshott”, edit. Jesse Norman, Duckworth, 1992; J.L. Auspitz, “Individuality, Civility and Theory: The philosophical imagination of Michael Oakeshott”, *Political Theory*, 1976.
- Oakeshott acerca del racionalismo y la conversación: Michael Oakeshott, “Rationalism in Politics”, 2nd edit. Liberty Fund, 1991 (en español: “El racionalismo en la política”, FCE, 2000).
- Formas de la experiencia: Michael Oakeshott, “Experience and its modes”, Cambridge UP, 1933.
- Política de la fe: Michael Oakeshott, “The politics of faith and the politics of scepticism”, edit. Timothy Fuller, Yale UP, 1996 (en español: “La política de la fe y la política del escepticismo”, FCE, 1998).
- Asociación filial: para adaptar los términos de Aristóteles, podemos contrastar la asociación filial (conectada) con la asociación nómica (basada en la ley, por ejemplo, civil) y la asociación télica (basada en algún fin, por ejemplo, una empresa).
- Burke sobre las pequeñas secciones: Edmund Burke, “Reflections on the Revolution in France, 1790”, Liberty Fund, 1999 (en español: “Reflexiones sobre la revolución en Francia”, Alianza, 2010); David Willetts, “Modern Conservatism”, Penguin 1992.

- Instituciones intermedias: una discusión más profunda sobre este punto debe incluir las ideas de comienzos del siglo XIX en Francia sobre las “instituciones intermedias”, y las visiones de Montesquieu, Constant y Tocqueville.
- Amistad: ver el tercer ensayo en Andrew Sullivan, “Love Undetectable: notes on friendship, sex and survival”, Knopf 1998 (en español está publicado de este autor el libro “Prácticamente normal”, Rizzo, 2000).
- Mutuales: Peter Gray, “A brief history of friendly societies”, Association of friendly societies.
- Hayek acerca del individualismo: “Individualism and Economic Order”, University of Chicago Press 1948 (Esta es una colección de ensayos de Hayek que en español han aparecido en diferentes publicaciones. Respecto al punto que interesa a Norman, puede leerse “Individualismo: el verdadero y el falso”, Unión Editorial, 2009 y Centro de Estudios Públicos, Revista Estudios Públicos 22, 1986).
- Grupos sabios: James Surowiecki, “The wisdom of crowds”, Abacus, 2005 (en español: “Cien mejor que uno”, Ediciones Urano, 2009).
- Pericles: Tucídides, “The peloponnesian war”, ii.65 (en español: “Historia de la Guerra del Peloponeso”, Alianza, 2009; Gredos, 2003; Cátedra, 2004; Crítica, 2013; Akal, 1996).

Capítulo 7:

EL PELIGRO DE LA FELICIDAD

- Teoría X y teoría Y: ver Douglas McGregor, “The human side of enterprise”, McGraw-Hill, 1960/2006, citado en Seddon 2008 (en español: “El lado humano de las organizaciones”, McGraw-Hill, 1994).
- Afluencia: Oliver James, “Afluencia”, Vermillion Books, 2007 (de este autor, en español, se encuentra el libro “Te joden vivo. Cómo sobrevivir a la familia”, Global Rhythm Press, 2012).
- Nivel Espiritual: Richard Wilkinson y Kate Pickett, “The spirit level”, Allen Lane, 2009 (en español: “Desigualdad: un análisis de la (in) felicidad colectiva”, Ediciones Turner, 2009).

- Layard: Richard Layard, “Happiness: lessons from a new science”, Allen Lane, 2005 (en español: “La felicidad: lecciones de una nueva ciencia”, Taurus, 2005).
- Sen sobre las capacidades: ver Amartya Sen, “Capability and Wellbeing” y otros artículos en Amartya Sen y Martha Nussbaum (edit.) “The quality of life”, Oxford UP, 1993 (en español: “La calidad de vida”, FCE, 2004).
- Trabajo reciente sobre los incentivos: ver la obra citada de Daniel Pink (“La sorprendente verdad sobre qué nos motiva”) y los libros que cita.
- Programadores gratuitos y de patente libre: Karim Lakhani y Robert Wolf “Why hackers do what they do: Understanding motivation effort in free/open source software projects”, en J. Feller, B. Fitzgerald, S. Hussam y K.R. Lakhanim “Perspectives on Free and Open source software”, MIT Press, 2005.
- Motivando a los científicos: Pierre Azoulay, Joshua Graff Zivin y Gustavo Manso “Incentives and Creativity; Evidence from the Academic Life Sciences”, NBER Working Paper N° 15466, National Bureau of Economic Research, 2009.
- Neurociencia de la compasión: ver en particular el trabajo de Jean Decety y sus colaboradores. Por ejemplo: “A Social-Neuroscience Perspective on Empathy”, *Current Directions in Psychological Science*, 15.2.
- Niños a pila: C. Norton, “After a century, we’ve produced the stressed-out cooped battery children of today”, *The Independent*, 2 de septiembre 1999.
- Ambientes de alta y baja confianza: D. Knoch et al., “Dismissing reciprocal fairness by disrupting the right prefrontal cortex”, *Science* 314, 2006.
- Voluntariado: “The health benefits of volunteering: a review of recent research”, Corporation for National and Community Service, 2007. Ver también Allan Luks y Peggy Payne, “The healing power of doing good”, *iUniverse.com*, 2001.
- Efectos de una esperanza de vida disminuida en el comportamiento: Mari Mcleod “Die young, live fast: the evolution of an underclass”, *New Scientist*, 14 de julio de 2010.

- Reporte Ofsted sobre matemáticas: “Mathematics: understanding the score”, Ofsted, Septiembre 2008.
- Horas de colegio OCDE: “Education at a Glance 2008: OECD Indicators”, OCDE, Septiembre 2008.
- Para una fascinante y profunda introducción a cómo entusiasmar con la lectura y la escritura a los niños, ver Gareth Malone, “Extraordinary school for boys: helping boys love literacy”, Daily Telegraph, 2 de septiembre 2010.

Capítulo 8:

LEY, LIBERTAD Y LIBERTADES INDIVIDUALES

- Poderes de acceso y Harriet la vaca: ver Harry Snook, “Crossing the threshold”, Center for Policy Studies, 2007.
- Burke: obra citada.
- Desarrollo de la ley común: ver J.H. Baker, “An introduction to british legal history”, Oxford UP, 2002.
- Blackstone: Sir William Blackstone, “Commentaries on the Laws of England”, 1765-9, Standard Publications, 2007.
- Dicey: A.V. Dicey, “Introduction to the study of the Law of the Constitution”, 8ª edic., Liberty Fund, 1982.
- Estado de derecho: Tom Bingham, “The rule of law”, Allen Lane, 2010; Ferdinand Mount, “The british constitution now”, OUP 1999.
- Soberanía parlamentaria: en general, ver Jeffrey Goldsworthy, “The sovereignty of Parliament”, OUP 1999.

Capítulo 9:

INSTITUCIONES, COMPETENCIA Y EMPRENDIMIENTO

- Impacto de Guillermo III: Douglass North y Barry Wingast, “Constitutions and Commitment; the Evolution of Institutions Governing Public Choice in Seventeenth Century England”, Journal of Economic History 49.4, 1989; ver también Tim Harford, “The logic of life”, Little Brown,

2008 (en español: “La lógica oculta de la vida”, Booket, 2009); y Harry Bingham, “This little Britain”, Fourth Estate, 2007.

- Instituciones: ver Tim Besley, “Principal agents? The Political Economy of Good Government”, OUP, 2006.
- Emprendimiento: ver, por ejemplo, Israel Kirzner, “Competition and entrepreneurship”, University of Chicago Press, 1973 (en español “Competencia y empresariedad”, Unión Editorial, 1998); Jesús Huerta de Soto, “The Austrian School”, Edward Elgar, 2008 (en español “La escuela austriaca. Mercado y creatividad empresarial”, Síntesis, 2000).
- Cooperativas: ver Jesse Norman “Buy into Cameron’s Co-op”, Sunday Times, 11 de noviembre de 2007; Larry Elliott, “Co-operatives offer template for David Cameron’s Big Society”, The Guardian, 2 de agosto 2010.

Capítulo 10:

EL NUEVO CONSERVADURISMO

- El conservadurismo empático de Bush: Marvin Olasky “Compassionate Conservatism: What it is, What it does and how can transform America”, Simon and Schuster, 2000; Tim Montgomerie, “Whatever happened to Compassionate Conservatism?”, Centre for Social Justice, 2004.
- Comunitaristas: ver, por ejemplo, Robert Putnam, “Bowling alone”, Simon and Schuster, 2001 (en español: “Solo en la bolera”, Galaxia Gutenberg, 2002); Amitai Etzioni, “The common good”, Polity Press, 2004 (de este autor se encuentra en español: “La dimensión moral: hacia una nueva economía”, ediciones Palabra, 2007).
- Torys rojos: Phillip Blond, ya citado.
- Cátedras Reith: Michael Sandel, Reith lectures, BBC, 2009; ver también “Justice: whats the right thing to do?”, Allen Lane, 2009 (en español: “Justicia: ¿Hacemos lo que debemos?”, Debate, 2011).
- Ética conservadora: ver Jesse Norman, “Citizen Ethics in a Time of Crisis”, Barrow Cadbury Trust et al., Febrero 2010.

Capítulo 11:

LA GRAN SOCIEDAD

- Matthew Parris: “I have finally seen how the Big Society might work”, *The Spectator*, 5 de agosto 2010.
- Lord Wei: “Building the Big Society”, Institute for Government, 6 de junio de 2010.
- Reclamando la Gran Sociedad para la izquierda: ver, por ejemplo, Jonathan Freedland, “There’s a good idea in Cameron’s ‘Big Society’ screaming to get out”, *The Guardian*, 20 de julio de 2010; Anthony Painter, “The ‘big society’: it’s a funny thing but Cameron’s on to something”, *The Guardian*, 3 de agosto 2010; Alastair Read, “Let the enemy in”, *New Statesman*, 13 de septiembre 2010; Richard Darlington, “Don’t cede the ground”, *Progress*, 13 de septiembre 2010; Diane Abbott, “Labour’s Family Roots”, *Compass*, 21 de septiembre 2010.

Capítulo 12:

¿Y AHORA QUÉ?

- Historia de la educación musical en el Reino Unido: Gordon Cox, “Living music in schools”, Ashgate Publishing, 2002.
- Efectos de la música: Daniel Levitin, “The world in six songs”, Aurum Press, 2009 (en español: “Tu cerebro y la música: el estudio científico de una obsesión humana”, RBA editores, 2011).
- La primacía del trabajo sobre el talento: Malcolm Gladwell, “Outliers”, Allen Lane 2008 (en español “Fuera de serie. Por qué unas personas tienen éxito y otras no”, Punto de Lectura, 2011); Geoff Colvin, “Talent is overrated”, Nicholas Brealey Publishing 2008 (en español: “El talento está sobrevalorado: las auténticas claves del éxito personal”, Gestión 2000, 2009).
- Bonificación a los altos ejecutivos: Polly Toynbee y David Walker, “Unjust rewards”, Granta Books, 2008.

- Importancia de los propietarios: la literatura moderna al respecto es enorme, pero vean, por ejemplo, Robert Monks y Allen Sykes, "Capitalism without owners will fail", CSFI, Noviembre 2002; Robert Monks, "Corporacy", John Wiley, 2007.
- Los directivos como fiduciarios, no como agentes: Robert C. Clark, "Agency costs vs. Fiduciary Duties", en John Pratt y Richard Zeckhauser (edits.) "Principals and Agents", Harvard Business School Press, 1985.
- Estudio de McKinsey: "A new era in governance", McKinsey Quarterly 2, 2004.
- Estudio del ISS: Lawrence Brown y Marcus Caylor, "The correlation between corporate governance and company performance", Institutional Shareholder Services, 2004.
- Estudio del Deutsche Bank. "Beyond the numbers: Corporate governance in the UK", Deutsche Bank, Febrero 2004.
- Servicios Públicos: ver Seddon, ya citado.
- Fondo soberano Noruego: ver los reportes anuales de administración de inversiones del Banco de Noruega.

EPÍLOGO:

Unas cuantas ideas radicales

- Pago: ver la obra ya citada de Walker y Toynbee; David Bolchover, "Pay Check: Are top earners really worth it?", Cptic Publishing, 2010.
- Bonos e incentivos: ver literatura citada en el capítulo 9.
- Recorte de intereses: ver Jesse Norman, "Hard times call for a PFI rebate", Financial Times, 16 de agosto de 2010.

